



UNA HISTORIA NEGRA

**ANTONELLA
LATTANZI**

Roja & Negra

«Una novela irresistible
que narra la violencia
contra las mujeres desde
una perspectiva inédita.»

CORRIERE DELLA SERA

UNA HISTORIA NEGRA

ANTONELLA LATTANZI

Traducción de
César Palma

R

ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Leonardo

En la claridad de la tarde, el lago no tenía matices, ni brazos hacia el campo y los árboles; estaba dentro de sus orillas. Y su color no brillaba ni se extendía alrededor.

Había llegado entonces a la altura del huerto de mi casa, donde acaba la cuesta y solo quedan veinte metros hasta la puerta. Comprendí entonces que nadie podía acudir en mi ayuda.

PAOLO VOLPONI, *Memorial*

Después

Cogió el teléfono. «Hola, Manuel», dijo. «Manuel, hola, soy yo. Tengo miedo, Manuel.»

«¿Por qué?», preguntó Manuel, con una voz que le dio pena; antes de conocerla, Manuel nunca había tenido una voz así.

«Tengo miedo, Manuel, hay alguien», repitió pegada al móvil. «Te lo ruego, estoy muerta de miedo.»

«Tranquilízate, dime dónde estás.»

«En el rellano.» Silencio. «¿Qué debo hacer? Te lo ruego, Manuel», suspiró, «dime qué debo hacer.»

«¿Y Mara?», dijo Manuel, suspiró, «¿dónde está Mara?»

«Aquí, conmigo», susurró, resopló en el móvil. «¿Manuel?»

«Sí.»

«Tengo miedo, Manuel.»

«Marchaos de ahí, ahora mismo... tomad un taxi, nos vemos en el bar que está al lado del castillo de Sant'Angelo, ¿te acuerdas?», había dicho Manuel. Llegaron al bar al mismo tiempo, a ella le pesaban las piernas cuando se apeó del taxi, sudaba, la niña, Mara, dormía en sus brazos, apretaba el bolso en una mano, él aparcó la motocicleta. Ya era de noche, los automóviles circulaban muy rápido junto al Tíber, se veía el castillo de Sant'Angelo imponente,

iluminado, pero estaba oscuro, era agosto, hacía demasiado calor, costaba respirar, y había un ambiente de derrota. «¿Quién podía ser?», ella no lo dejó ni quitarse el casco, se abalanzó sobre él, tiró el bolso al suelo, abrió los brazos y se le pegó para que la abrazara, sin soltar a Mara. Luego se apartó, le apretó con fuerza la muñeca, Manuel no conseguía desatar la correa del casco. «Espera», le dijo. Ella siguió, «¿Qué debo hacer, Manuel?». Y entonces soltó la hebilla.

Manuel pudo por fin quitarse el casco, lo guardó en el transportín, el pelo se le había pegado a la frente, las sienes, la nuca, se enjugó el sudor, recogió el bolso de ella, lo dejó colgando de la mano, cogió a la niña en brazos, resultaba extraño ver a un hombre en camisa oscura y pantalones azules con una niña dormida, la cabeza en su hombro, y un bolso de mujer meciéndose junto a su pierna. Le rodeó el hombro con el brazo libre, la llevó al bar abierto toda la noche, se estiraba con la mano el cuello de la camisa, se asfixiaba, le abrió la puerta, le cedió el paso. «Anda, cariño, hablemos dentro, pasa, venga», miró hacia atrás. Se sentaron a una mesa, él dejó el bolso sobre la superficie metálica que refractaba las luces de neón del bar, colocó con cuidado a la niña en un banco al lado de ellos, la acomodó lo mejor que pudo. Entonces cogió las manos de Carla, la miró. «Lo siento mucho», dijo en voz alta, «pero creo que es cosa de Vito, mejor dicho, no lo creo, sino que estoy seguro.»

Y siempre era cosa de él, todo, desde que Carla tenía diez años, ahora tenía treinta y ocho, ella sentía que tenía setenta, suspiró. Permanecieron sentados a la mesa del bar frente a la ribera del Tíber, era agosto de 2012, un agosto dentro de los cánones, caluroso, decía el boletín informativo (no, estaba fuera de los cánones, decía Carla, un calor nunca visto, infernal), ellos estaban

dentro del bar y mientras hablaban de vez en cuando miraban por el ventanal, miradas furtivas e ininterrumpidas, esa noche había un polvo extraño en toda Roma, como el que arrastra el siroco, y se levantaba y revolvía por la ribera del Tíber al paso de cada automóvil, se distinguía con claridad, iluminado por los faros contra la negrura de la noche, el que removían los autobuses era espeso y arenoso, lo partían a su paso y lo atravesaban, los coches desaparecían dentro y reaparecían, a las motocicletas las devoraba, luego salían marrones como la arena. Hacía demasiado calor y era de noche pero de vez en cuando pasaban automóviles, autobuses, motocicletas, gente. Sin embargo, por suerte, al otro lado del ventanal, delante del bar y también en las proximidades, al menos por lo que podían distinguir desde allí dentro los dos, al menos hasta ese momento, por suerte no se veía a nadie apostado fuera.

«Y no es solo cosa de Vito, Carla, siento decírtelo», dijo Manuel, le estalló el timbre del móvil en el bolsillo, le dio un vuelco el corazón, cogió el móvil. Carla lo miraba triste, él miró el teléfono. «Tranquila, no es nada», miró de reojo al camarero, una quemadura abultada le cruzaba la mejilla, guardó el móvil. «Y no es solo cosa de Vito», continuó, «también es cosa de su familia, y no solo de su familia sino también de los amigos de su padre.» Carla levantó las manos en señal de rendición, luego estrechó la taza de manzanilla que él le había pedido pese al calor. La manzanilla despedía vaharadas largas y claras. «Pero si su padre, el General», dijo ella, «no se levanta de la cama desde hace cinco años. Manuel, por favor, también tú, cómo puede ser.»

«¿Qué dices, Carla? ¿Qué tiene que ver levantarse o no levantarse?» La niña, Mara, suspiró dormida. Carla también le echó una ojeada al camarero, cuando este se volvió a mirarla ella apartó rápidamente los ojos. «Esa es

gente mala, perversa», dijo Manuel, «me lo dijiste tú, esos lo resuelven todo con violencia. Para esa gente da igual que el padre esté vivo y coleando o enterrado. Son amigos hasta que se vuelven enemigos.» Carla escuchaba, pero ponía una cara como si oyese todo eso por primera vez. «Pero no puede ser», dijo, «hace semanas que Vito se comporta bien, ya lo hemos dicho varias veces, ¿no?, lo ha dejado, se acabó. Manuel, escúchame, hay algo más, algo va mal.» Manuel se pasó una mano por la cara, de pronto tenía los ojos hundidos y grandes ojeras, como si les hubiera entrado agua. «Pero, Carla, cariño, me lo dijiste tú», se excusó, meneó la cabeza. «Vito, su familia, su ejército de amigos. Con esos no se acaba nunca.» Y cuántas veces Vito le había dicho a ella: Juro que te mato, Carla, te degüello como a un cerdo, y mato también a nuestros hijos.

Antes

El 6 de agosto de 2012 Maria Addolorata llamada Mara, la hija menor de Carla, cumplía tres años. Dos años antes, tras obtener el divorcio, Carla había alquilado para ella y Mara un piso en la via Prenestina, lo más lejos que pudo de aquel en el que habían vivido todos juntos hasta entonces. Era un antiguo complejo que se había construido para los empleados ferroviarios y que ahora estaba abandonado a su suerte, compuesto de edificios bajos, un patio interior, salidas a diferentes calles. Nicola, el hijo mayor, de veintiún años, y su hermana Rosa, de diecinueve, habían alquilado dos habitaciones en un piso de estudiantes a dos manzanas de la casa de su madre, él era pinche de cocina en un local de la plaza Navona, ella, camarera en el mismo lugar. Los cuatro no cabían en el apartamento de dos habitaciones de la via Prenestina, y además el sueño de Nicola era que su novia se fuera a vivir con él, y a Rosa la entusiasmaba la independencia. Mara, Nicola, Rosa: todos eran hijos de Vito Semeraro.

Aquel 6 de agosto era un día espantosamente caluroso, lucía un sol molesto, era temprano por la mañana y Rosa y Nicola subieron al tranvía número 5. Tenían el primer turno, porque además de ser él pinche y ella camarera, de vez en cuando también limpiaban el local donde trabajaban. Mientras subían al tranvía Nicola reparó al vuelo en la silueta de un Audi por el viaducto de la via Prenestina, la casa de Carla quedaba justo en el cruce, parecía el automóvil de su padre.

Nicola se volvió hacia su hermana. «¿Es él?», le preguntó, pero ella llevaba puestos los cascos. «Ro, ¿es él?», la zarandeó. Ella se quitó los cascos con una sonrisa, tenía siempre esa sonrisa en la cara, una especie de pincelada tosca como la de los payasos, imposible saber si era de verdad, miró hacia donde le señalaba Nicola y entornó los ojos.

Cuando tenía miedo siempre se ponía fea, de golpe. Espantosamente fea. Pero entonces del automóvil se apeó un hombre bajo, casi un enano, se rascó el muslo doblándose de un modo afectado, se alejó cojeando hacia el Pigneto; el automóvil, en el que había una mujer muy bien vestida —por fin pudieron ver—, aceleró, desapareció. Rosa se aferró con fuerza a las agarraderas del tranvía con un suspiro de alivio. «Pero si el otro día nos dijo que se marchaba, cómo iba a ser él. Está en Massafra», dijo, «¿no te acuerdas? Anda, Nico, siempre estás pensando en desgracias.» «Pero volvía hoy», dijo Nicola, «sí que podía ser él», y le dio la espalda. El tranvía arrancó remeciéndose y rebotando en los rieles, olía a sudor y hacía un calor infernal, las caras de la gente se iban difuminando y fusionando con los asientos rojos.

Un par de días antes los dos habían ido a comer a la casa de su padre. Durante la comida, Vito le dijo a Rosa: ¿Me pasas un pan, por favor? Ella se lo pasó pero se acordó de que una vez, por un pan como ese —Vito se había fijado en la bolsa de la tienda y le había preguntado a Carla: ¿Por qué has cambiado de panadería? ¿Oye? Habla, gilipollas. ¿Quién te lo ha vendido? Has ido a ligotear con alguien, ¿eh?—, su padre perdió la paciencia con su madre, la levantó en vilo como si ella estuviese poseída por el demonio y él fuese un exorcista, y la estampó contra la pared. Luego se volvió hacia sus hijos y los miró con una ternura, con una compasión desmedidas. Porque siempre era igual: su padre nunca se equivocaba, siempre parecía que todo cuanto hacía —ya fuese el cariño que prodigaba a sus hijos, Vito a sus hijos jamás les había puesto un dedo encima, o las palizas que le daba a Carla

desde que Rosa y Nicola recordaban—, que todo cuanto Vito hacía era solo por amor.

Era a primera hora de la tarde cuando ella lo llamó, él estaba en el coche, regresaba de Massafra, su pueblo natal y el de todos sus parientes. Después del divorcio ella no había vuelto a telefonarlo, él vio que el nombre de su exmujer resplandecía en el móvil y le temblaron las manos, muchas veces veía a Carla rodeada de luz, o de un halo oscuro. «Antes te he llamado para felicitar a Mara, ¿por qué me has colgado?», preguntó él, los dientes apretados, rechinando.

«¿Estás libre esta noche?», dijo ella muy seca, una voz que no parecía suya, «tu hija quiere que vengas a su fiesta.»

La voz de Vito casi se quebró, solo dijo «Sí».

«Nos vemos en la casa de mi hermano, mi casa se ha inundado, se ha roto la caldera», un susurro de odio en lugar de la voz.

«¿Necesitas ayuda?», dijo él. «Si quieres paso para tratar de arreglarla.»

«A lo mejor después de la cena, gracias», la voz de Carla se suavizó en contra de su voluntad. «Adiós, Vito.»

«Hasta luego», y Vito apretó el acelerador.

La madre cerró el portal de casa tras de sí, la pulsera que le había regalado Manuel no se enganchó en la jamba por un pelo. Cogió a su hija en brazos y agarró las bolsas en las que había guardado lo necesario para la fiestecita y la cena de Mara. Madre e hija entraron juntas en el ascensor, la madre dejó las bolsas y a la niña en el suelo, la niña se puso de puntillas tratando de subirse a la madre, la madre pulsó el cinco. Esa mañana había despertado a su hija

con un paquete, dentro había un puzzle de gomaespuma de piezas muy grandes, de esas que se montan en el suelo, feliz cumpleaños, amor, y Mara tardaba en despertarse, la cara soñolienta, los ojos semicerrados, el pijama rosado de las Winx, el calor del sueño de los niños y el olor, también, de los niños. Carla siempre había envidiado a sus hijos cuando eran pequeños, alguien te cuida, te dice qué hacer, te organiza los días, se ocupa de ti, y esas explosiones de alegría sin igual, sin miedo, ni conciencia del futuro, en ciertas tardes sin deberes o en ciertos domingos desenfrenados en el parque, siempre, cada día, el olor de su hija le recordaba que se podía vivir tranquilo, sin que pesaran las cosas, disfruta de este tiempo habría querido decirle pero ya se sabe, es imposible explicarles a los niños lo afortunados que son por ser niños.

Juro que te mato, Carla, te degüello como a un cerdo, y mato también a nuestros hijos: cuántas veces se lo había oído decir a su exmarido. Juro que te mato si te veo sonreírle al estanquero que te vende los billetes del metro. Juro que te mato si te pones un vestido, o una falda, para salir. Juro que te mato si tienes una amiga —con el tiempo las cosas habían empeorado—, si ves a tu hermano, si hablas con tus padres. Poco antes del divorcio —era verano, Rosa estaba en Massafra, donde iba a pasar dos meses con su familia paterna, Nicola estaba en un camping con su novia, luego se reuniría con su hermana —, Vito encerraba por la noche a Carla con llave en el dormitorio. Y por la mañana, antes de irse a trabajar, la encerraba con llave en una parte de la casa: le dejaba solo el cuarto de baño y la cocina, pues Mara acababa de nacer y podía necesitar algo. Ella suplicaba: Pero ¿y si tengo una emergencia con la niña? ¿Y si no se encuentra bien? ¿Qué hago? Te lo ruego, Vito. Vuelvo cada dos horas, descuida. Aparte de mí, tú no necesitas a nadie. También le quitaba el teléfono.

Carla gritaba un poco más pero luego, como si ella misma fuese la niña de

pocos meses que tenía en brazos, poco a poco se calmaba. La vencía el sueño. Entre una toma y otra se dormía con su hija, se despertaba de golpe tambaleándose de pie y muerta de sueño solo cuando oía la llave en la cerradura.

Y entonces se acercaba contoneándose a Vito, sinceramente encantada de verlo, sinceramente encantada de que hubiese alguien, de nuevo, protegiéndola, y de que no fuese solo ella la que tuviese que ocuparse de Mara, de que hubiese alguien que pensaba en ella, en Mara. Pues, cuando su marido no era esa especie de diablo, para ella Vito volvía a ser el muchacho del que se había enamorado de niña. Todavía le ponía el corazón a cien.

Te mato como a un cerdo, y mato también a nuestros hijos, pero por suerte a esos hijos nunca los había tocado, y Vito era un tiarrón de dos metros, de brazos y piernas descomunales, hasta que un día, al volver un momento a casa como siempre cada dos horas, encontró a Carla desnuda bañándose en la bañera, y a Mara llorando, se convenció de que en alguna parte había un hombre y, desnuda, sacó a Carla bocabajo por la ventana. La mujer del piso de abajo llamó a la policía. Pero Vito no le tenía ningún miedo a la policía. Hacía décadas que las fuerzas del orden llegaban, periódicamente, a su casa. Pero luego nunca había motivos suficientes para hacer nada. Tienes que cuidar de tus hijos, le dijo cuando la volvió a meter dentro, de nuevo era Vito, le dio un beso, la tapó con la sábana. Te he traído flores, dijo. Perdona, dijo. Nos vemos dentro de dos horas, y volvió al trabajo.

Madre e hija llegaron a la quinta planta, la hija aún asida a las pantorrillas de la madre. «Sal, venga», pero la niña no quería caminar, trataba de encaramarse a Carla, le impedía la salida y comenzó a protestar, en las plantas inferiores alguien dio tres golpes fuertes contra la puerta del ascensor.

«¡Ascensor!», gritó. Carla imprecó. Cogió a Mara en brazos, luego las bolsas, salió con dificultad del ascensor. «¡Ascensor!», gritaron de nuevo. Con movimientos desacompañados se buscó las llaves en los bolsillos, por fin abrió.

El apartamento de su hermano Franco era tan pequeño como el suyo, solo dos plantas más arriba, pero era la casa de un soltero y parecía mucho más grande, mucho más bonita. Y también había más luz, a lo mejor esas dos plantas de más hacían que estuviera más expuesta, o no, pero cada vez que Carla entraba allí —y entraba a menudo, para regar las plantas, para comprobar que todo estuviera en su sitio, para limpiar un poco—, cada vez que entraba allí le parecía una extensión de sol. Franco no estaba nunca.

Ahora se encontraba en Vietnam, trabajaba de operador para una documentalista romana que había vivido diez años sola en una aldea de México, debía desplazarse con frecuencia para acompañarla, pues tenía proyectos en todo el mundo.

Lo cierto es que Carla tampoco habría querido ser ama de casa y después costurera. De pequeña era buena dibujando, de mayor quería ser pintora, sus padres eran periodistas, habían muerto unos años antes, cómo se explicaba que sus padres le hubieran permitido casarse con él, cómo se explicaba que no la hubieran arrancado de las garras de aquel monstruo, cuando era pequeña los monstruos no existían y nunca habrían podido existir. Muy pequeña, podría decirse, antes de la famosa fiesta de año nuevo en la que por insondables conjunciones ella y Vito se habían conocido. Ella tenía diez años, él quince, a saber cómo amigos de amigos habían invitado a su chalé de Terracina tanto a la familia de ella como a la de él, en aquel entonces la madre y el padre de Vito no se movían de Massafra «ni aunque haya un bombardeo», a saber por qué esa vez emprendieron el viaje, precisamente aquella vez estaban también los Romano, y no había más chicos, solo estaban

Carla y Vito, vete a saber, el destino, el sino, pensaba Carla mientras colocaba las bolsas sobre la mesa y comenzaba a sacarlo todo y Mara no dejaba de protestar, «¿Qué te pasa, Mara?», vete a saber, las conjunciones astrales y la lectura de la mano, los tarots y el péndulo y la güija para comunicar con los difuntos, vete a saber, Cristo o quien sea, con que solo hubiésemos podido ver el futuro. ¿Qué habríamos hecho?

Sacó el gran puzzle de gomaespuma, le había encantado a Mara, tenía dibujados los números y las letras, de golpe la niña se despabiló, en silencio se sentó en el suelo a jugar.

Pronto el calor empezó a elevarse de los fogones, fuera había refrescado un poco, Carla abrió todas las ventanas, una ráfaga de viento penetró en la casa, alborotó el pelo rubísimo de Mara, la niña levantó la cabeza del puzzle, abrió de par en par los ojos azul claro, como el hielo, iguales a los de su madre, abrió la boca y estaba contentísima, trató de adentellar el viento como los perros, aulló como un perro. Carla bajó el fuego para que la salsa a la amatriciana no cociese demasiado, del horno llegaba el olor del pollo con patatas y especias, se inclinó, lo abrió, miró, fuera la luz había disminuido algo, era más densa, cerró el horno, se limpió las manos con una bayeta, mientras esperaba que la comida estuviese lista se acercó a su hija con esos ojos de hielo pasmados, se sentó con ella, se pusieron a jugar. «Te quiero mucho, Mara, ¿lo sabes?» «Yo *tamién*, mamá», dijo ella, sin levantar la cabeza de un número 3 que sonreía amarillo desde el fondo rosa. «Mucho mucho, Mara. ¿Y tú? ¿Tú, me quieres?» Mara dijo «*Ti*», siguió jugando. «Sí, pero ¿cuánto me quieres?» Y Mara dijo «*Ten*», le tendió una D color ladrillo. Carla la cogió, se puso la mano en la boca, miró el puzzle, empezó a pensar dónde colocarla.

La sentencia de divorcio, al cabo, Vito tuvo que aceptarla, lo mandaba la ley, pero se defendió con ahínco y con lo que parecía una sinceridad apabullante. Él tiene celos de todo, incluso de mis pensamientos había dicho Carla. No es verdad, señorita, había dicho él sonriente, desde luego, no creo que los celos puedan medirse con un metro, los celos tienen una gama de grises. De modo que diría que no soy en absoluto una persona celosa. Definirme celoso no sería decir la verdad. ¿De manera que usted no era excesivamente celoso?, dijo el juez. La respuesta es no. Siempre he sido un excelente marido, lo que pasa es que mi esposa exagera, las mujeres exageran siempre, para eso estamos nosotros, para hacerlas entrar en razón. A partir de ese momento Vito esperó que la justicia se olvidase de él. Sin embargo, hubiese o no divorcio, Vito nunca dejó de hacerse notar. Había días, a veces incluso varios días, en los que parecía que se había calmado, que el odio del que estaba hecho se lo había tragado, y que él mismo por fin ya no estaba. Entonces Carla empezaba, como el deshielo, a salir de casa con algo menos de miedo, a responder al teléfono sin tener siempre el corazón en un puño, incluso a atreverse a pasear. Hasta con Manuel alguna vez, a veces también los dos con Mara. Cuando llegaba, la furia de Vito era incontenible como un desastre natural. Él siempre regresaba tras los días de silencio. Mi mujer es mía hasta que la muerte nos separe, para Vito no cabía la palabra divorcio. Deja pasar un poco de tiempo, le decía su hermana Mimma desde Massafra, verás que la recuperas. Luego, en abril, apareció Manuel Bocci.

De acuerdo con lo que Vito había conseguido averiguar —hizo que indagaran sus amigos de Massafra, y eran amigos que se las sabían todas—, Manuel para Carla, hasta ese momento, había sido un perfecto desconocido. Él y ella se cruzaban con frecuencia, por casualidad, él era psicólogo y tenía su gabinete cerca de la casa de ella, era un psicólogo poco conocido pero apreciado, socialmente muy comprometido, tenía también una consulta en las

afueras de la ciudad. Carla pasaba mucho tiempo en casa. Por la mañana dejaba a Mara en la guardería y se iba a trabajar como costurera a tiempo parcial en una tienda china de la plaza Vittorio, cuánta impresión causaba a los clientes ver a una italiana entre tantos orientales, oculta tras las volutas de vapor de la plancha o encorvada sobre la máquina de coser para rehacer un dobladillo. Hacia las dos y media de la tarde tomaba el tranvía y corría como una loca hasta el Pigneto para recoger a su hija en la guardería de la plaza de los Condottieri, tardaba tres cuartos de hora si todo iba bien, el pánico a llegar tarde nunca la abandonaba. Carla tenía un coche viejo, un Micra bastante destartado, regalo de su amiga Anna, cuando aún tenía alguna amiga, pocas. Iba a llevarlo al desguace, quédatelo, todavía puede serte útil con los niños pequeños, le había dicho Anna. Pero cuando Vito lo supo se puso como una fiera. ¿Adónde quieres ir con ese coche, eh?, la miró resoplando. Y solo por un acto de rebeldía, poco después de marcharse de la casa de su marido, de su exmarido, Carla se lo llevó a la via Prenestina. No tenía seguro, no tenía dinero para el seguro, la gasolina, el mantenimiento de un automóvil, hacía infinidad de tiempo que nadie lo arrancaba. Nicola solo tenía el carnet de motocicleta, Rosa ni siquiera eso. Carla nunca había conducido, se había sacado el carnet no se sabe cómo, con poco menos de treinta años, después de muchas disputas con su marido, durante una temporada maravillosa Vito la había ayudado a estudiar para el examen, pero luego, una vez que lo aprobó, nunca usó el carnet. El Micra yacía allí, al pie de su casa, inútil; como todas las buenas intenciones de Carla, de Vito.

Carla recogía a su hija de la guardería, hacía la compra con ella, volvían a casa. Se quedaban Carla y Mara solas, como siempre, Carla aceptaba también trabajos a domicilio, iban mujeres del Pigneto a que les estrechara vestidos, les ensanchara faldas, les cosiera cortinas, Mara era muy callada, nunca molestaba, podía estar horas jugando sola. Una vez una mujer elegante que

vivía en los chalés del Pigneto, en una casa gigantesca con jardín, le dijo a Mara: ¿Quieres venir a mi casa a jugar con mi hija? Tiene tu edad, lo pasaréis bien. Mara había levantado los ojos proyectando alegría por todas partes, Carla ni siquiera los había levantado, introdujo la aguja para hilvanar la chaqueta de Halloween de la mujer, la mujer iba a disfrazarse de preso. Carla solo dijo: No.

Cuando Nicola y Rosa no trabajaban y no tenían nada que hacer cenaban en la casa de su madre. Siempre estaban los cuatro juntos, Nicola estaba convencido de que si estaba él a su madre nunca le ocurriría nada. Después de cenar solían marcharse. Sois jóvenes, decía ella, trabajáis mucho, divertíos (pero en el fondo yo también soy joven, no tengo ni cuarenta años, yo también podría salir, divertirme también). A eso de las nueve Carla acostaba a la niña, y cuando Mara dormía Carla se sentía culpablemente viva por fin, le habría gustado seguir teniendo una amiga —Anna, cuánto necesitaba a Anna—, tomar vino, hablar de hombres, de todo. Pero no, a veces veía las películas que le pasaba Nicola, muchas otras veces se quedaba dormida como años antes con la niña, se ovillaba a su lado como si Mara pudiese protegerla, de vez en cuando se decía ¿Ahora quién me protege?, y echaba de menos a Vito, recordaba solo al Vito bueno, estaba en un tris de llamarlo pero luego pensaba No. Pocas veces podía salir, airearse una hora, nada más, cuando Nicola o Rosa se quedaban con Mara.

Conoció a Manuel después de cruzarse con él muchas veces, las mañanas en que llevaba a Mara a la guardería o salía a hacer la compra, o las tardes que tenía que recoger un encargo en el mercado al aire libre. Un día ya no aguantaba más, se estaba desquiciando metida en casa otra noche, sola, salió sin hacer ruido una vez que Mara se quedó dormida, si alguien llegaba a enterarse —Vito, Nicola, Rosa— de que había dejado a Mara sola habría puesto el grito en el cielo, en menudo lío se hubiera metido. Fue a tomar una

copa de vino en un local cercano, se sintió aún más sola —y se vio con los ojos de su marido, su exmarido, puta, furcia—, la noche que conoció a Manuel estaba un poco piripi.

Unos días después empezaron a saludarse, luego a cruzarse dos palabras, y no se sabe cómo en un momento dado Manuel acabó en el sofá del apartamento de Carla, viendo películas con ella. Se besaron. Hicieron el amor. No te merezco, le dijo ella —lo miraba y él era tan tranquilizador, parecía que nada lo alteraba—, pero Carla no sabía que además era guapísima, tan pequeña, suave, tan indefensa, esa era la sensación que daba en cuanto la mirabas.

Solo puedo confiar en ti, le decía ella. Manuel tenía cuarenta años, era un hombre atractivo, en su presencia todas las mujeres se ponían un poco raras. A ella la aterrorizaba que él la abandonase, y justo la noche anterior a ese 6 de agosto lo vio paseando con una mujer en la plaza Venezia, fue pura casualidad, ella nunca pasaba por la plaza Venezia. No paseaban del brazo ni de la mano, no se reían con complicidad ni se tocaban, pero esos celos que eran como un hueso que de repente sale de una rodilla, un codo, una cadera, para clavarse en una parte del cuerpo donde no debería estar —un ojo, la garganta, la barriga—, los celos típicos de Vito, que Carla conocía tan bien, se apoderaban también de ella y pensaba, con ese hueso bien clavado en la garganta, por ejemplo, que después de todo ella y su marido —su exmarido— eran iguales, había algo innato que los unía, si no era el amor era la rabia.

El telefonillo sonó cuando la cena aún no estaba lista. Carla estaba pinchando el pollo asado con un tenedor, la sopa de la cena de Mara se calentaba en el fuego, los calabacines a lo pobre chisporroteaban en la sartén. Los calabacines a lo pobre eran un plato típico de Puglia, al telefonillo estaba

Vito, al sonido de su voz Carla se sobresaltó.

«Te esperaba a las siete», le abrió la puerta.

«No veía la hora de verte», dejó una botella de espumoso y una bolsa grande en el suelo y le agarró las manos. «De veros.»

¿De verdad un amor así puede acabarse?, se preguntó Carla, y así de terrible, se dijo, y así de triste, y le pidió que se pusiese cómodo.

Él llevaba una camisa gris claro, ligera, de buena calidad, con los bajos metidos en los pantalones gris oscuro, zapatos marrón brillante, la corbata aflojada, gafas de sol pese a que era de noche, el pelo peinado hacia atrás con gomina, muy negro, el cutis muy blanco y, aunque estaba bien afeitado, se notaba que era de barba gruesa y tupida, y seguía siendo un hombre altísimo. Carla volvió a sus calabacines, él los miró pero fingió no verlos para no estropearlo todo, rápidamente recordó el día que se los hizo probar por primera vez, pero ya era todo tan confuso, vio a Mara mirándolo un poco atemorizada, sentada delante del gran puzzle. «¿Has visto, Mara? ¡Ha llegado papá!» Carla acompañó al padre hasta la niña. Él se agachó, el corazón le latía con fuerza, la niña lo miró. «Mara, saluda a papá, ¿te alegra que haya venido a tu fiesta? ¡Dale un beso!», y la niña sonrió, lo besó, y su padre la abrazó. «¿Te alegra que haya venido?» Mara miró a la madre, «Ti», dijo, y lo abrazó. «Enséñale el juego del puzzle a papá», dijo la madre. Vito se sentó en el suelo al lado de la niña.

Carla se apartó y fue a la cocina, ahora añadía un poco de agua a la salsa a la amatriciana y apagaba el horno, cogía un par de tijeras grandes y se preparaba para trocear el pollo. Su exmarido la miró. «Una cena políglota», dijo ella.

«Pues sí. Un poco de Puglia y un poco de Roma», dijo él, ahora estaba a su lado con Mara en brazos, que se había relajado y le daba besitos. «Papá», susurraba, «papá papá papá.»

«¿Te ayudo, Ca?»

«Juega con tu hija.»

«Pero ¿cuánta gente viene?» Vito miró las patatas fritas y las aceitunas y los cacahuetes que seguían en las bolsas, los fogones llenos de cacerolas, y un mechón de pelo rubio de su mujer, de su exmujer, resbaló de la coleta rubia que le colgaba de la nuca. Cogió la botella de espumoso que por la prisa había dejado en la entrada, la puso a enfriar, escondió el paquete con el regalo para Mara en un estante de la cocina, como hacían siempre cuando Nicola y Rosa eran pequeños, cuando aún todos vivían juntos.

«Solo nosotros.»

Desde fuera se vio durante un tiempo la luz encendida en la casa del tío Franco y dos siluetas que, muy cerca la una de la otra, se pasaban mantel, platos, servilletas, cacerolas, hablaban, se servían bebida. Había además una silueta más pequeña, más baja, de vez en cuando la más grande y ancha se inclinaba hacia ella y la cogía en brazos, otras veces desaparecía en el suelo, era evidente que estaban jugando. La luna en cuarto menguante estaba cubierta de una capa de calima.

Nicola y Rosa llegaron juntos, entraron en la casa, la encontraron tranquila y tibia, el viento seguía despeinando a Mara, había hecho un calor infernal. «Es el verano más caluroso de todos los que recuerdo, ¿verdad, ma?», dijo Rosa. «El más caluroso de toda la vida», Carla la besó. Pero el piso del tío Franco siempre había tenido una temperatura y una luz perfectas, en invierno y en verano, en cambio en el de Carla podías derretirte o helarte. Entraron los dos chicos y lo llenaron de voces, encontraron a Carla, a Vito y a la pequeña

Mara tan en paz que se asustaron. Mara ni siquiera había cumplido un año cuando se divorciaron. En cambio, Nicola y Rosa lo sabían todo, lo habían visto todo.

Llevaban una bici con ruedines para Mara, Nicola la cogió en brazos. «Monta.» Rosa le puso las manos en el manillar, la hacía andar. «No estropeéis el suelo del tío Franco», dijo la madre. «Venga, sed buenos», dijo la madre, o el padre.

«¿Cómo es que has invitado a papá a la fiesta?», le preguntó Nicola a Carla cuando estuvieron solos, en voz baja. Fumaban asomados a la ventana, el calor era una mano pesada que empujaba la cabeza hacia abajo, más abajo, Vito había dejado de fumar, de beber, si él lo había dejado tenían que dejarlo todos, enseguida. Pero ahora la ley la hacía ella. «¿Y por qué no en tu casa sino en la del tío Franco, eh, ma? ¡Dime, ma!», dijo Nicola, dado que ella fumaba y no hablaba, Nicola y Rosa conocían de memoria todas las reglas para evitar que su padre perdiera la paciencia, incluso por una palabra, a veces solo por un gesto. Pero Carla tenía realmente un rostro tranquilo esa noche, los dos hijos mayores habían aprendido a interpretar a su madre como médium. «Se está mejor aquí, ¿no? Se respira», dijo ella mirando a lo lejos, «estamos más cómodos», le sonrió, lo acarició. Tiró el cigarrillo. «Además, verás, a Mara le apetecía un montón. Se ha despertado preguntando por su padre. Lo ve tan poco... Se está bien aquí, ¿verdad?», y le sonrió de nuevo. Y Nicola no hizo más preguntas porque esa noche todo fluía bien, y se dijo que a pesar de que el origen del miedo estaba allí, en ese momento, en esa casa, Carla circunscribía todas las angustias en otro lugar, en su casa.

En abril Vito estaba hecho una furia. Manuel estaba convencido de que en cualquier momento, además de desahogarse con su exmujer, también le haría algo a él. Vito aparecía en todas partes, a saber cómo se enteraba siempre de dónde estaba Carla y qué iba a hacer, incluso cuando ella no lo sabía. Si la sorprendía sola, en la calle, primero eran gritos y luego insultos y muchas veces golpes, o por lo menos la acosaba. Manuel se sentía preparado para hacerle frente, estaba allí por ella.

Y luego estaban los momentos de remordimiento. Vito iba a buscarla porque sabía que tenía problemas de dinero. Él había hecho carrera en la banca, en el trabajo lo apreciaban, y con el tiempo había empezado a jugar en Bolsa. Yo tengo dinero, no tienes suficiente con el cheque que te paso, le suplicaba, mis niños también están en medio, déjame ayudarlos. No.

Hacia finales de mayo la violencia y la ira de Vito ya se habían descontrolado, las denuncias a la policía nunca habían servido de nada y ya no podían servir estando las cosas como estaban, Vito estaba desquiciado, se mostraba violento y rabioso como Carla no lo había visto jamás, la ira ya no tenía coherencia, ni pizca, y por primera vez en su vida había empezado a sentir miedo de verdad también por los niños, te mato como a un cerdo y mato también a nuestros hijos.

Después, a mediados de junio, cambió algo. Primero Vito desapareció unas semanas, luego comenzó a limitarse a gestos intimidatorios como llamar por el telefonillo o apostarse cerca de la casa, llamar de madrugada por teléfono al borde del llanto o desbordado de rencor, una noche incluso se cruzó con Carla y Manuel cuando volvían del supermercado, charlaban, él llevaba las bolsas pesadas, ella sonreía, se pasaba una mano por el pelo —puta, furcia—, y cuando lo vio embutido en el abrigo debajo de su casa, el cuello subido a pesar de que era junio, el pelo oscuro domado con gomina pero un poco despeinado por el viento, se quedó helada. Pero él solo los miró, una mirada

ausente, dos ojos tan vacíos que se podía ver a través de ellos, podías ver detrás de él, más allá de él, los automóviles que pasaban debajo del viaducto, las luces de la heladería al otro lado de la calle, y también un trozo de la carretera. Es él, Carla dio un tirón a Manuel, vámonos.

Manuel estaba rabioso, se volvió, no se movía del sitio, inmóvil lo observaba. ¡Manuel!, dijo ella con voz chillona, al borde del llanto, la de veces que él la había visto llorar. Te lo ruego, Manuel, vámonos. Tiró de él, y él se volvió hacia ella. Venga, Manuel, este nos mata. No mata a nadie, dijo él, hizo pasar a Carla por delante de él y se encaminó hacia casa, detrás de ella. Bajó un pie de la acera a la calzada, el asfalto estaba blando y tembló. Manuel elevó los ojos al cielo y vio que una ristra de automóviles pasaba a toda velocidad por el viaducto, los faros brillando contra las farolas altas, y más arriba un cielo oscuro que tendía hacia el gris sucio, ninguna estrella, bajó los ojos, puso el otro pie delante del primero, vio a lo lejos el portal de Carla. Permaneció con ella toda la noche, sentado, en silencio, sin pestañear, como quien espera al enemigo, mientras esté yo ya nadie te hará daño, Carla. Pero ella estaba fuera de sus casillas, atrincherada oteando desde las ventanas como en la guerra, las luces apagadas para ver mejor la calle, cuando amaneció miró a Manuel atónita. ¿Y si los amigos de Vito —y esos amigos eran amigos de su padre, desde hacía generaciones, venían de Massafra adrede para ayudar a Vito— estaban preparando un ataque en toda regla? Pero no apareció nadie, y hasta ese momento no volvió a ocurrir nada notable.

Pusieron incluso un poco de música, hacía cuánto tiempo que Carla no escuchaba música. Cenaron, bebieron, brindaron con el espumoso que Vito había llevado para la fiesta de Mara. «Qué rico», dijo Carla, charlaron,

también rieron, todos sentados a la mesa de soltero del tío Franco, estaban apretados. «¡Ricas las patatas *fitas!*», Mara se metió un puñado de calabacines en la boca.

«Ahora a la cama», dijo Carla después de que le cantaran el cumpleaños feliz, la tarta, de que soplara las velitas, el regalo del padre, una muñeca demasiado sofisticada, estuvieron media hora tratando de entender cómo funcionaba. Mara se la llevó abrazada a la cama.

«Yo me marchó», dijo Nicola, «he quedado con Livia. ¿Tú qué haces, Rosa?»

«¿Me llevas?»

Vito también se incorporó y se puso la chaqueta, todos estaban bastante estupefactos ante una velada familiar sin gritos ni puñetazos. Nicola y Rosa esperaban a su padre en la puerta, ya con los cascos en la mano, observaron que Vito y Carla se quedaban un momento sin saber cómo despedirse. ¿Besos en la mejilla?, ¿apretón de manos?, ¿adiós? Toda la familia tuvo un escalofrío, nunca se sabía por qué motivo Carla podía sucumbir a manos de Vito, el padre estaba de espaldas, los chicos no vieron qué músculos movía. Ya conocían la ira de su padre solo por los movimientos involuntarios de su cuerpo. Mara, desde la otra habitación, murmuró dormida, se oyó el ruido de un bostezo largo y profundo. Luego el padre se volvió hacia los chicos, sonreía, ni un solo músculo delataba odio o fastidio.

«¿Pa?», Rosa bostezó, por la puerta abierta entraba un poco de aire fresco.

«¡A-dió!»», Nicola empezó a bajar las escaleras.

Vito se dispuso a seguir a su hija, luego se detuvo, volvió sobre sus pasos, pero el estado de alerta había terminado, era más que evidente que todo había salido bien.

«Te espero abajo, pa, llegamos tarde», dijo Rosa, «Nicola tiene que ir donde su no-via», dijo, «ay de nosotros como llegue tarde por nuestra culpa.»

«Sí, esperadme abajo, voy en un minuto, así nos despedimos bien. Nunca nos vemos.»

Nicola bajó las escaleras dando saltos, esperó a Rosa que bajaba despacio, apoyando los tacones. «¿Adónde vas, eh? ¿A ligar?», Nicola se rio. Rosa sonrió, «Métete en tus asuntos», dijo. «Pensaba que esta noche podía ir mucho peor, ¿verdad, Rosa?» Nicola señaló la casa del tío Franco con la cabeza, luego miró el móvil. «¿Qué opinas, nos vamos? Venga, luego le mandamos un mensaje a papá, llego tarde, Livia ya me estará esperando», dijo cuando llegaron a la planta baja, se oyó el ruido del portal al cerrarse. «A saber cuánto tardará mamá en ordenarlo todo, es una maniática», dijo Rosa, iban a toda velocidad en la motocicleta. «Yo creo que en realidad le gusta», Nicola se inclinó para tomar mejor una curva, «la relaja.» Pasaron la cochera de los autobuses, el cruce de la Porta Maggiore, entraron por Scalo San Lorenzo, en motocicleta se iba tan bien, un frescor repentino se extendía por los brazos desnudos, Roma estaba desierta, se notaba por fin el aroma del verano, Nicola iba muy rápido, latía la promesa de una noche llena de sorpresas, y Mara dormía en la cama del tío Franco.

3

Milena tenía cuarenta años y una hija de dieciséis.

Fue al día siguiente, el 7 de agosto, a la casa de Vito —la casa familiar en la que durante veinte años habían vivido todos, Carla, su marido, sus hijos— a eso de las dos de la tarde, tímida, una blusa rosa cerrada hasta el cuello, una falda gris oscuro que le llegaba a las rodillas, seguida por su hija. Le abrió la puerta Nuccia, la asistenta. «¿Quién es?», dijo con el ceño fruncido, como si no la tuviese delante.

Milena notó olor a buena comida y también a limpio, en la calle un camión hizo sonar con fuerza la bocina, una gaviota graznó, se lanzó en picado contra una paloma, como si fuese mantequilla le partió el cráneo y se puso a picotearla. Dentro de la casa se oía un programa de pleitos civiles: Bueno, decía una mujer con voz triste, no digo que quiera echar de casa a mi madre, pero...

Nuccia era capaz de mantener el ceño fruncido una eternidad, baja, nerviosa, los brazos flacos surcados de venas, podía tener tanto setenta como cincuenta años, un vello crecido en el labio superior y en la barbilla, chanclas, una bata de faena azul que parecía un camisón, repleta de botones de los pies a la cabeza, estaba de pie desdeñosa, la mano en el picaporte de la puerta. Milena bajó los ojos, su hija detrás de ella era mucho más baja de lo que le correspondía por su edad, parecía una niña, de doce años a lo sumo, un cuerpo tan diminuto que daban ganas de abrazarla.

«¿Quién es?», repitió Nuccia, siguió mirando a Milena, un acento muy marcado del Sur, si no conocías el de Massafra habrías podido decir que era

de Sicilia. Se disponía a cerrarle la puerta en las narices cuando Milena dijo: «¿Está don Vito?».

«No», y otra vez hizo el gesto de cerrarla.

«Perdone», Milena la bloqueó con un pie, con tanta sumisión que parecía más una casualidad que una decisión consciente. «Perdone, ¿sabe dónde está?»

«No.» Y miró el pie de Milena.

«Es que tiene el teléfono apagado desde hace horas, perdone, señora, de verdad, y es que esta mañana temprano había quedado con él, habíamos...», meneó la cabeza. «Me parece muy raro.»

Nuccia volvió la mirada hacia el interior de la casa, luego miró el reloj, la hija de Milena echó una ojeada dentro y vio una larga mesa que debía de ser de madera con un largo mantel, blanco, bordado a mano y, a la cabecera, un solo plato y un par de cubiertos.

«A mí qué me cuenta.» Entonces echó una mirada de compasión o de desprecio a la niña, empujó el pie de la mujer y cerró la puerta. Milena y su hija Paola dieron un paso atrás antes de que se la estampara en las narices.

Nuccia se frotó las manos en la bata de faena, en el bolsillo sonó un teléfono. «Diga, Gianni», dijo, «sigo aquí, don Vito todavía no ha llegado.» Fue a la cocina, bajó el volumen de la televisión, era una cocina grande, para mucha gente, de estilo antiguo, como una cocina de un pueblo del Sur, tenía incluso el típico olor de todas las viejas casas del Sur, un olor que era imposible eliminar. El hombre al que Nuccia había llamado Gianni debía de estar diciéndole algo pues ella permaneció escuchando. Luego: «Me pidió que le tuviera la comida lista a la una, ¿qué hora es ahora?». Miró de nuevo el reloj, marcaba, viejo y exacto, las dos y diez. «Dijo, por favor, a la una en punto, sí,

porque a la una y media tenía que irse», escuchó de nuevo, «pues sí, claro», escuchó de nuevo, «si no llega dentro de un rato, me marchó».

Un instante después sonó el teléfono de casa. A Nuccia, que, agachada, metía la comida en el horno para que conservara el calor, no le dio tiempo de responder y saltó el contestador automático. Se oyó entonces una voz al otro lado del teléfono.

«Eh, Nuccia, ¿está Vito?», dijo la voz, airada como si estuviese enfadada con ella.

«Buenos días, doña Mimma. No, no está aquí», dijo con amabilidad.

«Tiene el teléfono apagado, lo estoy llamando desde las seis de la mañana», dijo la voz a alguien que estaba con ella. Luego a Nuccia: «Yo hablo con mi hermano todas las mañanas en cuanto se levanta, nunca apaga el teléfono. ¿Hoy por qué no responde?».

«Yo no lo sé, señora... estará sin batería...»

«Que me llame en cuanto llegue.»

Pero pasaron diez minutos, luego veinte, Nuccia se desnudó en el cuarto de baño; desnuda era pequeña y tenía la piel arrugada, resultaba que no tenía vello pese a su tupido bigote, y estaba arrugada pero también era musculosa, un tono bronceado en todo el cuerpo menos en el pecho y el pubis un poco más claro, marcas de pequeñas quemaduras en distintas partes del cuerpo, alguna cicatriz pequeña y otra más grande, ancha, en horizontal a lo largo de todo el bajo vientre. Dobló la bata de faena. Primero se puso el sostén, luego las bragas, la combinación negra con algún remiendo, un jersey con una fantasía de papagayos, una falda negra. Salió del baño, echó una ojeada alrededor, escribió una nota, la puso debajo del plato de la mesa. Cogió sus cosas, también la bolsa de la entrada, los zapatos que había dejado en la

puerta, y se marchó.

La madre de Vito, doña Titina, había muerto un año antes entre repiques de campanas, mujeres enlutadas y gemidos en su casa de Massafra. La familia Semeraro inspiraba enorme respeto en el pueblo, y también algo más. Pero el clamor por la ausencia de Carla y Mara en el funeral era mayor que la noticia de la muerte, y Rosa en el cabecero de la cama de la abuela no paraba de llorar y de observar a su padre, la cabeza entre las manos, doblado en una silla; Nicola, apartado, miraba la escena con rostro serio, impenetrable. El padre de Vito, don Peppino, el General, había sufrido un ictus cinco años antes y no había vuelto a levantarse de la cama, babeaba, tenía la mirada perdida, era todo lo que hacía. Había sido el primero de su familia que había estudiado en un instituto, había estado en la guerra, había sido general, al volver a casa se había dedicado a entablar amistades. Había sido alcalde de Massafra durante años.

Muerta la madre, enfermo el padre, habían quedado las cuatro hermanas de Vito. Mimma, la mayor, tenía cincuenta y tres años, Vito era el menor, tenía cuarenta y dos. Mimma tenía un marido al que don Peppino había encaminado hacia los «negocios», y a diferencia de sus hermanas había ido a Roma mil veces desde que Vito se trasladó allí, cuando hacía el servicio militar. Pasaban las horas y su hermano seguía sin aparecer. Avisó a los amigos del General, hizo las maletas y tomó el tren que iba de Massafra a Bari. Desde allí cogería el de alta velocidad a la capital. Pero quiso el azar que justo antes de llegar a Modugno le sonase el móvil. Don Peppino empeorado, regresa, a lo mejor se ha dado cuenta de algo, quién sabe. Su hermana Angela no se sentirá capaz de arreglárselas sola, todo el mundo sabe que con las otras dos —Lillina y Fausta— no se puede contar. Se apeó en

Modugno, qué podía hacer, bajo un sol ultrajante cruzó las vías con los tacones bajos que se metían entre la grava y los raíles, la caseta de la estación era amarilla con el tejado rojo, repleta de grafitis, trepó con esfuerzo al andén opuesto y volvió sobre sus pasos.

Pero los amigos se habían movlizado. «Oye», le dijo Mimma a su marido, «el fresco de Vito tiene que salir de donde esté.»

Seguía siendo el 7 de agosto, era de noche, Nicola estaba echado en la cama, una cama de una plaza, la casa que había alquilado con su hermana y otros muchachos estaba francamente llena, la única que podían costearse; la habitación de Nicola era minúscula, pero en cualquier caso era preferible a compartirla con alguien como le había tocado hacer a Rosa. El piso era un bajo, por un lado daba a un patio y por otro a una calle. Tenía una cocina pequeña, de baldosines amarillentos, rajados, lo cierto es que todo estaba lleno de suciedad, la persiana de la puerta acristalada llevaba toda la vida medio rota, al otro lado de la persiana se intuía el patio cubierto de basura y colillas. La cocina daba a un pasillo estrecho en el que desembocaban cuatro puertas más una, la del cuarto de baño, en total seis inquilinos que ocupaban cuatro habitaciones, alquiler estrictamente en negro de una no bien identificada viuda Sirone. El cobro lo hacían los hijos de la viuda, una vez al mes, en efectivo, sin recibo. En la entrada, uno de los inquilinos que vivía allí desde hacía mucho —un chico de los Abruzzo, trabajaba en barcos, solía viajar por el mundo, luego volvía y se dedicaba a hacer fotos, ahorraba lo que ganaba— había montado dos manecillas sobre una vieja foto de Maradona. Parecía un auténtico reloj, pero estaba siempre parado, colgado sobre la puerta. Una vez Nicola lo cogió para ver si no tenía pilas, lo miró por detrás pero no había nada, ni un engranaje, ni una pila, solo una chincheta para fijar

las manecillas, y entonces vio que eran de cartón.

En la cocina el mismo inquilino había pegado un montón de adhesivos en los viejos armarios de la despensa color marfil, rotos, uno de ellos no se cerraba ni se abría. En el baño, pegado con plastilina blanca en la puerta, había un póster de los Clash, ni Nicola ni los otros compañeros de piso podían lavarse la cara, orinar, cagar ni ducharse sin que ese tipejo en el eterno acto de mear un bajo los juzgase desde arriba.

En la habitación de Nicola apenas había muebles. La puerta acristalada daba al patio, separado de la calle solo por una verja siempre rota. Por aquella puerta Livia entraba directamente en la habitación de Nicola, y también Rosa a veces, cuando se olvidaba las llaves. Pero había un código: si las cortinas estaban corridas, significaba que Nicola estaba durmiendo o con Livia. En esos momentos, nadie podía entrar.

La poca ropa que tenía estaba tirada en un armario. Una cama de una plaza en la que ahora estaba tumbado, una mesa que se caía al suelo si te apoyabas en ella demasiado, una lámpara de escritorio que le había comprado Carla en Ikea, si no cómo harás si un día por fin decides estudiar y te matriculas en la universidad. Rosa trabajaba porque al año siguiente quería estudiar Economía como su padre. Nicola no quería saber nada de estudiar. Rosa quería hacer lo que quisiera su padre.

Esa noche Rosa estaba en la casa de su madre, Nicola estaba tumbado en la cama y su novia Livia estaba sentada en el suelo, a su lado, la espalda apoyada contra la base de contrachapado en que descansaba el colchón. Él la acariciaba.

«¿Dónde coño estará?», Nicola suspiró y miró el techo de yeso que se caía a trozos. Vito nunca había dejado de sorprenderse de haber tenido hijos que no tenían su acento, que casi no comprendían nada de su dialecto, que lo llamaban «pa» y que le decían «me piro».

«Ya verás como llama esta noche», Livia se volvió para mirarlo, la mano de Nicola que le acariciaba el pelo resbaló de su cabeza y cayó. «No es la primera vez que hace cosas raras.»

«¿Y si no llama?», Nicola apretó los ojos, levantó un poco la cabeza y miró hacia la puerta acristalada. Se puso de pie.

También Livia se puso de pie. «¿Quieres que me quede esta noche?»

Él se agachó para coger del suelo una botella de cerveza casi vacía, muy caliente. Sudaban como animales, el cuerpo resbaloso, el pelo pegado a la cara, el sudor les caía por la espalda, por detrás del cuello, por el pecho, también en las piernas brotaban gotas y más gotas de sudor y chorreaban.

«¿Puedo abrir la puerta?»

Nicola dijo «No».

La miró y solo llevaba unas bragas gris claro, no tenía ni sujetador, le disgustó. Livia lo miró, él solo llevaba un bóxer negro con elástico gris con la inscripción Gap en el borde. Se sintió culpable.

«Te he preguntado si quieres que me quede. Nicola, por favor.»

Nicola miró la cerveza a contraluz, bebió. «Sí, tienes razón, seguro que no ha pasado nada.» La atrajo hacia sí, ella se dejó hacer, y estaba desnuda, él le quitó despacio las bragas y empezó a besarla.

«Pero ¿ayer a qué hora se marchó?»

Seguía siendo el 7 de agosto, de noche, Rosa, la mirada angustiada, dibujaba con Mara en la mesa estrecha —solo un poco más ancha que la del tío Franco, y por eso en la habitación había menos espacio, parecía que había *mucho* menos espacio— de la casa de su madre. El calor era asfixiante. Pese a que todas las ventanas estaban abiertas, no entraba ni una pizca de aire, Mara estaba paliducha y pegajosa, no paraba de pasarse las manos por la cara

para apartarse el pelo, algunas gotas le caían a los ojos y se los frotaba con las manitas manchadas con los colores de las acuarelas, amarillo, rosa, rojo, goteaban sobre la hoja, los colores se desleían. «¿Ma?», Rosa sostenía una acuarela azul suspendida, ella y Mara estaban dibujando la cena de cumpleaños de la noche anterior, azul era el cielo que se veía por la ventana del tío Franco. «¡Oye, ma!»

Carla reaccionó, sentada también a la mesa tejía a mano un lazo para un recién nacido, Bienvenido, Federico, era una labor primorosa, bordada en punto de cruz, la señora molisana que se la había encargado le había explicado que su suegra había fallecido de repente cuando tenía el lazo a medias y ella ahora estaba a punto de dar a luz, si Carla lo terminaba a tiempo le pagaría más y si no menos. Qué hago si cuando nazca el niño no está listo el lazo, me lo como, póngase en mi lugar. «¿Qué has dicho, Rosa? Perdona...», miró a su hija y se enjugó el sudor de la frente, una gota le brotó redonda como un botón de la piel, se extendió por la nariz, cayó en el lazo blanco.

Rosa se levantó, apartó la bicicleta de Mara y la muñeca regalo de su padre (Mamá, mamá, tú eres mi mamá, dijo la muñeca, elevó los brazos mecánicos como para abrazarla), puso una mano en el hombro de su madre. «Estás preocupada», dijo. «¿Mamá? ¿Debemos preocuparnos?»

«No, claro que no», Carla alzó los ojos agotados hacia los de su hija, «estará en uno de sus viajes, estará cerrando algún negocio.» Puso una mano sobre la de ella, estaba sudada y blanda como si le hubiesen quitado los huesos.

Cerrando algún negocio no era una expresión de su madre, el pánico encogió el estómago de Rosa. Si también Carla estaba preocupada, ¿cómo combatir el miedo?

«Salió en cuanto os marchasteis», a su móvil llegó un mensaje en el que se

leía Manuel pero Carla ni se dio cuenta, echó un vistazo triste a la muñeca, que se quedó callada. «Me dijo que si a Mara no le gustaba le compraba otra cosa. Me dijo que le importaba mucho, que el regalo podía elegirlo yo, tú sabes qué le gusta, dijo, cómprale algo que le encante, recuérdalo, me importa, me lo rogó.» Se le hizo un nudo en la garganta.

«¡Mamá! ¡Pipí!» Mara se despertó de repente del dibujo. «¡Se me escapa, mamá!»

Rosa cogió enseguida a su hermana para llevarla al cuarto de baño, las dos mujeres se miraron, respiraron, sonrieron.

Luego salió de Massafra la denuncia de desaparición.

Un hombre de casi dos metros de estatura, fuerte, «dos manos enormes, mi hermano es una especie de Sansón, es guapo, guapo, guapísimo», ojos muy marrones, casi negros, y tez clara enmarcada en negro —pelo, cejas, barba, muy velludo—, llevaba horas, no se sabía exactamente cuántas, sin aparecer por casa y sin responder al teléfono. No había vuelto a comer, había dicho la asistente. Ya era casi medianoche, estaban muy nerviosos. Vivía solo.

«Señora Semeraro, ya lo sabe, a su padre don Peppino yo lo conozco de toda la vida», el policía era flaco, casi filiforme, de unos sesenta años. Miró hacia fuera, la comisaría de Massafra daba a una carretera provincial, nada que ver con las calles del centro blancas y empedradas. Aparte de la comisaría había una gasolinera y nada más, terminaba el pueblo, roca y poco verde a los lados de la calzada, muy oscura a esa hora, había un cielo tan turbio que le pareció pastoso, un presagio de nubes cargadas de humedad. Se secó la frente con un pañuelo y lo guardó en el bolsillo. «Pero antes de que pasen al menos cuarenta y ocho horas no puedo hacer nada. Y encima aquí estoy atado de manos, señora, su hermano ha desaparecido en Roma. Se ha

desaparecido, si no es que se ha ido de viaje, hágame caso, seguro que está dando una vuelta por ahí. Desde aquí, señora Semeraro, por mucho que quiera, no puedo hacer nada. Pero no se preocupe, estaré pegado al teléfono, hablaré con mis colegas de allá, hablaré con todos con los que haya que hablar. Pero, señora Semeraro, usted se me tiene que tranquilizar un poco.»

El policía soltó el aliento, nunca había hablado tanto en toda su vida, el calor le había empañado las gafas, se las quitó, les pasó también el pañuelo, no se les fue la humedad, cuando se las volvió a poner no veía nada.

Mimma no se alteró, escuchaba, sentada, era una silla de contrachapado de las que se usaban en los colegios, el borde mellado le rasgó una media cuando se levantó, Mimma no pronunció palabra, el policía frunció el ceño. Le tendió la mano. «No tema, señora Semeraro, ya verá como se arregla. Vuestro hermano», sin darse cuenta pasó al vosotros, «se ha ido de viaje y pronto volverá.»

Mimma asintió y eso ya era una despedida, estaba muy seria, se apretó el bolso contra el pecho, no tendió la mano, se dirigió hacia la puerta y salió.

La acometió un viento tan caluroso que no podía respirar, su marido Enzo la estaba esperando en el Tempra color hielo, miró a derecha e izquierda, cruzó la calle, el marido se estiró hacia el asiento del copiloto y le abrió la portezuela, en la radio había un programa de fútbol, Mimma se subió un poco la falda para entrar en el automóvil, se sentó, apretó con una mano la carrera de la media como para parar una hemorragia. «¿Y?», preguntó él, a la vez que bajaba el volumen y la miraba.

«Son un atajo de desgraciados», dijo Mimma. «A partir de ahora nos las arreglaremos solos, no nos queda más remedio que hacerlo todo por nuestra cuenta.»

Al despertarse de uno en uno antes del amanecer con el sonido del teléfono, Carla —que dormía pegada a Mara, buscando consuelo—, Rosa —echada también en la cama de su madre—, Nicola —que al sonido del teléfono se levantó como si le estuvieran oprimiendo la cabeza para ahogarlo—, Livia —que se despertó de rebote, miró alrededor, soñaba que estaba en medio del desierto, se moría de sed—, Nuccia, la asistente de Vito —en camisón en la cama con su marido Gianni, se sentó de golpe y se puso las chanclas mientras respondía—, Roberto y Marco —los únicos dos colegas que Vito había presentado a la familia—, todos respondieron entre el sueño y el miedo: No lo sé.

No sabían dónde estaba Vito, dijeron, además no tenían noticias de él solo desde la mañana o quizá desde la noche anterior, tenían sueño, especialmente Roberto y Marco, tenían novias, esposas, quizá amantes, e hijos que dormían.

Pero Mimma persistía y en un momento dado le dijo a su marido «Vamos a llamar a esa mujer». Tuvo que apelar a toda su prudencia antes de llamarla, y también para no insultarla. «Hola. Eres Milena.»

«Sí, ¿quién es?»

«Mamá», se oyó una voz.

«Ya sé que tienes una hija, ¿qué te crees? Que hasta tienes una hija. ¿Cómo te atreves?»

«¿Cómo me atrevo a qué? Perdona, oiga, ¿quién habla?»

«Mamá, ¿quién es?»

«Nada, cariño, duerme, tranquila, Paola, ve a dormir.»

«¿Dónde está mi hermano?»

«¿Usted es Mimma?»

«Te advierto que lo sé todo. Dime dónde está.»

«No lo sé, señora, yo también lo estoy buscando, estoy muy preocupada...»

«Bruja. Por lo menos cierra el pico.» En ese instante amaneció.

«¿Qué quiere de mí?»

«¡Mamá! ¿Quién es?», la voz sonaba más cerca.

«Todavía es temprano, cariño, vuelve a la cama.»

«¿Tu pobre hija sabe que te follas a hombres casados?»

«Oiga, señora, ¿cómo se...?»

«Sabemos que sabes dónde está, no somos imbéciles, ¡habla!»

«Ya es suficiente, señora, yo...»

«Como descubra que está contigo, te parto la cara.»

La cocina seguía a oscuras pero fuera ya había luz. Se levantó cansada, el bochorno no la dejaba respirar, trataba de abrirse camino por los callejones del barrio Monti jadeando y a empujones, pero como cada día estaba abocada a la derrota. La cocina no era una cocina, era un pasillo con cuatro fogones, una encimera, una mesita blanca coja pegada a la pared donde no cabían ni dos personas, pero ambas se sentaban todos los días allí, apretujadas contra la pared; en ese lado de la pared estaban las salpicaduras de la comida que saltaban de los platos, no se quitaban con nada. Además de la cocina y el dormitorio había una habitación minúscula que hacía las veces de entrada. Las dos la llamaban salón, pero era un espacio oscuro, si ponías una mesa, o solo un par de sillas, ya no había sitio para levantarse o para sentarse. Se sentaban a la mesita de la cocina para desayunar, para comer, para cenar,

todos los días, luego Paola se pegaba a la ventana, vivían en un piso justo por debajo del nivel de la calle, se ponía a mirar las piernas de los turistas que pasaban.

La casa era de Milena, y antes de Milena había sido de su padre, y antes de su padre había sido del padre de su padre, cuando Monti seguía siendo un barrio popular donde si pasabas y no eras de allí te observaban desde los edificios. Pero en las últimas décadas se había convertido en un barrio muy chic, Paola salía de casa y quería ser una turista, una artista, una rica propietaria, mirar Roma y los Foros desde las terrazas de Monti y que su novio fuera el vástago holgazán de una familia acaudalada.

Milena dejó el teléfono inalámbrico en la mesita blanca y le sonrió a Paola. «Nada», dijo, «se habían equivocado. Vuelve a la cama.»

«Anda, ma», Paola se sentó. «Dime quién era.»

Entró un hilo de luz, se coló por la ventana como si fuese agua, luego se retiró. Madre e hija lo vieron marcharse.

«Nada», Milena se puso de pie, cogió la cafetera, la abrió, se agachó y tiró el poso al cubo, se incorporó, puso la cafetera abierta en la encimera, estiró una mano y cogió el tarro del café. Empezó a llenarla.

«Venga, mamá», Paola cogió el inalámbrico, lo miró y luego lo dejó. «No soy una niña.»

«¿Ya no tienes sueño?», cerró la cafetera. La puso al fuego. Encendió el gas.

«¿Quién era?»

«¿También quieres café?»

«¿Llamaban por Vito?»

«¿Qué quieres comer?»

«Se ha marchado, ¿verdad? Ya no lo veremos más.»

«¿Quieres leche?», se agachó para sacarla de la pequeña nevera que estaba

debajo de la encimera, una nevera baja e inútil como las que hay en los hoteles.

«Nos ha abandonado, ¿verdad?»

Milena dejó la leche en la mesilla blanca. «¿Quieres cereales?»

«¿Me dices quién coño era?» Paola dio un puñetazo en la mesita y el café se derramó.

Milena cogió el móvil, buscó un nombre, marcó un número, la casa se sentía húmeda, sujetó el móvil entre el cuello y el hombro y fue a la habitación a hacer la cama en la que dormía con su hija, fuera una bandada de gaviotas lanzó gritos salvajes y con el móvil empapándose de sudor contra la mejilla Milena esperó, no pudo evitar una sonrisa.

«¿Hablo con Carla?» Era la voz de un hombre, el acento era inconfundible y ya era 8 de agosto.

«¿Quién es?»

«Señora, díganoslo», el tono de voz era conciliador.

«Perdone, pero no sé quién es...»

«Bien, señora, se lo decimos por su bien, sabemos que usted sabe dónde se encuentra su marido.»

«Perdone, pero quiere decirme quién es...»

«Señora, señora», la voz seguía siendo amable, la reprobaba pero con educación, «esto no es una broma, venga, señora. Ni para nosotros, ni para usted. ¿Dónde está Vito? Venga, señora.»

«Perdone, pero ¿con quién hablo, quién es usted?»

«Oiga, señora, me estoy impacientando. Usted sabe quién soy, y también

sabe adónde ha ido Vito. Aquí lo sabemos todos.»

«¿Pero qué dice? Se lo juro», se le quebró la voz, «si lo supiese lo diría, lo diría.»

«Él quiere a la familia, a los hijos, a usted, él por la familia se corta las venas, señora, por usted haría cualquier sacrificio. Seguro que a usted le ha dicho adónde iba, venga, señora, trate de recordar.»

«Le aseguro que...»

«Nos da igual por qué se ha marchado, eso es asunto de Vito y suyo. Díganos solo dónde está, y nos quedaremos tranquilos. Está decidido, señora, nos ocuparemos nosotros. Venga, señora, quítenos ese peso de encima, por su bien y por el de sus hijos, díganos dónde está.»

«Pero qué tienen que ver mis hijos, por el amor de Dios, se lo ruego, no lo sé.»

«Ya.»

Y el teléfono enmudeció, y Carla dejó el móvil en el paño que cubría la tabla de planchar sobre la que estaba trabajando, no hizo caso a los mensajes de Manuel, a las llamadas, miró la plancha hirviente que arrojaba vapor como un dragón, pasó los dedos por el paño y luego por la camisa de hombre a rayas anchas que estaba planchando. La dueña de la sastrería era baja y menuda, hablaba italiano con dificultad, llevaba siempre el pelo perfectamente liso, como recién lavado, de un negro brillante que a veces parecía azul. Se volvió hacia Carla y abrió la boca para decir algo, pero en ese momento la puerta se abrió, entró una mujer muy flaca con ligero acento de Bari, puso un par de vaqueros en el mostrador, detrás de ella entró una chica con la cara roja por el calor, probablemente su hija, la mujer flaca dijo «Buenos días, tengo que cambiar la cremallera, ¿voy a comprarla y se la traigo para que la cosa?».

«No, señora», la dueña tenía un acento chino que a veces quería disimular

y otras no, «yo tengo cremallera.» Se agachó y sacó de debajo del mostrador una bolsa grande llena de cremalleras.

Las tres mujeres elegían inclinadas sobre el mostrador la mejor cremallera, Carla se despabiló y siguió planchando, los ojos fijos en la camisa, moviendo la mano con gesto experto, el sudor amenazando con caer de la frente, levantó un instante la vista de la tabla para secarse el sudor antes de que cayese a la camisa blanca, justo cuando pasaba por la calle un hombre muy alto, una especie de Sansón, el pelo muy negro peinado hacia atrás con gomina, que echó un vistazo hacia el interior y luego siguió su camino veloz, parecía Vito.

Estaba sumido en un sueño pesado ya avanzada la mañana, el sueño que se tiene cuando has pasado mala noche, te has dormido al amanecer, un sueño pastoso, los párpados pegados, un sueño como un foso en el que te has hundido, lo llamaban a la realidad, despierta, no me quiero despertar, no me quiero despertar más, no se despertó, había un hombre, desnudo, las tetillas muy rojas, avanzaba despacio como si fuera por una cuesta, seguía a una mujer, la mujer lo llevaba atado con una cuerda larga, del cuello, también la mujer estaba desnuda, muy blanca —él conocía a ese hombre, también a la mujer, sabía quiénes eran, pero en el sueño no lo sabía, no conseguía recordarlo—, el hombre seguía a la mujer con la cabeza gacha y se veía su sexo, el sexo del hombre, abandonado y flácido, una enorme mata de vello, negro, que sobresalía de la base, un sexo larguísimo, arrugado, como un tubo, no tenía fin, como una trompa, es demasiado largo, pensó él en el sueño, y estaba pálido, arrugado, el sexo se prolongaba hasta más allá de las rodillas, de las pantorrillas, de los pies, llegaba al suelo y al final del sexo había una boca, con una dentadura amarillenta sin labios. No quería despertarse, no puedo, no abrió los ojos, pero ya estaba alerta, oyó ruidos que no descifró, instintivamente se llevó las manos al sexo, encontró una mano en su sexo, y su sexo estaba erecto, y entonces de golpe se despertó.

Hacía un calor infernal, la mano que no era suya estaba sudada, no abrió los ojos, suspiró, la mano se movía, le gustaba, la boca se le hacía agua, la mano estaba sudada, todo estaba sudado, la mano se movía, le gustaba, sintió calor en la oreja, le susurró como el silbido de una olla a presión, palabras,

pero no las entendió. El calor se desplazó, la mano seguía moviéndose en su sexo, él se retorció un poco, pero poco, suspiró, el calor pasó de la oreja a su boca, labios, sintió una lengua, abrió la boca, poco, los labios lo besaron, lengua, luego se retiraron, la lengua, el calor pasó al cuello, la mano se movía, más rápido, él estaba más empalmado, cada vez más empalmado, tragó saliva, estaba muy caliente, la mano seguía moviéndose, la lengua y los labios se desplazaron de nuevo, el pecho, los pezones, la barriga, el vientre, el bajo vientre, la lengua empujó la mano que no era suya, desplazó la suya para dejar libre el camino, la lengua se coló por debajo de la mano, entre la mano y el sexo, la mano se seguía moviendo, despacio, fuerte, apretaba, bien, no demasiado, no demasiado poco, lo justo, sí, la mano se movía y ahora también la lengua, lamía, chupaba, volvió a desplazarse, la lengua, por todo el sexo, por la punta, por el glande, chupaba, lamía, la mano se movía con más fuerza cada vez, muy bien, era incapaz de contener un gemido, la mano de golpe paró.

No, no, no, no, y no quería abrir los ojos, la presión sobre el sexo se esfumó, sigue, ahora estaba desesperado, no abrió los ojos, contuvo la respiración, había como un maremoto en su cuerpo, calor y agua en los ojos y en las orejas, contuvo el aliento, y de golpe se sintió completamente absorbido. La sensación —hermosa, preciosa, sigue, te lo suplico— se reanudó, pero esta vez era más fuerte, y no era solo el sexo, estaba todo él —allí dentro— dentro de algo caliente, hirviente, húmedo, mojado, sentía que le caían gotitas (pero dónde le caían), y aquel calor que lo rodeaba y que lo había absorbido iba y venía, iba y venía, y el maremoto aumentaba, él veía el maremoto, la lengua había subido de nuevo (al cuello), y un cosquilleo en la cara, una mano le agarró con fuerza el brazo, y algo respiró. No pares, le dijo a ese algo. Ese calor blando, duro, compacto, irregular, vio como montes en la cabeza, y como pendientes empinadas, y al final como una pequeña

almohada, cuestras irregulares, rugosas, blandas, más duras, ese calor se seguía moviendo encima de él (su sexo), y veía —el maremoto, los maremotos— que crecía, se hinchaba, se endurecía, se quedaba sin respiración, recuperaba todas sus fuerzas, se derrumbaba, no podía abrir los ojos y después, otro golpe, un movimiento más rápido, más rápidos, sobre él, el maremoto se hinchó y de repente paró, altísimo, terrible, y luego se partió y se tragó toda la rompiente.

Algo le resbaló por el costado, una cosa que el sudor volvía pegajosa como la grasa. «Llaman a la puerta», dijo esa cosa. Y entonces tuvo que abrir los ojos, miró a la puerta acristalada, vio que casi había atardecido. Abrió los ojos, y solo entonces pudo oír que llamaban a la puerta de la habitación. Se levantó de un salto, se puso el bóxer, la barriga fría y mojada, pegajoso, la piel le tiraba, el cuerpo que había a su lado se tapó con la sábana, porque solo ahora oyó que, además de llamar a la puerta, lo llamaban por su nombre. Los ojos enrojecidos, azules como los de Carla, como los de Mara (los suyos eran marrón oscuro, casi negros), allí estaba Rosa. «Nicola, ya era hora. Papá no ha vuelto.»

Pasó también el 8 de agosto, llegó el mediodía del 9, lo reclamaban del banco, lo reclamaban de Massafra, lo reclamaban de Roma, Vito no aparecía, seguía con el móvil apagado, Vito había huido, últimamente tenía problemas económicos de los que no hablaba con nadie, Vito había tenido un accidente, sufría un estado de confusión mental, lo buscaban en todos los hospitales, no era verdad que Vito tuviera problemas económicos, de eso nada, solo estaba harto de trabajar, disfrutaba de su dinero donde más le apetecía, Vito estaba tomándose un respiro, después del divorcio no había vuelto a ser el mismo, Vito quería hacerse desear, era una manera de reconquistar a Carla, Vito había huido, ya no quería saber nada de Carla, se acabó, ahora voy a disfrutar de la vida, Vito había desaparecido para escapar de Milena, que últimamente no lo dejaba en paz, Milena era su amante, de eso nada, qué va a ser su amante, Vito por la familia se habría desvivido, Milena era una de sus exclientas que se había enamorado de él, estaba obsesionada, lo perseguía, la hija de Milena era hija suya, que no, la hija de Milena era hija de quien fuera, Vito había huido con una tercera mujer, una pelirroja todo curvas, se había marchado para rehacer su vida en la otra punta del mundo donde siempre es verano y no hay exmujeres, Vito estaba escondido, y Milena sabía dónde estaba, Vito estaba escondido, y Carla sabía dónde estaba, Rosa se enjugó el sudor de la frente a escondidas, forzó una sonrisa y sirvió pasta a la gricia y un chuletón en una mesa para dos.

Su hermano, sumido en los vapores de la comida, sepultado junto a un cocinero indio y a otro pinche, un chiquillo de Romagna, en la pequeña

cocina abierta de la que se escapaba el aire por todas partes, en cuanto podía se secaba una mano, la introducía en el bolsillo, sacaba el móvil, comprobaba si tenía llamadas o mensajes, miraba la hora porque quería ir a la casa de su madre para verla porque últimamente no se había encontrado nada bien.

Los encontraron así los dos inspectores, a ella arqueada bajo el peso de los platos para una mesa de cinco —de nuevo pasta a la gricia, queso y pimienta, carbonara, rabo de ternera en salsa, asadura de cordero—, a él picando cebolla, troceando carne, fregando ollas, secándose el sudor de la frente. Entraron los dos en el local sobre el que lucía un cartel gigantesco de estilo romano antiguo, In Agonis, por el nombre originario de la plaza, llegaron directamente de la plaza Navona, se abrieron paso por la terraza, no sabían que habían pasado por delante de Rosa, el sol era fortísimo pero había turistas por todas partes, se agolpaban en la infinidad de restaurantes idénticos a aquel en el que trabajaban Nicola y Rosa, y los transeúntes reían y se ayudaban, se hacían fotos delante de la Fuente de los Cuatro Ríos, delante de la Fontana de Trevi, delante del Coliseo, se condensaban en los lugares más turísticos de Roma, se agrumaban y dispersaban como miríadas de hormigas o gusanos, regresaban a casa y de Roma recordaban el empedrado y las fuentes.

«El dueño», dijeron los dos.

«No está aquí», respondió un gordo con aire de fanfarrón, se tocó detrás de la oreja, se olió los dedos sin darse cuenta.

«¿Trabajan aquí Nicola Giuseppe y Rosa Annunziata Semeraro?»

No tenían contrato y al gordo se le bajaron los humos. «Esa es Rosa», señaló a la chica que estaba en la terraza, «y ese es Nicola», dijo señalándolo con la cabeza, justo cuando Nicola extraía de una cacerola un montón de alcachofas salteadas. Uno de los dos inspectores golpeó con los nudillos el cristal que separaba la cocina del local. Los cocineros se volvieron a la vez,

vieron ese rostro de madero y todos pusieron cara de espanto, solo Nicola dejó caer el plato de alcachofas y el plato se partió como por una ráfaga de disparos, los trozos de alcachofa se estrellaron contra las paredes de la cocina.

«Buenos días, señora Romano», ella los invitó a sentarse.

«¿Lo han encontrado?»

«Todavía no, señora», el bigotudo se sentó a la mesa, el de la mirada antipática daba vueltas por el apartamento como perro en casa nueva.

La señora Romano sirvió el café y también se sentó.

«¿Conoce a Domenica Maria Semeraro, llamada Mimma?», el inspector de la mirada antipática daba vueltas por la habitación, manoseaba un belén dentro de una bola de cristal, Carla lo tenía en una repisa que había encima del horno desde que la había recibido, era el regalo de Navidad de Mara para su madre pero en realidad lo había comprado Rosa.

«Es la hermana de mi exmarido», los ojos se le empañaron de lágrimas.

«Cálmese, señora», el inspector bigotudo se sirvió azúcar, una cucharadita, dos, tres, cuatro, cinco, seis, el vapor trataba de elevarse pero no se mezclaba en el aire, en esa casa hacía un calor insoportable. «Las cuarenta y ocho horas acaban de pasar, estamos aquí sobre todo para tranquilizarla, solo queremos hacerle un par de preguntas rutinarias.»

«La señora Domenica Semeraro ha presentado denuncia de desaparición, ¿usted por qué no lo ha hecho? Vito es su marido», dijo el que daba vueltas.

«Ya no es mi marido, desde hace dos años.»

«¿No la ha extrañado el hecho de que no respondiese al teléfono?», se detuvo con la bola en el aire, la agitó, dentro se movió nieve de purpurina roja, blanca, amarilla.

«Como le he dicho, no es mi marido desde hace dos años. Nunca

hablamos.»

«Sin embargo, su hija Rosa dice que hablaron el 6 de agosto.»

«Era el cumpleaños de mi hija Mara, de nuestra hija, cumplía tres años, tenía tantas ganas de ver a su padre que acabé llamándolo, lo invité a su fiesta.»

«¿Acudió?», el bigotudo sorbió el café haciendo tanto ruido que la respuesta de Carla apenas se oyó.

«Sí.»

«¿Dónde fue la fiesta?»

«Aquí, dos plantas más arriba», Carla miró hacia arriba, al techo, «en la casa de mi hermano.»

El bigotudo revisó una libreta. «¿Francesco Ernesto Romano?», dijo. Carla dijo «Sí».

El bigotudo se secó el café en la manga del uniforme, los bigotes le quedaron húmedos y amarillentos de café. «¿Cómo se encuentra, señora?»

«Es difícil vivir, créame», Carla señaló con un gesto alrededor, «es difícil vivir sola con una niña pequeña, dos hijos todavía jóvenes que necesitan mi ayuda, además, soy costurera, imagínese cuánto puedo ganar...», se mordió los labios con fuerza para no llorar más.

«Tranquílcese, señora», la voz era la del inspector que daba vueltas, devolvió la bola a su sitio. «Encontraremos a su marido, todo se arreglará. No se preocupe.»

Carla levantó los ojos para mirarlo, eran azules y llenos de confianza.

«Le hemos mencionado a Domenica Semeraro», dijo el policía, «porque la señora está convencida de que usted sabe dónde está su exmarido. Dice que Semeraro nunca se habría marchado sin hablar con usted, que usted es muy importante para él, que adora a sus hijos. Dice que es incapaz de irse sin decírselo, ni siquiera dos días. Señora, si su marido, disculpe, si su exmarido,

le ha dicho algo, si usted sabe dónde está, me hago cargo, pero es precisamente por dejarlo en paz, por dejarlos en paz a todos, verá usted, todo el mundo es dueño de sus actos, es por sus hijos, lo digo por la tranquilidad de sus hijos.»

Carla se sujetó entonces la cabeza entre las manos, los codos le temblaban en la mesa casi igual a aquella en la que habían celebrado todos juntos el cumpleaños de Mara, parecía tan cerca, ayer, hoy, parecía que todo había sido hacia mil vidas, se echó a llorar con gemidos que le agitaban los hombros, todo el cuerpo. Y viéndola allí, menuda, hermosa, sacudida por los gemidos, tan indefensa, tan necesitada de protección, a los dos inspectores les pareció seductora como una mujer adulta, y aun así pequeña, poco más que una niña.

Se pusieron a rezar. Su familia era atea desde hacía generaciones, ella era atea, ese había sido otro motivo de enfrentamiento con Vito, la boda en la iglesia, la educación espiritual de sus hijos, el bautizo, la comunión, la confirmación, el catecismo, la misa, la educación escolar de sus hijos, Vito había querido que fueran a un colegio de monjas. Hasta Mara había sido bautizada porque aún vivían bajo el techo de Vito; en cuanto obtuvo la custodia de su hija, Carla la educó como ella quería, se acabaron las misas, se acabaron los rezos de noche. Vito decía que la niña se criaba sin un ángel de la guarda ni una cruz en casa: la de cruces que había en la casa de los señores Semeraro, allá en Massafra. Pero qué podías hacer, mamá, se dijo Rosa esa noche, su desaparición te hace todavía más daño porque lo has abandonado tú, te sientes culpable porque aunque es verdad que es el peor marido que te podías imaginar, de todos modos a tus hijos los ha adorado, y también a ti, te ha amado con locura, lo único que pasa es que su amor era un campo de batalla.

Se pusieron a rezar porque lo pidió Rosa, Rosa era la única que seguía yendo a misa, soñaba con una boda por la iglesia, dirigía tristes súplicas al Señor, se arrodillaron junto a la cama de la madre. Mara apareció llorando con la muñeca que le había regalado su padre. «¡No funciona! ¡Está *lota*! ¡Ya no funciona!» Nicola le prometió que al día siguiente la llevaría a arreglar, ella se tranquilizó. Le rezaron al ángel de la guarda de papá, la Virgen y Cristo y Dios en persona, bocanadas y estallidos de calor erupcionaban llenos de lava en la casa, los muebles podían prenderse en cualquier momento, de uno en uno, hasta derretirse. No se veía la luna desde la casa de Carla, solo se veía un minúsculo trozo de cielo desde la ventana de la cocina, el dormitorio estaba pegado a otro edificio, alto, desconchado, era sábado y se oían las voces del Pigneto, los automóviles se deslizaban por el viaducto. Rosa dijo «Si nos lo traes de vuelta, mamá dejará de pelearse con papá».

El rezo terminó, la madre se sentó en la cama, no había una sola luz encendida pero de repente todo era apacible, hizo que se le acercaran todos sus hijos. «¿Tú también te quedas a dormir?», le preguntó a Nicola, Nicola torció un instante la boca, nadie se dio cuenta, Livia lo esperaba en casa. En ese instante sonó con insistencia el móvil de Carla, todos dieron un respingo como si les hubieran caído trozos de hielo en plena cara, pero era Manuel, solo Manuel, siempre Manuel, cuánto había deseado hasta hacía dos días que fuese Manuel, ahora no, ahora quería no haber conocido nunca a Manuel. Nicola, Rosa, Mara, cada uno de ellos sabía a su manera de Manuel, Nicola lo había considerado un derecho de su madre —o al menos era lo que decía—, Rosa no quería verlo —era, confiaba, solo un momento de debilidad de su madre—, a Mara le gustaba estar con él, ese señor era divertido, sabía jugar bien, solo que perdía siempre. Pero allí, en mitad de la noche, sentados junto a la madre que los consolaba como si los tres fuesen niños —su tono era el de una cuentacuentos, cálido, sereno; «Mirad qué guapos sois», decía, «mirad

cuánto nos queremos», decía, «solo tenemos que mandar todo este amor a vuestro padre, veréis que será suficiente, habéis crecido, estáis creciendo sanos, guapos, inteligentes, llenos de amor, leales, honrados, veréis que este amor le llegará y nos lo traerá, sabéis que vuestro padre y yo a veces hemos tenido diferencias, pero creo que sabéis, que cada uno de nosotros sabe, que el amor no termina, el amor no termina nunca»—, pero allí, a mitad de aquella canción de cuna, la insistencia con que Manuel la llamaba al móvil les pareció a todos una amenaza. Aun así Carla siguió indiferente con su cantilena como si no oyera nada, y poco a poco el sonido se redujo en la mente de sus hijos a un zumbido, de un zumbido al rumor de la calle, luego se lo tragaron las bocanadas de calor asfixiante, hasta que no se oyó nada.

«Mama, no volverás a ver a ese hombre, ¿verdad?», le susurró al oído Rosa, ella dormía, fue un silbido como de loco en la noche.

A la mañana siguiente Carla les preparaba el desayuno a Nicola y a Rosa con la cara tersa y brillante, se notaba que fingía, qué bien la conocían, se notaba que trataba de darles una sensación de normalidad, de seguridad. Hablaba sin parar. Llevó a la mesa rebanadas de pan y mermelada, miró un instante su apartamento, ahora muy parecido a la casa de su hermano, daba la sensación de que habían cenado allí tres noches antes con Vito, no en el de Franco, llevó la mantequilla, los cuchillos, le parecía verlo a esa mesa, estiró una mano y acarició su sitio, allí estaba sentado el padre de sus hijos.

Nicola estaba de pie, de espaldas a su madre y a su hermana, mirando por la ventana, aspiraba con fuerza un cigarrillo; había sido allí, dos plantas más arriba, donde su madre y él habían fumado aquella noche, lo invadió un

sentimiento de culpa que no cabía precisamente en un cigarrillo, en un poco de ceniza que cae de la tercera planta. Rosa se levantó para buscar las servilletas, se sentó, también se sentó su madre. «Siéntate, anda, come», le dijo Carla a su hijo. Él no se movió, ella se levantó y se le acercó, le rodeó la espalda con un brazo, como a un hijo que está enfermo, como si ella misma se dispusiera a llevarlo hasta la mesa. Nicola tiró el cigarrillo al fregadero, fue, se sentó. Dio saltos Mara por la habitación en pijama, llevando pegada al pecho muy seria la muñeca de su padre, con una mirada llena de magnanimidad dijo «Así *ta* bien», la señaló, «no *ta* bien, no funciona, no tiremos, por *favó*, mamá.» Y Carla miró a Mara, también a sus otros hijos, con una de esas sonrisas llenas de amor, de tristeza, que hacen que a sus hijos se les parta el corazón. «Claro, cariño, no te preocupes, la muñeca se queda aquí con nosotros.» La cogió en brazos y la puso en la trona. «Allá», dijo Mara, y Carla sentó también a la muñeca a la mesa. Mara miró a su madre con ojos azules muy profundos. «*Tará* bien papá, ¿no, mamá?» Carla tuvo un escalofrío. «Claro, peque, estará perfectamente.» Nicola y Rosa se volvieron a mirarla, luego Mara dijo «*Tamién* la muñeca *tará* bien, se curará, ¿*veldá*, mamá?».

«¿Los hago pasar, señor Valeri?», le preguntó el empleado a un hombre atractivo de unos cincuenta años, distinguido, el semblante tranquilo, ojos inquietos que contrastaban con la cara, tensos, sentado a un escritorio de nogal. Valeri hizo un gesto afirmativo, tras lo cual el empleado se marchó y cerró la puerta del despacho.

Los inspectores entraron. Valeri se incorporó levemente y les estrechó la mano, con un gesto los invitó a sentarse. «Tenemos que hacerle algunas preguntas acerca de un colega suyo, Vito Semeraro», el inspector bigotudo se sentó lanzando un suspiro, el de la mirada antipática permaneció de pie.

Pero no tuvieron tiempo de mirar el efecto de ese nombre en los ojos de Valeri, se abrió de nuevo la puerta sin ruido, entró un hombre más bajo pero también muy distinguido, hombros anchos, había jugado al rugby muchos años, con un gesto de la cabeza saludó a todos. «Marco», lo saludó Roberto Valeri. Marco Donnarumma permaneció de pie como el segundo inspector.

El inspector bigotudo sacó una libreta. «¿Usted es el señor Donnarumma?» Marco asintió. El inspector dijo «Como le acabo de decir a su colega Valeri, estamos aquí para hacerles un par de preguntas acerca de Vito Semeraro. Nos ha dado sus nombres la hermana de Vito, Domenica Semeraro. Dice que son ustedes sus amigos».

«No somos amigos, somos colegas», Roberto extendió las manos, las puso sobre la mesa como un rey sobre su reino.

«Nosotros tampoco tenemos noticias de él. Hace días que no viene al banco», Marco miraba a Roberto. «Han intentado llamarlo, pero no han

conseguido contactar con él.»

El inspector antipático se acercó a la ventana, el despacho tenía una ventana grande que daba a un patio interior muy luminoso, lleno de plantas que en algún momento debieron de estar floridas, llenas de verdor, pero que ahora estaban marchitas, agostadas por el sol. «¿Tienen alguna idea de dónde puede estar?»

«No sabemos cómo ayudarlos, lo sentimos. Si podemos hacer algo más...», y Roberto hizo ademán de despedirlos.

«¿Desde cuándo trabajan con él?», el inspector de la mirada antipática habló mirando hacia la ventana.

«Unos diez años», dijo Marco.

«¿Y cómo es en el trabajo?»

«Siempre ha sido uno de los mejores, una carrera brillante, un trabajador como hay pocos. Lo apreciamos mucho.»

«¿Alguna vez han oído nombrar a una tal Milena Spataro?», el inspector bigotudo se volvió hacia Roberto.

«Vito ha sido siempre muy reservado, no sabemos nada de su vida», dijo Valeri.

«Es una mujer de unos cuarenta años», el inspector bigotudo cogió un cortaplumas de plata del escritorio, le daba vueltas entre las manos, «agradable, pelo negro y largo, una hija adolescente que parece una niña.»

«No sabemos cómo ayudarlos», Marco se alisó la chaqueta.

El inspector antipático se volvió a mirarlos. «¿Creen que se ha ido por su propia voluntad?»

Roberto se rascó una muñeca, le salió una mancha roja un poco irritada, torció la boca. «Al final resulta que nunca conocemos a la gente.»

Marco asintió, miró a Roberto. Se acercó a la puerta, agarró el picaporte. «Perdónennos», dijo, «tenemos que volver al trabajo.»

El inspector de la mirada antipática asintió. «Tienen razón», le dijo al otro. Roberto tendió la mano sin incorporarse.

«Si se les ocurre algo», les dieron una hoja, dijeron sus nombres, «llamen a cualquier hora. Hay una familia, están los hijos, hay una mujer preocupada.»

«Nosotros también lo estamos», Roberto se quedó sentado mientras salían. Una vez que estuvieron fuera Marco cerró la puerta.

Permanecieron unos segundos en silencio en el despacho, luego Marco se dispuso a salir. «Cuidado, Marco», dijo Roberto detrás de él. «Mucho cuidado.»

Habían quedado en el bar Fondi de la via Milazzo, cerca de la estación, en el departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Roma Tres ondeaban dos banderas —la de Italia y la de Europa—, más y más turistas apiñados, unos encima de otros, en grupo o empequeñecidos por la mochila al hombro, chillones, risueños, turistas como en la plaza Navona, turistas como en Monti (y en Monti justo en ese momento Paola, la hija de Milena, sin nada que hacer, sin clases —y era un misterio lo que tenía que hacer su madre en esos días, nunca estaba en casa, no se sabía adónde iba, no decía nada, rumiaba taciturna para sí palabras incomprensibles, salía corriendo, estaba fuera horas, volvía tardísimo, sin hacer ruido, cada vez más flaca, tan pálida que parecía enferma—, y en ese preciso instante Paola, aburrída, muerta de calor, vestida solo con una camiseta sin mangas y unos shorts vaqueros que le quedaban un poco anchos y le caían por las caderas, descalza, sentada en el portal de su casa, miraba a los montones de turistas que pasaban por Monti, qué felices eran, qué bien se lo pasaban, ella también quería ser una turista feliz en cualquier lugar del mundo menos en ese, esa gente ni siquiera la veía, *Sorry, the Colosseum?*, recto a la derecha a la

izquierda recto, Paola daba indicaciones al azar sin pensar en nada, decía las primeras palabras que se le ocurrían, hasta que un hombre con chaqueta y corbata, se notaba que era un hombre hecho y derecho, guapo, de unos cuarenta años, con un lugar en el mundo, se volvió un instante a mirarla, la vio, y ella se vio con sus ojos; y por primera vez no fue mirada como una niña —la camiseta ancha, hasta el ombligo, un pequeño seno redondo en el que el otro fijó los ojos, las piernas flacas, tersas, bronceadas por ese sol implacable, no de la playa, el pelo largo negro recogido en un moño desordenado, los labios, los ojos—, por primera vez fue mirada como se mira a una mujer, turistas felices se interpusieron entre ella y el hombre, ella se dijo cuando pasen seguramente él ya se habrá ido, no volveré a verlo nunca más; y sin embargo...). Llegó primero el inspector bigotudo, se sentó a una mesa de fuera, se puso a fumar un cigarrillo Nazionale, no pidió nada.

Luego llegó Marco, elegante, con traje de oficinista, en la sucursal de Prati hacía fresco, había aire acondicionado. Pero allí, en plena ciudad, con el asfalto derritiéndose como si debajo hubiese un alto horno, él también se moría de calor. Se dejó caer en la silla. «Discúlpeme, urgencias en el trabajo.»

Pidió una tónica con hielo. El inspector bigotudo no dijo nada, tiró el cigarrillo con un hábil gesto del pulgar y el índice. Fue a parar a una alcantarilla. Encendió otro. Tenía la camisa un poco abierta, un antojo enorme se le extendía del mentón al pecho, donde se perdía. Marco procuró no mirarlo, le pareció que se ensanchaba, que respiraba y se movía como un pulpo de los abismos.

Llegó la tónica, Marco bebió, el bigotudo extrajo otro cigarrillo del paquete, que le tendió. Marco negó con la cabeza, y chorreó sudor sobre la mesa. «Quería verlo porque...», perdía poco a poco, como si se tratara de escamas, el aura de decoro y autoridad que, incluso tan sudado, conservaba

como un don de la naturaleza, «nada», abrió los brazos. «Verá, no es que tenga mucho que contarle, pero he pensado, ya sabe, he pensado.» Suspiró, esperó un gesto, pero el bigotudo fumaba mirando la via Milazzo. Una frutera gorda con el mandil sucio gritaba algo, el escaparate de la frutería estaba perforado en varios puntos, parecían agujeros de bala.

Se terminó la tónica. Pidió otra. «Se lo repito, no es nada, puede que lo haya molestado por...»

El inspector bigotudo puso una mano en la mesa, Marco calló.

«No creo que sea cosa de Vito Semeraro», suspiró y continuó, «es más, estoy seguro de que no tiene que ver con él. Pero pensándolo bien, verá, ayer no podía decirlo delante de mi colega, son asuntos internos, desagradables, no deben salir del banco, pero además, como le he dicho...» Se estiró la chaqueta, la corbata, poco a poco dejó de sudar, se animaba, el inspector bigotudo fumaba. «Últimamente ha habido un importante descubierto en el banco. Están indagando. Sé que piensan que el culpable es uno de los empleados», apretó los labios. El bigotudo no dijo nada. «Estoy seguro de que Vito no tiene nada que ver, siempre ha sido un hombre honrado, ambicioso pero limpio. Ejemplar.»

Con el índice y el pulgar, el bigotudo tiró otra colilla, una bandada de gaviotas chillonas se arrojó en picado sobre un montón de basura que había a un par de metros de ellos, las bolsas rotas y rebosantes, los picos abiertos de par en par.

Poco después Milena regresó a casa y no encontró a su hija, por primera vez desde que había nacido, su ausencia la hizo suspirar con alivio. Llevaba una caja apretada contra el pecho, la abrió con manos temblorosas, había hojas, muchas hojas, comenzó a repasarlas deprisa, hasta el final, luego volvió al

principio y las miró de nuevo, cada hoja, de una en una. Debajo de las hojas, en la caja, se distinguía algo más, quizá unos objetos. Estaba pálida y sudada, más flaca, se había quedado chupada en apenas unos días. Dejó de buscar, se pasó una mano por la cara, suspiró largamente, miró alrededor como buscando ayuda. Oyó un ruido, se levantó de golpe, agarró la caja, permaneció un segundo alerta, rápidamente acercó la silla a la despensa, se subió y metió la caja en un mueble alto, apartó latas de tomate y atún, paquetes de pasta, arroz, cereales, azúcar, empujó la caja lo más al fondo que pudo. Bajó de la silla, estuvo a punto de caer por la prisa, la silla se balanceó, pero no se fue al suelo, la colocó en su sitio, esperó de pie. Pero no volvió a oír el ruido, Paola no había llegado, Milena se dejó caer en la silla y miró al vacío.

Nicola llamó repetidamente a su novia Livia. Cada tanto, entre las tres y las cinco de la tarde del 11 de agosto, hasta que Livia, a las cinco y cuarto, lo llamó a él.

«¡Amor!», una voz tan brillante como el agua de Sabaudia a primera hora de la mañana, en una ocasión habían ido juntos, pasaron un fin de semana de finales de septiembre cobijados bajo el perfil verde oscuro del monte Circeo.

«Livia», dijo él. «¿Dónde te habías metido?»

Ella se levantó de la cama del otro hombre, era un piso grande, con muchas ventanas, el aire acondicionado sonaba levemente, un barrio que Livia conocía bien, se había criado ahí, se asomó silenciosa, descalza, al estudio con cocina, una isla, y un salón grande, luminoso; además del dormitorio, el cuarto de baño y el estudio había solo otro cuarto, la mujer de la limpieza lo usaba para tender y planchar. «La reunión.» Livia sacó una cerveza de la nevera, la destapó, se quedó con el abridor en la mano, se asomó desnuda a la ventana, se acodó en el alféizar, no se tapó con la cortina, miró la calle, un chico empujaba un carro, Livia bebió un trago. «Te lo había dicho, Nico. La reunión, ¿te acuerdas?» Golpeaba suavemente el abridor contra el alféizar.

«No», dijo él, confundido, «vale, vale, la reunión, lo siento.»

«No pasa nada», dijo ella con una sonrisa, bebió otro trago, él quería decirle, qué quería decirle, ella extrajo un cigarrillo de un paquete que estaba sobre la isla de la cocina, con el teléfono entre la oreja y el hombro prendió el cigarrillo con un encendedor. Aspiró. «¿Cómo estás?», le dijo, espiró un humo blanco como la leche. «¿Novedades?»

El otro hombre salió del dormitorio, entró en la cocina en bóxer y camiseta gris planchada, impecable, pero con el cuello un poco rasgado. ¿Quieres un café?, le dijo con un gesto sujetando la cafetera con la mano. Ella le señaló la cerveza. Él asintió, dejó la cafetera, abrió la nevera, sacó otra cerveza, le quitó despacio el abridor de la mano. «No», Nicola suspiró, «ninguna novedad. Ninguna», dijo, «ninguna, ninguna, ninguna, no hay novedades.»

«¿Dónde estás?», ella fue al dormitorio, se sentó en la cama, se puso las bragas negras.

«En el trabajo», dijo Nicola, «¿dónde voy a estar?»

«Claro», dijo ella.

«Esta noche libro.»

«¿Tienes que ir donde tu madre o quedamos? Cenamos una pizza en tu casa y vemos una película.»

«Comida china», dijo él, «la pizza no es lo mío.»

Ella rio abiertamente, se puso una camiseta clara, un par de vaqueros no muy ceñidos, deportivas muy blancas, recién lavadas.

Poco después estaba en la calle, en el coche, asfixiada de calor, metida en un atasco, se arrepintió de no haber cogido en la casa de ese hombre, o de camino al coche, una botella de agua. Vio que la habían llamado de la oficina, mientras los otros automóviles por fin comenzaban a moverse se concentró, se aclaró la garganta, dio a rellamada.

Rosa no se atrevía a marcharse de la casa de su madre. No se atrevía a no llamar, a llamar, a llamar una vez más a su padre al móvil. Saltaba siempre el contestador. Deja tu mensaje, uno, dos, diez mensajes, al principio solo le decía Papá, te estamos buscando, ¿dónde estás?, luego había empezado a decirle ¡Papá! ¡Dinos algo por favor, estamos preocupados!, después,

¡Estamos angustiadísimos!, después sollozaba al teléfono, al contestador, papá papá papá, igual que había hecho Mara, pero alegre, la noche de su cumpleaños; últimamente Rosa se quedaba muda al teléfono, cada vez que lo llamaba le daba un vuelco el corazón, responderá, papá no respondía, y Nicola esa noche, al menos esa noche, había conseguido sacarla de la casa de su madre. Mientras esperaban a Livia, que iba a llegar a las nueve, tomaban un Spritz sentados a una mesa de la terraza del Mike, el bar del Pigneto, eran las siete y media, Rosa miraba hacia todos lados, todos los hombres eran su padre, cogía el móvil, quería llamar, no llamaba, Nicola miraba el vaso, lo estampó contra la mesa.

«Para ya, Rosine, joder, y deja ese teléfono.»

«Pero, Nicola», para reprimir las lágrimas bebió un trago de Spritz, de un color desvaído, el hielo se había derretido en el camino entre la barra y la mesa.

«Y deja también de llorar, por favor. Deja de comportarte como una niña.»

Lo miró con esos ojos color de hielo que tenían todos, salvo Nicola, salvo Vito, él suspiró, puso una mano sobre la suya. Se la estrechó con fuerza, tenía los dedos de un blanco lechoso hinchados por el calor. Se mordió los labios. «Siempre parece que todo te da igual, Nico, siempre vas de duro, de machito, ya estoy harta, estoy harta de esa pose tuya, te lo digo de verdad. ¿Te importa? ¿No te importa? A mí me da igual, basta con que nos lo digas y mamá y yo ya no te molestamos más.»

«¿De qué hablas?», meneó la cabeza, «no entiendo lo que dices.» Se mordió las mejillas por dentro, desaparecieron y reaparecieron bajo la presión de los dientes.

Rosa bebió otro trago, un montón de jóvenes sudados, abrumados por el calor pero aún muy contentos —carcajadas, grititos—, pasaban por delante de ellos. Rosa los miró.

«Venga, Rosa», dijo Nicola.

«Vale, vale», ella le sonrió.

Hasta que llegó un momento en que él tampoco aguantó más estar en el bar Mike, esperando, esperando qué, y sin que ella le dijese nada empezó también a ver a su padre en todas partes, primero en todos los hombres adultos, luego en cualquier hombre, luego también en las mujeres, las chicas, los niños, todo el mundo era su padre. A primera vista, o con el rabillo del ojo, no había duda de que todos eran Vito. Después del tercer Spritz se pusieron de pie al mismo tiempo, se miraron, se rieron. «No es por nada», pero Nicola no terminó la frase, abrió los brazos, miró a su hermana, Rosa asintió. Él fue a pagar, ella esperó fuera, a veces los tomaban por novios, muchas veces, ellos se miraban, se encogían de hombros. La vida hasta ese momento no había sido fácil, nada fácil, en absoluto fácil, pero ahora, mientras regresaban juntos hacia su casa por la via Casilina —«Anda, deja en paz a mamá, ven a casa», acababa de decirle Nicola, «déjala respirar un poco, no haces más que ponerla nerviosa»—, mientras regresaban a casa juntos y la via Casilina estaba oscura y llena de peligros por todas partes, a los dos les pareció que habían perdido, en esos cinco días que Vito llevaba desaparecido, una infancia dorada y maravillosa, un paraíso de amor y seguridad donde las palizas, los gritos y las amenazas habían sido borrados y nadie recordaba siquiera que hubiesen existido. Nicola abrió la puerta, dejó pasar a su hermana. «Las mujeres primero», y le dio una palmada en el trasero. Ella rio a carcajada limpia, incluso se sintió algo halagada, a los dos les había sentado bien llegar a casa, a una casa que no sabía nada de Carla ni de Vito, pero en la que estaban juntos.

«¿Nos tomamos una cerveza?», dijo ella.

«Vale», Nicola se encogió de hombros.

«¿Qué hora es?»

«Nueve menos veinte.»

«¿En tu habitación?»

Él señaló con los ojos la casa. «Los otros estarán en sus cuartos, pero dentro de poco empieza el follón de la cena. Tenemos que alquilar una casa solo para nosotros.»

Era la primera vez que Nicola no decía «una casa solo para mí».

«Yo las llevo», dijo Rosa, «también tengo una bolsa de patatas fritas, fíjate qué lujo, hoy doble aperitivo», decía siempre un montón de palabras, Rosa, «ahora lo llevo todo para allá, pero tú abre esa puerta, hace un calor infernal, como no la abras me muero.»

Nicola ya estaba en su habitación.

Su hermana lo encontró en la cama, con el pecho descubierto, se dijo que su hermano era muy guapo, no había abierto la ventana, dejó al lado de la cama el trozo de cartón de pizza vuelto del revés que había usado como bandeja (dos cervezas, las patatas fritas en un trozo de plástico redondeado que a saber lo que era originalmente), abrió la puerta acristalada, entró una burbuja de aire caliente como una onda de choque, pero eso no cambiaba nada, dentro, fuera, te faltaba el aire.

«Pues ya está», le dijo a Nicola.

Él la miró. Ella se echó en la cama a su lado, se pusieron a beber y a comer, la cama se llenó de migajas de patatas fritas y Nicola frunció el ceño. «Yo duermo aquí.» «Seguro que duermes», dijo ella, «yo sé lo que haces», y rio. «Anda», dijo él, «no te comportes como una niña.» Bebieron, comieron, a las nueve y cinco una mano llamó a la puerta acristalada, y una mujer entró como acostumbraba, directamente desde la calle, por el patio, en la casa. Rosa torció el gesto. Nicola sonrió. «¡Livia!» Nicola se levantó de un salto, y

se le veía encantado, fue al encuentro de su chica. Livia entró agitando una bolsa humeante de comida china. «¡Tachán!» Se abrazaron.

Rosa le hizo un leve gesto de saludo a Livia mientras su hermano y su chica se besaban, tan encantados de verse, y —mientras se levantaba de la cama de su hermano y entraba en su habitación, donde la chica con quien la compartía escuchaba música en bragas y chateaba— le pareció que volvía a ser una niña, cuando Nicola se encerraba en su cuarto con sus amigos y no quería saber nada de ella. Pero —mientras oía hablar y reír a Livia y a Nicola (le llegó un fuerte olor a comida china), y luego dejó de oír voces porque otra vez se estaban besando— recordó también que su hermano, apenas algo mayor que ella, menos de dos años, cuando era niña, y también después, cuando era adolescente, le parecía un gigante. La única persona capaz de protegerla cuando su padre lo destrozaba todo, también a su madre. Aunque después —mientras oía que Livia y Nicola se seguían riendo y que luego cerraban la puerta con llave, y también la ventana, y que corrían la cortina, y ya no sabía si seguir escuchando con la oreja pegada o ponerse los cascos para no enterarse de nada—, ese padre que lo destrozaba todo, también a su madre, no le pareció el mismo padre del que no se sabía nada desde hacía ya cinco días, ese padre por el que lo estaba pasando tan mal, un padre indefenso, buenísimo, desaparecido.

Por fin el bochorno claustrofóbico se interrumpió con un día de lluvia. El cielo estaba negro y turbulento, era 20 de agosto y la ciudad se inundaba, regueros de lluvia se volvían de golpe torrentes y devoraban los automóviles, los autobuses y los tranvías se estancaban en el agua, inmóviles, el Tíber bullía y crecía y de tanto en tanto surgía, detrás de las nubes, un sol repentinamente frío. Era el amanecer.

Un braco viejo avanzaba despacio, doblado por el jadeo, pero feliz, a través de la campiña yerma de las afueras de Roma. Había salido con su amo de casa, en Spinaceto, un barrio dormitorio en las afueras de la ciudad en medio de la nada, habían cruzado a pie la autovía esquivando los automóviles después de esperar a que el tráfico disminuyera un poco para salvar la barandilla con el perro en brazos de su amo como si el tiempo no hubiese pasado y el braco viejo siguiera siendo un cachorro, se habían adentrado un poco en los campos —todo matorral, vegetación agostada por el calor y el abandono, reducida a setos de ramitas marrón desteñido, casi blancas, que con un soplo se inflamaban, canales de aguas residuales, montones de basura —, y ahora atravesaban el campo azotado por un viento que había reemplazado a la lluvia, el terreno estaba negro y quemado por uno de los muchos incendios intencionados que en esos días habían asolado la zona de Fiumicino, el viento los avivaba y empujaba, altos en volutas negras, contra el cielo.

Si el braco viejo y el joven amo hubiesen avanzado unos kilómetros más habrían llegado a Decima Malafede, risueña reserva natural, y a Trigatoria Alta, donde están los campos de entrenamiento de la Roma, y es que el dueño del braco era un hincha acérrimo de la Roma y en cuanto tenía un poco de tiempo iba hasta allí con el perro con la esperanza de ver algún día a Francesco Totti, «il Capitano».

El braco viejo se llamaba Jack, tropezó con una rama grande, muerta, estuvo a punto de caer, se tambaleó, se enderezó, se abrió paso por entre la vegetación que en algunos tramos parecía que se revigorizaba con la frescura del aire, donde una ráfaga de viento era seguida por un instante de calor asfixiante, era como si Roma y sus alrededores tuviesen ahora un clima tropical, huracanado. El joven elevó la mirada al cielo, siguió al braco entre la maleza, se lastimó las pantorrillas, lo encontró olfateando el aire, se inclinaba y hurgaba aquí y allá, babeaba un poco, buscaba como siempre algo de comida.

Llegaron juntos a un claro seco, salpicado de basura, pero Jack no estaba satisfecho y, ensanchando el hocico, de nuevo siguió su pista, jadeando, gruñendo, tambaleándose. Y el muchacho lo seguía, por entre una vegetación cada vez más intrincada, más amenazadora, «¡Jack!», estuvieron a punto de caer en una cloaca, la sobrepasaron, de repente un pájaro grande les cerró el paso, luego se apartó, se pusieron a correr y la noche se les echaba encima, hasta que tropezaron con un auténtico vertedero. Jack paró de golpe, tenso, erguido como si volviera a tener dos años, al muchacho lo acometió una nostalgia profunda, dolorosa, el braco levantó una pata como si permaneciera a la escucha, y listo para el ataque: los ojos velados se movieron veloces hacia una bandada de gaviotas. Gordas y glotonas, amontonadas unas encima

de otras devoraban algo, sumergidas en el vertedero lleno de restos de comida y de huesos. Jack posó la pata en el suelo, muy despacio, listo. Cayó una lluvia torrencial mezclada con viento, mezclada con granizo. De repente hizo un frío gélido. Dejó de llover. El viento ululó. El joven se protegió con los brazos desnudos. El perro no movió un músculo, luego: se lanzó a la carga.

El joven fue tras él. «¡Jack!», llamó, con voz asustada. Cuidado, Jack, ya no eres el invencible adolescente de antes, detente, Jack. Pero Jack ya no se veía, apenas se le oía, durante su lenta carrera resbaló hacia un lado y otro, solo le funcionaba el hocico, que tenía muy dilatado.

A unos metros de las gaviotas se detuvo. Había una insoportable peste a basura en descomposición. Y, aunque en un primer momento el joven sintió alivio, de nuevo le acometió la nostalgia, de cuando el braco viejo no se habría conformado jamás con detenerse ante lo que había elegido como presa. Jack se puso a gruñir y a ladrar.

Las gaviotas ni siquiera lo oyeron. Siguieron allí, arremolinadas, una especie de única respiración amenazadora, inclinadas sobre la comida que devoraban. El joven dio alcance al braco viejo. Le puso una mano en la cabeza. «Tranquilo, Jack», pero el perro se desgañitó y se quedó afónico de tanto ladrar y gruñir. Demostraba una fuerza y una obstinación que el joven no le veía desde hacía años.

De repente, en los picos de las gaviotas el joven vio una gran bolsa negra que, de tanto tirar, los pájaros habían sacado de entre la basura, todo lo que había ahí debían de ser desechos ilegales, puede que incluso tóxicos. Las gaviotas comían, el cuerpo hinchado de comida y blando de grasa, las plumas sucias.

Picoteaban, trituraban, desgarraban. Jack seguía ladrando, arañaba la tierra que la granizada de un minuto había dejado fangosa, como arenas movedizas, y que ahora de nuevo azotaba el viento gélido que manchaba de barro el pelo del perro y la piel del joven, y que ahora de repente volvía a estar caliente, muy caliente, quemada por un sol abrasador. El joven se secaba el sudor de la frente, el perro ladraba, gruñía exhibiendo los dientes, babeando, tenía la respiración sibilante, jadeaba con la lengua colgando, volvía a ladrar.

Las gaviotas lo miraron. Ojos despiadados, listos para el ataque. Fue un instante. Enseguida se volcaron de nuevo en su presa. Y se ensañaron con ella, tanto es así que desgarraron la bolsa, la removían con el pico para separarla del suelo, de la otra basura, se comían todo lo que podían. El joven agarró al braco del collar, trató de llevárselo, se hundió en el cieno, los ojos de las gaviotas le daban miedo. Cuidado, Jack, que esos ojos no me gustan, estaban allí, feroces, poderosos, y Jack ya solo lanzaba leves gañidos, sus ladridos eran ahora roncros, rotos, cada vez más quejumbrosos; pero no menos decididos, rabiosos. El joven tiró de él, pero el perro no se movió, las gaviotas no se movieron, el joven dio dos pasos, se adelantó al perro para mirar, ahora estaba muy cerca de la bolsa de basura.

Hubo un tirón más fuerte, la bolsa se rasgó del todo, se soltó del suelo y de los montones de basura en descomposición. El olor era más pestilente. De golpe, las gaviotas empezaron a picotearse unas a otras, encarnizadamente, peleaban y chillaban por hacerse con la presa. Mientras peleaban, heridas, ensangrentadas, seguían comiendo. Cuando una de ellas se apartó un momento de la lucha, con un jirón de carne colgándole del pico, el joven bajó los ojos, pudo ver mejor; y de la bolsa salió una mano.

El subcomisario Alaimo llegó a las nueve. Acababa de granizar otra vez. Aprovechó que el cielo estaba despejado para apearse del coche patrulla e ir hasta el vertedero atravesando el campo, arreciaba un viento frío. Lo primero que notó fue un hedor que tiraba de espaldas. Unos policías estaban precintando la zona. La cinta de señalización abarcaba un amplio trozo de terreno alrededor del cadáver, los fogonazos del fotógrafo relampagueaban en medio del viento. El cuerpo fue cubierto con un hule blanco, casi transparente, que se manchó por dentro. Empezó a llover de nuevo, y enseguida se puso a granizar sobre el hule y sobre el cadáver.

El joven estaba de pie contra un árbol, encogido por el frío y la impresión. El viejo braco, tumbado a sus pies, roía una rama, los ojos semicerrados por el placer. Las gaviotas volaban bajo, muy bajo, dando vueltas alrededor, por momentos a ras del suelo, agitaban sus grandes alas haciendo un ruido siniestro, saltaban plumas, apuntaban con sus ojos hacia todos lados. El braco viejo había dejado de mirarlas.

Abriéndose paso entre las gaviotas, protegiéndose con un brazo levantado de sus cuerpos robustos y del granizo, pálido, el subcomisario Alaimo llegó al lugar del hallazgo, destapó el cuerpo, lo observó largamente, lo tapó de nuevo, habló con el inspector. Este asintió, se acercó a un policía, luego desapareció entre los setos resacos, doblados por la lluvia. Los de la científica, a los que también apuntaban los picos de las gaviotas, examinaban el área circundante enfundados en sus monos blancos. En el terreno los marcadores numerados resistían a duras penas bajo el diluvio, cada uno de

ellos junto a lo que podía ser una prueba, o un indicio. Los policías se movían con prudencia e inspeccionaban los alrededores, cuando de repente paraba la granizada y el claro se despejaba, aparecía un sol todavía no abrasador y el campo parecía, pese a su penoso estado, hermoso.

El inspector volvió sobre sus pasos, miró a Alaimo, movió la cabeza. «No llevaba documentación.»

«¿Y lo demás?»

«Estamos esperando a ver si las huellas nos dicen algo.»

«¿Alguna marca característica, cicatrices, tatuajes?»

«No ha quedado nada del cuerpo, usted mismo lo ha podido comprobar. Está en avanzado estado de descomposición», dijo con voz metálica. «Pero no es solo por eso», levantó la cabeza hacia las gaviotas, «casi todo lo han hecho ellas.»

«Hágalas desaparecer», Alaimo miró alrededor, «acabe con ellas a tiros si hace falta.»

Mientras tanto, el médico forense se inclinaba sobre el cuerpo. Apartó el hule blanco transparente, y aunque se dedicaba a esa labor desde hacía décadas, cuando vio el cadáver dio instintivamente un respingo, poco le faltó para caerse en el fango. Luego se tapó la boca con la mano, levantó los ojos y respiró hondo. Se entrevió, en medio de los técnicos que se encargaban de distintas tareas —catalogar, fotografiar, hacer llamadas, revisar, delimitar, cubrir, buscar—, el cuerpo medio desnudo, el rostro mirando al cielo. Solo que ya no había rostro, había una papilla como la que queda de la carne y los huesos que se han pasado por una picadora.

El médico forense hablaba en voz baja en la cámara mortuoria del hospital Umberto I, arrastrando las vocales, ceceando, sin mirar el cuerpo rehecho

sobre la mesa de operaciones, cosido como se había podido después de que lo hubieran desgarrado más en la autopsia. «Podría haber muerto en un lapso de tiempo de entre unos días y un par de semanas. Con el calor de estos días la descomposición puede haberse acelerado.» Sobre todo había que establecer si el hombre fue llevado al sitio ya muerto, o si murió en los campos próximos a Spinaceto. «No llevaba documentación», refirió en el boletín de noticias una mujer sacudiendo una nube de cabellos rubios y rizados, «y el análisis de las huellas dactilares no ha dado ningún resultado. No debía de tener antecedentes. Pero hay algo claro para los investigadores.» La mujer aguzó los ojos. «El hombre no ha muerto de muerte natural», hizo una pausa, miró a la cámara. «Fue asesinado.»

Lo mataron de dos cuchilladas. Una en la espalda, otra en la yugular. Pero no murió enseguida. La primera se la clavaron seguramente sin mirar, «sin convicción», escribió el médico forense. Luego hubo como un momento de pausa, «quizá se lo pensó», mientras el hombre, indefenso, agonizaba y se desangraba, «sometido, probablemente, por su asesino, que dudaba entre dejarlo morir desangrado o rematarlo». Luego llegó la última cuchillada, en la yugular. El hombre murió así. «Ahogado en su propia sangre», escribió el médico forense.

Los investigadores cruzaron los datos sugeridos por el médico forense con los casos de desaparición, no hubo detalle que no mencionaran los informativos o los *talk shows*. De lo que quedaba del rostro del hombre, desmembrado y devorado —al igual que el resto del cuerpo— por las gaviotas, trazaron lo que podía ser un escueto retrato robot. Pero nada. Pasaron unos días. Hasta que el 23 de agosto, poco antes de la medianoche, de golpe el tiempo ya no presentó más altibajos. Volvió un calor que derretía las piedras, un calor

asfixiante.

Llegaron en plena noche.

Terminaba el 24 de agosto de 2012. Carla dormía con Mara, pegada a su hija en la cama de matrimonio, y viéndolas así, en la penumbra, casi a oscuras, habría sido difícil saber quién era la madre y quién la hija. A su lado, la camita de Mara vacía, a medianoche la niña siempre se iba a la cama de su madre. Mamá, se oía débilmente en la oscuridad, *quiéto estal cotigo*, la madre abría los ojos con un suspiro de alivio; la niña, los ojos muy abiertos, brillantes en la oscuridad, ya estaba de pie, las manitas en el borde de la cama, la observaba con una mirada adulta, de reproche. Carla la subía enseguida consigo, cómo haré cuando sea tan mayor que ya no quiera dormir con su mamá, la abrazaba fuerte, no quiero estar sola, Mara. Luego se tranquilizaba, a saber cuándo podría tener una casa más grande, a saber si alguna vez podría tenerla. En los pensamientos más halagüeños de Carla, Mara dormiría con ella siempre. Esa noche, con ellas en la cama estaba también Rosa, organismo ajeno, sin embargo, al de Carla y Mara, y no porque Carla la quisiese menos que a su hija pequeña sino porque Rosa, desde hacía semanas, solo rezumaba angustia.

Una angustia de la que la cama estaba impregnada, al igual que la habitación, la casa, el barrio, y Roma. Mamá, mamá, mamá, no paraba de decir Rosa a cada hora del día y de la noche. ¿Qué pasa, cariño?, decía Carla, y la miraba con los ojos cansados, doloridos, ese tipo de dolor de santa, de virgen, que solo las madres saben expresar con los ojos, un dolor de quien lo asume por el bien de sus hijos, de quien no lo exhibe, de quien lo calla y lo

acepta, y lo oculta, pero un dolor tan elocuente, tan claro para los hijos que lo ven, un dolor que entra directo como un estilete en los ojos de los hijos, y ya no se va nunca. Mamá, perdóname, decía Rosa, no quiero angustiarte más, Nicola dice que no hago más que angustiarte. La madre levantaba la mirada de la costura, o de las labores de casa, o de la compra, o de Mara, hacía que Rosa se sentara a su lado —o, si estaban fuera, la cogía de las manos—, y le decía No te preocupes, cariño, nunca podrás hacer nada que no sea importante para mí, nunca podrás decir nada que yo no quiera escuchar. Háblame siempre, no te olvides de hablarme. Y entonces qué podía hacer Rosa, la voz de su madre era como cuando una presa se abre, se desbordaba todo el río, abrazaba a Carla y lloraba. Papá, decía, querido papá.

Esa noche también estaba Nicola, que desde que Rosa se había instalado en la casa de la madre trataba de no dejarlas demasiado tiempo solas. En cuanto Rosa se alejaba un momento, en cuanto el aire volvía a ser respirable, Nicola trataba de cruzar dos palabras con su madre. Oye, ma, le decía con su tono seco, ¿te apetece salir esta noche? Tú y yo, dejamos a las peques juntas en tu casa.

Al final, esa noche Carla aceptó. Fueron al cine de la via Albimonte, el que está por la avenida Preneste; una vez, era muy joven, Carla fue con su madre a ver a una anciana tía que estaba ingresada en el hospital Vannini, en la via Acqua Bullicante, cerca del cine. Nunca había visto a esa tía, o no se acordaba de ella, la madre la había arrastrado consigo en una de sus infinitas visitas sociales. Allí donde iba su madre era como entrar en un palacio, pensaba Carla, en una sala imponente donde se celebraba una recepción; tenía una actitud, un porte, que para Carla siempre había sido fascinante, sobrio y misterioso. Tan diferente del suyo, le habría encantado ser ella. Hasta que Carla ya no soportó más el aburrimiento, el olor a viejo, a hospital, y le dijo a su madre Tengo que ir al servicio. A escondidas, desde una cabina telefónica,

llamó a Vito. Vito estaba en Roma haciendo el servicio militar para estar cerca de ella. Ven, le dijo, quiero abrazarte. Y él a saber cómo en un abrir y cerrar de ojos se presentó, delante del Vannini, en motocicleta, el uniforme lo hacía distante y muy cercano, la miraba como si brillase, como si fuese pura luz, ella se sintió tan preciosa, tan mujer, él bajó de la motocicleta, ella corrió a su encuentro y todo, a partir de ese día, también el olor a viejo, a hospital, se le quedó grabado como algo hermoso. También por eso, quizá, cuando se marchó de la casa en la que había vivido siempre con Vito y sus hijos, eligió vivir cerca de allí (también por eso, sin duda, esa noche eligió el cine de la via Albimonte, siempre que pasaba por allí sentía una nostalgia enorme, pero a la vez muy dulce; una tarde fui muy feliz aquí). Sin embargo no, no había elegido la casa de la via Prenestina por el recuerdo de Vito, sino solo porque, por la prisa de salir, porque no se lo impidiera otra vez su marido —di la verdad, tú tampoco quieres marcharte, se dijo mientras preparaba a toda velocidad las maletas, ahuyentó esos pensamientos como se escapa de un enemigo, confió, sin admitirlo, en que alguien la detuviese—, cogió lo primero que vio, dijo sí. Ni siquiera había un contrato que firmar, ni adelantos, ni fianzas. Todo era en negro. Puede mudarse esta misma noche si lo desea, le dijo el dueño de la casa, un hombre gordo con papada y bocio, una protuberancia redonda y abultada que empujaba de dentro hacia fuera la nuez como para hacerla salir, como a un hijo.

El número de teléfono del dueño de la casa se lo había dado su hermano Franco, probablemente era lo único que había hecho por ella en todos aquellos años. Lo que pasa es que no quieres tener mala conciencia con tu hermana, pensó decirle, o que al fin y al cabo eres como todos los demás, hago algo por ti para que algún día pueda recordarte que no me quedé de brazos cruzados, que un día te ayudé.

Fueron dos semanas interminables. Después de los primeros días de espera en los que había rogado a sus hijos que confiaran, su padre regresaría en cualquier momento, Carla, de golpe, tragándose las lágrimas dijo Basta. Salgamos a buscarlo. Desde entonces ella, Nicola, Rosa, no habían hecho otra cosa que peinar la ciudad, turnándose para no dejar sola a Mara, y muchas veces incluso con ella. Imprimieron octavillas con la foto del padre y el texto «¿Lo has visto? Desapareció en Roma el 6 de agosto de 2012» y sus números de teléfono, empapelaron la ciudad. Lo buscaron en todas partes, extenuados por el calor en los transportes públicos, a pie en larguísimas caminatas bajo el sol o bajo la lluvia o bajo el granizo y azotados por un viento inclemente. Telefonaron a todo el mundo. Permanecían en vela toda la noche sentados a la mesa esperando que se les ocurriera otra cosa, otro sitio, otra persona a la que llamar. El amanecer solía sorprenderlos despiertos. Un día sí y otro también Carla pedía noticias a la policía. Buscarlo era una manera de mantenerse ocupados, y también de mantenerse unidos. Les hubiera gustado poder dejar el trabajo para buscarlo más, y mejor. Desgraciadamente no había dinero, necesitaban trabajar. Ni siquiera cuando, en los últimos días, los hijos le pidieron a la madre que descansara un poco, que no hiciera nada, ella no aceptó quedarse de brazos cruzados. Nunca parecía cansada. Con Mara en brazos o en el cochecito, o con ella de la mano, recorría Roma y alrededores, decidida y valiente como no la habían visto jamás. Paso a paso buscaba a Vito sin desistir, sin dormir, sin comer, sin quejarse del calor o del frío. ¿No le dará un infarto, Nico?, le preguntaba Rosa preocupada. No, Rosine, no te preocupes, anda, Rosinella, aguanta.

Rosa, pues, dormía con su madre y con su hermana pequeña. Nicola, en

cambio, dormía en la pequeña cocina, en una cama plegable. Como si estar todos juntos, esperar todos juntos el regreso de Vito, hiciera que se sintiesen un poco menos perdidos, un poco menos desesperados. Como si el hecho de que la familia estuviese unida fuese lo único que podía crear una especie de energía luminosa, poderosa, que seguramente devolvería a Vito a casa. Poco después, como una señal, el huracán se calmó. En el restaurante chino, poco antes, ella y su hijo habían hablado en voz baja, mirándose a los ojos. Que si alguien los hubiese visto desde lejos habría dicho: dos novios.

La policía irrumpió a las tres y diez de la madrugada en el apartamento de Carla, sumido en la oscuridad de la via Prenestina como un alga en el fondo del mar. Carla no se despertó por los golpes en la puerta, tampoco Rosa, tampoco Mara. Se despertó Nicola, de golpe, sin comprender abrió. Cuatro policías entraron en la casa pateando fuerte en el suelo con las botas, tres hombres y una mujer. Mara y Rosa se despertaron sobresaltadas. Enseguida los policías entraron en la habitación de Carla. Ella seguía durmiendo. Cuando abrió los ojos, despertada solo por los zarandeos que le dio un policía (no la habían despertado los porrazos en la puerta, ni el llanto de Mara, ni la voz de Rosa, ni los gritos de Nicola, «Pero qué quieren, qué hacen, márchense, lárquense, aquí hay una niña»), Carla pudo ver, sumida en un letargo barbitúrico —como cuando, apenas dos años antes, se despertaba de repente porque llegaba Vito del trabajo en una de sus visitas de control, y las encontraba en el sofá, a ella y a Mara recién nacida, abrazadas, dormidas—, pudo ver, muerta de sueño, echada en la cama, solo un detalle a la altura de sus ojos, las botas de los policías.

Rosa ya estaba de pie con Mara en brazos llorando en silencio. Nicola estaba en la puerta de la habitación, seguía gritando que los dejaran en paz. Dos policías estaban junto a la cama, un hombre y una mujer. «Pero ¿qué pasa?», dijo Carla. «Tiene que acompañarnos», dijo la policía. Ella se incorporó. Cayó hacia atrás. El otro policía le tendió una mano enguantada y la ayudó a levantarse. Carla notó su olor. Nicola se arrojó sobre ellos. Uno de los dos policías que se había quedado atrás le cerró el paso. «Tranquilízate, cariño», le dijo Carla. Nicola seguía alterado, inmovilizado por el policía, el policía tenía cejas tupidas y negras y una oreja deforme (levemente deforme, apenas deforme, solo lo notabas fijándote bien, de cerca, y entonces, justo porque te había parecido que era una oreja como las demás, normal, la deformidad te parecía de golpe enorme, espantosa, retrocedías, dejabas de mirarlo a la cara). Ese policía lo tenía inmovilizado pero parecía que lo sujetaba, que lo sostenía en pie. Rosa dijo «Pero qué pasa, por favor, por favor», y el otro policía que se había quedado atrás, tenía una voz ronca, dijo «Procedimientos rutinarios».

«¿Puedo vestirme?» Carla miró al policía que la había ayudado a incorporarse, lo miró con ojos necesitados de protección, de amor, una preciosa, sensualísima niña. Se vistió. Los dos policías la acompañaron hacia la salida agarrándola de los brazos. «Señora», dijo de repente el que la había ayudado a incorporarse, «no se preocupe, señora, no es nada, solo tiene que acompañarnos a la comisaría para un par de preguntas.» «¡Qué coño están haciendo!», gritó Nicola. «¿Por qué se la llevan? ¿Qué quieren? ¡Las víctimas somos nosotros y nos tratan como animales! ¡Desgraciados!»

Se la llevaron sin permitirle siquiera que se despidiera de sus hijos, Rosa como una viuda con Mara en brazos, el policía de las cejas negras no soltó a Nicola hasta el final. «Adónde se la llevan», preguntó Rosa en la puerta, «por favor, se lo ruego, por favor.» «Mamá», dijo Nicola, «no te preocupes, mamá, ahora llamo a alguien, estate tranquila, mamá.» «Mamá», dijo Rosa, la miró.

Carla trató de decir algo, pero los policías no se lo permitieron. El que la había ayudado a incorporarse miraba al suelo. La sacaron de la casa justo cuando Mara se echaba a llorar desconsoladamente y con los brazos tendidos hacia ella gritaba «¡Mamá, mamá!», Rosa sollozaba sin apartar la vista de su madre, y Nicola, al que ya había soltado el policía, a punto de desfallecer, decía «¡No te preocupes, mamá!».

La incursión duró menos de cinco minutos. Carla desapareció enseguida al otro lado de la puerta. Pero le dio tiempo a echar una última mirada a sus hijos: y no se sintió abatida por lo que vio, sino de lo más enternecida.

En cuanto estuvieron en el rellano, el cuarto policía le dijo a Carla «Muévete».

«Calla, Di Blasi», le dijo el policía que había ayudado a Carla a incorporarse, la miró y pareció que los ojos le brillaban de compasión. «Respeto a la señora.»

La llevaron a la comisaría. Carla no hablaba desde que había salido de casa, no había protestado, no había respondido a las fugaces preguntas del policía que la había ayudado a incorporarse, amables, eran como las cosas que se dicen para que te sientas a gusto. En el automóvil permaneció en silencio, miraba fuera, todavía era de noche, hacía un calor infernal, y cuando vio a un muchacho haciendo footing, parecía recién levantado, se sintió desfallecer.

La comisaría de la via San Vitale, no lejos de la via Casilina, estaba oscura y tenía muchas escaleras y despachos. Al entrar, los cuatro policías que la

llevaban le dijeron algo al hombre uniformado de la garita, le hicieron subir un primer tramo de escalera, las paredes eran blancas y estaban sucias, franquearon una puerta acristalada, todavía era de noche, se cruzaron con otros policías, en uniforme o de paisano, ninguno le prestó mucha atención mientras que los que la llevaban parloteaban con los otros o entre ellos, pero aquellos que no se detenían ante ella más de un segundo le dirigían miradas de desprecio o de indiferencia. Había dos mundos en la comisaría en ese momento, uno era el mundo de los justos, los policías, el otro era el de quien era llevado allí por algún motivo, y el motivo, cualquiera que fuese, convertía a esa persona en inoportuna, y en ese mundo de los inoportunos estaba solo ella. Esperaron el ascensor. Cuando se abrió, el policía que la había ayudado a incorporarse le cedió el paso, como se hace con una mujer.

Subieron unas plantas, Carla no habría sabido decir cuántas, en el ascensor miraba al suelo, o bien, de vez en cuando, interceptaba la mirada del policía que la había ayudado a incorporarse y era una mirada comprensiva, triste, y ella se la devolvía con los dos únicos ojos que sabía poner, y él los veía tan indefensos, tan aterrorizados, tan hermosos.

Salieron a un pasillo blanco sucio, el suelo marrón y blanco y una serie de puertas de madera muy juntas entre sí, abiertas o cerradas. Al mirar a una habitación que tenía la puerta abierta, iluminada, Carla vislumbró a una mujer. La conocía. Milena la vio, bajó los ojos. Vino otro policía, entró en el despacho en el que estaba Milena, cerró la puerta.

A Carla también la hicieron pasar a un despacho. «¿Quiere llamar a su abogado, señora?», le dijo el policía que la había ayudado a incorporarse. Carla movió la cabeza. «Llamar a un abogado, pero ¿por qué?» «¿Está segura? Está en su derecho.» «Estoy segura, por supuesto», dijo Carla, miró

alrededor desconsolada. El policía asintió. «Tome asiento», le señaló un escritorio y una silla. Carla se sentó, la espalda contra la pared, de cara hacia el escritorio y el despacho. Detrás del escritorio, clavadas en la pared, una serie de insignias de la policía y la foto del presidente Giorgio Napolitano, los labios finos, el pecho hacia fuera, un toque femenino en la mirada. La dejaron sola.

Al otro lado de la ventana cerrada graznaban con fuerza las gaviotas. Ella sudaba, el calor la asfixiaba, y las miraba. Volaban bajo delante de la ventana, como en círculo, se alejaban un instante, volvían. Graznaban, miraban hacia la ventana con ojos amenazadores. Ella las miraba. Una gaviota se lanzó contra la ventana como para irrumpir en el despacho. El cristal no se rompió. La gaviota se estrelló haciendo un ruido que sonó como un tiro de escopeta. Ella se sobresaltó y se levantó de un salto.

No tuvo tiempo de ver qué había sido de la gaviota —si se había quedado atontada, si había muerto, si no podía morir— porque la puerta se abrió. Carla se volvió. Entró el subcomisario Alaimo. Detrás de él, los dos que habían estado en su casa: el inspector de la mirada antipática y el bigotudo.

«Siéntese, señora Romano», dijo Alaimo.

Se sentó. Alaimo rodeó la mesa y se colocó enfrente de Carla, el inspector bigotudo y el del gesto antipático se pusieron a su lado.

«El inspector Cecchi», Alaimo señaló al bigotudo, «el inspector Orlandi», señaló al otro. «Pero, si no me equivoco, ya se conocen.»

Carla levantó la mirada hacia ellos, y al reconocerlos se sintió profundamente desconsolada. Como si delante estuvieran su padre y su madre, su hermano o su marido, su exmarido. Entonces, indefensa en su silla, miró a Cecchi, susurró con dulzura «¿Qué quieren de mí?», meneó la cabeza, «¿Por qué me han traído aquí?» Luego se volvió y miró a Alaimo y Orlandi. «¿Qué quieren?»

«Señora», dijo Cecchi mientras Orlandi ponía una cámara en el escritorio y la enfocaba hacia Carla, la encendía, y Alaimo se sentaba enfrente de ella; lo miró de reojo y le pareció un médico.

«¿Por qué una cámara?»

«No se preocupe, es el procedimiento», dijo Cecchi. «Señora», continuó, hablaba despacio, en voz baja, «¿me confirma que no quiere llamar a su abogado?»

«A mi abogado, pero ¿por qué?», Carla buscó una respuesta en sus ojos.

«Responda sí o no.»

«No, un abogado no.»

Cecchi hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Suspiró. «Lamento, señora, tener que darle una mala noticia. El señor Vito Antonio Semeraro», hizo una pausa, «su exmarido», hizo una pausa, «desgraciadamente ha fallecido.»

El graznido de las gaviotas se volvió más fuerte. En la habitación hacía un calor insoportable. Carla levantó la cabeza, miró fuera. Era de noche, debía ser de noche, y sin embargo parecía de día por el calor que hacía, y sin embargo era de noche por la profunda negrura. Cecchi, Orlandi y Alaimo estaban delante de ella. Ella dobló la espalda y hundió los hombros, pero como en contra de su voluntad. Y entonces rompió a llorar.

Ninguno de los tres policías dijo nada.

Carla sollozaba, aunque era evidente que hacía todo lo posible por reprimir los sollozos. Entre las lágrimas se le oyeron palabras incomprensibles. Solo se distinguieron, en un momento dado, «Es imposible».

«Lo siento, señora», dijo Orlandi, «hemos reconocido a su exmarido en un cadáver hallado en un vertedero de Spinaceto gracias a un ticket que tenía en

la chaqueta. Pronto habrá más comprobaciones.» El ticket era de un bar al que Vito iba a desayunar con frecuencia, la policía se había presentado allí con la lista de los desaparecidos y los del bar habían reconocido enseguida a Vito. A la espera de las pruebas de ADN, era el único elemento que había permitido a los investigadores dar con su identidad, dado lo destrozado y devorado que se hallaba el cuerpo y por su avanzado estado de descomposición, pero eso el inspector no lo dijo. Luego salió del despacho.

Milena, palidísima, ojeras profundas y marrón oscuro, los ojos hinchados, apretaba con tanta fuerza los bordes de otra mesa en otro despacho de la comisaría, que los nudillos se le pusieron blancos y se oyó un chirrido. Clavó los dientes en los labios, luego le rechinaron. «¡Dios mío!», gritó, como en un estallido, con los ojos fijos en Orlandi, que ahora estaba en ese despacho, con una mirada absolutamente afligida y rabiosa.

Orlandi colocó mejor la cámara que la grababa.

«¿Cómo ha ocurrido?», murmuró ella, las manos cada vez más apretadas en el borde de la mesa. «Por favor, dígamelo.»

«Lo han asesinado.»

Milena volvió la cabeza hacia la ventana, el aire estaba infestado de gaviotas, fuera no se veía nada, al otro lado del cristal solo se veían alas, un revoltijo de cuerpos sucios, carnes mugrientas, plumas, picos. «¿Asesinado? ¿Cómo que asesinado?» Los dientes empezaron a castañetearle. Se puso a temblar. Temblaba más, no paraba, y entonces Orlandi se alarmó. «¿Llamo a un médico?», le dijo.

Ella, con los dientes castañeteándole, se oía el choque continuo de dientes contra dientes, movió la cabeza, temblaba, miró a Orlandi, dijo «¿Sufrió?».

«Tengo que hacerle algunas preguntas», dijo Orlandi.

«¿Quién ha sido?», los dientes de Milena castañetearon con fuerza.
«Usted, señora, puede decirme quién ha sido.»

Llegaron las primeras horas del 25 de agosto, salió un sol carnosos que se derretía como manteca. «¿Dónde se encontraba la noche entre el 6 y el 7 de agosto de 2012?»

Milena se dobló bajo un peso que no se veía pero que estaba allí, era real, para ella era evidente y también para el inspector Orlandi, había un tercer hombre en el despacho. «Ya se lo he dicho, en casa, con mi hija.»

«¿Se refiere a Paola Spataro?»

«Sí.»

«¿Su hija puede testificarlo?»

«No lo sé, estaba durmiendo...»

«¿A qué hora se acostó su hija?»

«A las diez.»

«¿Quiere decir a las veintidós?»

«Sí, las veintidós.»

«¿Me confirma que al día siguiente, el 7 de agosto, su hija Paola Spataro no tenía clase?»

«Sí. Como todos los demás.»

«¿Y su hija se acuesta siempre a esa hora incluso cuando no tiene clase?»

Milena suspiró. «Pues...», dijo.

«¿Cómo es que, señora, su hija Paola Spataro lleva su apellido?»

«¿Qué tiene eso que ver? Perdona... son asuntos personales.»

«Aquí ya no hay nada personal. Responda a la pregunta, por favor.»

Milena cerró los ojos.

«Se lo pregunto de nuevo, señora, ¿quién es el padre de su hija, y por qué su hija no lleva el apellido del padre?»

«Porque... nunca ha habido padre.»

«¿No será que el padre de su hija Paola es Vito Semeraro?»

Milena abrió los ojos de par en par. «No.»

«¿No podría ser, señora, que su hija Paola Spataro haya nacido de una relación extraconyugal entre usted y Semeraro?»

«No.»

«¿Y no será, señora, que, con razón, con motivo, usted albergaba no digo odio, sino por lo menos un poco de resentimiento, un poco de ira, contra la señora Carla Romano y sus tres hijos, que tenían a Semeraro entero para ellos? ¿Mientras que usted y su hija estaban, como diría yo... solas?»

«Oiga, pero qué dice usted, Vito y Carla estaban separados desde hacía dos años.»

«¿Desde hacía cuánto tiempo se veían, usted y Semeraro?»

«Pues...», Milena elevó dos ojos suplicantes hacia Orlandi, se le llenaron de lágrimas, «solo le pido, le ruego, por la memoria de Vito, le pido...»

«¿Días, meses, años?»

«Años.» Milena bajó la cabeza. De nuevo sollozó.

«¿Cuántos años?»

«Muchos.»

«¿Más de dos?»

«Sí.»

«¿Más de tres?»

«Sí.»

«Entonces, señora, ¿puede que Semeraro le prometiera, no sé, planteo una hipótesis, que dejaría a su mujer, a sus hijos, para estar con usted y su hija?»

Milena se puso a temblar otra vez. «Supongo que yo sí esperaba eso.»

«Y al final ocurrió, los dejó, ¿no? ¿Lo hizo por usted?»

Milena se cogió la cabeza entre las manos. «No. Fue su mujer quien lo dejó.»

«¿Me está diciendo que Semeraro no quería dejarlos?»

Miró la mesa. «Vito nunca los habría dejado.»

«Pero ¿es posible que a usted le hubiese alegrado, señora Spataro, que Semeraro y su esposa se hubiesen separado? Somos seres humanos, señora, digamos las cosas como son.»

«¿Es un delito?», Milena lo miró gélida.

«¿Es probable, entonces, que las continuas, cómo llamarlas, incursiones de Vito en la vida de su exmujer, el hecho de que la siguiese buscando, la molestase a usted?»

«¿Es un delito?»

«¿Durante cuántos años, señora?»

«¿Qué quiere decir, perdone?», Milena levantó los ojos.

«Vamos, señora, ya puede contarlo. ¿Cuántos años ha estado con Semeraro?»

«No lo sé, se lo juro.»

«¿Más de diez?»

«Sí.»

«¿Más de quince?»

«Creo...»

«¿Cuántos años tiene su hija Paola Spataro?»

«¿Qué tiene que ver? Dios mío...»

«Veo que su hija tiene dieciséis años. ¿Me equivoco?»

«Dieciséis, pues sí, pero si pretende insinuar que...»

«De acuerdo, señora Spataro, prosigamos.»

Milena suspiró.

«Señora, ¿estaba usted al corriente de la fiesta de la hija menor de Semeraro, Maria Addolorata?»

«Sí.»

«¿Es probable entonces que, cuando supo que toda la familia iba a reunirse, cómo lo diría, usted sintiese celos?»

Milena no respondió.

«Son cosas normales, señora, somos humanos, ¿no?»

Milena lo miró.

«¿Es probable que se sintiera traicionada? Sería comprensible. ¿Que temiera que Semeraro y Romano y toda la familia volvieran a juntarse?»

Familia, familia, la palabra rondaba la cabeza de Milena. Fuera, en la calle, sonó un estallido. Orlandi y Milena se volvieron a la vez hacia la ventana.

«Señora Spataro, se lo pregunto de nuevo, ¿dónde estaba la noche entre el 6 y el 7 de agosto?»

«En mi casa.»

«¿Y al amanecer del 7 de agosto? ¿Dónde estaba?»

«También en casa, con mi hija, también en casa. Me desperté a las seis, como siempre, mi hija más tarde, creo que a las once, porque no había clases.» A Milena le rechinaban los dientes, le castañeteaban, pero respondía y respondía y respondía. Agachó de nuevo la cabeza, le pesaba una barbaridad.

«¿De manera que su hija, si no estoy equivocado, se acuesta todas las noches a las diez, incluso cuando no tiene clase, y se levanta a las once?»

Milena lo miró.

«¿La chica duerme trece horas?»

«Pues...»

«Señora, ¿dónde estaba en las primeras horas del 7 de agosto?» Orlandi plantó las manos sobre la mesa.

«En casa, en casa.» Milena se dobló aún más bajo aquel peso, rozó la mesa, un poco más, y apoyó la boca en la superficie lisa, verde claro.

«¿Está segura?»

«Sí.»

«¿Algún testigo puede confirmarlo?»

«Claro que no, qué testigos puede haber, ya se lo he dicho, mi hija estaba durmiendo, estábamos ella y yo, solas, como siempre, y ella estaba durmiendo. Pero ¿qué es lo que quiere de mí, qué pretende? Muestre un poco de respeto, un poco de compasión por...»

«¿Una viuda?»

De la garganta de Milena se elevó un borboteo que era como algo negro que hervía sin parar.

«¿Me está diciendo, señora Spataro, que la noche entre el 6 y el 7 de agosto usted estaba durmiendo en su casa? ¿Es eso?»

Con una voz que no era suya Milena dijo «Sí».

«¿Y dónde se encontraba el 7 de agosto? La asistenta de Semeraro, Anna Abatangelo, llamada Nuccia, refiere que usted fue a la casa de Semeraro a buscarlo. ¿Es cierto?»

«Es cierto», dijo Milena.

«¿Interpretaba el papel de la mujer desesperada, señora Spataro?»

«¿Dónde estaba la noche del 6 de agosto de 2012?»

«En la casa de mi hermano. Celebrábamos el cumpleaños de mi hija Mara.»

«¿Se refiere a Maria Addolorata Semeraro?»

«Sí, oficial. En familia la llamamos Mara.»

«¿Quién estaba con usted esa noche en la casa de su hermano Francesco

Ernesto Romano?»

«Mis hijos: Mara, Nicola, Rosa. Y Vito.»

«¿Todos son hijos de Vito Semeraro?»

«En qué sentido, perdone.»

«Sus tres hijos. ¿Semeraro es el padre de los tres hijos de usted?»

«Oiga, qué pregunta, por supuesto.»

«Hable más alto, señora.»

Fuera, las gaviotas graznaban con tanta fuerza que había que gritar para oírse. Habían atrancado todas las ventanas para impedirles el paso. Las gaviotas estaban agazapadas a la altura de los cristales, aleteaban haciendo un ruido de matadero, las plumas volaban en espirales grisáceas, los miraban furiosas. Alaimo también había salido, el único que estaba con ella era Cecchi.

«Sí, por supuesto. El padre de Nicola, Rosa y Mara es Vito.»

«¿Está segura?»

«¿Qué dice? Oiga, por supuesto que estoy segura.»

«¿Es eso cierto?»

«Pero ¿qué dice? Perdone... ¿De qué habla? No entiendo...Por supuesto que es cierto.»

Cecchi anotó algo.

«¿A qué hora llegó Semeraro a la casa de su hermano?»

«No lo sé, a las seis. Creo. A las seis y cuarto.»

«¿En algún momento se quedaron solos en la casa?»

«Sí, no, estaba Mara.»

«Aclárese, señora, tenga la amabilidad de concretar, no balbucee.»

Carla suspiró.

«Resumámoslo. ¿De qué hora a qué hora estuvieron todos juntos? Usted, sus hijos, Semeraro.»

«Espere, déjeme pensar... Vito llegó, creo, a las seis, ya se lo he dicho, o a las seis y cuarto. Estábamos Mara y yo. Yo guisaba, ellos dos jugaban. Verá, se veían siempre tan poco...»

Cecchi puso un gesto de enfado. Ella calló. Continuó. «Luego llegaron los chicos, a eso de las siete, creo, no miré el reloj, había mucho que hacer, preparar, poner la mesa, la niña...»

«¿Por “chicos” se refiere a Nicola Giuseppe Semeraro y a Rosa Annunziata Semeraro?»

«Sí, claro, Rosa y Nicola. Nuestros hijos.»

«De modo que a las siete llegaron Rosa y Nicola Semeraro. ¿Lo confirma?»

«A eso de las siete, sí.»

«¿Cómo están las cosas entre ustedes?»

«Bien, nos vemos, comemos...»

«Prosiga.»

«Ya se lo he dicho, nos vemos, comemos...»

«Es sabido, señora Romano, que usted y su exmarido no se llevaban bien. ¿Lo confirma?»

«Eso no... tuvimos diferencias, en el pasado.»

«Hay numerosas denuncias suyas contra Semeraro. ¿A eso lo llama usted diferencias?»

«No, pero ya...»

«Si quiere le enseño las denuncias, señora. Le refresco la memoria.»

«No, no, no hace falta, me acuerdo perfectamente.»

«Entonces ¿qué me dice? ¿Sus relaciones eran tensas?»

«Que no, ya se lo he dicho. Estábamos bien. Ya era agua pasada. Estábamos bien. Estábamos tranquilos. Se lo aseguro. Hacía meses que...»

«Entonces, señora, ¿por qué organizó la cena en la casa de su hermano, y

no en la suya?»

«Eso qué tiene que ver... La casa de mi hermano es más espaciosa. Se está más cómodo. La mía es pequeña y...»

«A la vista del anterior montón de denuncias, señora, le pregunto: ¿pasó algo esa noche? Entre usted y Semeraro, o entre Semeraro y sus hijos.»

«Ya se lo he dicho, oficial, no pasó nada. Y además...»

«No divague.»

«No pasó nada.»

«¿Está segura? Algunos vecinos dicen que oyeron gritos.»

«¿Gritos? ¿Qué gritos?», abrió los ojos de par en par.

«Dígame usted.»

«¿Cuándo, perdone? Estaban mis hijos, pueden testifi...»

«Entonces ¿sus vecinos mienten?»

«No lo sé, oficial, no, no lo creo, por qué iban a mentir, pero no hubo gritos, en serio, se lo juro... Claro que hubo una fiesta, a lo mejor hicimos un poco de... jaleo, pero nos lo pasamos bien, estábamos todos juntos. Se lo puede preguntar a mis hi...»

«¿Qué hicieron durante la velada?»

«Nada especial, oficial, lo habitual, la tarta, los regalos, nos quedamos un rato más.»

Cecchi asintió invitándola a proseguir.

«Y luego», Carla abrió las manos, «luego se marcharon.»

«¿A qué hora?»

«Creo que a las nueve, a lo sumo a las nueve y media.»

«¿Todos juntos? ¿Sus hijos y Semeraro?»

«No, no. Los chicos salieron un rato antes, oficial. Esperaron a su padre para despedirse, pero luego se marcharon, al ver que se retrasaba unos segundos.»

«¿Con quién se retrasaba Semeraro?»

«¿Con quién iba a retrasarse, oficial...? Perdone, con nosotras dos, conmigo, con la niña.»

«¿Con la niña o con usted? Señora, la reticencia, hágame caso, no proceda», la miró con ojos centelleantes. «¿Con la niña o con usted?», dijo recalcando las palabras.

«Conmigo, principalmente conmigo, pero fueron dos minutos.»

«Antes ha dicho unos segundos.» Y anotó algo.

«Por el amor de Dios, oficial», Carla respiró hondo, puso otra cara, lo miró. Movi6 la cabeza. «Unos segundos, dos minutos», lo miró de nuevo, por primera vez Cecchi bajó los ojos. Los ojos de Carla eran preciosos, estaban asustados, decían te lo ruego.

Hubo un silencio.

Cecchi, que estaba exhausto, volvió a concentrarse.

«De manera que se quedaron solos», dijo casi con dulzura.

Carla asintió.

«¿Puede decirlo en voz alta, señora Romano, para la grabación?»

«Sí.»

«¿“Sí” significa que se quedaron solos?»

«Sí.»

«¿Qué hacía su hija, Maria Addolorata?»

«Dormía», movió la cabeza, «es tan pequeña, oficial...»

«Así pues, señora, recapitulemos, si la niña dormía lo lógico es que Semeraro no se entretuviera con usted y Maria Addolorata, ¿confirma este extremo? Se entretuvo solo con usted», pero ya no tenía fuerza en la voz. La miraba afligido.

«No, no», Carla hablaba despacio, «con las dos, con nosotras. Vito y yo fuimos a la habitación en la que dormía Mara. Quería verla durmiendo, era su

hija, señor oficial, quería verla un poco más. Pero solo dos minutos, solo el tiempo para despedirnos, sin los chicos. Para decirnos adiós. Para acariciar a la niña.»

«La última caricia.»

«La última, oficial, tiene razón, la última caricia. Pero en ese momento no lo sabíamos.»

Cecchi respiró hondo, bajó la mirada. «Señora Romano, en el momento de la desaparición de Semeraro, ¿entre usted y su marido seguía habiendo un vínculo, cómo lo definiría, sentimental?»

«¿Cómo dice, perdone?»

«Acaba de decir que Semeraro y usted necesitaban tiempo para despedirse, sin sus hijos. ¿Por qué?»

«¿Cómo que por qué, qué quiere decir, oficial?»

«¿Seguía habiendo un vínculo sentimental entre ustedes? Responda.»

«Claro que no. Por supuesto que no, oficial, Vito se quedó por la niña», respiró hondo. Lo miró a los ojos. «Y también, desde luego, teníamos que despedirnos él y yo.»

«¿No ve que la situación no está clara? ¿Estaban o no juntos usted y Semeraro?»

«¡Que no, pero qué dice!»

«¿Por qué entonces se quedó para despedirse de usted? ¿A lo mejor querían pasar la noche juntos? Señora, hablemos con claridad, no sería un delito.»

«Vito y yo estuvimos juntos toda una vida, oficial, toda mi vida. Tenía diez años cuando lo conocí, nos casamos cuando yo tenía dieciséis. Lo quise más que... Oiga, ¿según usted no es lícito que dos personas que tienen tres hijos, que dos personas que han estado casadas veinte años, se despidan?»

Cecchi no respondió.

«Por supuesto que entre nosotros seguía habiendo un vínculo sentimental. Por el amor de Dios, oficial, ¿cree que después de vivir toda la vida con alguien puede no tenerse un vínculo sentimental, como lo llama usted? ¿O por vínculo sentimental entiende usted una relación, en cuyo caso dígame lo claramente y acabamos con esto?»

Cecchi la miró a los ojos. «Señora Romano, en el momento de la muerte de Vito Semeraro, ¿usted y su exmarido tenían una relación? Quiero decir sexual y/o sentimental. Con posterioridad al término de su matrimonio, quiero decir.»

«No.»

Cecchi miró fuera, las gaviotas seguían volando delante de la ventana, hambrientas. Pero antes de acosarla con otra pregunta, hubo un instante, un largo instante, de silencio. «Y después, ¿qué pasó?»

«Se marchó.»

«¿A qué hora?»

«A las nueve y media, como mucho a las diez. Pero ya se lo he dicho, con los horarios... no miraba el reloj cada minuto.»

«Prosiga.»

«Nos fuimos a dormir. A nuestra casa.»

«¿Por qué emplea el plural?»

«Porque me refiero a mi hija Mara y a mí.»

«¿Enseguida?»

«No, enseguida no, una media hora más tarde, lo que tardé en recoger la casa de mi hermano.»

«Entonces ¿a qué hora usted y su hija Maria Addolorata entraron en su casa?»

«No lo sé, oficial, no tengo ni idea. Creo que a las diez y media.»

«¿Qué hacía la niña?»

«Dormía.»

«¿De modo que me confirma que, haciendo un cálculo aproximado, usted y su hija volvieron a su casa sobre la medianoche?»

«Antes. A las once, como mucho.» Carla miraba a Cecchi con dos ojos gigantescos, tristes, pero firmes. Como quien sufre pero no pierde el orgullo, sabe que no se merece ese dolor.

«¿Y qué hicieron en casa, usted y su hija Maria Addolorata?»

«Mara ya estaba dormida, la acosté. Yo también estaba muy cansada. No bien entramos en casa me preparé para acostarme y me eché al lado de mi hija. Como siempre.»

«¿A qué hora se durmió, señora?»

«A las once y media, como muy tarde.»

«¿De modo que, la noche del 6 de agosto, como muy tarde a las once y media, usted estaba durmiendo?»

«En efecto.»

Esperadme abajo, voy en un minuto, así nos despedimos bien, fueron las últimas palabras que Vito les había dicho a Nicola y a Rosa. «Fue la última vez que lo vimos. Y nosotros no lo esperamos», dijo Rosa, el móvil todavía en la mano, los ojos vidriosos. Nicola y Livia —Livia con Mara en brazos tocándole la boca, el pelo, las mejillas, canturreaba una canción de cuna— estaban sentados a la mesa de la cocina de la casa en la que vivían los dos hermanos, los baldosines amarillentos, había un poco de suciedad en todas partes en realidad. La puerta se abrió, entró uno de los compañeros de piso, «Hola», se fue directamente a su habitación. Nicola y Livia miraban a Rosa. «No lo esperamos», dijo ella.

Entonces Nicola se levantó, y abrió la ventana.

Le costó subir la persiana. Solo alcanzó a ver el pequeño patio, un pasadizo dominado por todos lados por los muros de los otros edificios, pegados, más rejas, más ventanas, los muros ceñían su casa, la asediaban cada vez más, desde allí no se veía la calle, pero estaba. Nicola prendió un cigarrillo.

«Nosotros no lo tenemos...», se oyó, desde el interior, a Rosa.

Y Rosa estaba quieta, inmóvil, el teléfono aún entre las manos, miraba a Livia, miraba los hombros de su hermano Nicola, esperaba el embate de dolor que la destrozaría, ella también esperaba comprender, después de que hubieran comprendido sus oídos, su boca; esperaba comprender ella también que su padre, su querido padre, el que la había enseñado a nadar en las aguas

azul oscuro del golfo de Tarento, con Nicola cerca, también muy pequeño, los ojos colorados por la sal y los manguitos, que creía que hacía pompas bajo el agua cuando en realidad su boca no tocaba la superficie azul que refractaba aquel sol tan amarillo, un sol que solo ves de niño, y los dos creían, ella y su hermano, que estaban en medio del mar, un mar profundísimo, lejano como los barcos, los bastiones, las palabras que se tienen de niño, pero estaban a escasos metros de la playa, y la madre, su madre, los esperaba riendo en la orilla, los esperaba a los tres, al padre y a los dos niños, las toallas para sus hijos listas en los brazos, como todas las madres del mundo, el pelo muy rubio no azotado sino acariciado por el sol, los ojos entornados por la luz, azules como los suyos, mejor dicho, los suyos como los de su madre, y oía la carcajada de su padre mientras le decía Mueve los pies, venga, cariño, mueve los pies, venga, muy bien, así, la carcajada de su padre le decía que nadie le haría daño jamás, lo decían las carcajadas de todos los padres del mundo pero Rosa qué sabía, solo era una niña, y todo estaba tan lleno de sol, era tan luminoso, tan auténtico, no había momentos de la vida adulta que recordase tan auténticos como los que había vivido de niña, tan reales, se daba cuenta solo cuando lo pensaba, y también ahora, ahora cuando evocaba, como a una manada de animales, sus animales, todos los recuerdos que podía, a sabiendas de que ella también debía comprender, lo antes posible —como ya habían comprendido sus oídos, su boca—, lo que había ocurrido; y ahora también evocaba el día en que hubo un temblor de tierra, ella estaba en el colegio, en primaria, estaba aterrorizada, incluso le daba miedo andar —¿y si mis pasos una vez más despertasen a la tierra, y si la tierra se pusiese de nuevo a temblar?—, y mientras los otros niños jugaban en el patio como si no pasase nada, vio que su padre llegaba jadeante —porque sí, su padre la conocía de verdad, y sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo, lo que pensaba Rosinella—, se arrojó en brazos de su padre, y él

la estrechó, estaba sudado, estaba preocupado, y luego de golpe dejó de estar preocupado y de repente soltó su preciosa carcajada, Dios santo la carcajada maravillosa de mi padre, y Rosinella también se echó a reír; ahora evocaba de nuevo los recuerdos en tropel para que la ayudaran a comprender lo que había ocurrido, ahora los recuerdos de la infancia le parecían de nuevo, más que cualquier otra cosa, su auténtica vida. Pero ahora tenía que comprender, cuanto antes, enseguida, que su padre había muerto; para siempre.

Livia tenía en brazos a Mara, estaban sentadas. La niña se soltó. Bajó de la silla y se puso a jugar con los cajones, bajos, sucios, de la cocina. Tiraba de ellos para abrirlos. Cantaba. «Ten cuidado, Mara», dijo Livia, «vas a hacerte daño.» Y hablar le sonó fuera de lugar, pero qué podía hacer.

Se puso de pie. Cogió a la niña, a la fuerza, la niña empezó a chillar. «Vas a hacerte daño, pequeña», dijo Livia para que la oyeran, más los hermanos que Mara.

«¡Mala!», dijo Mara. «¡Suéltame!»

«Venga, Mara», Livia elevó un poco la voz, empapada de sudor, enseguida helada, luego reanudó el forcejeo. «Venga, Mara, anda.»

Pero la niña gritaba, y ninguno de los hermanos se movió. «¿La saco a pasear?», dijo Livia, y lo único que quería era abrazar a su Nicola. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Qué esperaba Nicola que ella hiciese ahora, qué era lo correcto hacer o qué sería lo correcto hacer, cuáles eran las palabras que había que decir a partir de ahora? Nicola tiene que ayudarme, tiene que explicarme qué debo hacer. Pero ¿cómo podía Nicola acordarse ahora de que ella estaba en esa habitación, de que existía? ¿Volvería a acordarse alguna vez? ¿Ahora que había ocurrido algo tan espantoso, algo tan horrendo que Livia no podía ni imaginarse lo que significaba, lo que se podía experimentar,

lo que podía pasar después? Le parecía que hasta ese momento ella y Nicola habían sido dos semejantes, como son semejantes, de la misma especie, un perro y otro perro, y en cambio a partir de ese momento, desde aquella llamada telefónica, habían dejado de serlo. Como si lo que había ocurrido los hubiese transformado, necesariamente, en dos seres de especies distintas, que no podían conocerse. ¿En qué estás pensando, Nicola? ¿En qué puede pensar una persona cuando le ha pasado algo tan horrible? ¿Qué puede importarle su chica, qué pueden importarle las estaciones, hacer el amor, que lo abracen?

«Lo han asesinado», dijo Rosa como sorprendida.

Nicola se volvió. La miró.

Livia tuvo una arcada. Para, se dijo. No tienes derecho.

Sujetaba a la anguila Mara entre sus brazos, la niña se quejaba, forcejeaba. Livia se sintió abrumada, tuvo miedo, también por sí misma. ¿Qué será de mi vida? ¿Volveré a vivir un día feliz con él? Para, se dijo, no tienes derecho. Pero ¿cómo podía controlar los pensamientos? ¿Qué puede pensar alguien que acaba de saber que han asesinado a su padre? Qué puede importarle ya todo lo demás.

Eres una egoísta, se dijo Livia, para. Rosa dejó el teléfono en la mesa.

Nicola la miraba.

Livia los miró y no era una mirada entre hermanos, ella tenía un hermano, desde ese punto de vista ella siempre había sido de la misma especie que la de Nicola y Rosa, sabía qué era tener un hermano. Livia los miró y no era una mirada entre hermanos, era una mirada, Livia sudaba, parecía que ellos no sudaban, era una mirada diferente, no podía comprender, aquella mirada abarcaba todo lo que ella sabía y no sabía, todo lo que ella había visto, comprendido, experimentado de la vida y lo que no había visto, y lo que jamás vería, abarcaba todas las cosas que tampoco ellos dos, los dos hermanos, verían jamás, aquello que había ocurrido antes, lo que venía

después, era una mirada, Livia sintió que se desmayaba, demasiado calor, Mara pesaba muchísimo, no te desmayes, se dijo, no puedes desmayarte ahora, si alguien puede desmayarse, si alguien puede llorar, son ellos dos, o esta niña, tú no puedes, no tienes derecho, era una mirada que Livia no podía siquiera imaginarse, es cosa de ellos, se dijo, no tuya, y Nicola se acercó a Rosa sin dejar en ningún momento de mirarla a los ojos, Rosa tampoco dejaba de mirarlo, respiraban, se oía esa respiración en la habitación, se miraban como si no se viesan desde hacía una eternidad y llevaran toda la vida siendo amantes, como si no se estuviese acercando un hermano a otro, sino dos que se miran, y de manera tan cálida, Nicola se acercó a Rosa sin dejar de mirarla, ella tampoco dejó de hacerlo, y cuando estuvieron cerca el uno del otro, y se oían sus respiraciones en la habitación, y Livia casi tuvo miedo de mirar, se tocaron.

El día antes

Eran las nueve de la mañana del 24 de agosto. Su madre ya había salido, en esos días salía siempre, estaba siempre fuera; Paola sospechaba, sabía, mejor dicho, que eso guardaba relación con la desaparición de Vito, pero no había querido indagar. Después del amanecer del primer día, cuando Milena recibió la llamada telefónica —¿Se trata de Vito?, le preguntaba con creciente insistencia, pero su madre se hacía la tonta y miraba hacia otro lado—, después de la llamada que había recibido al amanecer de hacía dos semanas, Paola había decidido que ya le daba igual. Afrontar el dolor de su madre. Afrontar su propio dolor.

No lo volveremos a ver, ¿verdad? No, nos ha abandonado, le había dicho. Pero había esperado de verdad que no fuese así. Vito no podía abandonarlas. Llevaba toda la vida siendo el hombre de su madre. En cierto modo, también era su hombre. Claro, había una mujer, Carla, que había sido antes su esposa y ahora era su exesposa. Había hijos, claro. Y a esos no podías tacharlos, nunca se convertirían en ex. Paola no era ninguna tonta, se daba cuenta de las cosas. Pero ¿quién sino tu hombre (quién sino tu padre, quieres decir; sí), así se lo habían enseñado, así lo había aprendido, quién sino él puede desesperarse como se desesperaba Vito si oye que puede perderte? ¿Es más: no si oye que puede perderte —Paola estaba segura, Vito nunca habría pensado que pudiera perderla, o a Milena, ellas dos nunca lo habrían dejado, estaba claro como ese sol que devoraba la ciudad desde hacía infinidad de

días—, no si oye que puede perderte, sino si oye que no eres tan exclusivamente suya? Solo tu hombre (solo tu padre, padre; sí) te da la mayor parte del dinero con el que vives, reaparece siempre en tu vida, se presenta en tu casa y dice Tengo hambre, tengo sed, solo él te lleva de excursión a la playa y tú lo quieres más que a nada en el mundo y se lo dices, solo él duerme en tu casa durante días, solo él demuestra, también así, lo mucho que te quiere. Cuando tu madre caía enferma, ¿a quién llamaba Paola? A él. Cuando Paola estaba mal, ¿quién llegaba a rescatarla? Él. Ese es tu hombre (en tu caso, tu padre; sí). ¿Quién más podría ser?

Qué fácil es, se dijo Paola —abrió los ojos, los cerró—, qué fácil es olvidar. No pensaba en Vito casi nunca.

Su recuerdo se iba desvaneciendo y el propio Vito, ahora que no lo veía desde hacía días, ya no le parecía que perteneciese a la realidad. ¿También te olvidarías de tu madre?, se preguntó, ¿de la única persona con la que siempre lo has compartido todo, la única que realmente te ha cuidado? Sí, respondió. Y me olvidaría también de mí.

Se levantó, no podía conciliar el sueño. Su madre ya había salido, como siempre en esos días. Pobre mamá, pensó. Y enseguida: ¿y si ella sabe algo de Vito?, ¿si me lo oculta porque se ha dado cuenta de que mi presencia no es más que un estorbo? Se encogió de hombros.

Milena llegó por la tarde. Entró molida, se descalzó. «Acabo de salir del trabajo», le dijo, pero Paola sabía que, desde que Vito había desaparecido, su madre no había vuelto al trabajo. Era secretaria de un contable en Centocelle, el trabajo se lo había encontrado Vito, el contable estaba a punto de jubilarse. Paola podía imaginarse perfectamente lo que le habría contado su madre por teléfono al contable: Buenos días, señor, tengo una gripe espantosa, no puedo

ni levantarme de la cama. Sin desvestirse, su madre se echó en la cama. «Perdona, cariño, me estalla la cabeza.» Se durmió. Era probable que ese día su madre tampoco hubiera comido, y Paola en cualquier otra situación la habría atendido y consolado. Como su madre hacía siempre con ella. Pero ahora era distinto.

Al cabo de veinte minutos su madre se despertó. Solo se lavó la cara. Tenía la ropa arrugada, manchada con cercos de sudor. Le dio un beso. «Vuelvo al trabajo.» La miró, y quizá se esperaba —y quizá rogaba— que Paola la rescatase de aquella obsesión, que le dijese Qué te pasa, mamá. No me creo que vayas al trabajo, nunca has hecho eso. Cuéntame qué te pasa, siéntate, mamá. Cuéntame qué haces. Yo te ayudaré. Pero Paola se hacía la manicura, con las manos dentro de un bol de agua caliente, dijo «Vale. Oye», la detuvo cuando su madre ya estaba en la puerta, «esta noche duermo en la casa de Daria.»

«¿En la casa de quién?», Milena tenía la mirada sombría, afligida. «De Daria, mi amiga», dijo Paola. «Cenamos una pizza y luego duermo en su casa.» «¿Dónde vive?», preguntó Milena. «En Monteverde.» Milena permanecía en la puerta, se notaba que le rondaba por la cabeza una idea, un sentimiento, pero estaba demasiado cansada, demasiado dolorida, no conseguía oír aquella voz. «Bien. Por favor, llámame.» Paola sacudió las manos y se las secó con una toalla. Luego cogió un cortacutículas. Milena quería mirarla, pero no pudo a través de aquel velo de derrota. Cerró la puerta con un golpe fuerte, siniestro, y solo entonces Paola, como una idea que hasta ese momento había guardado en su interior pero no había querido manifestarse, se dijo Mamá salió la noche de la desaparición de Vito. ¿No la oí regresar al amanecer? ¿Dónde estuvo toda la noche? Miró alrededor, respiró hondo. ¿Por qué no se lo preguntó? Pero de nuevo no quiso pensar en nada y sin darse cuenta se lastimó un dedo con el cortacutículas.

Entró Orlandi enjugándose el sudor. Milena se sobresaltó. ¿Cuánto rato la habían dejado allí sola, media hora?, ¿una hora?, ¿más? Orlando la miró fijamente, con los labios apretados. «¿Y bien?», dijo.

«¿Cómo?», preguntó Milena.

«Deje de tomarme el pelo y comience a contarme.»

«¿Qué quiere decir, perdone?»

Y lo único que se oía era la respiración de Orlandi, que por el calor se había vuelto pesada, ruidosa, el calor era insoportable, sudaban a mares.

Carla miraba alrededor como si la hubieran llevado a un sitio con los ojos vendados y de pronto le hubieran quitado la venda. El despacho de la comisaría era un horno y la mañana del 25 de agosto llegaba a su fin, todos estaban agotados, todos se morían de calor. La habían interrogado durante toda la noche y a primera hora de la mañana; luego durante media hora, una hora, o más, la habían dejado sola en el despacho, no corría el aire, no se oía nada, de repente habían desaparecido las gaviotas, a lo mejor se habían muerto. Carla estaba con las manos enlazadas y en un momento dado se acarició una mejilla. La puerta se abrió.

Entró Cecchi con mirada culpable. «¿Ha tenido tiempo de pensar?»

Carla lo miró desorientada. «¿Pensar?», dijo como en sueños.

Vio una cucaracha muy grande, negra, de antenas larguísimas y móviles, patas enormes, caminando por el perímetro del despacho.

«¿Empezamos de nuevo?», dijo Cecchi, «¿qué le parece, señora Romano?»
Carla asintió. «Muy bien...»

«Se lo repito, estaba en casa con mi hija Paola, dormía, ¿dónde iba a estar?»,
la voz de Milena se quebró.

Orlandi volvió a enjugarse el sudor, goteaba. «Entonces, señora Spataro,
¿cómo se explica que, entre las veinte treinta del 6 de agosto y las seis treinta
del 7, justo mientras se cometía el homicidio, su móvil se geolocalizaba en la
via Prenestina, o sea, en la ubicación de la casa de la señora Romano,
exesposa del difunto Vito Semeraro?»

Milena lo miró.

«Semeraro estaba cenando allí esa noche y usted lo sabía. ¿Cómo es que
usted también se encontraba allí? ¿Lo había seguido?»

Milena lo miró.

«¿Cómo es que nos ha dicho y repetido, señora, que esa noche estaba en su
casa, que dormía con su hija, cuando se encontraba en las inmediaciones de la
casa de la señora Romano? ¿O debería decir dentro de la casa de Francesco
Ernesto Romano?»

Milena lo miró. «¿Dentro?»

«Las pesquisas demuestran, señora, que a Semeraro lo mataron en un lugar
diferente a aquel donde luego ocultaron su cadáver. La última vez que lo
vieron vivo fue precisamente en la casa de Francesco Ernesto Romano.
¿Usted también estaba allí, señora Spataro? ¿Estaba en la casa en la que
Semeraro fue visto vivo por última vez?»

Milena dijo «No...».

«¿Acaso no es cierto, señora, que usted, por celos, pudo cometer un acto
insensato?»

«Claro que no, yo estaba... en la acera delante de la casa de la señora Romano...»

«¿Quiere decir que vigilaba al pobre Semeraro? ¿Simplemente lo vigilaba o, acometida por un arrebató, quiso verlo muerto?»

«¿Está segura, señora Romano, le ruego que lo piense bien, de que volvió enseguida a casa y de que se quedó dormida con su hija Maria Addolorata?»

«Sí.»

«¿Y está segura de que se quedó en su casa toda la noche con su hija? Por lo que más quiera, señora, piénselo bien.»

«Desde luego que sí», dijo desesperada, «sí.»

«¿Quiere pensarlo de nuevo? Se lo pregunto sinceramente.»

Carla se encogió de hombros, desorientada.

Cecchi respiró hondo, cerró los ojos. Hubo un silencio. Luego habló como si alguien lo estuviese amenazando de muerte. «Y si estaba en su casa como acaba de decir, señora Romano, y estaba durmiendo», Cecchi puso una mano en el escritorio, Carla le miró la mano, también Cecchi la miró, «¿sabe decirme por qué», hablaba despacio, en voz baja, «por qué», levantó los ojos, la miró con gesto culpable, amoroso, «entre las veintidós veinticinco y las doce veinticinco su móvil se geolocalizaba en la zona del castillo de Sant'Angelo?»

Carla elevó los ojos al cielo. Pero solo vio el techo blanco, sucio y húmedo.

«Señora Spataro, ¿mató usted al señor Vito Antonio Semeraro, por rabia, por celos?»

«No. Yo tenía esperanzas. Llevaba toda la vida teniendo esperanzas», dijo Milena.

«Señora Romano, ¿mató usted a su marido, a su exmarido, para tener por fin una vida libre?»

«Claro que no...»

«¿Lo mató usted? Venga, señora Spataro, ya no hay motivo para mentir. Libérese de ese peso.»

«¿Puedo llamar a mi hija? Solo un instante. Se lo ruego.»

Carla miró a Cecchi, de pronto severa, en los ojos un destello de enfado, como si él fuese el interrogado y ella la policía.

«Señora Romano», dijo Cecchi.

«Estoy aquí.»

«Mamá», respondió Paola tirada en el suelo, la espalda contra la puerta, en su casa, el teléfono temblándole en las manos.

«Cariño», dijo su madre con una voz que de pronto sonaba tranquila.

«Llevo rato llamándote, tenías el teléfono apagado, me he...»

«¿Dónde estás? Mamá, me ha llamado un abogado. Me ha dicho que... me ha dicho... me ha dicho que Vito... Me lo ha contado todo. Mamá.»

«Cariño», dijo su madre, «no te preocupes, amor mío, cariño. ¿Cómo estás, mi pequeña? Todo va a ir bien, no te preocupes, cariño, todo va a ir...»

«Mamá», dijo Paola. Suspiró contra la puerta cerrada.

«Dime, amor.»

«Mamá, ¿has sido tú?»

Confesó. Ni siquiera esperó a que llegara el *abogado*, ni se valió del *derecho a no responder*. Ninguna *prueba aplastante* la *delató*, nadie hizo que se *derrumbara*... palabras que ahora le venían a la cabeza como fogonazos, como cuando estaba embarazada de su hija y un día, sin previo aviso, mientras paseaba, notó que la cabeza le estallaba antes de desmayarse, su hombre la cogió al vuelo y la cuidó con dulzura, varios días. Palabras que no eran de la vida auténtica, eran de las películas, había un mundo real y un mundo de la imaginación, todos lo sabían.

Interrogaban a dos mujeres, las dos estaban en la comisaría. A lo mejor había más sospechosos. Había dos mujeres en la comisaría, y una de ellas, de buenas a primeras, había hecho una *confesión río*, palabras que leería poco después en la prensa, la llamarían la mujer fatal, porque resulta que los nombres que dan a los asesinos o presuntos asesinos, se había encontrado pensando, siempre son los mismos. Como si los asesinos fueran siempre los mismos, un hombre celoso, una mujer traicionada, una amante enfurecida, una mujer vejada, un asesino en serie, una pareja desalmada, un parricida, una matricida, una madre enloquecida, como si todos los asesinos, o los presuntos asesinos, pudieran encajar en esas pocas categorías, pones un asesino, quitas otro.

Había alguna prueba, pero que solo permitía investigarla, no incriminarla. Estaban los horarios, que no encajaban. Estaba la geolocalización de su móvil. Pero podía haber sido cualquiera de las dos mujeres. También podía haber sido cualquier otra persona. No había prueba que inculpase a nadie.

Pero ella había confesado. Enseguida. Por qué.

«Basta», dijo, levantó la cabeza, fijó los ojos en los del inspector y luego en los del subcomisario Alaimo, que entretanto había entrado en el despacho, asistía callado, feroz, al interrogatorio. Hacía algo menos de calor, seguían temiendo un nuevo ataque de las gaviotas —estaban agazapadas esperando el momento oportuno para volver a atacar—, alguien había abierto con precaución las ventanas. Entró un aroma delicioso, por fin el verano traía su fragancia. Alaimo y el inspector cruzaron una mirada rápida, se habían quedado callados. «He sido yo», dijo ella. Se levantó de golpe como si la silla quemase, el inspector la mandó sentarse de nuevo, con firmeza. Alaimo asintió.

«Cuéntenos, señora», Alaimo se lo dijo con un tono que sonó a Ya verá, todo saldrá bien, «cuéntenos», dijo, «cómo lo mató.»

«Fui yo», repitió. Luego se restregó las manos con tanta fuerza que se le abrieron unas pequeñas heridas en forma de medialuna, como si desde hiciera meses o siglos, desde siempre, esa sangre no esperase otra cosa que salir al mundo. «Pero yo siempre lo amé.»

«No», dijo el subcomisario Alaimo.

Miró por la ventana. Pasaba un niño en patines de ruedas temblando por los adoquines, bajo el sol, con bermudas hasta las rodillas y lo que parecía una cicatriz rojo oscuro, casi marrón, que le atravesaba el muslo y desaparecía en el calcetín. Alaimo encendió un cigarrillo. Dio una calada. Lo apagó. Lo tiró a la calle.

«¿Qué cree usted, subcomisario?», dijo el inspector detrás de él.

«¿Qué quiere que crea?», Alaimo se volvió y lo miró con dureza.

«Pero también podría ser como dice la señora Romano, lo mató en legítima defensa», Cecchi se tocó el antojo del cuello, se lo rascó con rabia, enseguida se excorió la piel, el antojo se movió, subió y bajó. «No podemos dejar de considerar la reiterada violencia del marido. No podemos dejar de considerar el montón de denuncias presentadas por esa pobre mujer a lo largo de los últimos quince años. Ella lo había dejado, estaban solos, no resulta difícil pensar que él se desquiciara esa noche y que la intentara matar.»

Alaimo se volvió de nuevo hacia la ventana. Prendió otro cigarrillo. «¿De qué pobre mujer me habla, Cecchi? No me haga reír. Es una asesina, mató al marido, ha confesado. Y seguramente alguien la ayudó.»

«Sí, subcomisario, lo mató, pero como usted dice, ha confesado. Solo decía, podría ser que el marido intentara...»

«Podría ser», Alaimo miraba la calle. «Pero después del homicidio, ni de coña, Cecchi, que una mujer que no pesa ni cincuenta kilos pueda cargar con un cuerpo de una tonelada y llevarlo hasta Spinaceto. Y hasta en ese punto la

señora Romano dice he sido yo, lo he hecho todo yo.» Se volvió y lo miró directamente a los ojos. «Cecchi, ¿qué mierda de confesión es esa?»

Cecchi no respondió.

«¿Y la señora Spataro? ¿Por qué nos ha mentado? Estuvo allí, en el lugar del homicidio, toda la noche. Las dos estuvieron en el lugar del homicidio, la exmujer y la amante. Tenemos que descubrir qué ocurrió realmente esa noche, qué nos están ocultando.

Cecchi dijo «Desde luego».

«El juez ha dispuesto prisión preventiva para la señora Romano. Pero hay un cómplice, Cecchi, eso está más claro que el agua. Encontramos a ese cómplice. Es nuestra prioridad.»

Volvió a mirar por la ventana. Encendió otro cigarrillo. Lo tiró. Los dos hombres permanecieron callados, dándose la espalda; uno, Cecchi, más encorvado que el otro, más cansado. Permanecieron callados, dándose la espalda, y el que estaba encorvado buscaba respuestas a todo.

A esa misma hora Milena volvió a casa, donde estaba su hija. Una vez que le contó todo se abandonó a un llanto desesperado, esperaba que ella llorase también y la abrazase, y en cambio, «No era mi padre», dijo Paola enfurruñada, luego: «Y tampoco era tu marido». Miró severamente a su madre. Milena alargó una mano, en medio de aquella casita oscura que de repente pareció dilatarse y retorcerse, alargó una mano hacia su hija, esperando una muestra de cercanía, alargó una mano con un gesto larguísimo que solo esperaba ser aceptado, pero Paola se levantó. «Para Vito nunca hemos sido nada», dijo. «En cambio, para nosotras él lo fue todo.»

La madre se levantó y fue a la cocina, se puso a fregar los platos. Luego su hija la llamó. Milena se secó las manos en el delantal como hacen las mujeres buenas y decentes, como hacen las que no han perdido la cabeza por el marido de otra, lo han esperado toda la vida, y luego ese hombre muere, lo han matado, se secó las manos, esbozó una sonrisa, fue donde su hija. «Dime, cariño.» Se sentó a su lado, le cogió una mano, estrechó la de Paola entre las suyas. Su hija la apartó. «Ayer no estuve en la casa de Daria, mamá. Me acosté con un hombre.»

¿Con quién? ¿Cómo? «¿Quién era, cariño?», Milena sintió que le brotaban las lágrimas y la ira, pero por qué. «Da lo mismo quién era, mamá. Me acosté con él. Tiene cuarenta y dos años.» «Pero, cariño, cuéntame, ¿te apetece hablar de ello?» «No es asunto tuyo, mamá, te he contado lo que quería

contarte», tenía los labios finos y los ojos severos, carentes de toda comprensión.

Y Milena se preguntó quién era, quién era ese hombre, quién es mi hija, y se sintió desfallecer al pensar en el sexo de un hombre en el cuerpo de su niña, ese cuerpo que conocía desde que había nacido, ese cuerpo que era suyo, o al menos había sido tan suyo, quién era ese hombre que seducía a una chiquilla, y Paola siempre le había contado todo. «Paola», dijo, pero era inútil, y luego la ira le dijo al menos ella, al menos Paola, tendrá a alguien para llenar este vacío que se ha apoderado de nosotras, y supo que, aunque estaba mal, le tenía envidia a su hija. Ella también habría deseado un hombre, una mujer, alguien que le dijese todo pasa, ahora estoy yo. Supo que no era justo, ella tenía cuarenta años y era madre y era mujer, a ella le correspondía decir todo irá bien, yo me ocupo, ya pasará. «¿Quieres comer algo?»

Ya era la hora de la cena. Paola, lánguida, asintió.

En la cocina, Milena calentaba la plancha para la carne. Paola estaba hecha un lío, no sabía si sentirse mujer deprimida o niña necesitada de consuelo, pero quería su dosis de amor indiscutible, y la quería de aquel hombre. Estaba allí, con los ojos cerrados, se acariciaba suavemente el rostro, el cuello, el pecho, suspiraba. Milena se puso a enjuagar la lechuga. Puso dos trozos de carne al fuego y la carne empezó enseguida a chisporrotear sobre la llama demasiado alta.

Volvió, y ahora con una cara muy seria, dijo «Cenamos ahí, ¿no?», y miró al suelo, y para su hija Paola fue evidente que Milena estaba viendo a Vito y las cenas ahí, entre risas, en el suelo, Paola, Milena, Vito; los tres.

La madre le pasó los trozos de carne a Paola, que esperaba con los platos y luego los puso en aquella mesa minúscula. Le pasó aceite y sal para que los llevara a la mesa, le sonrió. «¿Qué quieres beber?»

Se inclinó hacia la nevera. «¿Agua, vino?» Sacó agua, vino tinto. Milena jamás le había ofrecido vino a su hija. Paola se llenó un vaso. Bebió. No se limpió la boca. Milena sacó las servilletas. Las puso en la mesa. Sacó los cubiertos. Los puso en la mesa. Luego le sonó el móvil.

Paola fue más rápida, lo agarró al vuelo de la encimera, al lado de los fogones, respondió a la llamada, puso el altavoz. Le hizo un gesto a su madre: habla. Palidísima, Milena dijo: «Diga».

«Has tenido suerte, puta», Milena no tuvo tiempo de reaccionar, y de golpe el acento que también tenía Vito brotó como una erupción. Solo que era una voz más joven. «Has tenido suerte de que no te haya tocado a ti, porque ya estarías muerta, puta asquerosa.» Milena abrió la boca, se agarró el cuello. «Óyeme, puta», ¿cuántos años podía tener esa voz? ¿Cuántas veces había hablado esa persona con Vito? ¿Era un pariente de Vito, o solo un amigo? «Óyeme bien, tú y esa hija subnormal que tienes desapareced de aquí. ¿Te has enterado?» Le flaqueaban las fuerzas, se sentó, y asintió. «¿Te has enterado? Responde.» «Sí.» «Mucho ojo, puta.» Y al momento colgó.

«Me ahogo», jadeó Milena buscando aire, «me ahogo.» Y se sirvió un vaso de agua, temblaba. Pero cuando vio a Paola, allí delante, trató de recuperar la serenidad.

Y buscó las palabras para hablarle a su hija, de mujer a mujer, y le habló lo más que pudo, de sí misma, de Vito, de su familia; habló y lo contó todo, salvo el pequeño detalle relacionado con la noche del homicidio, pero que, había decidido, jamás, jamás, contaría a nadie, siempre lo guardaría en secreto.

«Volvamos un momento a la noche del 6 de agosto, señor Bocci», la fiscalía había citado a Manuel Bocci, la última persona que había sido vista con Carla la noche del homicidio. «¿Confirma que quedó con la señora Romano?»

«Sí», Manuel miró alrededor, el despacho de la fiscalía estaba ordenado y muy limpio, pero era impersonal.

«¿Por qué quedaron?», la fiscal era una mujercilla lombarda de pelo color rojo fuego, con largos rizos, enormes pendientes dorados, un absceso en la mejilla, entre la oreja y la nariz, que daba la impresión que no hacía sino crecer.

«Carla me había llamado, estaba muy nerviosa. Decía que había alguien en la casa de su hermano.»

«¿Y usted qué hizo?»

«Le dije que cogiera a la niña y que saliera de allí, rápidamente.»

«¿Por qué?»

«Porque temía que fuese el señor Vito Semeraro, como siempre», recién afeitado, Manuel estaba sentado, las manos en el regazo, la mirada altiva. Respondía con concisión y seguridad.

«¿Qué relación había entre usted y Semeraro?»

«Ninguna. Lo vi fugazmente alguna vez.»

«¿Puede explicarme cuándo lo vio?»

«Semeraro seguía a menudo a su exesposa, la amenazaba. Incluso en mi presencia. Después empezó a amenazarme también a mí y a mis parientes.»

La fiscal tenía una agenda abierta delante y un bolígrafo Bic que

mordisqueaba distraída, como si estuviese rumiando. «¿Adónde le aconsejó que fuese?»

«Le dije que se reuniese conmigo en el bar que hay al lado del castillo de Sant'Angelo, cerca de mi casa.»

La fiscal repasaba con desgana la agenda. En efecto, habían estado por el castillo de Sant'Angelo. Lo revelaban las llamadas de móvil, lo decía el camarero del bar próximo al castillo, uno que tenía una quemadura abultada en la mejilla, los había visto juntos, mucho rato, en el bar, con la niña Mara.

«¿Ya habían quedado allí antes?»

«Habíamos ido juntos.»

«¿Qué pasó en el bar próximo al castillo de Sant'Angelo?»

«Estaba tan alterada... Le dije que creía que era cosa de Vito. Pero que no se preocupara, que resolveríamos la situación juntos.» La fiscal le indicó con un gesto que continuara. «Le dije que ya era hora de hacer algo en serio para neutralizar la violencia de Semeraro, que hablaría con un abogado de confianza.»

«¿Y luego?»

«Luego ella me interrumpió.»

«¿Y qué hizo?»

«Me dijo, a bocajarro: “Está muerto”.»

«¿Le dijo que estaba muerto?»

«No. Pero yo lo comprendí enseguida.»

«¿Y quién estaba muerto?»

«Vito Semeraro.»

«Y usted, señor Bocci», la fiscal se agachó para buscar algo dentro de su bolso, desapareció unos segundos bajo el escritorio, habló desde allí, «¿qué pensó cuando la señora Romano le hizo esa declaración?»

«No fue un pensamiento, fue una terrible certidumbre.»

La fiscal se enderezó. «¿Qué terrible certidumbre, señor Bocci? Explíquese.» Se puso a fumar un cigarrillo electrónico con intenso olor a vainilla. Manuel sudaba y su bonita camisa se le pegaba al cuerpo.

«Vito Semeraro había intentado matar a Carla, y ella se había defendido.» Manuel chorreaba sudor, se lo secó con un pañuelo, la fiscal chorreaba sudor, en la pared había una mancha de humedad en forma de indio.

«¿Quiere decir que la señora Romano lo mató?»

«Permita que me explique», dijo Manuel. La fiscal hizo una mueca, asintió. «Soy psicólogo y psicoterapeuta, señora fiscal. También tengo una consulta. De manera que en muchas ocasiones he tenido que ver casos de violencia contra las mujeres. Por otro lado, varias veces he sido llamado como perito a juicios de distinta índole.»

La fiscal tosió, extrajo un pañuelo del bolsillo, se secó la boca. «¿Y bien?»

«Pues que no me resultó difícil imaginarme lo que había ocurrido. Es mi trabajo, señora fiscal. Semeraro era capaz de cualquier cosa, por celos podía aniquilar a quien se interpusiera entre él y Carla. También a mí. Todo el mundo lo sabe.»

«¿Quién es todo el mundo, señor Bocci?»

Manuel sonrió con sarcasmo. «Ustedes, en primer lugar. Hay denuncias presentadas por mí contra Semeraro, compruébelo, si tiene la bondad. Una presentada incluso contra desconocidos, pero yo sé, Carla sabe, que no son desconocidos, son sus *amigos* de Massafra, señora fiscal.» Manuel suspiró, satisfecho. «Están todas esas denuncias. ¿Y usted me pregunta “quién es todo el mundo”? Pues usted no es consciente de su propio trabajo, permítame que se lo diga, señora fiscal: están mis denuncias, las denuncias de Carla, ¿hablan entre ustedes, o van resolviendo las cosas sobre la marcha?»

La fiscal escribía en la agenda.

«Y eso no es todo», Manuel esbozó una sonrisa despectiva, «todo aquel

que haya conocido a Carla en los últimos veinte años sabe que Semeraro siempre fue violento con ella. Era un hombre acosador y violento, muy peligroso. No sabe a cuántas mujeres he ayudado a librarse de contextos familiares de esa clase. Ese guion ya está escrito, créame, necesitan que las ayude alguien.»

«¿Y usted la ayudó?»

«Yo, como cualquiera con un poco de sentido común, sabía que tarde o temprano la mataría. ¿Qué hizo la policía para evitar una tragedia como esta, señora fiscal?» Manuel dio un puñetazo contra la mesa, la fiscal lo miró cansada.

«Prosiga», expulsó humo con aroma a vainilla.

«Si Carla no se hubiese defendido sola, ahora estaríamos juzgando a Semeraro, no a ella. Ahora Carla estaría muerta, señora fiscal, sería una de las muchas víctimas de los hombres violentos a las que no ayuda la justicia», hinchó el pecho, «y a las que yo, desgraciadamente, debido a mi trabajo, conozco muy bien. Y de hecho le aconsejé a Carla que no le hiciera caso a su hija pequeña, que no invitara a Semeraro a la fiesta. Si de verdad te apetece, le dije, salid a cenar, id a un McDonald's, por ejemplo, como hace todo el mundo, pero si usted supiese lo unida que está Carla a sus hijos, lo que haría por ellos, lo que haría por contentarlos, si lo supiese usted, señora fiscal, lo entendería todo tan bien como yo.» Respiró y la miró con ojos teatrales. «¿No ve cuántas mujeres mueren? Yo lo veo, señora fiscal, veo un montón de casos. Y trato de salvarlas, con mi trabajo. Y la de veces que no lo consigo, porque estoy solo. ¿Quién ha ayudado a Carla, señora fiscal, quién ha escuchado alguna vez sus peticiones de ayuda, las de todas esas mujeres? Usted la habría dejado morir como a todas las demás, la habría dejado morir sola.»

«Señor Bocci», la fiscal bostezó contra la agenda.

«Hablemos claro», Manuel continuó acalorado, puso las manos abiertas en la mesa. «Soy psicólogo, usted es fiscal. ¿A quién queremos engañar? Ambos vemos estas cosas todos los días. Es evidente que se trata de legítima defensa. ¿De qué estamos hablando?»

«¿De qué estamos hablando?»

«De que Carla les pidió ayuda a ustedes mil veces. ¿Qué habría hecho usted, sinceramente, señora fiscal? ¿Se habría quedado quietecita mientras la hacían pedazos?»

«Señor Bocci», dijo la fiscal, se rascó la nariz.

«Es que es así...», apretó los puños.

«Sí, señor Bocci...» La fiscal miró la agenda. «Bien, después de decirle “está muerto”, ¿qué hizo la señora Romano?»

«Me dijo: “Ayúdame”.»

«¿Y usted la ayudó?»

«Por supuesto que no, señora fiscal.»

«¿Qué hizo?»

«Yo, señora fiscal», acarició de nuevo la mesa, «me fui.»

De pronto pareció que la fiscal no le prestaba atención, se puso a rebuscar en su bolso, sacó el móvil, se lo alejó un poco de la cara y, con los ojos entornados, empezó a mirar algo. Manuel esperaba, primero pensando que se trataba de un asunto que tenía que ver con su interrogatorio, luego que era un mensaje de trabajo. Por último, dado que el silencio duraba demasiado, le echó una ojeada a la pantalla. La fiscal estaba repasando su página de Facebook. No habría sabido decir por qué, pero el descubrimiento lo alarmó.

«Señora fiscal», dijo con firmeza.

La fiscal siguió mirando su móvil, impertérrita. Parecía que ni siquiera lo oía.

«¿Hemos acabado?»

Solo entonces la fiscal levantó los ojos de la pantalla, en ese instante pareció darse cuenta de que Manuel seguía allí.

«Claro, claro», dijo cansinamente.

Manuel se incorporó.

«Solo faltan», dijo la fiscal, «un par de formalidades. Luego podrá irse a su casa.»

La fiscal le indicó con un gesto que se sentase, le echó una rápida ojeada al móvil, como si no quisiera despegarse de él.

Manuel se sentó, y todo su cuerpo se desinfló.

«¿De manera que me confirma», dijo la fiscal reprimiendo un bostezo, «que la noche de entre el 6 y el 7 de agosto, mientras se cometía el homicidio y luego se ocultaba el cadáver del pobre Semeraro, usted no se encontraba en compañía de la señora Romano salvo cuando estuvieron juntos en las cercanías del castillo de Sant' Angelo?»

«Sí.»

«¿Adónde fue después?»

«A mi casa. Pero no pude quedarme allí, aturdido como me encontraba. Cogí la moto y me fui a dar una vuelta.»

«¿Dice que se fue a dar una vuelta?»

«Necesitaba aclararme un poco las ideas.»

«¿Hay testigos?»

«Sí, señora fiscal. Una mujer. Había pinchado en la Pontina, la ayudé a cambiar la rueda y luego fui detrás de ella en la moto hasta su casa. Terminé al amanecer.»

«Bien», dijo la fiscal.

«Si necesita comprobarlo, solo tiene que encontrarla.»

La fiscal le pidió con un gesto que se callara, se rascó el absceso, que se movió como si estuviera vivo, echó un último vistazo al móvil, lo guardó de

mala gana en el bolso. «¿Sabe usted, señor Bocci, que tener conocimiento de un crimen y no comunicarlo a la autoridad constituye un delito? Podría ser acusado de encubrimiento.»

Manuel no pareció acusar el golpe. «Sé cómo funcionan estas cosas. Sé que para la ley he fallado y estoy dispuesto a asumir mis responsabilidades. Pero la ley solo se le habría echado encima, eso lo sabe usted y lo sé yo.»

«¿Por qué calló usted? Ya que sabía lo que le iba a pasar.»

«Porque soy un hombre leal, señora fiscal.»

«Pero estaban los hijos, los parientes desesperados, buscando a Semeraro. ¿No sintió lástima de su dolor? Podría haberlo aliviado.»

«Semeraro estaba muerto. ¿Cómo podría haberlo aliviado?»

La fiscal miró largo rato la calle.

«¿Eso cree, señor Bocci? A mi entender, su posición está clara.» Manuel sonrió. «Ahora bien, solo por seguridad, prosigamos. ¿Dónde se encontraba usted la noche del 6 de agosto, después de las veintiuna horas?»

Mimma, tocada con un pañuelo y de luto riguroso, se estaba derritiendo en una cola bajo un sol abrasador. Delante de ella, una fila interminable, casi toda de mujeres. Detrás de ella, otra fila interminable. En los muros que había delante, una inscripción: «Es inútil vivir fuera si mueres dentro». A su lado, Rosa y Nicola. Detrás de Nicola, Livia algo apartada, pero se notaba que con todo su cuerpo, con todo su ser, quería que se notara su presencia, que estaba con ellos, que era uno de ellos. En brazos de Mimma, bien sujeta, Mara, un sombrerito amarillo canario con una corona de flores blancas para protegerla del sol, las mejillas coloradas por el calor, sosteniendo un osito, calzada con sandalias rosadas tachonadas de perlitas.

El metro no los había dejado muy lejos. Delante de la entrada se tenía la sensación de estar como en otra ciudad, o ni siquiera como en una ciudad, sino como en una zona secreta que nadie que no fuera la gente que se encontraba en aquella cola podía ver. Entre la ancha verja gris de hierro de la entrada y los edificios había un espacio enorme, un espacio asfaltado largo y ancho, precedido por una garita gris, y, más adelante, un cartel celeste donde figuraba el nombre de aquel lugar. Desde fuera se vislumbraban edificios azulinos y quizá un campo deportivo, y había un montón de plátanos altísimos, resecos. No se oía cómo los que estaban dentro gritaban los nombres de los que estaban fuera. No se veía la ropa que había tendida fuera. Estaba demasiado lejos.

De pronto toda la gente que había en la calle, que hasta ese momento había hablado en voz baja, empezó a gritar. Todo el mundo se empujaba. Mimma

se tropezó con sus sandalias, tenía los dedos montados unos encima de otros, las uñas largas y dobladas, pintadas de esmalte rojo descascarillado, que de vez en cuando rozaban el suelo. «Ya llevo yo a Mara», le dijo Rosa a Mimma. Trató de cogerla, pero Mimma no la soltó, se abrió paso a empujones entre el gentío hasta la entrada, la verja recalentada por el sol se abrió: apareció, precedido por las celadoras, anunciado por un severo cartel blanco con fondo azul, el Instituto Penitenciario de Rebibbia.

Mimma, con la niña en brazos, desapareció de la vista.

Una vez, en Bari, cuando era muy pequeña, Mimma pasó por delante de la cárcel y vio a los presos gritando los nombres de los familiares que esperaban para entrar, su ropa tendida en los barrotes, sus cosas, plantas, por ejemplo, asomadas a las ventanas, detrás de los barrotes. Es bonita y fea, pensó, la cárcel es así, dentro de la ciudad. Aquel día permaneció largo rato observando a los familiares que guardaban cola. Pensó que los ruidos que llegaban de la cárcel podían hacer que sintieran más cerca a sus parientes presos. Pero también más lejos, pues así difícilmente podían tocarlos. Después, una vez que se hizo mayor, los amigos del padre, el General, le hicieron pensar cosas muy diferentes sobre la cárcel. Ahora solo pensaba que esa puta era la que tendría que haber muerto, no su santo hermano Vito. Lo importante no era que fuese o no un santo. Lo importante era que se trataba de su hermano, y de que a partir de cierto momento le había parecido su hijo, ella no había podido tener hijos, hijos de su propia sangre, se entiende; lo importante es que Vito era su joya, la niña de sus ojos, y aquella víbora se lo había arrebatado para siempre. «Tía», llamó Rosa entre el gentío. Pero Mimma empujaba, se abría paso y, de golpe, con Mara en brazos, también empezó a gritar.

Poco después también Rosa y Nicola cruzaron la puerta y avanzaron bastante, uno al lado del otro, muy juntos, bajo un sol que atizaba las brasas del asfalto. Sin que nadie se percatara, Nicola volvió la cabeza hacia atrás, no para mirar a Livia, que se había quedado en la calle, sino para ver Roma. Como si la pesada verja, gigantesca, se estuviese cerrando detrás de él.

El locutorio era un espacio largo y estrecho, estaba atestado de gente, no había nada en las paredes, en el centro había una mesa metálica larga y angosta, con bancos a cada lado como en las meriendas dominicales campestres, una lámpara de neón típica de hospital vibraba en el techo. Las celadoras miraban desde las esquinas. Las presas y los familiares estaban muy juntos en el banco, querían besarse y abrazarse pero las celadoras vigilaban, y de vez en cuando alguna de ellas se lo impedía. Tocarse estaba prohibido, abrazarse estaba prohibido. Entró Mimma irritada con la niña en brazos, se abrió paso para ser la primera. Mara zarandeada no decía nada, seguía con los dedos apretados como si todavía llevara el osito amarillo, había tenido que dejarlo en la entrada. Es un osito, imbécil, no un kalashnikov, dijo Mimma. Modere su lenguaje, señora, dijo en un tono neutro la celadora de pelo rubio brillante y muy lacio, habían registrado el osito delante de la niña que no abrió la boca, al final lo retuvieron en la entrada. No había manera de saber si Mara se había dado cuenta de que ya no llevaba el osito, tenía los ojos tan abiertos y azules como los de su madre, como los de su madre cuando te miraba desvalida, hermosa. Mimma se sentó en el banco, recorrió con ojos gigantescos, como dos ventosas, todo el espacio buscando a Carla.

Con el pañuelo negro, el gesto sombrío, los ojos negros, las cejas negras, los labios violetas, finos, el mentón pronunciado, con vello, un jersey ancho

de mangas cortas, negro, metido por dentro de la falda que le llegaba hasta por debajo de las rodillas, ancha, negra, medias color carne, gruesas, los capilares y las venas visibles bajo las medias, sandalias marrones, los dedos hinchados, enrojecidos, montados unos encima de otros, las uñas dobladas, Mimma esperaba. Sujetaba a la niña con una sola mano. La otra la tenía, tensa, sobre la mesa de metal. Inmóvil, fijó la mirada en el lado por el que estaban entrando las presas. Carla llegó.

No vio a Mimma, recorrió con la vista el locutorio. Sudada. No se veían sino los ojos azul hielo en medio del sombrío mar de su misma ropa. Cuando nadie la observaba, o sin reparar en que la estaban observando, era de nuevo una Virgen María, avanzaba flotando muy débil por aquel lugar. Vio entonces a Mimma, apretó los labios y los ojos le brillaron con tal intensidad, que en una foto habría salido ese fulgor. «¡Mara!», gritó, y fue corriendo hacia la niña. «Señora», dijo una celadora.

Carla tuvo que sentarse sin abrazar a su hija pequeña.

Pero consiguió tocarla. Solo que Mimma se la apartó enseguida. «Mamá», dijo Mara, pero no tendió los brazos hacia su madre, no lloró, no rio. Las dos mujeres, Mimma y Carla, se miraron a los ojos.

«Voy a quitarte esta niña», dijo Mimma, se apretó una rodilla.

«Ya no vas a quitarme nada más», dijo Carla.

«Te lo voy a quitar todo, todo, ya verás.»

«Va a quedarse con Nicola y Rosa. Lo manda la ley, Mimma.» Miró a Mara. «No te preocupes, peque, no pasa nada», dijo.

«No hay ley que valga. Morirás aquí dentro.»

Carla se incorporó. Volvió a sentarse. En voz baja para que Mara no la oyera, dijo «No puedes hacer nada. No podéis hacer nada».

«¿Desde cuándo lo traicionabas, mala puta?»

«Te lo ruego, modera tu lenguaje, Mimma, hay una niña.»

«Ya sé que hay una niña. ¿Tú cuándo te acordaste de eso, eh? ¿Desde cuándo lo traicionabas?»

«Nunca traicioné a Vito.»

«Lávate esa boca», refunfuñó Mimma y se le acercó a la cara, a la boca, «no te atrevas a pronunciar nunca más ese nombre.»

Carla la miró. «Por favor», le dijo, «por favor, Mimma, la niña...»

«¿Con quién lo mataste, con quién mataste a mi Vito, al alma de mi vida?» Mimma hablaba casi solo con los ojos.

«Por favor, habla más bajo», y miraba a Mara.

«Voy a quitártelo todo, todo, ¿ves dónde está esta niña? En mis brazos», y estrechó con más fuerza a Mara, que miraba de un lado a otro, asustada, ausente. «Mira bien ahora a esta niña, porque ya no la verás más.»

«¡Déjala en paz!»

«Cuánto hacía que lo engañabas.»

«Nunca lo engañé.»

«Dime con quién lo mataste. Puta. Mira a esta niña», se la puso delante de los ojos, «y dime con quién me lo mataste.»

«¡Para! Por favor, si la quieres de verdad, para...»

«Asesina», Mimma la miró ya sin mover un músculo.

Estrechó con fuerza a Mara contra su pecho, la niña abrió los ojos de par en par, se asustó, forcejeó, Mimma le estaba haciendo daño. «Mírala», se la acercó más, la estrechó de nuevo, con fuerza.

«Te lo ruego, Mimma...»

«Ya la tengo en mis brazos. Es mía.»

«Yo no quería hacerle daño...», dijo Carla, «créeme, por el amor de Dios, yo lo amé siempre...», susurró, «te pido perdón ante Dios, me pongo de

rodillas, ante Dios y ante ti», y se arrodilló a sus pies. «No le hagas daño a mi niña.»

Mimma la miró en el suelo, una mirada que habría derribado un rascacielos. Pero luego abrió la boca, se la tapó con una mano, tenía los ojos arrasados en lágrimas. Apoyó la mano en la mesa y se incorporó. Sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó con Mara en brazos. «Mamá», gritó entonces la niña. Rompió a llorar desesperada, «¡Mamá! ¡Mamá!». Mimma, paso a paso, se la llevó.

Por fin llegaron Rosa y Nicola, Carla miraba de un lado a otro, sentada, las manos apretando los bordes de la mesa de metal, los ojos inundados de lágrimas. Rosa la vio desde lejos, se detuvo. «No puedo», dijo, «Nico, soy incapaz, no puedo.»

Nicola miraba a Carla, dijo las primeras palabras desde que habían cruzado la verja, pero parecían las palabras de toda una vida. «Es la misma de siempre», le dijo a Rosa, «sigue siendo nuestra madre.»

Rosa se volvió hacia él. Nicola la miró. Sonrió. «Ven», dijo, agarró la mano de su hermana. Rosa dijo «No puedo». Nicola se la apretó, la abrazó, la sostuvo mientras avanzaban, la condujo hacia su madre. «Ya casi estamos», dijo.

«Mamá», dijo Nicola cuando casi habían llegado a su lado, Carla miraba al vacío, no los había visto. Cuando oyó la palabra mamá, se volvió.

Los vio. Se puso de pie. Se los quedó mirando. Rosa temblaba. «Rosa», dijo Carla.

Rosa miraba al suelo, luego levantó los ojos. «Ay, mamá», rompió a llorar, se arrojó a sus brazos, no hizo caso a las celadoras que llegaban, la abrazó, «ay, mamá», las celadoras decían señorita, no está permitido, se echaron

sobre ellas para separarlas, tiraban, pero Rosa la estrechaba entre sus brazos, «¿qué has hecho, mamá, ay, mamá, pero por qué?», y la estrechaba con más fuerza, cada vez con más fuerza, con una fuerza desmedida, las celadoras tiraban de ellas, pero Rosa la estrujaba como si fuese un animal depredador.

Antes de que las celadoras se llevaran a Carla, que en ese momento ya solo repetía «Perdonadme», Nicola por fin miró a su madre a los ojos. «Nicola», dijo Carla mientras las celadoras le ponían las esposas, «cuida de Rosa y de Mara. ¡No dejes que se lleven a nuestra niña!» Él le sonrió, parecía sereno, asintió. Abrazó a Rosa, que seguía sollozando, pero que se iba calmando poco a poco. La última imagen que vio Carla antes de que la devolvieran a su celda fue la de su hijo Nicola sonriéndole tranquilizador y abrazando a Rosa, que lentamente se calmaba: su cabeza de familia.

La tarde siguiente, con un calor que ahora parecía menos insoportable, incluso se esperaban nubes en un cielo infinito y hasta amenazaba tramontana, Milena miraba la entrada de una guardería. Allá delante, con el cuerpo más encorvado, más agachado, los ojos sombríos, clavados en el suelo por la fuerza de la gravedad, Nicola los elevó de repente hacia la verja. Conducidos por las maestras, salían niños alegres o desorientados buscando a sus padres, o charlando entre ellos, en ese lenguaje incomprensible que tienen los niños. También salió Mara. Miró a su alrededor, vio a Nicola, le brillaron los ojos. Él también se transformó de golpe, tenía una sonrisa sincera, pero ya no era el hermano que Mara y Rosa, ya no era el hijo que Carla y Vito, ya no era el nieto que los padres de Carla y los padres de Vito, ni el que Mimma, conocían desde que había nacido.

Milena los miró desde lejos, apretó las manos una contra la otra, se ocultó tras el muro.

Cuando regresó a casa, encontró a Paola de brazos cruzados, esperando. «Mamá», Milena se sentó a su lado, «¿cuándo es el funeral de Vito?»

Milena se pasó una mano por la cara. «No lo sé, cariño, mañana, pasado mañana.»

«¿En Massafra?»

«Creo que sí.»

«Vamos, mamá. Vayamos juntas al funeral de Vito. No tenemos nada de que avergonzarnos. Deja que me despida de él. Deja que me despida de él, mamá, por favor, por última vez.»

Milena se levantó. «No podemos», dijo, se puso a llenar la lavadora con la ropa clara. «Échame una mano, Paola», dijo.

En la plaza Berretta, detrás de la entrada principal de San Lorenzo Mártir, la iglesia de Massafra, clavadas en los muros de la iglesia, hay cinco cruces. Debajo de esas cruces, casualmente, estaban uno al lado del otro Nicola, Rosa con Mara en brazos y un cochecito, rosado como todo lo que le gustaba a Mara. Junto a Nicola, en el otro lado, Livia, los labios apretados. Dentro del cochecito estaba la enorme muñeca que Vito le había regalado a su hija para su cumpleaños y que ese día Mara había insistido en llevar desde Roma con ella.

«Por fin habéis llegado», Mimma se les acercó jadeante, el pañuelo negro de siempre, el cutis descolorido, los fue abrazando de uno en uno con fuerza, pendientes enormes, de oro, un largo collar con forma de racimo, grandes sortijas en las manos hinchadas, los abrazó a todos menos a Livia, a la que aparentemente no vio.

«Buenos días, señora», dijo Livia.

«¿Dónde *ta* mamá?», preguntó Mara.

«No puede venir, cariño, ya te lo he dicho, está en ese sitio al que fuimos a verla porque está un poco enferma, no tiene nada serio, muy pronto se curará», dijo Nicola y, antes de que Mimma cogiese en brazos a la niña, y Rosa ya se abandonaba y la dejaba hacer, él la cogió en brazos.

«Vamos, todo el mundo os está esperando», dijo Mimma.

Rosa miró a Nicola, Mara miró a Nicola, Livia miró a Nicola. Él dio un paso hacia la puerta de la iglesia, y las tres lo siguieron.

Había un sinfín de gente en la entrada de la iglesia de Massafra, imponente, la plaza de delante era pequeña pero el coche fúnebre esperaba al féretro y la gente llegaba y pisaba y empujaba para ver a aquellos pobres huérfanos, peor todavía, a esos pobres hijos cuya madre había matado al padre y cuya madre estaba ahora en la cárcel. Querían ver sobre todo a Mara, la más pequeña, querían verla subida a hombros en medio de la multitud para decir ahí está, ahí está el símbolo inocente de lo que puede hacer el mal. Y Mimma intentó de nuevo arrancar a la niña de los brazos de Nicola para cumplir ese sacrificio, mientras todo el mundo se apretujaba contra los hermanos, y Livia se quedaba un poco rezagada pero enseguida Nicola volvía a acercarla a su lado; Mimma trató de coger a Mara, pero no pudo porque Nicola la sujetó con fuerza. «Lo siento mucho, mi más sentido pésame», les dijo a Nicola y a Rosa Nuccia, la asistenta que trabajaba en la casa de Vito en Roma y que tras «la desgracia, qué desgracia» había regresado a Massafra para quedarse a vivir allí. Mi más sentido pésame, decían una serie de caras y brazos gordos, Qué gran hombre fue vuestro padre, muchas lágrimas, gritos de dolor, «¡Vito, Vituccio!», y nadie nombraba a la gran ausente, a la mujer de aquel hombre, Carla. Que había pedido permiso en la cárcel para ir a honrar a su marido, pero no se lo habían concedido por miedo al

linchamiento. Faltaban además otras dos mujeres, las otras dos mujeres de la vida de ese hombre, Milena y Paola, y ya todo el mundo, gracias a los periódicos, estaba al corriente de su vida, y todo el mundo, pese a no haberlas visto nunca, las odiaba.

Nicola se abrió paso entre la multitud, silencioso, serio, su familia detrás de él, su hermana a un lado, Livia al otro, Mara en brazos con la muñeca bien sujeta, el cochecito rosa de Mara ya se había perdido no se sabía dónde. En una silla de ruedas, rodeado por sus otras hijas, Fausta, Lillina, Angela, y por un grupo de hombres, sus amigos, estaba el General con la mirada perdida y babeando, farfulló algo, todo el mundo se acercó a saludarlo. Nicola saludó con un gesto al abuelo, a las tías, pero tardó un poco en escabullirse y tuvo que dejarse abrazar. Después les tocó el turno a Mara y a Rosa; y Rosa rompió a llorar en brazos de la tía Angela, y entonces hubo alguien avisado que arrancó a Mara de los brazos de Nicola y se la pasó a Mimma, y entonces fue izada hacia la puerta de la iglesia, arriba, más arriba en los brazos orgullosos de la tía Mimma. «Mi niña», decía la tía, «mi niña», y la subía más y más para enseñarla a la multitud. Ahora tenían ellos a la niña.

Y entonces también Rosa se dejó rodear por parientes, por la multitud, por los conocidos, le daban el pésame, regalos, le contaban recuerdos de su padre, y ella lloraba, sollozaba, se abandonaba en sus brazos. Nicola miraba a un lado y a otro y se decía que ya habían perdido, miraba a Rosa y se decía que estaban perdiendo, y Rosa oía que alguien le decía «¿Por qué tu hermana y tú no os instaláis un tiempo en Massafra? Podría ser una idea excelente, descansaréis un poco, así estaréis con la familia. Nosotros nos ocupamos de todo. Os cuidaremos». Rosa asentía y en voz baja decía nosotros no podemos cuidar a la niña, no podemos siquiera cuidar de nosotros, sí, sí, vendremos todos a Massafra, nos instalaremos aquí ya para siempre.

Y luego entraron en la iglesia, la familia ahora separada por la multitud de

gente que quería llorar y abrazar y ofrecerse y recordar. Nicola y Livia se quedaron al fondo de la nave, cerca de la entrada, «¡Rosa! ¡Mara!», gritaba Nicola e intentaba abrirse paso entre el gentío pero no lo conseguía. Mimma llevaba a Mara en brazos, detrás de ella iba una silenciosa Rosa, y también la tía Lillina y la tía Fausta y la tía Angela, y la silla de ruedas del General, y pegados al General sus amigos, que lo miraban todo, y rodeándolos estaban el resto de los habitantes de Massafra, la auténtica familia; y Mara en brazos de Mimma perdió la muñeca que le había regalado su padre y todo el mundo la pisó y el plástico chirrió con rabia, y todos los demás rodearon a Rosa y Mara, «¡Buenas chicas! ¡Buenas chicas!», nadie reparó en la muñeca, y Rosa estaba ahora en primera fila entre Mimma, Lillina, Fausta, Angela, el General. Mimma seguía con Mara en brazos, y Rosa vio en ese momento el ataúd, y dentro del ataúd estaba el amor de toda su vida, y entonces se apartó del gentío y se arrojó sobre el ataúd tal como todos esperaban, tal y como le correspondía hacer, y todos asentían, sí, muy bien, y abrazó el ataúd, el ataúd era blanquísimo, estaba repleto de flores, y Rosa gritaba papá. Y todos asentían, era como debía ser. Y en ese instante comenzó la misa y todo el mundo, en coro, se puso a cantar.

Nicola se volvió hacia Livia, en sus ojos se leía los perderé a todos, he perdido a mi padre, he perdido a mi madre, estoy perdiendo a mis dos hermanas. Livia le apretó la mano: me tienes a mí, yo te ayudaré. Y Nicola, por primera vez, apoyó suavemente la cabeza en su hombro.

Pero desde allí vio el ataúd de su padre, tan blanco. Se puso más tenso. Tiró a Livia de la mano, «Salgamos», dijo. La sacó a la calle entre los empujones y las miradas indignadas de la gente, Livia lo seguía y no comprendía, todo el mundo los miraba. Una vez en la calle respiró hondo.

Pero luego en un callejón vio un cartel electoral, casi desgarrado, de la vez que su padre, el año anterior, había sido candidato a la alcaldía de Massafra, tapado por el anuncio del Grand Tour de la Terra delle Gravine, pero aún se veían el bigote y la sonrisa de ese padre, de su padre, se acercó al cartel como con intención de arrancar el cartel del Grand Tour delle Gravine para que se viera bien la cara, pero luego, a un paso de él, con la mano en el aire, se detuvo. Lo miró. Le dijo «Adiós, papá».

¿Le gusta este jardín que es suyo?
¡Evite que sus hijos lo destruyan!

MALCOLM LOWRY,
Bajo el volcán

Cuando empezaron a llamarla como la llamaban, cuando empezaron a decir las cosas que decían, los periódicos, las televisiones, internet, sus hijos reaccionaron de la misma manera: no hablaron. No respondieron a los periodistas ni a los curiosos, no respondieron a los parientes de Massafra, tampoco hablaron entre ellos. Lo único que podían hacer era esforzarse por no pensar, levantarse por la mañana, tomar un café, ducharse, vestirse, ir al trabajo, y ahora que tenían a Mara era todavía más difícil. Ocuparse de Mara. Levantarla de la cama. Llevarla a la guardería. Responder a sus preguntas sobre Carla, tranquilas pero constantes, obsesivas: quiero ver a mamá, dónde está mamá, cuándo regresa mamá. Repartirse los turnos en el restaurante. Y tenían que mirarse a la cara, Rosa y Nicola, Nicola y Rosa, por lo menos una vez al día, para que ni uno ni otro pudiera pensar que ya no se querían. Y sobre todo que no querían a Mara. Pero eso estaba fuera de lugar, no podías preguntarte si querías o no querías, ni a quién, y a veces esas cosas que contaban los periódicos, las televisiones y la gente en la calle te llegaban de todas formas al cerebro, y tú entonces entrabas en un cuarto oscuro de la cabeza, y eso que nunca habías sabido, hasta ahora, que en la cabeza tenías ese cuarto oscuro, el cuarto se cerraba herméticamente detrás de ti, y tú enloquecías.

¿Hay algo o alguien que pueda venir a salvarnos?

Mimma presionaba para que Mara se fuese a vivir con ella a Massafra. Sin

embargo, la asesina de su padre les había pedido solo una cosa a su hija mayor y al nuevo cabeza de familia: no abandonéis a vuestra hermana. Y aunque una persona —habían descubierto Nicola y Rosa— nunca es solo una persona, todos somos la persona y el monstruo, además del monstruo sigue existiendo la persona, y la persona, por desgracia, era su madre.

La que los había traído al mundo. La que habría muerto por ellos. Pero ¿era verdad? La que había rezado con ellos para que Vito apareciese —pensaba obsesivamente Rosa—, lo había buscado con ellos como una loca, largos y extenuantes días repartiendo carteles, asustados y esperanzados, y esa madre había llorado con ellos, Fijaos qué hermosos sois, fijaos cómo nos queremos, solo tenemos que mandarle todo nuestro amor a vuestro padre, veréis que con eso bastará, os habéis hecho mayores, estáis sanos, sois guapos, inteligentes, cariñosos, leales, honrados, ya veréis que este amor le llega y nos lo devuelve, ya sabéis que vuestro padre y yo a veces hemos tenido diferencias, pero creo que sabéis, que cada uno de nosotros sabe, que el amor no termina nunca. ¿Cómo había podido hacerles eso?, a su padre, a ellos dos, a Mara. Era mejor no pensar en esas cosas, porque si lo haces en el cuarto oscuro de la cabeza se abre un agujero, caes y ya no vuelves a salir.

Lo que decían los periódicos y las televisiones, lo que decía en voz baja la dependienta de las enormes ampollas moradas y costras en el brazo del supermercado de la via del Pigneto, lo que decía el camarero del bar Preneste del pelo cortado casi al rape y acento napolitano, lo que pensaba la mujer de la primera planta que sujetaba a sus hijas cuando pasaban cerca de ellas Nicola, Rosa y Mara, lo que decía el dueño de la panadería Brothers que se pasaba la vida sentado en una silla en la puerta de su tienda, y el paquistaní de la esquina que tenía un hijo de diez años que hablaba en dialecto romano y

atendía a los clientes, lo que decían los que se congregaban debajo de la casa de Nicola y Rosa, y también en Monti frente a la casa de Milena y Paola, y naturalmente también frente a la de Mimma, en Massafra, un viejo caserón color bermellón repleto de figuras de santos y de vírgenes, las persianas siempre bajadas, un olor a cerrado y a viejo que se te quedaba pegado, todo lo que decían, y fotografiaban y pregonaban, guardaba siempre relación con la noche del homicidio. ¿Qué había ocurrido realmente aquella noche?

La opinión pública se partía como una montaña en la que hubiera un desprendimiento y quedaran dos paredes llenas de aristas. Es culpable, una asesina consciente, mató al marido, lo enterró y confió en que nadie se diese cuenta, decían algunos. Es la víctima, decían otros, la pobre víctima de un marido violento, solo se defendió, si ella no lo hubiese matado, la habría matado él. ¿Os dais cuenta de lo cruel que es matar conscientemente a tu propio marido, al padre de tus hijos?, decían los primeros. ¿Os dais cuenta de lo trágico que es tener que matar a tu marido, al padre de tus hijos, para salvarte? En las tertulias televisivas casi se llegaba a la gresca, culpable, víctima, cordero sacrificial, diablo, hombres violentos, mujeres atormentadas, torturadas, asesinadas. ¿Qué ocurrió realmente aquella noche?

¿Carla mató a su marido sola, con alguien, fue realmente ella? Carla, la llamaban, como si fuese su amiga. Las investigaciones de la policía también se centraban en lo que había ocurrido en las últimas horas de Vito Semeraro y en las inmediatamente posteriores. Para la policía había algo claro: Carla Romano no había podido ocultar el cadáver de su marido sola. ¿Quién era, pues, el cómplice? La verdad estaba guardada en la cabeza de esa mujer encarcelada, quien sin embargo repetía la misma versión, Fui yo, todo lo hice yo, lo maté para defenderme.

«¿Usted y la señora Romano se querían?» A la fiscal le había pasado algo con los pendientes porque llevaba una tirita gruesa en un lóbulo, su tono volvía a ser de indiferencia, como si le hiciese un favor por escucharlo.

«¿Cómo dice?» Como el primer día, Manuel Bocci estaba sentado en una silla del despacho de la fiscal, solo que ahora tenía frío y estaba enfundado en la chaqueta. Miró a su abogado, un hombre alto, de unos cuarenta años, casi calvo pero atractivo, sentado a su lado. El abogado asintió, Manuel miró a la fiscal.

«Le he preguntado si usted y la señora Romano se querían.»

«Por supuesto.»

«¿Cuánto se querían?»

Bocci miró a su abogado, luego a la fiscal. «Señora fiscal, esas preguntas no son pertinentes», dijo el abogado y sonrió con arrogancia.

«Usted nos ha dicho, señor Bocci», la fiscal volvió la vista hacia la ventana, atraída por el ruido de un cierre metálico procedente del edificio de delante, luego leyó en una carpeta «que “Semeraro era capaz de cualquier cosa, por celos podía aniquilar a quien se interpusiera entre él y Carla. También a mí”. ¿Lo confirma?»

«Lo confirmo.»

«¿Recuerda haber visto a Semeraro cometiendo algún acto violento?»

«Sí. Ya le he hablado de las denuncias. Y ya le he dicho de qué son capaces sus amigos.»

«Sí, lo he confirmado», la fiscal se puso de pie, estiró la espalda y corrió despacio una pesada cortina, color vino, ya no se veía la calle y el despacho quedó en penumbra. La fiscal se sentó, miró en derredor, debió de advertir la oscuridad en que se había quedado el despacho y encendió una lámpara que había sobre el escritorio. «Perdone», dijo, «la migraña.» Siguió un silencio, luego: «¿Le daba miedo verse con la señora Romano, señor Bocci?»

«No. La quería.»

«Entonces, señor Bocci», a la luz de la lámpara el rostro de la fiscal se veía pálido y ojeroso, «a pesar de aquello permaneció al lado de la mujer que quería y que lo quería durante esos meses, y arriesgó todos los días la vida con ella y por ella. ¿Es correcto?»

«Sí.»

«¿Y a pesar de todo, en el momento en que la mujer a la que quiere, por defenderse, solo por defenderse, como dice usted, solo por proteger su vida, como dice usted, solo por sus hijos, como dice usted, en el momento en que esa mujer mata a su marido pero solo en legítima defensa, empleo sus palabras, señor Bocci», abrió la agenda, «y usted le cree, es más, como dice usted», la hojeó, leyó, «sé que lo hizo en legítima defensa, y esa mujer le pide ayuda, usted no solo no la ayuda a ocultar el cadáver —lo cual, por lo que a mí respecta, es una decisión apropiada— sino que tampoco llama a la policía? ¿Y lo que usted hace es desaparecer?» Sacó del cajón un blíster de pastillas.

«Sí.»

«¿Por qué no convenció a la señora Romano de que acudiera a un médico para que le examinara las lesiones? Habría podido demostrar fácilmente que había actuado en legítima defensa», sacó una pastilla del blíster, se la introdujo en la boca, bebió.

Manuel abrió la boca. Miró la cortina. Su sombra en la mesa. «No quería denunciarla. No quería que la policía la dejase de nuevo sola. Tenía miedo de perderla.»

«¿Ha visto alguna vez el Micra de la señora Romano?», la fiscal se tapó un ojo con una mano, para protegerlo.

Manuel entornó los ojos y apretó los labios. «Sí.»

«¿En qué condiciones se encontraba cuando lo vio por primera vez?»

«Estaba viejo, inutilizable, el motor, el seguro...»

«Por los datos que tengo, corríjame si me equivoco, usted reparó el automóvil, ¿es correcto?»

«Sí.»

«Y lo reparó», repasó la agenda, «justo dos semanas antes del homicidio. ¿Es correcto?»

«Sí.»

«Volvamos al momento en que la señora Romano, en el bar del castillo de Sant'Angelo, lo mira y solo le dice: "Está muerto". Y usted lo comprende todo, quién ha muerto, cómo ha muerto y por qué.» La fiscal tragó otra pastilla, hizo una mueca. «Un poco raro, ¿no le parece? A menos que tenga usted poderes paranormales, señor Bocci.»

Manuel miró al abogado, miró a la fiscal, pero ella siguió hablando: «Y por consiguiente, permíteme si soy un poco lenta, pero ¿no me está diciendo acaso que usted se encontraba con la señora Romano en el momento del homicidio, mientras Semeraro moría? ¿No me está diciendo que usted está convencido de lo que dice, es más, que *sabe* lo que dice, como declara usted, porque usted y la señora Romano premeditaron juntos el homicidio, y usted esa noche estaba allí y ayudó a la señora Romano a matar al pobre Semeraro, para impartir justicia en nombre de ella y de todas las mujeres muertas y asesinadas? ¿Y que es por eso, en efecto, por lo que usted, como ha repetido varias veces, no supone ni piensa, pero sabe?».

Manuel se disponía a replicar, pero la fiscal continuó: «¿Acaso, señor Bocci, no es precisamente por los conocimientos que usted ha declarado poseer sobre la violencia contra las mujeres, sobre los peritajes legales de distinta índole que ha declarado que realiza con frecuencia, por lo que usted ayudó a la señora Romano a preparar la muerte de su marido, convencido, gracias precisamente a esos conocimientos, de que podría demostrar

fácilmente la legítima defensa y de esa manera deshacerse para siempre de Semeraro, de manera que usted y la señora Romano pudieran disfrutar tranquilamente de su amor? Si, por casualidad, por accidente, Semeraro acababa muerto...».

«No, señora fiscal, no», Manuel se puso de pie, el abogado lo hizo sentarse, «no sabía nada, no estaba allí durante el homicidio, ni después, está esa testigo, la mujer de la avería, ¿lo han verificado? ¿Lo han verificado?»

La fiscal se pasó una uña pintada por los dientes. Hurgó entre las encías. «Explíqueme una cosa: ¿cuándo lo llamó la señora Romano? ¿Después, o mucho antes del homicidio?»

«¡Después, señora fiscal, después!»

«De acuerdo», dijo como se da la razón a un niño caprichoso. «¿Por qué *después* del homicidio», recalcó la palabra con aire divertido, pero enseguida hizo otra mueca de dolor y cerró los ojos, «la señora Romano lo llamó precisamente a usted? ¿Qué quería de usted?»

«¡Que la ayudara!», gritó él. «Que la ayudara, señora fiscal, como habría hecho cualquiera. Una ayuda de la única persona que podía prestársela, de la única persona que la amaba y de la que ella se fiaba. Nos amábamos, nos ayudábamos, ¿resulta tan difícil de comprender, señora fiscal? ¡Simplemente pedía ayuda!»

«¿Ayuda para ocultar el cadáver?»

Tenía la boca seca, miró ansioso la botella de agua de la fiscal.

«Y se amaban, y habrían hecho cualquier cosa por el otro, y a pesar de ello, cuando la señora Romano le pide ayuda, usted no se la presta.»

«No.»

«Bien», dijo la fiscal. Se miró las uñas, se arrancó una cutícula. «Y a lo mejor, gracias a su pericia profesional, usted habría conseguido que a la señora Romano le reconocieran que había actuado en legítima defensa, con lo

que se habrían evitado todas las consecuencias legales...»

«No, no, no... de qué habla...»

«... en ese caso, usted habría sido un listillo, ¿no, señor Bocci? Se habría librado de Semeraro sin mancharse con un delito.»

«¡De qué habla! ¡Abogado!», miró al abogado.

«¿Quiere dejarlo aquí, señor Bocci?», le preguntó el abogado.

Manuel dijo «No... no...».

«De manera que», la fiscal asintió, «gracias a usted, el día del homicidio el Micra funcionaba, ¿no es así?»

Manuel no respondió.

«Y, según usted, ¿cómo llega la señora Romano desde su casa al vertedero donde se halló el cuerpo de Semeraro?»

«¡Dios mío, eso qué tiene que ver!»

«Usted manda reparar el Micra dos semanas antes del homicidio, y la señora Romano, o los dos juntos, lo usa para ocultar el cadáver justo dos semanas después.»

La fiscal guardó silencio, Manuel no habló. La fiscal repasó la carpeta que tenía sobre el escritorio. «¿Tiene usted idea del motivo por el cual, probablemente con el automóvil que mandó reparar usted, la señora Romano, o la señora Romano y usted, fue precisamente al vertedero de Spinaceto a enterrar a su marido?»

«Pero ¿cómo puedo yo...?»

«Solo digo que me parece raro, había tantos sitios más cercanos que Spinaceto.» Y como si se le ocurriese en ese momento: «¿Tiene algún recuerdo o alguna idea que relacione ese lugar con la señora Romano o con usted?».

«No», de golpe Manuel se hundió en la silla y puso los ojos en blanco.

«Algo que lo relacione a usted, señor Bocci, con Spinaceto, quiero decir.

¿Me oye? ¿Se encuentra bien?», dijo la fiscal. «¿Señor Bocci?»

«Lo único que puedo decirle es que una vez a la semana atiendo en una consulta que está cerca de allí.»

«¿Cerca de Spinaceto?»

«Sí.»

«¿Y usted, señor Bocci, a lo mejor solo de pasada, le enseñó alguna vez a la señora Romano el vertedero en el que después fue hallado el cuerpo destrozado del señor Semeraro, casi completamente devorado por animales y en descomposición?»

«Yo... Sí. Ese día íbamos a Ostia y...»

«Y según usted, la señora Romano, que no conduce, con un automóvil que cogía después de diez o veinte años, ¿pudo encontrar sola ese vertedero?»

«¡No lo sé, señora fiscal, yo no soy Carla!»

«¿Y se le ocurre cómo la señora Romano, sola, abandonada hasta por usted, por el hombre que le había prometido ayudarla y no abandonarla jamás y estar siempre a su lado para protegerla, se le ocurre cómo consigue esa mujer sola trasladar ese cuerpo de más de cien kilos desde su casa hasta el automóvil, un automóvil que nunca había conducido, y desde el automóvil al vertedero, y después cavar y enterrar a su marido, dentro de bolsas, y por último regresar a su casa antes de que el gallo cantase?»

Manuel se miraba las manos.

«Señor Bocci, ¿mató usted a Vito Semeraro?»

«¡Por Dios!»

«¿Ayudó a la señora Romano a matar a Semeraro, a limpiar la casa y a ocultar el cadáver?»

«¡Abogado!», lo miró implorante.

«¿Cuándo lo planearon?»

Manuel miró de nuevo al abogado, este dijo «Mi cliente ya le ha dicho que

es ajeno a los hechos. Esto es acoso, señora fiscal».

«Señor Bocci, ¿Semeraro los amenaza —los amenaza a usted, a la señora Romano, a sus familiares— durante todo este tiempo y usted no experimenta ningún sentimiento, ni siquiera un sentimiento de desquite, como queremos llamarlo... de venganza?»

«¡No!» Manuel miró de nuevo al abogado. «¡No!»

«No se altere, señor Bocci», la fiscal habló en voz baja, serena. «Usted nos ha dicho que esa noche, después de lo del castillo de Sant' Angelo, volvió a su casa. Hay un testigo, un vecino suyo, que lo vio salir de nuevo, sobre la medianoche.»

«Ya se lo he dicho, señora fiscal, estaba en casa, me estaba volviendo loco, no podía estar quieto... cogí la moto y me fui.»

«¿Por qué no se llevó el móvil?»

«No», a Bocci se le quebró la voz, «salí sin nada, no pensaba en nada.»

«Así que usted sale en moto y no piensa. Y luego ayuda a una mujer que tiene una avería, ¿no es así?»

Manuel miró a un lado y a otro.

«Con todas las preocupaciones que tenía, señor Bocci», sonreía comprensiva, asentía, «¿la ayudó?»

Bocci se llevó una mano a la boca. La fiscal sonrió. «¿Ayudó a una desconocida y en cambio a la mujer que amaba la dejó allí, sola, sin ayuda?»

Manuel bajó la cabeza. «Sí.»

«Perfecto», dijo la fiscal, sonrió, apuntó algo, dejó el bolígrafo, acodó el brazo izquierdo en el escritorio y, con el mentón apoyado en la palma de la mano, se inclinó hacia Bocci para escuchar. «Qué historia tan fascinante. ¿Y bien?», lo invitó a continuar como si fuese una niña a quien le estuvieran contando un cuento.

«¿Qué quiere saber?»

La fiscal extrajo del cajón un cigarrillo electrónico, hizo el gesto de acercárselo a los labios y después lo dejó. Hurgó de nuevo en el cajón y encendió un Camel, aspiró. «El nombre de esa mujer, o la matrícula del automóvil. Cualquier detalle que nos ayude a encontrarla.»

«Perdone, pero ¿usted, usted habría preguntado...? Estábamos allí, inclinados sobre el automóvil, y... era de noche, y ¿por qué tendría que haber apuntado la matrícula...?»

«¿Ni siquiera el nombre?», la fiscal parecía francamente disgustada.

Manuel meneó la cabeza como un colegial pillado en falta. «Solo recuerdo que el automóvil era un Polo azul.»

«Un Polo azul», la fiscal repiqueteó con los dedos sobre la mesa, convencida. «De manera que usted ni siquiera tiene una coartada, señor Bocci.» De otro cajón sacó un cenicero. Apagó el cigarrillo. El escritorio y el suelo estaban llenos de ceniza.

«¡Pero, señora fiscal!», masculló Manuel. Fijó los ojos en su abogado, que lo miraba abatido.

«Abogado», la fiscal se dirigió por primera vez a él. «Estará de acuerdo conmigo en que debemos proceder.»

«¿Proceder a qué? ¿A qué?» Manuel gesticulaba. Miraba a la fiscal, al abogado, y ninguno de los dos le decía nada.

Hasta que un día sonó el móvil de Nicola, una voz dijo de un tirón «Hola, Nicola, tú no me conoces pero yo a ti sí, es como si te conociera de toda la vida, no puedo ni imaginarme por lo que estáis pasando...». Nicola se quedó escuchando la voz que decía al teléfono quién era, su nombre, y luego decía «No sabéis cuánto pienso en vosotros, en ti, en tus hermanas, pienso en vosotros en todo momento», y luego decía «Con todo mi respeto por vuestro dolor, me perdonaréis, o quizá no, pero tengo que decirlo, Nicola, os lo tengo que decir, yo también estoy sufriendo por la muerte de vuestro padre», y luego decía «Yo lo conocía bien», y luego se le quebraba la voz, y luego decía «Me encantaría, ese sería mi único consuelo, poder ayudaros de alguna manera, poder ayudar a sus hijos, ¿necesitáis ayuda con Mara, por ejemplo?», y luego ya no decía nada y se oía su respiración de mujer por el auricular.

Nicola no conseguía escuchar, no podía pensar, estaba recluso en el cuarto oscuro que era su cabeza, al borde de la trampilla que siempre lo observaba, oía solo las palabras «Puedo ayudaros con Mara». Por supuesto que sé quién eres, se decía, pero no podía hablar, por supuesto que sé quién eres, te llamas Milena, tienes una hija que se llama Paola, tu hija es rara, parece tan pequeña, eras la amante de mi padre desde que tengo memoria, qué pasa, creéis que todos somos imbéciles, que no vemos nada, creéis que solo existís vosotras y que nosotros somos meras comparsas, de cartón. Ahora es el momento en que Nicola sale entre bastidores, ahora es el turno de Mara que se pone a trotar por la habitación. ¿Hay algo, alguien, que pueda venir a rescatarme? No. Pero si aceptásemos su ayuda al menos no tendríamos que responsabilizarnos de

Mara todo el tiempo. Rosa y yo podríamos estar encerrados en nuestro cuarto oscuro y si la trampilla se abre podríamos dejar que nos devorase. «¿Necesitáis ayuda con Mara?» Sí. Dijo «No». «No vivo lejos, ¿puedo al menos llevaros algo de comida?»»

Poco a poco el tiempo, qué otra cosa podía hacer, transcurría, llegó octubre y las hojas cayeron, en noviembre hacía ya tiempo que había llegado el otoño, en diciembre colocaron las luces de Navidad en las calles y en la cárcel, en enero empezó el nuevo año, y llegaba febrero y el célebre carnaval de Massafra, y los curiosos, los informativos, los periódicos abandonaban despacio, soñolientos, el acoso, bostezando regresaban a casa, ya no ocurría nada nuevo en la historia de la mujer de los ojos azules como el hielo, perdía la densidad propia de las cosas que hay que saber, se reducía a murmullo, luego a ruido de fondo. La policía guardaba silencio, no divulgaba una sola noticia, ni una indiscreción, ni siquiera una pequeña exclusiva.

A la espera del juicio, Carla seguía en la prisión sometándose a los interrogatorios preliminares del juez, la prisión era un único y largo día esperando nada. Si fuera la opinión pública estaba dividida, dentro, para todas las presas de Rebibbia, Carla era una especie de Juana de Arco que se había rebelado, había hecho justicia por todas ellas, era el mito de las otras presas, con las que no se trataba. Llevaba seis meses encarcelada y jamás había hablado con nadie, las presas la observaban con silenciosa adoración, buscaban aproximársele como si fuese un oráculo pero ella respondía con esos ojos azules rebosantes de caridad humana, de tristeza, y no pronunciaba palabra.

En la hora de patio permanecía sola, pensando o leyendo, mientras todas las demás charlaban y fumaban. En las comidas se sentaba en cualquier sitio,

pero luego no cruzaba palabra con nadie. Estuvo en un taller de costura donde le hizo un peto a Mara, pero una vez que terminó el taller lo tiró, y tampoco allí habló con nadie, no reaccionó a las felicitaciones de la costurera, no respondía, no hablaba, no tenía una mirada torva, solo parecía no oír. Únicamente un día, como de la nada, era de noche, Carla levantó los ojos, miró a su compañera de celda, dijo «Soy mala, ¿verdad?». «¿Por qué?», dijo la otra, hacía un solitario sentada en su cama en el quinto mes de detención de Carla. «Porque», dijo Carla, escribía algo sentada a la mesa, ninguna presa la había visto jamás echada en la cama salvo cuando dormía, y solo de noche, todas las presas la habían visto siempre vestida como si fuese a salir de la cárcel en cualquier momento, «Porque», dijo Carla, «he pensado que es la primera vez desde que tengo dieciséis años que no debo ocuparme de nadie, puedo pensar en mí, tengo tiempo para mí. Es un pensamiento malo, ¿verdad?»

La presa levantó la vista de las cartas y sintió que era una privilegiada, todas estaban pendientes de los labios de Carla pero a ninguna le había hecho nunca una confidencia. «No, Carla», la presa se puso de pie, se acercó a la mesa, «es normal, absolutamente normal después de lo que has pasado. ¿Te encuentras bien?», le preguntó, dio otro paso hacia ella. «Solo tengo miedo», añadió. «Ya verás que sales de aquí», dijo. «Eres inocente», dijo. «Eres la más valiente de todas nosotras, nos has salvado.» Y le puso, con cautela, una mano en el hombro. Pero Carla se había puesto de nuevo a escribir, y después de ese día ya no volvió a dirigirle la palabra salvo para pequeñeces cotidianas, ¿tienes un cigarrillo? —ahora fumaba un montón—, ¿llamo a la celadora? —un día su compañera de celda no se encontraba muy bien—, me sobra detergente.

Llegó enero también para Rosa, Nicola y Mara, para Mimma que no dejaba de reclamar que al menos permitieran que su sobrina más pequeña fuese a vivir con ella, para Milena, para Paola, para Livia, y para Manuel Bocci, llegó para todos salvo para Vito Semeraro, que yacía enterrado, callado, muy elegante, comedido, en el cementerio de Massafra. Helado para siempre en la noche de un agosto tórrido que, igual que había llegado y cuando parecía que nunca terminaría, pasó sin dejar huella.

Todos los vivos fueron citados para nuevos interrogatorios, era el procedimiento, y tras cada nuevo interrogatorio daba más la impresión de que no había habido vida antes del homicidio, solo había un larguísimo hoy como el de Carla en la cárcel, había una espera pero era espantosa como la larga mano de la muerte, era la espera del comienzo del juicio.

Solo cuando, en enero, terminaron las investigaciones preliminares y se anunció el comienzo del juicio, en una mañana azotada por una tramontana imposible que te hacía llorar, solo entonces pudieron conocer los diarios, los informativos, la opinión pública el nombre del presunto cómplice, la persona que, según los investigadores, había ayudado a Carla Romano. El juicio iba a comenzar, el Estado contra Carla Romano, acusada de haber matado a su marido con la ayuda de otra persona, que ahora tenía nombre y apellido, acusada junto con ella. Y entonces los periódicos, las televisiones, la opinión pública se despertaron y recuperaron las ganas de hablar: Empieza la rendición de cuentas, tituló el informativo, la gente asintió, para Carla Romano y Manuel Bocci. La dama de ojos de hielo y su amante, satánicos.

Esposada, acompañada por la policía y su abogado, Carla llegó a la plaza Clodio, a la puerta del Palacio de Justicia de Roma, con sus ojos azules bondadosos, su cuerpo pequeño, sus cabellos rubios, su piel clara, bajo un cielo de enero muy oscuro y encapotado, soplaban vientos que hacían tiritar a todo el mundo, menos a ella. Carla Romano entró en el Palacio de Justicia envuelta en un abrigo oscuro que le llegaba hasta debajo de las rodillas, con un pañuelo en la cabeza, medias color carne, gruesas, zapatos oscuros de tacón bajo. Pese a ello destacaba contra el largo edificio marrón, contra las escaleras marrones, contra la gente embutida en los abrigos, los flashes de los paparazzi, las cámaras, los micrófonos, los curiosos, el cielo: como si la hubiesen cubierto con un barniz brillante, Carla hacía daño a los ojos.

Miraba al frente mientras los medios de comunicación la acosaban. Cuando entró en la sala y vio a sus hijos, sus ojos se demoraron en ellos: Nicola y Rosa con Mara en brazos, sentados juntos, la miraban. Ella los miró desde otra dimensión. ¿Qué pensaron sus hijos en ese momento? Era la pregunta que pasaba de boca en boca, de televisión en televisión, de asiento en asiento, sin parar. Miró a sus hijos, apretó los labios, intentó sonreír. A esa sonrisa respondieron, con tonalidades distintas pero con la misma fuerza, tres sonrisas.

La pareja sanguinaria, decía la gente, Carla y Manuel habían asesinado a un hombre con frialdad y plena conciencia. La pareja sanguinaria, asentía Mimma satisfecha y, en primera fila, rascándose compulsivamente las manos, de luto riguroso, permanecía inmóvil, rígida, los ojos fijos en Carla. Esperaba

una justa condena para la asesina de su Vito, sentía que iba a llegar por fin. Aunque era imposible que la justicia le impusiera la condena que se merecía: porque Carla se merecía la lapidación, una muerte lenta y atroz por lo puta que era. Detrás de las últimas filas, medio escondida, de pie, estaba Milena. Pensando en lo que había visto aquella noche, pero que a nadie, ni bajo juramento, le revelaría jamás.

Desde el estrado, el juez pronunciaba las fórmulas de rigor. «Hago saber al secretario que en la sala hay una menor», dijo, y como en respuesta a sus palabras, Mara lanzó un gritito, luego siguió jugando con el pelo de su hermana, muy concentrada. Cuando llegó el momento la fiscal se puso de pie, se colocó bien la toga, se aclaró la voz, y parecía otra mujer distinta de la que había conocido Manuel, de la que habían conocido todos a los que había interrogado. Rebosaba vida cuando dijo «Señoría, señores del jurado, en esta vista demostraremos que esta mujer y este hombre, Carla Romano y Manuel Bocci», y los señaló, «premeditaron de forma consciente el homicidio del pobre Vito Semeraro, llevado a cabo por ambos la noche de entre el 6 y el 7 de agosto de 2012, y que juntos ocultaron el cadáver de Semeraro entre la basura en Spinaceto, ¡en un vertedero, señoría!, después de decidir con mucha antelación el día y el lugar del homicidio, así como el modo, el momento y el lugar donde deshacerse de él juntos».

Un escalofrío recorrió la sala. Nadie había hablado aún de premeditación. «Los aquí presentes Romano y Bocci», los señaló, «esperaron en secreto, con lúcida y diabólica paciencia, que llegara el momento oportuno. Como animales que detectan el olor de la sangre y la saborean. ¿Sabía Bocci lo que hacía? Sí», y señaló a Bocci, que, sudado, se empequeñeció en el banquillo de los acusados y buscó con la mirada a Carla, ella lo miró. No se veían

desde el día de la desaparición de Vito.

Solo entonces Nicola se volvió un instante y vio al fondo de la sala a Livia, que se había sentado sin saberlo muy cerca de Milena. Livia lo miró como preguntándole ¿puedo?, él apretó los labios y las mandíbulas, la miró con odio y se dio la vuelta. Sin embargo, al volverse, el odio dio paso a un hachazo de dolor.

«La señora Romano admite ingenuamente que mató a su marido.» Del público en la sala se elevó un poderoso murmullo, mejor dicho, de una parte concreta del público: la gente de Massafra. La fiscal lanzó una mirada fulgurante a Carla, sentada en el banquillo de los acusados. «Dice que lo hizo por salvar a sus hijos. Sin embargo, a esos hijos, según la misma señora Romano y todos los testimonios, el pobre Semeraro nunca les pegó ni maltrató. Todo lo contrario. Siempre los adoró.» Levantó una mano, el murmullo se convirtió en rugido, sofocado, feroz, en ascenso. Mara miró a un lado y a otro y se puso a llorar. Rosa trató de consolarla, también Nicola, pero no pudieron. A su pesar, Rosa tuvo que salir con la niña, vigilada por Mimma, que enseguida volvió a mirar al frente. «¡Que Dios te maldiga!», gritó, su voz resonó en toda la sala. Pero luego volvió a concentrarse en Mara y Rosa, y las siguió.

«¿Es normal, perdone, señora fiscal», prorrumpió Carla desde su sitio, «es normal, señorita, que alguien pegue y viole y maltrate a su mujer durante más de veinte años? ¿Dejaría en manos de un hombre así, señora fiscal, la vida de sus hijos? Usted, que es mujer como yo, podrá entenderme, ¿no?»

«Señora Romano», dijo el juez, era un hombre con gafas grandes y gruesas, de plástico blanco, que le ocupaban toda la cara, el rostro sereno, con un punto irónico que velaban aquellas gafas enormes, afeminadas, «hable solo cuando la interroguen, y deje acabar a la fiscal.»

«Entonces ¿por qué, es lógico preguntarse», continuó la fiscal, sin

inmutarse, «si la señora Romano consideraba que su exmarido era un hombre tan espantoso, y tan peligroso para sus hijos, no lo dejó hace veinte años?»

«Porque mis hijos lo querían, nosotros lo queríamos», Carla habló de nuevo.

«No, no, espere, señora Romano», el juez tronó, «ante todo, guarde la compostura, aquí no estamos en un bar. Tiene usted derecho a intervenir por medio de su abogado defensor, pero no le consiento que haga consideraciones, y menos en voz alta y sobre actuaciones procesales. Para tales casos se prevé la expulsión.»

«Carla Romano», continuó la fiscal, «como acaba de decir, quería a su marido y lo mató. Con su amante.»

«Pero si no era mi...»

El abogado le dijo a Carla «¡Cállese!».

«Y a saber qué papel jugó en todo esto doña Milena Spataro, otra gran mentirosa. Sin embargo, la señora Romano, contra toda lógica y sin el menor respeto por esta vista, asegura que lo mató sola. No nos tome el pelo, señora Romano», la miró, «las investigaciones demuestran que eso es imposible.»

«Con todo respeto, señora fiscal», dijo Carla, «lo único que dicen es que es muy difícil.»

Hasta el final del juicio, por orden del juez, Carla permaneció en prisión. Decían que si salía podía contaminar las pruebas. Decían que si salía podía huir. La que había sido una pequeña, hermosa e indefensa mujer a lo largo de su vida, ahora crecía y se engrandecía y se convertía en la imagen del Mal en el interior de una celda cerrada con una puerta azul. Se transmutaba en algo mitológico. Si la mirabas, podía devorarte.

«¿Qué quería Mimma?» Nicola y Rosa entraban de vuelta en casa con Mara después de la audiencia, los periodistas los habían avasallado de nuevo, se morían de frío, y el frío, en esa casa sin Carla, nunca se les pasaba. Al principio se quedaron a vivir en el piso compartido, convencidos de que Carla saldría de la cárcel en muy poco tiempo, pero unos días después los otros compañeros de piso empezaron a impacientarse, hasta que una tarde de noviembre el mayor de ellos llamó aparte a Nicola. Lo sentimos, le dijo, pero tenéis que iros. La niña... y señaló a Mara, que correteaba a trompicones por la cocina, vigilada desde lejos por Nicola. Y encima los periodistas. Lo sentimos por lo que os ha pasado, en serio, se aclaró la voz, se frotó el brazo derecho, como hacía siempre sin darse cuenta, se lo había roto hacía años en un accidente de moto y desde entonces no podía levantarlo bien, a primera vista parecía un muñón. En fin, nosotros... Nicola frunció el ceño, le acercó la cara con gesto casi amenazador, si hubieras conocido a su padre habrías dicho: como Vito. Vale, dijo. Nos vamos. Y en ese momento Mara se cayó y se echó a llorar.

Rosa recorrió con la mirada el minúsculo apartamento. Todo recordaba a Carla, y era como si también su madre hubiese muerto junto con Vito. Empezó a preparar la comida de Mara, Carla le había escrito una lista de las cosas que había que hacer, de lo que le gustaba, lo que no, el día del pescado, el día de la carne, el día de las legumbres, los medicamentos, qué clase de

ropa. Fruta siempre, no te olvides, Rosa, le dijo Carla un día en el locutorio, tiene que comer fruta. No te olvides. La miró sonriente; a Rosa, como siempre que estaba allí con ella, se le humedecieron los ojos. Anímate, cariño, le dijo Carla, yo estoy bien, saldré dentro de poco, ya verás que dentro de poco estaremos de nuevo todos juntos.

Tuvieron que hacer la mudanza un lluvioso día de noviembre, no tenían mucho que transportar, todas sus cosas estaban en sus dos habitaciones, pero parecían infinitas y, cuando llegó el momento de guardar su vida entera en cajas, como si de una broma se tratara salían sobre todo fotos de la familia, de la vez que Vito la llevó a Gardaland y ella se murió de miedo en el Colorado Boat, nada más que un tronco de plástico que flotaba en los suaves rápidos de un río que era un canal de plástico azul, pero ella quería bajarse, y su padre se puso hecho un basilisco para que la atracción parase. Me da igual que esté prohibido, tronó desde el tronco flotante, Rosa agarrada a sus brazos y pálida, ¿Os habéis enterado?, y cuando Vito tronaba nadie se libraba, ella, encogida, lo miraba con lagrimones y ojos atónitos. Al final los dejaron bajar, mientras Rosa preparaba las cajas apareció esa foto de ellos dos empapados delante de un ya vencido Colorado Boat del demonio, añadió Vito, porque no se dicen palabrotas delante de la niña. De vez en cuando su compañera de cuarto se asomaba a la puerta para ver cómo iba la cosa, cuánto faltaba para volver a vivir con normalidad, el resto del tiempo se lo pasaba tumbada en la cama, con cascos en las orejas y las piernas cruzadas, miraba a Rosa y se decía qué suerte tengo de no ser ella. Quería que notara su presencia. Quería decirle: date prisa en marcharte.

¿Todos juntos?, pensaba Rosa el día de la merluza, ponía un poco de agua en una sartén, la sartén de su madre, un chorrito de aceite, el mismo aceite que compraba su madre, perejil, un par de tomatitos y el pescado, no había dinero para comprarlo pero por Mara había que hacer lo que fuera. Encendía el fuego, y era el fuego de su madre. El mismo en el que su madre preparaba el café para sus hijos en los largos días en los que todos juntos habían buscado a su padre. ¿Cómo pudiste mentirnos así? Mamá, pensaba, ya no volveremos a estar todos juntos nunca. ¿Crees que puedo volver a hablarte? ¿Mirarte a la cara? ¿Qué has hecho, mamá?

«¡Rosa!», dijo Nicola, Rosa se sobresaltó, «te he hecho una pregunta», qué nos está pasando, pensó Rosa. Miró alrededor y alrededor estaba esa casa, el último lugar al que hubieran querido ir, pero no había otro. La casa de su padre donde habían vivido hasta el divorcio era propiedad de Mimma, ella y toda Massafra la vigilaban por turnos. Venid aquí, quedaos con nosotros, decía Mimma, pero necesitaban un poco de silencio, al menos de vez en cuando, una tregua, y a su pesar la casa de la madre estaba llena de silencios.

Encerrado con llave en su habitación, los días de la mudanza Nicola guardaba sin orden sus pocas pertenencias en las cajas. Las llenaba mal, las cerraba mal, en cuanto levantaba unas cajas para moverlas se abrían por debajo y se salía todo. Llovía desde hacía días, gotas pequeñas y persistentes que no caían hacia un solo lado como siempre, sino por todos lados, desde arriba, por la derecha, por la izquierda y también entraban por debajo, se habían juntado todos los vientos del mundo. Livia se había propuesto ayudarlo, pero ya era demasiado tarde. El abogado informaba a los hijos de Carla de cada avance en las investigaciones, y tras el interrogatorio a Livia se le había desmoronado otro mundo aparte de aquel, enorme, que ya se le había

pulverizado. A la casa alquilada Nicola no había llevado sino su escasa ropa, algunos cedés, unas cuantas toallas, su viejísimo ordenador y poco más, para robar la conexión del vecino había que sujetar el portátil en alto y muy cerca de la ventana. Sin embargo, cuando abrió una caja que ni siquiera recordaba haber llevado a aquella casa —estaba encima del armario, cubierta de polvo, podría haberse quedado allí abandonada—, encontró la entrada de cine para ver *Shrek*. Era el año 2001, había llevado a Rosa sintiéndose muy mayor pese a que solo tenía dos años más que ella. Cuando seas mayor comprenderás, le decía siempre desde que eran niños. ¿Qué edad podía tener él entonces? Diez años, como mucho. Ella todavía no tenía ocho y era pequeñísima. Pero parecía aún más pequeña e indefensa de lo que le correspondía por su edad. Nicola, corriendo un gran riesgo, le había quitado dinero a su padre, había escrito a toda prisa una nota —estamos en el cine—, le había puesto a Rosa el abrigo y el sombrero y la había sacado de casa. Era un día como cualquier otro, su madre no había respondido a tiempo a una pregunta de su padre y ahora él la machacaba con insultos, gritos y platos rotos. Pero Nicola ya sabía bien cuándo su padre quería pegar a su madre: en ese caso él nunca la dejaba sola, estaba dispuesto a morir por defenderla. Aquella tarde de domingo, sin embargo, Nicola estaba seguro: en un momento dado se acabarían las palabrotas y los platos rotos y el padre, desahogado, se sentaría a la mesa, la cabeza entre las manos, despeinado, los tobillos o las palmas de las manos heridos por los trozos de los platos o de los vasos. Luego diría, quejumbroso, Perdona, Carla, no sé lo que me ha pasado, o rompería a llorar hasta que su mujer —aquí también había dos opciones— se acercara despacio para acariciarlo o se encerrara en el dormitorio. Lo que provocaba —otras dos opciones— un rebrote de ira en Vito (pero Carla ya estaba segura en el dormitorio) u otro estallido de llanto de Vito, abatido contra la puerta, Ábreme, amor mío, amor mío, mi vida, ábreme, te lo ruego.

Todo eso, por una vez, Rosa no lo vio. Andaban juntos en el frío invernal de sus diez y sus ocho años, cogidos de la mano, con la emoción de ir a ver al ogro bueno y a su princesa. En vez de gritos y estallidos de vasos y platos y objetos decorativos, Rosa vería: asnos divertidos que hablaban, grandes amistades, amores, ogros verdes buenos y graciosos, y una princesa que se volvía ogresa por amor. ¿Cómo había acabado ahí esa entrada? ¿Por qué la había guardado? Nicola miró la puerta cerrada y creyó ver, al otro lado, a su hermana agachada sobre las cajas, vulnerable. Se incorporó, abrió la puerta, fue a la habitación de Rosa, que doblaba un pequeño montón de ropa. Rosa, dijo en el umbral. Ella se volvió y se vio con claridad la evolución de su mirada, de un gris oscuro a un azul intenso, brillante. Y también una sonrisa.

Pero no eran solo sus compañeros de piso. Todo el mundo, una persona tras otra, los rechazaba, por culpa de la madre.

«Oye, Rosa», dijo ese mismo día Nicola, la merluza comenzaba a crepitar en la sartén.

«Dime», ella se volvió a mirarlo cansada. Nicola vio esos ojos y se enterneció.

«No me mientas. ¿Qué te dijo antes la tía Mimma, cuando te siguió en la audiencia?»

Mamá, qué palabras tenemos que pronunciar, juicio, audiencia, cárcel, qué palabras nos estás haciendo pronunciar, mamá. Rosa vigiló el pescado. No dormían nunca, desde hacía meses, ella, Nicola, o estaban en el trabajo o se ocupaban de Mara, y mal, porque no sabían cómo se cría a una niña. «Lo de siempre», dijo. «¿O sea? ¿Me lo puedes decir?» Nicola se puso tenso. «Que tú y yo no nos podemos hacer cargo solos de Mara. Dice que quiere darnos dinero, una cantidad mensual, para ayudarnos. Para los dos. Y en cuanto a

Mara, dice que se la mandemos a Massafra.» Y bajó el fuego.

Hicieron la mudanza un día lluvioso de noviembre, ellos dos solos, aprovechando la siesta de Mara, recorrían una y otra vez las dos manzanas que separaban la casa de Carla de la suya, tristes, sin hablarse, la mirada baja, la lluvia ahora caía en gotas grandes y duras en la cabeza y en las cajas. Rosa llevaba las livianas, Nicola las más pesadas. Cuando llegó el momento de llevar la lámpara de escritorio que Carla le había regalado a Nicola confiando en que algún día se pusiese a estudiar, a Rosa le fallaron las fuerzas. La soltó —y eso que era muy ligera— y la lámpara rodó en medio de la calle. Nicola se asustó por su hermana, dejó la caja que llevaba, gruesas gotas de lluvia y gotas de sudor. Iba a recoger la lámpara, pero entonces vio a Rosa y se detuvo. Los dos hermanos se miraron. La lámpara estaba en medio de la vía Prenestina. Se quedaron quietos, Nicola y Rosa, bajo la lluvia, sin hacer nada, hasta que pasó un camión que no vio la lámpara y se la llevó por delante. Sonaron chasquidos y la lámpara se partió en varios trozos. Solo entonces, sin siquiera intercambiar un gesto, las cajas ya empapadas de lluvia a punto de romperse en cualquier momento, los dos hermanos reanudaron la mudanza, de un lado a otro, de su casa a la de su madre.

«¿Qué coño dices?», Nicola dio un puñetazo contra la mesa en la que infinidad de veces habían comido juntos, Carla, Nicola, Rosa, Mara. Esa era la casa en que vivía su madre antes de matar a su padre, y dos plantas más arriba estaba la casa del crimen. Antes de que Rosa, Nicola y Mara se mudasen a la casa de la madre, hacía meses que allí no había vuelto a entrar nadie, nadie humano, pensaba Rosa, nadie natural, nadie que no fuese la

policía, la científica. «Con los de Massafra no debemos tener más contactos, ¿te has enterado, Rosa?», Nicola se acercó, la miró con odio, y ella estaba de espaldas, apagó el fuego, miró la merluza muerta, lista para ser devorada. «Eh. ¿Te has enterado?», y la obligó a volverse hacia él.

«¿Quién coño te crees que eres?», ella tenía los ojos muy abiertos e hinchados, se le salían de las órbitas, y como siempre la merluza estaba seca y blanda, incomible, Rosa no sabía cocinar. «Aparta esas jodidas manos. Mara es tan hermana mía como tuya, y yo no soy tu hija, tu mujer ni tu esclava. Tú decides por ti, yo decido por mí», y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Nicola le apretó el brazo con fuerza, rabioso, y mientras tanto pensaba: Rosa, mi Rosinella, mi pequeña Rosinella. «Pero por Mara decidimos los dos», dijo, bajó los ojos y la soltó. Y luego se oyó un suspiro de Mara en el sueño, y pareció que habían vuelto a la otra dimensión, aquella en la que todos estaban aún vivos. «Perdóname», le dijo Nicola a Rosa, «perdóname, no sé qué me ha pasado. Venga, yo cocino.»

Rosa le sonrió (¿tenía algo de su madre? ¿Era una mujer mansa, incapaz de vivir sola, como ella? No, soy muy diferente de ella, pero qué podía responderle ahora a Nicola, sería cruel contradecirlo). «Tienes razón», dijo, «por Mara decidimos juntos. Me gustaría que lo decidiéramos todo juntos, también por los dos. Yo no quiero estar sin ti, Nicola.»

Cuando terminaron de trasladar las cajas, existían solo ellos dos en el mundo, en una casa minúscula salpicada de cajas perdida en la larguísima vía Prenestina, y en la enorme Roma, y en el universo. Las cajas de Rosa en las que se leía ropa de invierno, ropa de verano, chaquetas gordas, objetos variados, las de Nicola aplastadas en varios lados, mal cerradas con cinta de

embalaje, dos maletas con cosas de Mara, los juguetes, la ropa, los cuadernos para pintar. Aunque la niña apenas había vivido un tiempo en su casa compartida, con ella siempre había que llevarse de todo, sus cosas nunca cabían en ningún sitio, eran infinitas. Las de Nicola ya no parecían ni cajas, y estaban mojadas. Mientras Mara todavía seguía durmiendo en el dormitorio, cuanto rodeaba a Rosa y Nicola les recordaba la muerte de su padre, el homicidio cometido por su madre. ¿Qué debemos hacer, Nico? ¿Qué debemos decir? ¿Qué debemos pensar? ¿Cómo debemos comportarnos? Rosa miró a Nicola y abrió la boca para hablar. Pero Nicola se puso serio. Salgo a hacer la compra, dijo. Voy contigo, dijo ella, con dulzura. No. Quédate con Mara, no puede estar sola.

Estuvo sola en la casa a la que su madre había vuelto después de haber matado a todo el mundo, la casa, oscura, fría, le hablaba. Desde cada rendija, cada fisura, cada grieta de los azulejos, desde los cubiertos y los cacharros limpios y colocados en su sitio —ellos dos, Nicola y Rosa, lo habían ordenado todo después del registro, pero mientras lo hacían ella tuvo la impresión de que eran dos extraños—, desde la escoba y la bayeta, desde las sillas y desde el lavabo y desde la ducha, la casa de su madre le hablaba. Todos están muertos, decía, se lo decía a ella, y tú tendrás que oír toda tu vida los gritos de tu padre.

El día de la mudanza fue el principio, el momento en el que entre ella y su hermano algo quedó dañado. Las personas dañadas nunca se curan, se lo había dicho una vez la profesora de italiano a la salida de clase. ¿Y las relaciones dañadas?, ¿los amores dañados?, dañados no por culpa del ser amado sino por hechos externos, ¿qué les pasa a los amores dañados? Pueden curarse, ¿verdad? Es imposible que nunca se curen.

«Yo no quiero estar sin ti, Nicola», repitió. Y lo abrazó como si fuese una niña, muy fuerte, no, no una niña, sino una mujer, su mujer, y ese era su hombre que un día de noviembre, en una casa vacía llena de cajas, había desaparecido: su hombre, que acababa de apearse de un tren que llega resoplando y sucio del frente, herido, ofuscado, pero todavía vivo. También Nicola la abrazó, primero tenso, luego se relajó, y le pareció, en ese abrazo, al menos durante un instante, que la trampa que lo quería devorar se alejaba un poco, que en el cuarto oscuro en el que estaba encerrado se abría una pequeña rendija; un poco de luz.

Era febrero y pasaba un testigo tras otro ante el jurado, llegó el turno del camarero del castillo de Sant'Angelo, el de la quemadura abultada a lo largo de la mejilla. El señor Russo afirmaba haber escuchado la conversación que habían mantenido Manuel y Carla, «En el bar no había nadie aparte de ellos, así que, no es que tenga la costumbre de espiar, eso no, pero no había nadie y se oía todo, yo estaba limpiando y secando, qué quiere que le diga, mano sobre mano». Le parecía que hablaban de un hombre, «sobre el que la señora de allí...», «¿Está señalando a Carla Semeraro?», preguntó el abogado de Carla, «Sí, tenía miedo, y él, ese señor de allí...», «¿Manuel Bocci?», «Sí, él le decía que aquel era un hombre violento». «¿Quién era un hombre violento?», preguntó el abogado. «Por lo que se ha sabido, el muerto», dijo serio el camarero, «él y su familia.» «¿Y después?», preguntó el abogado. «Luego él le decía que no se preocupara.» «¿A quién se refiere?», preguntó el abogado. «Al mismo, a Manuel Bocci», dijo el camarero, harto, «decía que encontrarían juntos una solución, que acudirían a la justicia, a un abogado, que él hablaría con un abogado, que él la cuidaría. Que no iba a dejarla sola.»

«¿De modo que usted oyó toda la conversación entre Bocci y Romano, señor Russo?», le preguntó la fiscal al camarero, se pellizcó el cuello con fuerza.

El camarero se encogió de hombros, «Sí. Hasta que entró un cliente y me distraje».

«Resulta un poco raro oírlo todo, incluso en un bar vacío, aunque se quiera espiar, y no digo que estuviese usted espiándoles, no, por supuesto que no. En

cualquier caso, es un poco raro, ¿no le parece? No es precisamente una conversación para propagar a los cuatro vientos, una conversación tan privada, tan angustiosa, ¿no?»

«Protesto.»

«Se acepta la protesta.»

«Se lo preguntaré de otra manera. Señor Russo, cuando en el bar no hay casi nadie, ¿usted normalmente consigue entender de qué hablan sus clientes?»

«Bueno, yo...», el camarero miró a un lado y a otro con el rostro repentinamente alterado.

«¿Sería capaz de reproducirme con igual exactitud otra conversación de sus clientes en el bar?»

El camarero elevó los ojos, luego miró de nuevo hacia todos lados, «No lo sé...».

«Piénselo bien. Tenemos mucho tiempo. ¿Quiere relatar al tribunal otra conversación que haya tenido lugar en su bar?»

El camarero se golpeó la cara como para taponar la quemadura, «No me acuerdo...».

«¿No podría ser, pues, que Bocci y la señora Romano hablaran en voz alta, en voz altísima, precisamente para que usted los oyese? ¿Para construirse una coartada?»

«¡Protesto!», gritó el abogado de Carla.

«Señora fiscal, replantee la pregunta», dijo, cansado, el juez.

Luego interrogaron a Mimma, y después fue el turno de Milena.

«Mi hija no es una retrasada, y yo no soy una puta, perdone mi lenguaje, señoría, pero solo repito las palabras de la señora Domenica Semeraro. No

me dedico a destrozar familias.» Todos los ojos estaban puestos en ella, pero no los de Carla, que la traspasaban, tampoco los de los hijos de Carla, a los que ese día no se veía en la sala. Solían estar siempre, no faltaban nunca a una audiencia, tampoco a una visita al locutorio; y ahora eso era la comidilla de todo el mundo. «Se lo aseguro, señoría.» Estaban los ojos de Manuel, que sin embargo en ese momento deambulaban por la sala, como distraídos. Su mente evocaba unas vacaciones de hacía treinta años, en un camping en Soverato, en Calabria, a saber por qué en ese momento su mente lo llevaba precisamente allí, a la mañana en que él y sus padres regresaban a Roma, en el automóvil estaba también su enorme perra pastor alemán, Gina, no se quedaba quieta un segundo. Antes de subir al automóvil, un Manuel de diez años se despedía de los amigos que había hecho en ese mes de vacaciones, y regresar a casa era doloroso, y Gina lo lamía y quería estar a su lado, pegada a él, y él veía que sus amigos se empequeñecían mientras le decían adiós, para siempre, desde la carretera, en chanclas y bañador, unos minutos después se meterían en el agua, corretearían por el pinar, jugarían en la playa mientras hubiera sol y de él no quedaría ni siquiera el recuerdo. «¿Puedo explicarme?» Milena miró con desprecio a Mimma, y esta la miró como una gárgola. Había sido la mujer de Vito un montón de años, la otra mujer, por supuesto, no la oficial —pronunció la palabra como si fuese en otro idioma—, y ahora estaba aterrorizada, y sola. No, Vito nunca les había levantado un dedo, ni a ella ni a su hija, para Paola Vito siempre había sido como un padre. Para ella, como un marido.

«¿Qué hizo la noche del homicidio, señora Spataro?», impaciente, el abogado de Carla se mordisqueaba un nudillo. «En el primer interrogatorio declaró usted que se había quedado toda la noche en casa con su hija. ¿Lo confirma?»

«No.»

«¿Qué hizo, entonces?»

Pero ahora no era en esa noche en la que pensaba, ahora Paola la miraba desde su sitio al fondo de la sala, impenetrable, y Milena pensaba en el día en que la habían llevado a la comisaría por primera vez. Esa tarde me alegró que mi hija no estuviera en casa, así yo podía seguir buscando a Vito sola, morir de dolor sola y convencida —absolutamente convencida— de que él se había marchado por su voluntad, sin avisarme. Y a lo mejor compinchado con Carla porque había conseguido reconquistarla, y porque a lo mejor ella y sus hijos iban a reunirse con él en algún lugar. Es probable que ninguno de ellos quisiera seguir viviendo en un sitio en el que habían sufrido tanto, y quizá pensaban marcharse lejos, juntos, muy lejos de la familia de Vito, de Roma, y de ella. Vito, eso pensaba Milena, había ido solo en misión de reconocimiento. Para que no lo molestaran, no dijo nada a nadie (salvo a su mujer). Al cabo de pocos días avisaría a su mujer y a sus hijos. Y entonces dirían a todo el mundo —¿qué podía importarles ya?— adónde iban. El lugar quedaría tan lejos que nadie podría ir a reunirse con ellos. Tenían dinero, y tenían algo más. Mejor dicho, no algo más, todo lo demás, todo lo importante. Estaban muy unidos, sin que hubiera nada capaz de romper su unión, se querían pese a todo lo que habían sufrido, estaban unidos en las alegrías y en las penas, estaban juntos y eran indivisibles: una familia.

En los días de la desaparición lo buscó día y noche. Al final contrató a un investigador privado. Le costó un ojo de la cara. Milena usó buena parte del dinero que, desde hacía años, de vez en cuando le pasaba Vito. Guárdalo para las emergencias, le decía, y sobre todo para Paola (¿era o no un pago para que ella mantuviese la boca cerrada con su mujer, con sus hijos, con su familia de Massafra, con sus colegas, con todos? ¿Era o no el pago por un chantaje, la extorsión por una amenaza?). Había despilfarrado ese dinero buscando y mandando buscar, caóticamente, sin criterio, en las dos semanas frenéticas

durante las cuales no hubo rastro de Vito. No era justo, precisamente ahora que Vito se había librado de Carla, precisamente ahora que se habían divorciado. Ahora le tocaba a ella: los dos últimos años habían sido maravillosos. Vito sufría mucho, pero Milena lo sabía: pronto olvidaría a su mujer. Solo se necesitaba tiempo. Y, más importante que el tiempo, era ella. Lo cuidaba ella. A decir verdad, en los dos últimos años, desde que estaba libre, Vito la veía cada vez menos, iba cada vez menos a verla a ella y a su hija, y una vez le dijo que su matrimonio había terminado por su culpa. Pero no era nada más que una reacción, se decía, el arrebató de un hombre humillado. Solo era cuestión de tiempo; como le dijo un día, al pie de una farola de la ribera del Tíber, cuando paseaban bajo la lluvia: Me caso contigo. Y se habría casado con ella, Milena lo sabía. En todos aquellos años se había dejado llevar por el odio —se lo imaginaba feliz con Carla en algún sitio, no podía evitarlo— o por la esperanza. Una madre no se comporta así, una madre piensa. Y piensa en primer lugar en sus propios hijos.

Y sin embargo siempre había pensado en Vito. En la despensa de la cocina, en el mueble de arriba, oculta detrás de latas de tomate y atún, paquetes de pasta, arroz, cereales, azúcar, había una caja. Dentro había cartas, suyas a Vito, docenas de cartas, las había escrito pero luego nunca las había mandado, y debajo estaban los objetos que había conservado, todos tenían que ver con Vito: las tres entradas al Foro Romano de la vez que salieron los tres juntos, ella, Paola y Vito un mañana de domingo, el capullo de una rosa que él le había llevado un día que se presentó por sorpresa a cenar y que había secado (en realidad había llevado una rosa para ella y otra para Paola, pero la de su hija era solo un gesto amable, se decía Milena, solo por contentar a la niña), el tapón de una botella de vino (¿qué día?, no me acuerdo, no es verdad, sí que te acuerdas, de Vito lo recuerdas todo; entonces es que no quiero acordarme), un sombrero de paja, un encendedor, un par de

gafas de sol rotas, el lazo que adornaba su regalo. Esa era la caja de los recuerdos del primer amor de una adolescente, y tú no eres una adolescente, eres una mujer, tampoco joven; el 24 de agosto, al regreso de una de sus peregrinaciones, cogió esa caja. Sacó de debajo del lavabo una bolsa negra de basura. Abrió la caja y metió todo el contenido en la bolsa. Se enjuagó la cara. ¿Dónde había dormido su hija? No lo recordaba. ¿Se lo había preguntado? Quizá no. Intentó llamarla. Extrañamente, no respondió. ¿Milena se preocupó? Estaba muy obsesionada consigo misma. No eres una madre, se dijo. Cogió el móvil. Vito y ella, cualquiera que fuese el nombre que se quisiera dar a su relación, habían vivido muchísimos años juntos, toda una vida puede decirse, la última vez que habían hecho el amor había sido hacía una semana, y al recordarlo desnudo encima de ella, a sí misma encima de él, tuvo que apoyarse en la caja. La primera vez que hicieron el amor Carla estaba de vacaciones con los niños en Massafra, como en la más clásica de las escapadas, y ella tenía el pelo largo recogido en una trenza y él, una vez que terminaron, era de noche, consiguió encontrar un excelente restaurante abierto, cenaron muy juntos, en el Trastevere, ¡no quiero pensar en él!, de nuevo intentó llamar a Paola, nada, cogió la bolsa, y por primera vez desde hacía semanas supo claramente qué debía hacer. Ir a buscar a su hija. Se acercó a la puerta. Puso la mano en el pestillo. Por poco no la tiran al suelo una serie de porrazos en la puerta: Abra, policía.

«Señora Spataro, ¿está aquí con nosotros?», la llamó el juez desde el estrado.

«Perdone, estaba pensando.»

«Bien, eso nos reconforta a todos. ¿Puede, por favor, responder a la pregunta del abogado? ¿Qué ocurrió esa noche?»

Milena lo miró como si no entendiese. «Yo...», dijo. La noche en cuestión

se hinchó y resopló y gruñó.

«Yo, cuando Vito», al pronunciar ese nombre, sin darse cuenta, sollozó, «me dijo que iba a cenar a la casa de Carla por el cumpleaños de su hija menor, enloquecí», buscó a su hija entre la gente, la encontró, Paola no tenía ninguna expresión. «La idea de que fuera a la casa de ella me sacó de mis casillas, señorita.» Y, sin darse cuenta, miró a Carla. Sentada en el banquillo de los acusados, Carla llevaba un traje oscuro y una blusa cerrada hasta el cuello.

«¿Qué hizo entonces?»

«Me puse guapa para él, cogí el coche y fui hasta la casa de Carla», miró de nuevo a su hija y le pareció que la observaba molesta.

«¿A qué hora?»

«Creo que a las ocho.»

«¿Quiere decir a las veinte horas?»

«A las veinte horas.»

«¿Por qué?»

«Para esperarlo.»

El abogado resopló, se retorció los dedos, se oyeron los chasquidos.

Quería saber qué pasaba, cuánto rato iba a quedarse Vito en la casa de Carla. Quería saberlo todo. Eran las ocho y media, estaba oscuro y hacía calor, Milena aparcó a poca distancia del edificio donde vivían Carla y su hermano. Lo sabía todo de esa familia. Tenía que estar preparada para todo. Miró el móvil, pero estaba allí, exhausta. Le escribió a Vito: ¿Qué tal? Te amo. Lo envió. Se mordió los labios. Miró hacia el portal de Carla y le pareció tremendamente grande, tremendamente acogedor, tremendamente maravilloso. No soltaba el móvil, pero Vito no respondía. «Y nunca más me respondió.»

Milena no quería llorar, miró de nuevo a Carla, y quería que ella viese todo

su odio, toda su rabia. Pero Carla ya no la miraba, Milena la veía de perfil, estaba mirando la pared, o la ventana, o el otoño, fuera empezaba a llover, Carla esbozó una sonrisa, o eso le pareció a Milena, la odió todavía más, pero no era solo odio, también eran unas ganas desesperadas de hablar, de saber cuánto, con precisión, había querido Vito a Carla, y si alguna vez la había amado a ella, a Milena. ¿Por qué Vito le pegaba a Carla? ¿Por qué no le pegaba a ella? Porque no me quería.

«De manera que usted se encontraba precisamente en el lugar donde mataron a Semeraro. Y precisamente en las horas en las que se cometió el crimen.»

«Sí.»

«¿Participó en el homicidio?»

«No.»

«¿Vio algo?»

Milena no respondió.

«¿Y bien?», el abogado levantó la voz.

«¿De qué tengo que hablar?», preguntó Milena como si acabase de darse cuenta de que estaba allí.

Revivió de nuevo la pesadilla de aquellas horas en que estuvo esperando a Vito. Era un recuerdo espantoso. La noche y el calor invadieron la vía Prenestina, y ella seguía esperando. Quería que saliese de ese portal. Ser feliz con él, toda la vida. Pero no veía sino las luces de los coches que iban por el otro carril de la vía Prenestina, y la gente que transitaba más allá del viaducto. Luego ocurrió algo.

«¿Qué ocurrió, señora Spataro?», el abogado de Carla se movía nervioso, tenía los labios finos, las venas del cuello hinchadas.

«Del edificio en el que vivía Romano salieron los hijos de Vito», quería que estuviesen en ese momento allí, en la sala, quería verlos y que la viesen,

pero miró entre la multitud y no los encontró.

«¿Los tres?»

«Rosa y Nicola.»

«¿A qué hora?»

«A eso de las nueve.»

«Entonces, vio algo. Vio salir a Rosa y a Nicola justo a la hora que ellos mismos han declarado. Son detalles importantes, señora Spataro. Procure recordar.»

Nicola y Rosa hablaban entre ellos. Se echaron a reír. Milena no pudo contenerse, bajó del coche, avanzó unos pasos. Temblaba. Seguramente Vito estaba a punto de aparecer. «Estaba fuera de mí, abogado.» Se detuvo. De repente el aire se sintió menos caliente, más ligero, Nicola y Rosa se fueron en una motocicleta, y Vito seguía sin aparecer.

«¿Y usted qué hizo?»

Buscó de nuevo a su hija, pero ya no la encontró, y la acometió una espantosa sensación de pánico. «Esperé», dijo.

Esperó unos minutos, quizá media hora, quizá toda la vida, fuera del coche. Se llevó una mano al corazón. El anillo que tenía en el dedo se enganchó en el jersey. Un anillo sencillo, de plata, con una pequeña piedra. Que le había comprado Vito en uno de sus primeros cumpleaños desde que se conocían, la primera vez que hicieron una excursión juntos, él, ella, Paola. Un día y una noche en la playa, en Santa Marinella. Paola era muy pequeña, Vito le enseñaba a nadar. «Señora Semeraro», la había llamado el empleado de la recepción del hotel en el que se alojaron, señor y señora Semeraro.

Volvió a entrar en el coche. «Y entonces pensé que Vito se había quedado con Carla, estaba segura de que se habían reconciliado, estaba segura de que lo había perdido, de que, en cierto sentido, de esa casa no iba a volver a salir nunca más. No por mí, al menos.»

«¿Pensó que la señora Romano lo había matado?»

«¡No! Si solo lo hubiese sospechado...», se tapó la cara con una mano, «habría subido y... lo habría salvado... a cualquier precio.»

«Entonces ¿en qué sentido “no iba a volver a salir nunca más”?»

Se apretó con más fuerza la cara, los ojos le brillaron, respiró en el micrófono. «Pensé, estaba segura, que pasarían la noche juntos. Esa noche, y todas las demás.» Miró alrededor y como un fantasma Paola estaba de nuevo ahí, tuvo un sobresalto pero no pudo encontrar sus ojos.

«Así que no vio salir a Semeraro.»

«No.»

«¿Qué hizo entonces?»

«Lo llamé. No me respondió. Enloquecí. Lo volví a llamar. Nada.»

«¿Sobre qué hora?»

«Pues... no lo sé...»

«¿Qué pasó después?»

«Enloquecí, ya se lo he dicho.»

«¿Puede definir “enloquecí”?»

«No acose a la testigo, abogado», dijo el juez.

«Significa que entré en el coche. Y luego me quedé esperando, esperando y esperando.»

«¿Hasta cuándo?»

«Siempre.»

«De manera que se encontraba allí cuando la señora Romano, como ella misma ha declarado, salió para ir al castillo de Sant’Angelo, y luego volvió a su casa. ¿Está segura de que no vio nada?»

«Sí.»

«Quisiera recordarle al jurado que la imputada ha declarado que salió y entró por la puerta de servicio, señoría, la que da a la via Montecuccoli», la

fiscal se puso de pie para hablar mejor por el micrófono.

«¿Qué hizo esas horas, mientras esperaba?»

«¿Yo? Me quedé allí todo el tiempo, dentro del coche. ¿Qué iba a hacer? Quería dormir. Para que el tiempo pasara. Y Vito volviera conmigo.»

«¿Se durmió?»

«A eso de la medianoche.»

«¿Está segura de que no vio salir a nadie del portal? ¿O entrar?»

«A nadie que pudiese reconocer.»

«¿Habría reconocido a la señora Carla Romano?»

«Incluso a oscuras, incluso de lejos. Incluso ciega.»

Se durmió y se despertó varias veces, miró el móvil dormida, se angustió dormida. A saber cuánto tiempo pasó. Se despertó de golpe. Parecía que diluviaba. Era un ruido muy fuerte. Pero en realidad era el amanecer más cálido que el cielo hubiese mandado jamás a la tierra. Abrió los ojos. Instintivamente miró hacia el portal. Instintivamente miró el móvil. Eran las seis menos diez de la mañana del 7 de agosto. Estaba todavía un poco oscuro pero empezaba a clarear. No diluviaba. ¿Qué era entonces ese ruido de agua? Miró hacia el ruido. Vio un camión de la limpieza municipal, avanzaba muy despacio dejando atrás una franja de asfalto mojada, el ruido aumentaba. Un hombre muy flaco, vestido de negro, caminaba ladeado por la vía Prenestina, estaba drogado o enfermo, o era un ser maligno venido del infierno. Miró de nuevo hacia el portal, y llamó de nuevo a Vito. Móvil apagado. Alguien en su cabeza le daba puñetazos y patadas. El portal se abrió. Ella contuvo la respiración. Salió alguien, ¿era Vito? ¡Vito! ¡Vito! Se enderezó en el asiento, se pegó al parabrisas, no, no era Vito.

«¿Era alguien que reconoció?»

«No.»

«Pero todavía estaba un poco oscuro, ¿verdad?»

«Sí, y yo estaba lejos.»

«¿Había visto alguna vez al señor Manuel Bocci?»

«No.»

«¿De manera que si hubiese sido él no lo habría reconocido?»

«No.»

«Y tampoco ahora que lo ha visto sabe decir si...»

«No, abogado.»

«¿Con “no” quiere decir que no era él o no sabe, todavía hoy, si era o no era él?»

«Digo que no lo sé.»

«¿Cómo era ese hombre?»

«Era... creo que de estatura normal, de complexión delgada.»

«¿Recuerda qué ropa llevaba?»

«No.»

«Ahora que lo conoce, ¿el hombre que vio podría ser Manuel Bocci?»

«Podría», dijo Milena, «pero también podría no ser.»

«De acuerdo, señora Spataro, pero ¿cabe la posibilidad de que fuese él o está segura de que no era él?»

«Cabe la posibilidad.»

«¿Y en cambio a la señora Romano no la vio?»

«No vi a ninguna mujer.»

«Entonces ¿qué vio?»

«El camión de la limpieza municipal, y a un hombre saliendo al amanecer del portal del edificio de la señora Romano.»

«¿Qué hizo usted?»

«¿Qué podía hacer? Vito no salió de ese portal. Había perdido. Y ella había ganado.»

«Entonces ¿por qué en el primer interrogatorio declaró que había pasado la

noche entre el 6 y el 7 de agosto en casa con su hija?»

«Porque», Milena bajó los ojos, «tenía miedo.»

«¿Puede ser más clara?»

«Porque me avergonzaba.»

«De qué, señora Spataro.»

«De haberme quedado allí. Toda la noche. Esperando.» Buscó a su hija en la sala, confiando en que no estuviese. Pero estaba de nuevo allí. Y la miraba fijamente, severa.

«¿Está segura, señora Spataro, de que ese es el único motivo por el cual no dijo la verdad? ¿De que no oculta nada?»

«Sí.»

«Señora Spataro», el abogado se puso de pie, a duras penas se contenía de gritar, «usted pasó toda la noche a pocos metros del lugar del crimen y del lugar del cual sacaron el cadáver después para ocultarlo, ¿y está segura de que no vio nada?»

«No vi nada.»

Estaban solas, como siempre. Hacía frío, pero el cielo estaba despejado, era marzo. Rosa miró hacia arriba: haz que sea feliz. Borearon la zona del Pigneto, doblaron a la izquierda, pasaron la via del Pigneto repleta de árboles, el aire estaba limpio y se respiraba bien, lo sentías en los pulmones, en la cabeza, «¡Paloma!», gritó encantada Mara a la altura de la via d'Alviano, soltó la mano de Rosa y la persiguió riendo por en medio de la calle.

Esa noche, como ocurría a menudo, Mara se había despertado con dolor de barriga. Y por la mañana se había negado a ir a la guardería, como ocurría a menudo. «¡Hay que ir al colegio!», decía Rosa. «¡No!», gritaba Mara. ¿Cómo conseguía su madre que la pequeña la obedeciese? Al cabo, Rosa cedía y se quedaba en casa con su hermana Mara. Ese día también había cedido, pero a eso de las diez decidió olvidarse del dolor de barriga (¿verdadero?, ¿falso? ¿Cómo conseguían las madres saber todas esas cosas?) y llevar a Mara a los juegos que había en un parque próximo a la plaza de los Condottieri. Le puso el abrigo, el sombrero, la bufanda, los guantes, todo lo que su madre le había explicado meticulosamente. Después de lo que le parecieron unos preparativos eternos, salieron. Muchas veces había pensado no abrigarla tanto como requerían las directrices de su madre porque suponían demasiado esfuerzo. Alguna vez incluso no lo había hecho. Pero entonces Mara se había enfermado. Y cuando se enfermaba, aparte del sentimiento de culpa, todo lo demás también resultaba mucho más complicado.

«¡Ten cuidado!», gritó, fue detrás de ella. La cogió al vuelo del abrigo rojo con forro beige. Habían tenido que pasar el cambio de estación sin la madre. Habían tenido que vivir los meses que se sucedían y el tiempo que cambiaba, sin la madre. Habían tenido que vivir y tendrían que vivir mañana, sin el padre. La niña trató de soltarse. Rosa la sujetó con fuerza, luego la cogió con dificultad en brazos y la llevó al otro lado de la calle. «Mara, estate quieta, leches», no se dicen palabrotas delante de la niña, «estate quieta.» La niña miró de reojo a la paloma que mientras tanto trataba de emprender el vuelo, vio que tenía las alas hinchadas y llenas de pus, enfermas, cada vez que las agitaba lo hacía con dolor.

Tendió los brazos hacia la paloma, que a duras penas se elevó en un vuelo penoso y desapareció a ras del suelo al otro lado de una curva. «¡Paloma!», volvió a gritar. Y se inclinó hacia el lado por el que el pájaro había desaparecido. Rosa perdió el equilibrio, tropezó en un desnivel de la calle, poco le faltó para caerse. «¡Para de una vez, Mara! ¡Nos vamos a caer los dos!», y le entraron unas ganas locas de darle una bofetada. De dejarla allí sola. De marcharse sin siquiera volverse. Nunca más. La miró con odio. ¿Por qué, Dios, Mara existía? ¿Por qué había nacido? La niña rompió a llorar.

Dios mío, se dijo Rosa. Pero yo no soy tu madre, Mara, yo soy joven, tendría que pasármelo bien, llevo demasiado tiempo ocupándome solo de ti, he tenido que dejar el trabajo, Nicola lo decidió y lo he dejado, todo por ti, estoy contigo, solo contigo, día y noche, es injusto, ¿lo comprendes? Pero yo no soy tu madre, soy yo. ¿Cuánto tiempo más? Por el amor de Dios. Pero Mara no paraba de llorar, es más, se había puesto a gritar con agudos que perforaban los oídos, forcejeaba. «¡Mira, los juegos!», dijo Rosa. «¿Qué dices, quieres ir al tobogán?» Mara gritaba tanto que no oía siquiera las palabras de Rosa, había sido siempre una niña muy tranquila y serena, muy obediente. «¡El tobogán! ¡Mira, Mara!», gritó Rosa. «Y también hay una

casita de madera, una cabaña, un balancín, un columpio. ¡Mira, Mara, el tobogán!»

La dejó en el suelo. De golpe la niña se calmó un poco, empezó a observar el panorama para decidir en qué juego quería subir primero. «La manita», dijo Rosa. Mara se la dio. «¿A cuál quieres subir?» Rosa se agachó y le secó las lágrimas con un pañuelo. «Agua», dijo Mara. Rosa elevó la vista al cielo. Coño. Nunca, nunca, nunca me acuerdo. «¿Quieres ir al tobogán?», esperó. ¿Cómo consiguen las madres y los padres saber las cosas? ¿Por qué yo no sé nada? «Agua», dijo Mara y tendió una mano, reclamándola. En los distintos juegos había una docena de niños vigilados por madres o padres o abuelos o niñeras. «Hagamos lo siguiente», dijo Rosa, miró a un lado y a otro, había un bar justo enfrente. «Vamos por agua y regresamos.» «No», dijo Mara. «Dobogán. Agua.» Y estaba a punto de romper a llorar de nuevo. «Vale, agua», dijo Rosa. Llevando de la mano a su hermana, se acercó a una mujer rubia, alta y, de cerca, perfumada, tan arreglada y tan relajada, que Rosa enseguida la odió (la miró de arriba abajo, las cejas perfectas, el rostro bien maquillado, el bolso a juego con el collar y los pendientes, pero ¿cómo conseguían las mujeres ser siempre mujeres?). Quiero ser tú, es injusto que yo no sea tú. «Perdone, señora», la mujer se volvió, «¿me haría el favor de vigilar un momento a mi hermana en el tobogán mientras voy allí enfrente por una botella de agua?» Y Rosa estaba sudada e hinchada y fea. «Por supuesto», la mujer, desde la altura de su condición de mujer, sonrió. Luego se agachó para preguntarle a la pequeña «¿Cómo te llamas?». «Mara», dijo ella con la cara y la voz contrariadas. «¿Tienes calor, Mara?», le preguntó. La niña asintió, sudada, «Ti», dijo enseguida. «Quitémonos el abrigo, así estarás más cómoda para jugar, ¿qué te parece? Llevas demasiada ropa, ¿no?» «Ti.» Le quitó la bufanda, los guantes y el sombrero, el abrigo, ella se dejaba hacer por esas manos que sabían cómo se trata a los niños. Rosa las miraba. «Ven,

Mara, ¿te apetece jugar con mi hija? Se llama Nicla, tiene dos años. ¿Y tú? ¿Tú cuántos años tienes?». Mientras Mara juntaba tres dedos, Rosa dijo «Mil gracias, señora». Señora, señora.

Y cruzó corriendo la calle para ir al bar por el agua. Cuando regresaba corriendo al parque —había estado fuera un minuto o dos—, Rosa vio a su hermana trepando la escalerilla del tobogán, la mujer del bolso la vigilaba desde lejos mientras ayudaba a su hija Nicla a hacer un castillo de arena. Miró, y todos los niños estaban con otros niños, o con los adultos. Mara estaba sola.

Trepaba poco a poco. Es tu hermana, sangre de tu sangre, y vista desde allí le dio una pena infinita.

Se le acercó. «Aquí tienes el agua», dijo, y estaba sudadísima, había corrido, llevaba meses corriendo, siempre por ella. Le abrió la botella, se la tendió. «Baja para beber, Mara», dijo. La niña había llegado a la parte alta del tobogán, ni siquiera la miró. «Mara, el agua», dijo Rosa. «No *quero*», dijo distraídamente la niña y apartó la botella de agua. Rosa no reaccionó y la botella cayó al suelo, el asfalto mezclado con tierra se tragó el agua en un instante. El cuerpo de Rosa vibró de ira. Toda su dedicación, toda su fuerza, todos sus sacrificios. «¡Coño, Mara!», gritó. La niña se asustó, soltó las manos del tobogán y se las llevó a las orejas. Perdió el equilibrio. Y Rosa estaba demasiado concentrada en gritar para darse cuenta de que su hermana de tres años caía, y caía, desde lo alto del tobogán, cayó de bruces y se golpeó la frente contra el asfalto haciendo un ruido como el de una rama partida.

Rosa abrió los ojos de par en par. Mara levantó la cara, cubierta de fango y lágrimas, y de sangre, lívida, totalmente indefensa. Lloró. Había mucha sangre, que le manaba de una enorme herida abierta, los jirones de piel muy separados, que le atravesaba la frente y le llegaba a la nariz.

Rosa corría, la niña en brazos, cruzaba la calle, los coches frenaban, «¡Socorro!», gritaba, Mara tenía todo el jersey blanco manchado de sangre, avanzaba dando tumbos en brazos de su hermana, y había sangre, mucha sangre, «¡Socorro!», y también Rosa estaba ahora completamente manchada de sangre. Corría todo lo que podía, cruzó la calle a toda prisa, con el brazo levantado para parar a los coches, que frenaban para no atropellarlas pero no paraban. «¡Socorro!», y ella salía disparada por la acera con Mara que pesaba como un plomo en sus brazos, «¡Socorro!», y luego a la niña «No te preocupes, pequeña, no ha pasado nada», «*Sangle, Losa, mucha sangle*», Mara se quejaba ya sin gritar, lloraba con auténtico dolor, zarandeada en la carrera, «*me luele*». «Todo saldrá bien», susurraba Rosa corriendo, sin aliento, su hermana Mara apretada entre sus brazos, la gente se volvía para mirarlas. Un taxi estuvo a punto de atropellarlas, un Yaris negro frenó en seco con un chillido. «No te preocupes, pequeña», corría, «¡Socorro!», gritaba todo lo fuerte que podía, «Ay», lloraba Mara, «¡ay, ay, *quero a mamá! ¡Mamá!*». «Tranquilízate, mi amor, no es nada, ¡llamad a un médico!», gritó Rosa sin dejar de correr cuando por fin llegaron al Vannini—si Rosa hubiera sabido los recuerdos felices que guardaba su madre de ese hospital—, una mujer con uniforme blanco roto que fumaba un cigarrillo le señaló la entrada de urgencias, ella corrió, corrió, con Mara en brazos.

La sala de espera de urgencias. Pared marrón claro. Sillas marrones. Rosa con la cabeza entre las manos, completamente manchada de sangre. Una puerta se abrió. Salió una enfermera en zuecos. «¿Es usted la madre?»

Intentó subir en el ascensor: no funcionaba. Subió a trompicones las escaleras de la que había sido la casa de su madre y que ahora era su lugar, y donde, al igual que su madre, estaba preso. Llegó a la tercera planta. Se detuvo. Echó una ojeada a las plantas de arriba, hacia la casa de su tío, donde se había cometido el asesinato de su padre, y donde también él había muerto. Como Rosa y Mara, le dijo una voz en la cabeza. No, lo sabes perfectamente, tú mucho más que ellas. Sí, es verdad, yo mucho más que ellas.

Echó una ojeada arriba como hacía siempre, ya no estaba el precinto de la policía pero él no se había vuelto a atrever a subir esas escaleras, no hacía más que recordar la vez que las había bajado con Rosa, la noche que había muerto su padre. Su tío, el hermano de su madre, el único pariente por parte de los Romano que les quedaba, había viajado de Vietnam a Argentina y después de todo lo que había ocurrido había estado una vez en Italia para resolver las formalidades con el abogado —el crimen se había cometido en su casa, estaba más molesto que preocupado— y se había marchado enseguida, hablaremos pronto. Pero luego no habían vuelto a saber de él. Había enviado muchos abrazos en distintos mensajes de cumplido, lo mismo que habían hecho las amigas de su madre, aquellas a las que Vito había relegado y luego derrotado. Estaban solos.

Miró hacia la casa del tío Franco, lo despreocupados que estaban Rosa y él esa noche cuando bajaban las escaleras, lo ingenuos que habían sido, lo ingenuo que había sido él, cuando pensaron que todo iba a ir bien. Rosa ahora había tenido que dejar el trabajo porque hacía falta que alguien se ocupase de Mara. Para Rosa, el trabajo significaba la única esperanza de poder matricularse en la universidad y de seguir los pasos de su padre. Antes de la muerte de él, Rosa, a escondidas, mientras esperaba juntar el dinero necesario, estudiaba, por su cuenta, los textos que tendría que estudiar en la universidad. No se lo contó a nadie. Nicola la descubrió pero no dijo nada. Y

ahora, para estar con Mara, también había dejado eso. Ya no estudiaba. Ser adulto también significa aceptar que ciertos problemas no se pueden resolver, se dijo Nicola mirando hacia arriba, la verdad es que habían tenido que volver a la casa del tío Franco, él, su hermana, y vacilaba en abrir la puerta de la casa de su madre donde iba a encontrar a sus hermanas. Rosa estaba siempre tan triste, entre los dos habían tenido que limpiar cuanto habían podido la casa del tío Franco después de que retiraran el precinto, recolocar las cosas después del desorden en que lo había dejado todo la policía, no quería recordar, son muchas las cosas que no pueden resolverse y él empezaba a ser adulto solo ahora, pese a que pensaba que lo era desde hacía mucho, demasiado tiempo. ¿Y Rosa? ¿Cómo se encontraba su hermana? Pero qué preguntas pueden hacerse cuando todo es bueno y malo, felicidad y desesperación, vida y terror; introdujo la llave en la cerradura.

Estaba extenuado, había trabajado todo el día y cada día era igual a sí mismo, ahora había que preparar la cena de Mara —tenía que encargarse él porque Rosa era incapaz de hacerla y normalmente a esa hora estaba consumida por la claustrofobia y la soledad—, entretenerla, leerle un cuento, esperar a que se durmiese. Después ya no podría más y se quedaría dormido al lado de Mara, en la cama de matrimonio, como ocurría con mucha frecuencia. Los tres acababan en esa cama, demasiado apretados, incómodos, durante la noche Nicola no aguantaba más, se levantaba y se iba a dormir a su cama plegable. Como en los viejos tiempos, cuando todavía estaba su madre.

Suspiró. Le parecía que siempre había hecho eso: cocinar en el restaurante, cocinar en casa, limpiar en el restaurante, limpiar y ordenar en casa. Lo único que quería era dormir. A menos que Milena hubiese dejado algo de comer para todos —como ahora solía hacer, una vez que Nicola se dio por vencido, cuando el cansancio y la necesidad pudieron con él—, recogido un poco la casa como una sombra, sin hacer notar nunca su presencia. Abrió la puerta.

Aun antes de ver, sintió el hielo.

Luego una voz de mujer, conocida, que decía «¡Buenas noches!» en un tono demasiado alto, su habitual tono demasiado alto, y una sonrisa demasiado amplia, y su habitual sonrisa demasiado amplia.

La mujer estaba sentada a la mesa, con Mara en brazos, que dibujaba, la cabeza agachada sobre la hoja. Al lado de ella estaba Rosa, y había dos tazas de manzanilla, porque la mujer que había hablado solo tomaba manzanilla. Rosa no habló, Mara se soltó, bajó de la silla, fue a su encuentro. «¡Nico!», dijo. Y sonrió.

Tenía una venda en la frente hinchada, manchada de sangre. Y arañazos. Nicola abrió mucho los ojos. Ella le tendió los brazos. Él la cogió, le echó una ojeada primero a Rosa, luego otra a la mujer sentada a la mesa. «¿Qué le habéis hecho?», gritó, estrechó a Mara. «Nico», dijo la niña, le dio un beso.

«Amor», dijo él. Mara sonrió, y Nicola vio que sonreír le dolía. «¿Qué ha pasado?», le gritó a la mujer.

Mara lo miró a los ojos, volvió a sonreír, le dio otro beso. «Amor», la niña repitió lo que había dicho Nicola.

«Buenas noches, eh», dijo la mujer de la mesa, ahora con un tono de reproche, su habitual tono de reproche.

«¿Qué coño ha pasado? ¿Qué le habéis hecho a Mara?» Rosa abrió la boca para hablar, Nicola examinó la cara de Mara. «¿Qué ha pasado, pequeñina?», y luego, a Rosa, «¿Tú has dejado entrar a esa?», señaló a la mujer. Y no se movió de la puerta, con Mara en brazos que ahora le tocaba el cuello, el mentón, la boca, y de vez en cuando lo besaba. Él la acariciaba. «Largo de aquí», le dijo a la mujer, «esta es nuestra casa.»

La mujer sentada a la mesa se puso tensa. Dejó de sonreír. Lo miró con

odio universal. Asintió.

Miró a Rosa, severa. Ella estaba ruborizada, tenía las manos juntas. La mujer se puso de pie, pasó por delante de Nicola, si las miradas matasen, en ese momento él habría muerto, le dedicó una sonrisa más amplia a la niña, Mara abrió los brazos, se inclinó para ir a los brazos de la mujer. «¡Tita!», dijo, «*quero tita.*» «Ven con tu tía», dijo la mujer, y Mara se inclinaba, sonreía.

Nicola la retuvo, la niña rompió a llorar. «¡Tita, *quero tita!*»

Pero Nicola la siguió reteniendo mientras ella forcejeaba y Mimma, con una sonrisa que era una venganza, cruzó la puerta mientras Mara lloraba desesperada, tita, tita, tita, se volvió un momento, miró a Rosa de nuevo, cortante dijo «Buenas noches», y los miró a los tres, «porque a mí mi madre me enseñó educación, no como a vosotros la vuestra». Y la puerta se cerró detrás de ella.

Ahora Nicola le examinaba la cara sentado en el sofá, Mara estaba tranquila, sonreía. «¿Cómo estás, peque?», dijo Nicola. «Pupa», dijo Mara, se entristeció, «pupa, como la pupa de mamá, ¿no?» A Nicola se le encogió el corazón, «*Pelo ya no teno*», sonrió Mara, «como la pupa de mamá. ¿*Veldá, Losa?*»

Rosa asintió y le asomaron lágrimas a los ojos.

Ella también se acercó a Mara, y ahora los tres eran muy pequeños, estaban muy juntos. «¿Le contamos a Nico que has sido muy valiente?», dijo Rosa, los ojos le brillaban, llenos de lágrimas, demasiado tristes.

«¿Qué le has hecho?»

«Yo no le he hecho nada», dijo Rosa, «¡se cayó! ¡No fue culpa mía!»

«Pero ¿qué coño dices? Ha sido culpa tuya. ¿Por qué no me llamaste?»

«¡Tenía miedo!»

«¿De qué, por Dios? Tú siempre tienes miedo de algo», y Rosa se estremeció, porque ese tono le recordaba muchísimo a su padre, y ese tono precedía a las palizas. Debía tener cuidado. «¿De qué, eh? Dímelo, imbécil.»

«¿Ha cenado?», Nicola la miró, «voy a preparar la cena.»

«Mimma ya le ha dado la cena», dijo ella con los ojos bajos y la voz aún más baja, asustada, sentada a la mesa, «hemos cenado Mara y yo.»

Luego se levantó. Se sirvió agua del grifo. «No podemos nosotros solos, Nicola, es por mi culpa», dijo, de espaldas (y ese es el modo de actuar y el tono de su madre, una mujer pequeña incapaz de nada, de ocuparse de sus hijos, de contradecir realmente a su marido, de rebelarse contra las palizas).

Nicola no respondió, se sentó en el sofá al lado de Mara, que veía en la televisión los dibujos animados, lo abrazó.

«Yo llamé a la tía Mimma, Nico», dijo Rosa. «Estaba en Roma. La llamé. Solo ella podía saber qué hacer. Y ha venido. Y lo ha resuelto todo. Y tú la has echado.»

Nicola acariciaba suavemente la cabeza de Mara. «¿Y si», Rosa se volvió de golpe, «la tía Mimma tuviese razón? ¿Si ellos tuviesen razón? Si mamá... si no lo hizo por defenderse... si mamá...»

Él levantó la vista hacia ella, había un océano oscuro. «¿Por qué no me has llamado a mí?»

«Porque tú has cambiado», y eran las palabras de su madre, y ella era Carla, y él era Vito. «Y yo tengo miedo. De ti.»

Él se levantó. Se acercó a Rosa, le apretó las manos con fuerza, le hizo daño. «Eso no se te debe ni pasar por la cabeza. No se te ocurra jamás dudar de su palabra. Si ella dice que fue así, es porque fue así. Lo hizo por Mara, lo

hizo por nosotros. Todo cuanto ha hecho, lo ha hecho siempre solo por nosotros tres.»

«De acuerdo», dijo ella, «de acuerdo, pero ahora suéltame, por favor, Nico, te lo ruego, me haces daño.»

«¿Cuál de los dos, señor Bocci», la fiscal repasó una hoja de la carpeta, «se acercó al otro la primera vez? ¿Usted o la señora Romano?»

Era una noche de abril, el aire era más cálido, más ligero, era una primavera preciosa y él, después del trabajo, paró a tomar algo en un bar del Pigneto antes de volver a casa, se sentó a una mesa de la terraza y pidió un vaso de vino blanco. En otra mesa vio de refilón a una mujer cuya cara le sonaba. Ella lo miró, pero él no tenía ganas de hablar. Esquivó la mirada y le llevaron el vino. Se estaba tan bien. Ella bebía. Se cruzaron más miradas y poco después ella se levantó, se le acercó con la cara colorada, tímidamente le dijo Buenas noches, y su vida, aunque él no lo sabía, terminó entonces.

«¿Tuvieron relaciones sexuales esa noche?», la fiscal, notó Manuel de pasada, tenía una tirita gruesa y un poco amarillenta en cada lóbulo.

Bebieron unos vasos de vino juntos, «¿Unos o algunos de más?», «Algunos de más». «¿Quién era el que pedía otro vino, usted o la señora Romano?» Ahora que lo piensa, puede que el primero lo pidiera ella. Pero ¿qué importancia tenía eso?

Ella seguía colorada, estaba guapísima. Hablaban, bebían, reían. Se hizo muy tarde, se levantaron tambaleándose. ¿Me acompañas a casa? Vivo aquí cerca, dijo ella resplandeciente, los ojos lánguidos por el vino.

«¿De modo que fue la señora Romano la que le pidió que la acompañara a su casa?»

Ahora que lo piensa, sí. La acompañó. Una vez en el portal, lo miró. Gracias por la bonita velada, le dio un beso, lánguido como sus ojos, en la

mejilla. Luego dio media vuelta y desapareció en las escaleras. Él se quedó observando la madera oscura del portal. Suspiró, sonrió, y se marchó a buscar la moto.

«¿Cuándo tuvieron relaciones sexuales por primera vez?»

Al día siguiente, como solía ocurrir, se cruzaron por casualidad. Se saludaron con grandes sonrisas, pero ella tenía prisa, tenía que llevar a la niña a la guardería. Dos días después empezaron a intercambiar dos palabras cuando se encontraban. ¿Me acompañas un par de calles?, decía ella, y él la acompañaba, o bien Te acompaño un poco, decía él, se reían muchísimo. El jueves siguiente ella le escribió un mensaje: Esta noche mi hija Rosa va a quedarse un rato con Mara, yo tengo unas horas libres, ¿qué te parece si nos tomamos un vino?

«Era muy intrépida, la señora.»

No. Era una mujer sin vínculos sentimentales, pero totalmente atada a los horarios y a las necesidades de sus hijos, que para ella eran lo más importante. Dado que tenía tan poco tiempo, era evidente que debía tomar la iniciativa aunque no quisiera.

«O al menos es así como ella se lo explicó.»

No había explicado nada, era la verdad.

«¿Así que esa noche es la señora Romano la que le propone quedar?»

Sí, fue ella.

«¿Usted se lo había pedido alguna vez?»

Pensó muchas veces en hacerlo pero en cierto modo ella lo refrenaba. Un día, por ejemplo, le contaba que Mara no se encontraba bien, o que Rosa iba a quedarse a dormir en casa. Fue solo por eso por lo que, al final, ella no tuvo más remedio que ser la primera en invitarlo.

«¿Y también fue la señora Romano la que buscó el primer acercamiento sexual?»

Bebieron en el mismo bar de la primera vez. Después ella, un poco achispada, le pidió que la llevara a casa. Se tropezó con los tacones, se rio, Nunca los llevo. En la puerta de su casa le dijo ¿Quieres subir a tomar una última copa? Él pensó Por fin. Pero primero tengo que subir yo, saludar a mi hija Rosa, esperar a que se marche, y entonces ya podrás subir. Lo siento, bajó los ojos, pero... De repente él le cogió las manos, fue la primera vez que le pareció tan necesitada de protección, tan indefensa. No hay problema, dijo, se rio, parece un juego de adolescentes, es divertido.

«¿Tuvieron relaciones sexuales esa noche?», preguntó la fiscal. Sí, hicieron el amor. «¿Y después de esa noche? ¿Lo hicieron a menudo?»

Solo esa noche. A pesar de que desde entonces se vieron casi a diario. «Pero Carla aún no estaba preparada, después de todos los años difíciles que había pasado con el marido, las violencias reiteradas, los hijos, el trabajo y...»

«¿Intentó usted hacer más acercamientos sexuales a la señora Romano?»

Al principio, sí. Pero después de los primeros amables rechazos, hablaron. Ella le explicó que necesitaba tiempo y él, pues sí, pensándolo ahora, había perdido la cabeza por ella, habría hecho cualquier cosa por estar a su lado. «¿Cómo no entenderla, señora fiscal? Después de todo por lo que había pasado.»

«¿Usted la entendía, señor Bocci?»

Con toda sinceridad, no. Pero le decía sí, sí, sí. Tú eres muy bueno y yo no te merezco, le decía Carla, tú eres mi amigo, mi único amigo de verdad, solo puedo fiarme de ti.

«¿Usted la creía?»

No. Él pensaba que las cosas evolucionarían, cada vez que Carla lo miraba estaba tan llena de, cómo definirlo, deseo, y muchas veces lo tocaba, solo lo rozaba, de una forma tan sensual. «De amigo nada, señor Bocci, usted quería

ser su amante, ¿o me equivoco?»

No se equivocaba. Pero ella también quería serlo. Ella también lo amaba.

«¿De manera que se acostaron una sola vez?»

«Sí.»

«¿Y usted tuvo encuentros sexuales con otras mujeres después de conocer a la señora Romano?»

No. Por supuesto que no.

«Aunque usted no tuviese encuentros sexuales con otras mujeres, ¿la señora Romano se puso alguna vez celosa, señor Bocci?»

Algo sí, un poco celosa, pero fue porque...

«¿La señora Romano le propuso alguna vez, no sé, vivir juntos, casarse?»

No, ella lo consideraba un amigo, eso le decía. «Pero lo de amigo es una manera de decir, porque yo...».

«¿Porque usted?»

«Esperaba.»

«¿Qué quiere decir “esperaba”, señor Bocci?»

«Quiere decir esperar, confiar en que algún día...»

«¿Qué esperaba, señor Bocci?»

Él la amaba con todo su corazón, y le había prometido cuidarla, protegerla, y que con él nunca más iba a tener miedo, y que el día en que se sintiese dispuesta a... otra cosa... «... yo estaría allí».

«¿Estaba dispuesto a casarse con ella, señor Bocci?»

Dispuesto a casarme con ella, claro. ¿Por qué no? Era lógico. Nunca habían hablado de ello pero... sí. «Y sigo dispuesto. Amo a Carla, señora fiscal, señoría», miró al juez, que en ese momento estaba distraído, reaccionó, lo miró interrogante, «con todo mi corazón. La sigo amando.» Miró a Carla mientras lo decía, ella también lo miró, le sonrió.

«Siento que su sueño de amor no se haya cumplido, señor Bocci», la fiscal

sonrió con sarcasmo.

«¡Señoría, protesto!», el abogado de Manuel tronó. «Aquí se ironiza con una tragedia.»

«Fiscal», dijo el juez, «no me obligue a reconvenirla otra vez.»

«Así pues, señor Bocci, una mujer a la que usted ve durante ¿cuánto tiempo? ¿Días? ¿Meses?»

«Meses», dijo Bocci.

«Una mujer a la que usted ve durante meses, ¿con qué frecuencia, decíamos? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes?»

«Al principio, una vez a la semana.»

«¿Y después?»

«Casi todos los días, ya se lo he dicho», Bocci se volvió hacia el banquillo de los acusados.

«Una mujer a la que usted ve casi todos los días, a la que ofrece apoyo, protección, de la que querría amor, ¿no? Una relación, en definitiva. Pero nada, de momento usted no le da nada más que... ¿qué es lo que le da, señor Bocci, afecto?»

Bocci asintió como un niño.

«Una mujer a la que usted adora, y que a cambio no le da, perdone la brutalidad, nada de nada, ¿y usted la espera todo ese tiempo? ¿Sin un intercambio, como lo diría, ni siquiera sexual, pero tampoco sentimental? ¿Sin una recompensa, por decirlo así?»

«Sí.»

«Sí ¿qué?»

«La esperé todo ese tiempo.» Bocci rememoró su relación con Carla, dijo «La esperaba». Y rompió a llorar.

«Venga, señor Bocci, venga», hizo una pausa. «Hablemos con claridad, yo soy fiscal, usted psicólogo. Sabemos de estas cosas, es nuestro trabajo, ¿no?»

y lo miró con desprecio. «¿Qué esperaba realmente, acaso que Semeraro muriese?»

«¡Que no, ya se lo he dicho!»

«Si la señora Romano, que a lo mejor aún sentía amor por Semeraro, de repente se quedaba libre...»

«Señoría», dijo el abogado.

«De acuerdo, de acuerdo. Durante el tiempo que se vieron, ¿por casualidad la señora Romano le pidió algún tipo de ayuda?»

«No.»

«¿Está seguro?»

Ahora que lo piensa, sí. Nunca había llevado la cuenta de todas las veces que la ayudaba y de todos los favores que ella le pedía. Aumentaban con el paso de los días. Llevar a Mara a la guardería o al médico, o ir a recoger al trabajo a Carla en motocicleta, o hacer la compra por ella, echarle una mano para arreglar algo en casa o para solventar líos burocráticos, o salvarla, salvarla, salvarla del exmarido.

«Pero era normal», dijo Manuel, «es normal ayudarse mutuamente cuando hay cariño.»

«Pero usted no le tenía cariño. Usted la amaba.»

Muchísimo. Cada vez más.

«¿Y la señora Romano lo amaba a usted?»

Sí...

«¿Y era por eso por lo que usted hacía todo lo que la señora Romano le pedía? ¿Como si usted fuese, cómo podemos definirlo, un hombre para todo?»

De hombre para todo nada, ellos se amaban.

«¿Está seguro de que la señora Romano también lo amaba a usted?»

«Yo...»

Él... Nunca había considerado su relación en esos términos. «Sea sincero, señor Bocci.» Con sinceridad, sí, en algunos momentos lo había pensado. Pero no quería pensarlo. Quería que ella lo amase como la amaba él.

«¿Cómo surgió el asunto del Micra?»

«Lo llevé al mecánico...»

«¿No fue la señora Romano la que se lo pidió?»

«No, no, era una sorpresa, una decisión mía, pero... señora fiscal... una mujer sola, con tres hijos... me parecía un gesto, ¿cómo lo diría...?»

«¿Cómo se enteró usted de la existencia de ese automóvil?»

No lo recordaba. Retrocedió a una época, rememoró una época que no podía definir como feliz, porque la vivió entera y exclusivamente con la esperanza de que Carla dejase por fin de tener miedo y de que ellos pudieran estar juntos. Una época que no podía definir como feliz pero sí intensa, eso sí. Intensísima. Y en cambio ahora...

«Procure recordar, señor Bocci.»

De pronto se le encendió una luz. Una vez tuvieron que llamar a un taxi —«¿Quién lo pagó?» «No me acuerdo, en serio, señora fiscal»— para llevar a Mara a la pediatra, él solo tenía la moto. «¿Fue la señora Romano la que le pidió que la acompañara, o se ofreció usted?» No sabría decirlo. Aquella vez, de repente, en el taxi, ella suspiró. Y pensar que tengo coche...

La sala del juzgado olía a cerrado y hacía un calor asfixiante, se notaba el olor de toda la gente que se apretujaba dentro, miró a Carla y ella lo miró de nuevo. Sudaba, se sentía feo. La sala del juzgado se inclinó hacia él.

«¿Y le habló usted de Spinaceto o fue la señora Romano la que le pidió información sobre el vertedero?»

Aquello ya lo había contado mil veces, pero solo ahora volvía a oír las palabras exactas de ella: iban a la playa de Ostia, habían pasado por el despacho de él, Qué absurdo que haya un vertedero delante de algo tan

hermoso, la reserva, el verde... y él decía No sé, y ella: Claro que perderse allí, de noche, con el móvil sin batería, qué miedo, él reía, decía, en tono fingido de amenaza, Nunca te encontraría nadie, ella también reía, y luego, al otro lado de la carretera, se veía el mar.

«Recapitulando, podemos decir que vuelve a ser la señora Romano la que toma la iniciativa y no usted, la que le pide de vez en cuando una pequeña ayuda, la que lo tiene atado con una especie de promesa de amor y la que por fin le pide la ayuda extrema, la más peligrosa que puede haber pero también la más... ¿cómo la ha definido usted?», la fiscal repasó la carpeta, leyó, «“... la más comprensible, la más humana”.»

Que no, se dijo. De nuevo alzó los ojos hacia Carla y ella lo seguía mirando, los ojos de Manuel estaban llenos de preguntas y quería únicamente que ella moviese la cabeza, y él volvería a creerle, siempre, sonríeme, se dijo, sonríeme, hazme una señal, ella lo miraba, con aquellos ojos tan azules. Manuel sintió un frío que le subía, punzante, de las piernas a la cabeza, pero también un calor que bajaba.

«¿De manera que es lícito suponer que la señora Romano pensara que, cuando le pidiera la ayuda extrema de la que hablábamos, usted aceptara prestársela? ¿Dado que siempre había hecho todo lo que ella le había pedido?»

Manuel se miró las manos. ¿Acaso la fiscal le estaba diciendo que Carla no lo amaba?

«¿Y está seguro de que no se la prestó? ¿De que le negó la ayuda por primera vez en su vida?»

Manuel miró a un lado y a otro, como buscando una respuesta en la gente que había en la sala.

«¿Sigue estando seguro de que no planeó junto con la señora Romano el homicidio de Semeraro porque con el tiempo se había convertido, digamos,

en su esclavo de amor? ¿Porque la señora Romano lo manipulaba desde hacía meses? Así pues, ¿no eran dos amantes sanguinarios, sino el ama y su criado?»

Esclavo de amor. Manipulación. Que no.

«¿Porque usted fue, por decirlo así, en la premeditación y en el homicidio, su peón?»

«Juro ante Dios que yo no he hecho nada.»

«Usted, señor Bocci», la fiscal suspiró, «usted, que amaba a esta mujer tanto que la hubiera esperado todo el tiempo del mundo, tanto que hubiera arriesgado su vida por ella, en el momento en que esta mujer le pide ayuda, ayuda, ¿no se la brinda? ¿Por qué?»

«Fui un cobarde, señora fiscal», gritó, «¡soy un cobarde!»

«Un cobarde, dice. Entonces ¿es lícito pensar que usted ahora se está excluyendo de un homicidio que planeó y cometió junto con su gran amor, sin que le importe el destino de la señora Romano porque, como dice usted, no es más que un cobarde?»

«Señoría, se lo ruego», dijo el abogado. Estrelló la carpeta contra la mesa.

«Fiscal, esto es intolerable», dijo, harto, el juez.

«¿Puede demostrar que no ayudó a la señora Romano en la premeditación, el homicidio y/o el ocultamiento del cadáver?»

Manuel torció la cabeza hacia un lado.

«Señor Bocci, responda a la fiscal», dijo el juez.

Manuel miró a Carla. Y recordó todo lo que habían hecho juntos desde que se habían conocido. Pero Manuel ya no era Manuel, era imposible que volviera a ser Manuel, no volvería a ser Manuel jamás.

Todo el mundo esperaba escuchar la defensa de esa mujer astuta y despiadada. No faltaban los que habían denunciado un complot, no era cierto que Vito fuese un hombre violento, todo lo contrario, sus compañeros de trabajo hablaban de lo estupendo que era, lo decía su amante, la hija de su amante —¿o su cuarta hija?—, lo decían los parientes y los amigos de Massafra. De una pobre mujer víctima de violencia ya no hablaba nadie, solo la seguían apoyando todas las presas en la prisión. Carla se mostraba huidiza y hablaba poco, o nada, pero ahora era amable y solícita, y antes de la audiencia una presa alta, fuerte, llena de tatuajes, el pelo rasurado y sin cejas, se le acercó para decirle «Nosotras sabemos que todo es culpa de tu exmarido, te creemos, Carla». Ella le sonrió llena de esperanza, volvió a ser una niña pequeña y preciosa que necesitaba mucha ayuda. Le cogió las manos —nunca antes había tenido un gesto semejante—, le brillaron los ojos, dijo «Gracias». «Aquí, quien es creyente rezará por ti», dijo la presa, y mostró un colmillo tan cariado que, por un momento le pareció a Carla, goteaba pus sobre la lengua. «Tienes que ganar.»

«Gracias», dijo Carla, bajó los ojos, «realmente necesitaré vuestras oraciones. Que Dios me ayude», y elevó los ojos al cielo de la prisión, era blanco y largo y estaba atravesado de neones, «que Dios ilumine las mentes de los jurados, y que resplandezca la verdad.»

«Por favor, siéntese», dijo el juez, debajo de las gafas le brillaban unos labios abultados y un poco torcidos. Y siempre esa sonrisa que no se sabía si era de condescendencia o de indiferencia. «Quiero hacerle unas preguntas.

¿Ha comprendido, señora Romano?»

«Sí», dijo Carla.

La sala estaba llena de gente de Massafra.

«Según su versión y la de Bocci, señora Romano, usted llamó a Bocci solo después del homicidio. ¿Qué quería de él?»

«Que me ayudase.»

La prensa, los informativos, las tertulias televisivas, los asistentes a la sala del juzgado y la gente de la calle habían empezado a llamarla la mantis. La dama de hielo, decían y escribían a causa de sus ojos. La mujer fatal que había engatusado a un pobre hombre, había hechizado a su amante y él se había convertido en su esclavo, hacía todo lo que ella le decía.

«¿Puede ser más clara?»

«No quería que mis hijos supieran que había sido yo.»

«¿Y por qué le dijo, palabras textuales de Bocci, “hay alguien en casa”?»

«Creía que podía contar una mentira.»

Pero en los interrogatorios ella nunca era de hielo, pensaba el juez y se tocaba las gafas, debía de haberle pasado algo porque una de las patillas la tenía sujeta con celo, hasta cuando decía cosas espantosas la acusada parecía una mártir.

«¿Y qué tendría que haber pasado después?»

«Él tendría que haberme acompañado a casa de mi hermano, para ver.»

«¿Y después?»

«Después, lo habríamos encontrado juntos.»

«Muerto, señora Romano, ¿no es así? O, mejor dicho, asesinado.»

«Sí», dijo Carla.

«¿Y a manos de quién pensaba decirle que había muerto, si puede saberse?»

«Yo había pensado...», miró a la gente de Massafra. «Yo...»

«¿Usted qué, señora?»

Siguió mirando a la gente de Massafra, entre la que se elevó un gruñido.

«No lo sé.»

«¿Pretendía así salvarse, señora?»

Carla levantó los ojos, miró al juez.

«¿Y después le contó todo eso a Bocci?»

«No.»

«¿Por qué?»

Mientras tanto, en el frenesí de aquellos meses, Mimma iba y volvía una y otra vez de Massafra a Roma, proclamaba a periódicos e informativos su sacrosanto derecho, eso decía ella, de brindar un poco de tranquilidad a la niña, a Mara, a todos los hijos. Pero, decía, la justicia no tiene ojos, no tiene corazón, no tiene ni pizca de sentido común, siempre premia a los asesinos.

«¿Por qué no se lo contó?»

«Porque, señoría, si le ocurriese a usted, si por desgracia usted para salvarse tuviese que...», se le quebró la voz.

Miró a sus hijos, la estaban mirando, pero en la sala solo se encontraban Nicola y Rosa, Mara no.

«¿Matar, señora Romano?», intervino la fiscal, los ojos le brillaban.

Carla asintió, suspiró...

«¿Le importa decirlo por el micrófono, señora?», dijo el juez, «¿“Si usted para salvarse tuviese que...”?»

«Matar a alguien...», respiró hondo, «a quien sea, incluso a un desconocido, incluso a un animalito por la calle, imagínese, señoría, a su marido, a su marido, si a usted le ocurriese, a su esposa, quiero decir, a la compañera de toda su vida, si a usted le ocurriese, usted entonces, con toda la voluntad de quedar libre para proteger a sus hijos —nada más que por eso, señoría, se lo juro, pongo a Dios por testigo—, con el terror a perder a sus

hijos, con las cosas espantosas que le dice la cabeza, con lo que el corazón le dice, que si te descubren perderás a tus hijos, y qué será de ellos, qué les pasará cuando descubran que su padre ha muerto y que lo ha matado su madre, Dios bendito, señoría, pese a todo lo que te dice la cabeza, el instinto te dice, el alma te dice que no se trata de que te salves tú, se trata de salvar a tus hijos, por todos los medios, aunque por tus hijos morirías, en conciencia, señoría, si hubiese matado solo para que no lo mataran a usted, ¿habría tenido usted después la lucidez de organizar un plan para salvarse?» Carla lo miró, en la sala reinaba ahora un silencio sepulcral. «¿Y además habría tenido valor, corazón, para implicar a un inocente?»

«Sin embargo usted, señora Romano, según su versión y la de Bocci, sí que implicó a un inocente. Cuando se vio con él en el bar del castillo de Sant'Angelo, ¿qué le pidió realmente a Bocci?»

«Que decidiera entre toda su vida y yo», Carla bajó los ojos, «que renunciara a todo, por mí.»

«Señora Romano», la fiscal se rascó el cuello, llevaba de nuevo pendientes y el pelo lo tenía más largo y le caía enredado y encrespado sobre las gafas, la barbilla, el cuello. «Usted dice que no quería implicar a un inocente, y sin embargo sometió conscientemente y durante mucho tiempo a un hombre visiblemente débil e influenciado, su siervo de amor. Un siervo en manos de una mente lúcida y diabólica. ¿Es correcto?»

«¡Pero, señoría!», el abogado de Carla se puso de pie.

«Fiscal, mantenga un lenguaje y un comportamiento acordes con esta sala», dijo el juez.

La fiscal fijó los ojos en Carla. «¿Bocci la ayudó o no a esconder el cadáver?»

«No.»

«¿Y le parece creíble, quiero decir, si usted estuviese en mi lugar, o en el lugar de cualquier otro», miró alrededor, entre el gentío que se apretujaba para seguir el juicio pasó una especie de temblor de culpabilidad, «creería lo que usted cuenta?»

«¿En qué sentido, perdone?»

«¿Que usted llamó a Bocci, que se vio con él en el castillo de Sant'Angelo, que no se atrevió a contarle una mentira, que le pidió ayuda, así, sobre la marcha, sin ninguna premeditación por parte de ninguno de los dos? ¿Y que después él se negó a ayudarla y usted llevó sola el cadáver de su marido a Spinaceto y que también lo enterró sola?»

«Sí», respondió Carla entre dientes, «ya que es la verdad.»

«¿Cuánto pesa, señora Romano? Ha de perdonarme, sé que estas cosas no se le preguntan a una mujer.»

«Cuarenta y siete kilos.»

«¿Y su marido, oh, discúlpeme, su exmarido?»

«Más de cien.»

La fiscal hizo una pausa mientras miraba a Carla a los ojos. «Si estuviese en mi lugar, en nuestro lugar, señora Romano», la fiscal se puso de pie, sacó pecho, la mirada fulminante, «¿no pensaría más bien que usted y Bocci planearon el homicidio, la reparación del Micra, la elección del vertedero de Spinaceto, cosas, todas ellas, que le proporcionó Bocci, y que Bocci la ayudó a perpetrar el homicidio y a esconder el cadáver? Todo esto es mucho más realista, señora Romano.»

«Yo no estoy en su lugar, señora fiscal, estoy en el mío. Y esta es la pura verdad, ante Dios.»

«En los días posteriores al homicidio, Manuel Bocci, alterado y necesitado de consuelo, telefoneó con insistencia y mandó muchos mensajes a la señora Romano, una serie de ¿Cómo estás?, Llámame, ¿Qué haces?, Necesito verte, Estoy delante del portal de tu casa, pero ella nunca le respondió: ya no necesitaba a su esclavo. Y ella se preparaba para aceptar todo lo que iba a ocurrir a partir de ese momento —la desaparición de Semeraro, la desesperación de sus hijos—, y se desesperaba y también buscaba con ellos a Vito, una menuda y hermosa mujer desconcertada y afligida que se hace fuerte por sus hijos y permanece a su lado y los cuida y los consuela. Una menuda, tierna, hermosa madre coraje que no vaciló, una calurosa noche de agosto, en asesinar a tijeretazos a su exmarido, que no tenía más culpa que la de haber ido al cumpleaños de su hija Mara, como cualquier padre habría hecho.» La fiscal dejó de hablar y el silencio en la sala habría podido cortarse con un cuchillo, y todos miraban a Carla Romano ex-Semeraro, y ella lloraba. También Nicola y Rosa lloraban, y también Mimma, esta vez con un llanto silencioso. Esa mañana estaba también Milena, a pocos asientos de Nicola y Rosa. Y estaba Paola, sus sollozos eran tan fuertes que resonaban en toda la sala, su madre se levantó para ir a su lado, ella salió a la calle, su madre fue tras ella. Manuel, gélido, miraba alrededor nervioso, como quien está a punto de ser linchado por la multitud, no podía tener quietos los ojos, las manos, los brazos, las piernas.

«¿Puede decir su nombre completo?»

«Rosa Annunziata Semeraro.»

«¿Fecha de nacimiento?»

«El 7 de junio de 1993.»

«¿Lugar?»

«Massafra. Residente en Roma.»

«¿Desde cuándo?»

«Prácticamente desde que nació, mi madre se quedó un año en Massafra, en la casa de mis abuelos. Y yo con ella.»

«¿Los nombres de los padres de su padre y de su madre?»

«Abuela Annunziata y abuelo Giuseppe, los de mi padre. Mis abuelos maternos han vivido siempre en Roma. Son de Roma.»

«¿Sus hermanos también han vivido en Massafra?»

«Mi hermano mayor vivió allí un par de años. Mi padre quería regresar, iba y volvía de Roma a Massafra, quería regresar a casa. Mi madre no quería. Mi hermana menor solo nació allí. Cuando tenía un mes mi madre la trajo a Roma.»

«¿Así que todos nacieron en Massafra?»

«Sí», y no fue en cuanto oyó la palabra padre ni en cuanto la dijo, pero fue eso, a saber por qué, lo que la hizo romper a llorar.

«Siento tener que hacerle estas preguntas, señorita Semeraro», dijo el juez, «comprendo lo doloroso que puede ser», y, a diferencia de lo habitual, el juez tenía una mirada realmente comprensiva y un tono bajo y tranquilizador.

«¿Quiere que paremos?»

«No...» Rosa se enjugó las lágrimas. Y elevó la mirada hacia el juez, y lo miró fijamente.

«Nicola Giuseppe Semeraro», dijo Nicola en el banquillo de los testigos, la mirada firme, las manos sujetando con fuerza las rodillas.

«Usted, como sus hermanas, nació en Massafra. ¿Es correcto?»

«Sí.»

«¿Por qué vinieron a vivir a Roma?»

«Era la ciudad de mi madre. Mi padre insistía en que todos naciósemos en Massafra. Obligaba a mi madre. Pero ella después presionaba para que nos criásemos en Roma. Siempre discutían por eso», respiró hondo, «mi madre se sentía sola en Massafra, en la casa de mis abuelos paternos. Mi padre intentó toda la vida trasladarse de nuevo a Massafra, con todos nosotros.»

«¿Y por qué su madre no quería?»

«Porque sentía que estaba fuera de lugar, ya se lo he dicho, pero sobre todo por nosotros, por sus hijos. Quería que nos criásemos en Roma, donde había más oportunidades.» Levantó la cabeza, lo miró. «Mi madre tuvo que haber sufrido mucho.»

«¿Cómo fue el traslado?»

«Como siempre, mi padre le pegó. Le pegaba siempre. Pero ella por nosotros, por sus hijos...», el juez lo miraba con la misma mirada dulce que le había dedicado a Rosa. «Y conmigo, con Rosa, e incluso con Mara lo intentó, intentó que nos quedáramos a vivir allí. Pero mi madre se opuso. Fue una tragedia. Le pegaba siempre.»

«Si quiere parar», dijo, «solo tiene que decirlo. Comprendemos su situación, su estado de ánimo.»

«No», la voz de Nicola era ahora baja y ronca.

«De acuerdo», dijo el juez. «¿Qué quiere decir con “le pegaba siempre”?»

«Sé que es muy penoso para usted», también la fiscal se mostraba tranquila y sensible con los chicos, «pero ¿puede contarnos de nuevo qué hizo la noche del 6 de agosto después de que la dejara su hermano?»

«Hice cola para entrar en un local en San Lorenzo, el Mads. Estaba con unos amigos.»

«¿No envió ningún mensaje?»

Sí. Lo primero que hizo cuando se bajó de la motocicleta fue enviarle un mensaje a su madre: ¿Va todo bien con papá? Besos, buenas noches, mami.

«¿Y su madre le respondió?»

«Me respondió a la mañana siguiente», bajó la cabeza.

«Y para usted, ¿eso era normal? ¿No se preocupó?»

«No. Mi madre siempre se acuesta muy temprano. Pensé que ya estaba durmiendo», las manos le temblaban tanto que se las apretó contra el regazo. Las piernas también empezaron a temblarle, y cuanto más trataba de mantenerlas quietas, más le temblaban.

«¿No le pareció raro que su madre organizara la fiesta en la casa de su hermano Francesco Ernesto Romano en vez de en la suya?»

«No, pensé que... no pensé nada.»

«¿Tampoco lo habló con su hermano?»

«No.»

«¿Cómo reaccionó cuando supo que en la fiesta de Mara iba a estar también su padre?»

Nicola se había puesto las gafas de sol, y nadie, ni el juez ni la fiscal, le dijo que se las quitara por respeto al tribunal. «Pensé que era peligroso.»

«¿Por qué?»

«Porque mis padres no podían estar en la misma habitación. Se querían mucho, pero también se odiaban mucho. No sé si era odio o...» Nicola se detuvo, como si se le acabase de ocurrir o de escapar una idea.

«¿O?»

Pero Nicola siguió con el relato. «Le pregunté a mi madre si estaba segura.»

«¿No le pareció raro que la fiesta no fuese en su casa, sino en la casa del hermano?»

«No. Ya conocía el motivo. En la casa de mi madre cualquier cosa habría podido poner celoso a mi padre y hacerlo estallar.»

«Y si estallaba, ¿qué ocurría?»

«Con suerte, gritaba y lo rompía todo.»

«¿Si no?»

«Le pegaba. Siempre le pegaba.»

«¿Les pegaba también a ustedes, a sus hijos?»

Nicola elevó la vista hacia la fiscal, pero no podía verse su mirada detrás de las gafas oscuras. «No.»

«Perdóneme si insisto, señor Semeraro, pero... la casa de su tío está en la quinta planta, la última. Debajo no había nadie, los inquilinos de la cuarta planta estaban de vacaciones. ¿No es posible que su madre eligiera la casa de su tío precisamente por dicho motivo, porque si hubiera habido algún ruido nadie lo habría oído?»

El abogado de Carla abrió la boca para protestar, pero Nicola habló en voz alta y clara por el micrófono. «No», dijo, y sus ojos despedían tal odio contra la fiscal que las paredes de la sala se helaron.

«En su declaración, su hermano ha afirmado que en realidad usted le comentó algo acerca de la decisión de su madre de invitar a su padre a la casa de su tío, Francesco Romano. ¿Ha mentido?»

Rosa reprimió un sollozo, pero el «no» de su respuesta al micrófono sonó grave y sombrío.

«¿Qué le dijo?»

«Que quería preguntarle a nuestra madre si estaba segura de invitarlo a casa. Si no era mejor un sitio abierto donde hubiera podido...»

«¿... huir?», preguntó con un tono comprensivo, muy suave, la fiscal.

Rosa, de mala gana, asintió.

«¿Puede decirlo al micrófono? Lamento, señorita Semeraro, tenerla que someter a semejante suplicio.»

«Huir.»

«Una última cosa», dijo la fiscal, «y de verdad que no sabe cuánto lamento hacerle recordar momentos tan tristes, y obligarlo a volver infinitas veces a...»

«Hágame la pregunta, por favor», dijo Nicola.

La fiscal lo miró por primera vez y se sintió invadida por una pena auténtica hacia aquel muchacho, hacia aquellos muchachos, una pena auténtica. «Sin embargo, ¿esa noche todo fue bien?»

«Perfecto. Después mi hermana Rosa y yo teníamos cosas que hacer, nos marchamos, y esa fue la última vez que vimos a nuestro padre», pero no se interrumpió, solo apretó las mandíbulas. «Llevé a mi hermana al Mads, en San Lorenzo, e iba a reunirme con mi exnovia Livia cuando ella me llamó

para decirme que su madre no se encontraba bien y que tenía que quedarse con ella. Su padre se encontraba fuera y estaba ilocalizable, lo sentía muchísimo, no podíamos quedar.»

Aquella noche Livia tenía un tono muy preocupado. ¿Quizá había habido señales? ¿Indicios de lo que venía ocurriendo desde hacía ya meses? Pero ¿cómo podía ser? Los dos habían hecho planes de que Livia se iría a vivir con él al cabo de un par de meses, el tiempo que necesitaban para que la familia se hiciese a la idea. Vivirían juntos para siempre, tendrían hijos, y...

Se ofreció a ir a casa de su madre para ayudarla. Ya era uno más de la familia, eran novios desde hacía muchísimo tiempo. Ella le dijo que no, Ya sabes cómo es mi madre, se siente incómoda... pero de todas formas no es nada importante, te llamo mañana. ¿Y ni siquiera entonces tuvo dudas? Regresó a casa, se cruzó en la puerta con uno de sus compañeros de piso, se puso a ver *Perdidos*, una serie de televisión que le había pasado Livia, y de vez en cuando miraba el móvil con la esperanza de que ella llamase, o de que le escribiese.

«En efecto, también sus compañeros de piso confirman que pasó la noche en casa. Prosiga.»

Pero Livia no estaba con su madre. Y tampoco estaba reunida la mayor parte de las veces que no le respondía. Si él tuvo dudas, no quiso despejarlas. Pero luego se vio obligado a escuchar la verdad cuando ella fue llamada a declarar y, como todos, tuvo que contar lo que había hecho aquella noche. Había tenido que oírsele contar al abogado, con el cuerpo de su padre ya descomponiéndose bajo tierra. Y una vez que lo supo, qué otra cosa podía hacer. No le quedó más remedio, ya estaba enterado, ¿qué justificación se habría dado si no lo hubiese hecho, si no la hubiese dejado inmediatamente? Y no podía responder a sus mensajes, ni a sus llamadas, ni a sus miradas cuando iba a las vistas y permanecía apartada. Todo ello ocurría al principio a

menudo, luego cada vez menos, y cuánto le habría gustado responderle. Pero ante sí mismo, y ante su hermana, y ante el mundo, ¿cómo podía perder también la dignidad? Desde hacía un mes o quizá más, Livia no había vuelto a las vistas. Y había dejado de perseguirlo.

«¿Y después?»

Y después, mientras veía *Perdidos*, se durmió. «Me desperté tarde, mi hermana estaba sollozando, “Papá no ha regresado a casa”.» De repente se apoyó en el micrófono, la cabeza inclinada, se oyó un fuerte ruido por los altavoces.

«¿Necesita ayuda, señor Semeraro?», el juez lo miró preocupado, lo miraban todos. Su hermana, en la sala, se levantó.

Pero Nicola alzó la cabeza, respiró. «No. Terminemos», y se irguió.

«Prosiga, fiscal», dijo el juez.

«Señor Semeraro, lo siento, pero tengo que hacerle una última pregunta. ¿Nunca pensó usted que podría ocurrirle algo a su madre o a su padre? Quiero decir, dado que...»

Nicola no la dejó terminar, respondió con una voz que ya no tenía ningún tono. «Claro. Lo pienso desde que nací. Estaba seguro de que tarde o temprano acabaría aquí, o en un lugar como este, para testificar por el homicidio de mi madre cometido por mi padre. Nunca habría pensado que tendría que testificar por el homicidio de mi padre, cometido por mi madre.»

En una sala del juzgado lóbrega como la muerte, con las lámparas de neón encendidas pese a ser una mañana de abril porque era un día tan oscuro que no se veía nada, el abogado de Manuel llamó a una testigo.

Ya no había tantos curiosos en el juicio, pasaban los meses y el público desaparecía soñoliento. Resistían, como soldados, Mimma, acompañada a veces por su marido Enzo, Nicola y Rosa. A Paola se la veía cada vez menos, y cuando se la veía tenía ojeras y la mirada perdida, se colocaba todo lo lejos que podía de su madre. Pero a Milena, que había asistido a todas las vistas, apartada al fondo de la sala pero siempre allí, últimamente se la veía mucho menos, casi nunca.

Lo mismo que a Mara. Nadie lo notó: ¿cómo podía notarse la ausencia de una niña? Resultaba más fácil notar su presencia cuando Mara se quejaba porque no quería estarse quieta, o se reía, o hablaba en voz alta, o se ponía a caminar o a soltar grititos entre los asientos. La única que reparó en la ausencia de Mara fue Mimma. Lo había notado día tras día, al principio se quedó en su sitio mordiéndose las manos y cuchicheando con su marido Enzo, pero ese día se acercó a Rosa. Justo en el momento en que la testigo de la defensa, una desconocida, miraba a la sala, sin que los pocos curiosos que quedaban se dignaran mirarla. Mimma no la vio porque entretanto se había acercado a Rosa y a Nicola, que estaban juntos. Apenas llegó a su lado, él se volvió hacia Mimma y la fulminó con la mirada. La testigo, mientras tanto, había llegado al banquillo y se había sentado. Era una mujer de unos treinta años, alta, de ojos pardos, redondos y grandes. «¿Dónde está Mara?», le

preguntó Mimma a Rosa. «¡Silencio!», dijo alguien. Rosa no respondió, Mimma le tiró de la manga, «Oye, Rosa, ¿dónde está la niña? Recuerda que sois todo lo que tengo». Rosa había aprendido que ser «todo lo que tengo» no era nada bueno. En esos meses había pensado mucho en su madre, a la que habían obligado a quedarse sola con los niños en la casa de la abuela Titina, su abuela paterna. Pobre mamá, pensó por primera vez, qué vida tan triste le ha tocado. Rosa se volvió hacia Mimma, bajó los ojos. «No te preocupes, tía», susurró, «la dejamos con alguien... pero solo cuando estamos aquí, está en buenas manos.» «¿Con quién?», gritó Mimma, vestida como siempre de negro de pies a cabeza, ahora encorvada como una dolorosa. «¡Silencio!», dijo el juez, y dio un puñetazo contra la mesa. «Cállese, señora Semeraro, o mando que la echen.» «Malditos», dijo Mimma. Volvió a su sitio. Mientras tanto, la testigo había dicho su nombre.

«¿Dónde nació, señorita Lopez?», preguntó el abogado de Manuel, serio, inescrutable.

«En Roma», dijo Sarah Lopez, acercándose al micrófono.

«¿Es italiana?»

«Sí.»

«¿Sus padres son italianos?»

«Mi madre es italiana. Mi padre es de Boston.»

El juez tosió. «Abogado, tenga la bondad de ir al grano.»

«¿Dónde se encontraba la noche entre el 6 y el 7 de agosto?»

«La noche del 6 de agosto fui a cenar con unos amigos cerca de Azio», hablaba en voz baja, rápida, clara.

«¿A qué hora terminó la cena?»

«Yo me marché sobre las doce de la noche.»

«¿Sola o con alguien?»

«Sola.»

«Prosiga.»

«Cogí el coche y me fui a casa.»

«¿Por qué se fue?»

«Abogado, por favor, nos estamos muriendo de aburrimiento», dijo el juez.

El abogado lo miró. «Señor juez, le ruego que crea que sé lo que estoy haciendo. ¿Puedo continuar?»

«Por favor», el juez suspiró. Apoyó un codo en la mesa y la cara en la mano, cuando la cara tocó la mano las gafas se le descolocaron, se vio que justo ahí, detrás de las gafas, tenía una gran cicatriz mal suturada, con puntos anchos y torcidos que aún se notaban. El juez se recolocó las gafas enseguida. «¿Qué camino tomó para volver a casa?», preguntó el abogado, hizo un ruido extraño cuando deglutió.

«La Pontina.»

«De manera que usted estaba en la Pontina. ¿Qué hora sería?»

«Las doce y media de la noche, algo más. Hacía un calor horroroso», Sarah miró hacia la calle, el cielo se había oscurecido más, nubes gigantescas y bullentes se amontonaban.

«¿Fue directamente a casa?»

«Sí. Pero...»

«¿Pero?»

«Abogado, se lo suplico, en nombre de toda la gente que hay en la sala», el juez abrió los brazos.

«De acuerdo, señor juez», el abogado se enjugó el sudor, a pesar de que hacía un frío espantoso en la sala, un frío invernal.

«Se estaba yendo a casa, señorita Lopez, ¿y luego?»

«Y luego pinché.»

«Cuéntenos todo lo que recuerde.»

«Pasó mucho tiempo», dijo Sarah, se enrolló un mechón de pelo brillante y

negro. «Más o menos a esa hora pinché, creía que podría llamar a los de asistencia en carretera, o a mis amigos, pero apenas me quedaba batería en el móvil. Traté de hacer una llamada, pero el móvil se apagó.»

De vez en cuando, en la sala se oía que alguien le decía al que tenía al lado «Oye, no caigo, ¿quién es esa?», y el otro respondía «¡Ni idea!».

Sarah miró al abogado, que le hizo una seña: continúe.

«Estaba sola en medio de la Pontina, era de noche, más o menos la una, tenía el móvil sin batería, el coche estropeado. Entonces me entró pánico», miró a un lado y a otro. «No sabía qué hacer. Traté de parar algún automóvil. Pero los pocos que pasaban iban rapidísimo. Puse las señales de emergencia, hacía un calor infernal, no sabía qué hacer.»

«¿Y después?»

«Señorita Lopez, tenga la bondad de ser más concreta», dijo el juez.

Sarah miró de nuevo al abogado. «Nada, esperé durante, no sé, una hora y media. En un momento dado me angustié de verdad. Estaba muy oscuro y me parecía que por todos lados podía aparecer alguien para hacerme daño. Que podía llegar alguien y matarme sin que nadie se enterase, eso pensaba.» Respiró hondo. «Y por fin un hombre paró para ayudarme.»

«Prosiga», dijo el abogado.

«Iba en moto, paró. Y me ayudó.»

«¿Cómo?»

«En ese momento yo estaba aterrorizada, no conseguía hacer nada. Él se ocupó de todo.»

«Señorita Lopez, ¿puede decirnos si la persona que paró para ayudarla está presente en la sala?», dijo el abogado.

«Sí.»

«¿Con “sí” quiere decir que está presente?»

«Sí.»

«¿Nos lo puede señalar?»

«Él», Sarah señaló a Manuel Bocci. Y a este le faltó poco para echarse a llorar.

Los ojos de Nicola y Rosa se clavaron en Sarah, a Mimma le rechinaban los dientes. Carla, con una fina camisa blanca abotonada hasta el cuello y pantalones azul marino, lo miraba. Toda la sala lo miró, y toda la sala era un solo oído que escuchaba.

«¿Quiere decirnos, por favor, el nombre del hombre que la ayudó?»

«Esa noche no lo sabía, ahora lo sé.»

«¿Cómo se llama?»

«Manuel Bocci», hizo una pausa. Lo miró agradecida.

«De acuerdo, ¿y después qué pasó?», el juez prestó más atención.

«Cambié la rueda del coche. Y después le pedí que me llevara a casa. Pero él no podía dejar allí su moto, así que me dijo que si yo estaba en condiciones de conducir, él me seguiría con la moto.»

El abogado asintió.

«Y eso hizo», dijo ella. Miró a Manuel. «Me siguió en moto hasta mi casa.»

«¿Qué hora podía ser?»

«Las cuatro», dijo ella, «más o menos. Miré la hora cuando llegué, eran las cuatro y cuarto.»

«¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?»

«Más o menos desde la una, pero no sé decírselo con exactitud.»

«¿Cómo es que», dijo el juez, «hasta ahora no se ha acordado de todo este asunto?»

«No, señor juez, he pensado mucho en esto. Pero no sabía cómo ponerme en contacto con ese hombre.»

«Pero el caso aparece en toda la prensa desde hace meses, señorita Lopez,

más sencillo que eso...», el juez hizo una mueca de incredulidad.

«Al día siguiente me marché a Boston.»

«¿Por qué?», preguntó el abogado.

«Mi padre, como he dicho, es estadounidense. Siempre hemos vivido en Italia, pero hace diez años mi madre y él se separaron y ahora él da clases allí en la universidad, en Boston. Ha sabido que tiene un tumor. Le están poniendo quimio, y estuve con él para cuidarlo.»

«¿Hasta cuándo se quedó en Boston?»

«Hasta hace tres días», suspiró, miró al abogado, continuó. «No sabía nada de este asunto», señaló a la sala, «del juicio... Luego, al volver, vi en la televisión la foto del hombre que me había ayudado.»

«¿Y qué hizo?»

«Fui a la policía.»

«He concluido, señor juez», dijo el abogado, y respiró como después de una apnea.

«¡No es verdad! ¡No es verdad!» Se oyó un grito en la sala, y era Mimma, que gritaba a voz en cuello. «¡No es verdad! Ese es un animal», señalaba a Manuel, «¡ese ha matado a mi Vito!» Cuando la policía la sacó, todavía gritaba. Luego volvió el silencio.

«Abogado, ¿tiene las pruebas de lo que ha dicho la señorita Lopez?», dijo el juez.

«Sí, señor juez, todo consta en autos», y entonces se oyó un ruido. Todos miraron hacia aquel lado, Manuel estaba tendido en el suelo, desmayado.

Estaba dentro de una burbuja, estaba encerrada en una burbuja en la que se hallaban los pensamientos espantosos, los pensamientos espantosos eran como almas condenadas, le escupían, la pisoteaban, la adulaban, la seducían, le chillaban, bisbiseaban, todos hablaban sin parar y a la vez y sin moverse del sitio. Fuera de la burbuja estaba el mundo. Las cosas que hacía —que no dejaba de hacer, pese a que se encontraba dentro de la burbuja—, las personas que le hablaban —su marido también, él también estaba fuera de la burbuja, él le hablaba pero estaba en el mundo y ella estaba encerrada en la burbuja—, al despertarse por la mañana y al acostarse por la noche. Ella estaba encerrada en la burbuja y nadie se daba cuenta de que no le hablaba a ella, sino a otro, a un alias proyectado fuera de la burbuja, a un alias que era otra alma condenada, que no era ella: maligna. O bien, en momentos breves, era ella la que hablaba desde la burbuja. Pero estaba ella, y las almas del purgatorio, y la burbuja, y solo más allá de la burbuja el mundo, y cuando ella hablaba, incluso cuando le hablaba a su marido, a su hermana, a una amiga, el mundo no podía tocarla y ella no podía tocar al mundo, hablaba desde eones de distancia y ellos estaban tan lejos que ella no los oía; y ellos no la oían a ella, no, realmente no; no podían comprender que estuviese encerrada. No notaba el sol, o un gesto de afecto, tenía solo frío, y siempre estaba oscuro. En esa burbuja en la que estaba encerrada ella gritaba pero nadie la oía, le hablaban y le sonreían como si estuviesen allí con ella. Nadie se daba cuenta de que ella ya no estaba. En esa burbuja no podía entrar nadie.

Las almas condenadas decían muchísimas palabras, y todas las palabras

que decían la herían. No paraban nunca, se repetían, se convertían en obsesiones. No es posible, decían, estoy segura de que fue ella con ese asqueroso amante pusilánime, nada más que un esclavo en manos de esa bruja, cómo pudiste no darte cuenta, en todos estos años, del poder que tenía esa mujer, cómo pudiste creerla inofensiva, callada, solo una araña. Es culpa tuya. Es imposible, decían, que sus hijos te excluyan de su vida. Es todo lo que te queda de él, de tu Vito. Es una injusticia. Es imposible, decían, que tú no consigas hacer justicia por Vito, por tu Vito. Tú tienes la culpa de que haya muerto, decían, no estuviste lo bastante alerta. Tú tienes la culpa de que no se haga justicia, decían, no fuiste lo bastante convincente. Todo es culpa tuya. Y además: a nadie le importa hacer justicia, ni al tribunal, ni al juez, ni a los abogados, ni a la gente, ni siquiera a tus hermanas, tampoco a tu marido. Todos son malos. En realidad a nadie le importa que encarcelen o no para siempre a esa mujer y a ese homúnculo. A nadie le importa que mataran a Vito, a tu Vito, a quien tú ni siquiera pudiste ver, hermoso, entero, porque antes lo habían devorado los animales y luego lo torturaron en la autopsia, y no has tenido un rostro sereno sobre el que llorar la muerte de Vito, de tu Vito, tu hermano.

Pero era como si fuese mi hijo.

«¡Vergüenza!, el grito salió de la burbuja y resonó en la puerta de la sala y en el pasillo, pero a ella le pareció que el grito retumbaba en la burbuja, y que la desgarraba como al cuerpo de su hermano Vito, «¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza!», volvió a gritar ante el tribunal, las cámaras de televisión, los periodistas. «Esos dos asquerosos me han matado a mi hermano, a mi Vito, lo vi nacer, era yo», y se golpeaba el pecho con violencia, «¡yo le di la leche de vaca porque mi madre tenía demasiados hijos, yo! Esta cara», se abofeteaba,

se rasgaba la piel, «estos ojos lo vieron crecer y hacerse mayor y...», lloraba, y echaba espuma por la boca. «¡Esos dos lo mataron y vosotros los absolvéis!» Pero las comprobaciones sobre Sarah Lopez habían dado resultado positivo, y por todos lados aparecían como estrellas perniciosas testigos que confirmaban sus palabras. El vigilante nocturno, en efecto, había visto a Manuel en el portal de la casa de Lopez, solo que en ese momento no lo reconoció, «pero ahora, pensándolo bien, reconozco la moto y la ropa que llevaba, y también la mirada, porque verá, era de noche, estaba detrás de la señorita Lopez, pero ese es mi trabajo, y me fijé bien». Y un automovilista que se encontraba en la Pontina esa noche vio a Sarah Lopez pidiendo ayuda pero no paró. Y otro automovilista recordaba haber visto a Lopez, a punto estuvo de parar, pero luego notó que una moto de tales y tales características aparcaba al lado del coche que estaba detenido a un lado de la carretera. Y todos los testigos dijeron a la televisión lo que sabían, o a la prensa, y asentían serios, y decían pobre inocente, y a saber qué horribles momentos habrá pasado, acusado injustamente. ¿Dónde había estado toda aquella gente hasta ese momento? Mimma no conseguía salir de la burbuja.

Rosa y Nicola lo miraron desde lejos, primero ella y luego él, era como si se hubiesen puesto de acuerdo pero ese día la distancia entre ellos no era solo espiritual o apenas perceptible a simple vista. Era evidente. Rosa estaba sentada lejos de su hermano, o su hermano lejos de ella. Él, Manuel, los miró. Vio en el primer banco la cabeza rubia, preciosa, de Carla. Los ojos de los hijos de Carla no se apartaron en ningún momento de él. En un momento dado él también les dirigió una mirada fugaz. Se saludaron con un gesto de la cabeza. Una descarga le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Se recostó en el banco, tomó aliento. Mimma yacía rendida en su asiento. Paola observó

la escena, le habría encantado que los gestos y las palabras de consuelo por la pérdida de Vito no fuesen solo para Rosa, Nicola, Mara, Mimma, sino también para ella.

Abriéndose paso entre el gentío que siguió el final de la vista de ese día, Mimma trató de acercarse a los dos hermanos, pero no lo consiguió. Y cuando trató de llamar a su sobrina, Rosa no respondió.

Delante del edificio del tribunal, Nicola protegía a Rosa del gentío y la apartaba, pero en cuanto se vieron libres volvieron a distanciarse. No se hablaron en ningún momento. Recorrieron un tramo de la calle juntos, pero alejados el uno del otro, luego Rosa cogió el móvil y con una voz que no era suya dijo, seria, «¿Todo bien? Estoy llegando». En la estación de metro Ottaviano él dijo «¿Quieres que te lleve?», señaló la motocicleta aparcada allí al lado. «No.» Se separaron. Rosa entró en el metro. En cuanto empezó a bajar las escaleras, en cuanto ella no pudo verlo, Nicola la miró. Y solo cuando su hermana estuvo segura dentro, y se la imaginó ya viajando, con la gente ignorándola, Nicola dejó de vigilarla. Prendió un cigarrillo, se apoyó en la marquesina, y respiró.

Rosa se apeó del tranvía número 5 y cruzó la calle. Abrió el portal de la casa de su madre. Subió a la tercera planta. Abrió la puerta. «Soy yo», dijo. «¡Losa!», se oyó a Mara rebotante de dicha. Milena y Mara levantaron la cabeza a la vez de una construcción de Lego. Milena se levantó, le cogió la manita, la ayudó a incorporarse y fueron al encuentro de Rosa. «Aquí está Rosa», le dijo Milena a Mara, la pequeña sonrió. Fue a abrazar a su hermana. Ella la cogió en brazos, la besó. «¿Qué tal?» «Muy bien», dijo la niña. «¿Qué

habéis hecho?» «Jugar», dijo ella encogiéndose de hombros. Y se inclinó porque quería bajarse. La dejó en el suelo. Milena las miraba sonriente. Rosa solo dijo «Gracias». Milena asintió, «Me voy, entonces». «Adiós», dijo Rosa. Mara tiraba de ella hacia los juguetes, «Allá», se quejaba. «Despídete de Milena», dijo Rosa. Mara, con una gran sonrisa, «Adiós, *Miena*», y le lanzó un beso al aire. Ella le mandó otro, abrió la puerta, «Que lo paséis bien», y se disponía a marcharse. «Oye, Milena», dijo Rosa. «¡A jugar! ¡Ven!», Mara señaló la construcción de Lego. «Ya, Mara, ya voy... Solo quería...», miró a Milena. «¡Vamos!», tiró de ella Mara. «Ningún problema», dijo Milena, «llámame cuando quieras, la recojo en la guardería como siempre y os esperamos aquí.» Rosa asintió. Milena sonrió, cruzó la puerta y la cerró. «Vamos a jugar», y Rosa y Mara se sentaron en el suelo a jugar, tal y como hacía, quién sabe ya cuántas vidas antes, Carla con su hija menor, cada día, cada noche, y también la mañana de su cumpleaños.

Era de noche cuando Milena abrió la puerta de casa y vio a Paola dormida delante del televisor. La casa era un caos moderado, en la nevera no había nada, se había pasado la hora de cenar y su hija adolescente no tenía nada que comer. Milena sintió una punzada en el estómago, una araña gigante que la mordía por dentro. Dios mío, se dijo, pobre niña. Al oírla entrar, Paola se despertó, abrió un ojo, se desperezó, se acurrucó hacia el otro lado. «Hola, pequeña», dijo Milena, se sentó a su lado y la acarició. La televisión la alumbraba y era su hija, tan bonita, tan suya. Paola no respondió. «¿Has comido algo?», le preguntó. Pero Paola tenía los ojos cerrados, apartó con un movimiento brusco la mano de su madre, «Déjame», dijo. «Lo siento, otra vez se me ha hecho tarde, no creía...», trató de nuevo de acariciarla. Paola la volvió a apartar, dijo «Déjame», cerró los ojos. Milena se levantó y, en la

oscuridad alumbrada por la televisión, permaneció de pie observando dormir a su hija.

Pero la gran, la terrible verdad es esta: sufrir
no sirve de nada.

CESARE PAVESE, *El oficio de vivir*

Mayo estaba a punto de empezar. Carla había adelgazado y en los brazos tenía marcas negras y abultadas, los ojos habían perdido brillo y miraban asustados, ahora llevaba el pelo muy corto, pero tan desigual que era probable que se lo hubiera cortado ella misma o que lo hubiera hecho alguna de sus compañeras presas. Tenía las uñas comidas hasta la raíz, y en lugar de sus trajes sobrios ahora usaba vaqueros desteñidos y demasiado anchos y un jersey azul pálido y raído. Seguía siendo guapísima.

La fiscal había engordado. Ese día no llevaba maquillaje —en realidad, no lo llevaba desde hacía unas semanas— y también ella, como Carla, parecía cambiada. Llevaba de nuevo los pendientes pero ningún adorno más, la toga, demasiado estrecha, le cerraba mal. «Señora Romano», la saludó cuando Carla, con dificultad, llegó al banquillo de los acusados ante los ojos afligidos de Nicola y Rosa, los sombríos y desconsolados de Mimma, y los atentos y severos de Paola. Las dos mujeres —la fiscal y Carla— se miraban dispuestas a luchar, una frente a otra, hastiadas de tener que prolongar tanto aquella guerra, pero ninguna de las dos se sentía derrotada ni batallaba con menos encono. «Señora fiscal», la saludó Carla y, por primera vez desde que había llegado, le brillaron los ojos. También los de la fiscal despedían rayos, restallidos y truenos.

«Señor juez», dijo Carla. «Me gustaría decir algo, ¿puedo?»

El juez la miró y con sinceridad, de todo corazón, dijo «Sí».

«Se lo agradezco, señoría.» Carla se aclaró la voz y estaba muy delgada, también muy pálida. «Ante todo, quiero contarle por qué acepté invitar a mi

exmarido a la fiesta de mi hija, por qué acepté, después de todo lo que me había hecho, que entrara en casa. Acepté porque Mara me lo había pedido un montón de veces. Eso, ante todo. Acepté porque la niña quería celebrar su fiesta de cumpleaños, quería una fiesta en casa, y quería que estuviera su padre. ¿Podía no darle ese gusto? Muchas veces me he preguntado por qué mis hijos han tenido que llevar vidas distintas de las normales. Yo quería una vida normal al menos para mi hija menor, una fiesta normal, que celebrara sus tres años para recordarlos y olvidarlos enseguida, precisamente por su normalidad. No sé si pudo haber algún motivo más. ¿Quizá, pese a todo, lo seguía amando? ¿Quizá creía que era lo correcto, por sus hijos, por él? ¿Quizá quería demostrar lo bien que estaba sin él? ¿Quizá no quería amarlo más? Sea como fuere, no podía huir. Si quería hacerme algo, le habría dado igual la casa o la calle. Y ahora pueden preguntarme qué clase de madre soy para correr el riesgo de dejar entrar a un hombre violento en una casa en la que estaban mis tres hijos, y después solo mi hija más pequeña, muy pequeña, pequeñísima. Pueden decirme que soy una madre imprudente, por ejemplo. Que hubiera podido celebrar la fiesta de mi hija fuera, como hace mucha gente. Y no en casa. Pero a mi marido lo tuve en casa veinte años, con mis hijos.

»Mara me lo había pedido muchísimas veces. Y yo estaba encantada de poder decirle a mi hija al menos una vez: sí. No saben cuántas veces había tenido que decir a mis otros dos hijos: no. Y yo tampoco veía desde hacía mucho a Vito, me alegraba de verlo. En mi fuero interno, la idea de verlo me emocionaba.

»Sé que no está bien tener una idea semejante. Eso es propio de una chiquilla, y hacía tiempo que yo no podía permitirme los antojos de una chiquilla. Me enamoré de Vito porque era maravilloso. Seguí con él, a pesar de todo, porque me permitía seguir siendo una niña, porque me cuidaba.

Acabo de decir que nunca volví a ser una chiquilla desde que lo conocí, que enseguida se comportó como un hombre violento. ¿Cómo puedo decir también que hacía que me sintiera una niña, que no debía pensar en nada, que hacía que me sintiera protegida y cuidada? No lo sé. ¿Acaso saben ustedes perfectamente lo que piensan? ¿Lo que quieren? ¿Pueden separarlo todo con seguridad, lo bueno y lo malo, lo afirmativo y lo negativo, lo de aquí y lo de allá? Si pueden, los envidio con todas mis fuerzas.

»El hecho es que Vito y yo nos parecíamos. Amábamos de la misma forma. Si hubiese tenido su misma fuerza, a lo mejor yo también hubiera reaccionado como reaccionaba él. Éramos coléricos y pasionales, estábamos enamoradísimos el uno del otro y nos odiábamos mortalmente. Los dos éramos así antes de conocernos. Seguí con él todo ese tiempo porque, en el fondo, sabía que era como él.

»Se ha dicho que manipulé a Bocci, pero después se ha comprobado que conté la verdad: Manuel Bocci es inocente. Es verdad que le pedí ayuda. Es verdad que yo llevé la iniciativa cuando nos conocimos. Pero no lo hice por mí, ni por planear un homicidio. Lo hice para que Mara, si me iba bien con Manuel, pudiese tener un padre. Lo hice por mis hijos, para que hubiera alguien que nos defendiese, que nos ayudara en la vida cotidiana. Estoy sola desde que conocí a Vito, pero desde que lo dejé estoy sola y viva, antes de dejarlo ya estaba muerta. Ya estaba escrito.

»Vito me pegó siempre. ¿Por qué iba a planear matarlo justo cuando había conseguido mi trozo de libertad, justo cuando, desde hacía meses, no sabía nada de él? Nosotros, yo, mis hijos, todos somos inocentes. Maté a mi marido, es cierto, pero solo para defenderme. Porque debo permanecer viva mientras mis hijos me necesiten.»

Carla pidió un vaso de agua. Su abogado estaba pálido. Había tratado de interrumpirla varias veces, había muchas fórmulas para no meterse en líos, para demorarse, para recapitular y después, solo después, hablar. Pero Carla no quería parar, y el juez y la fiscal no la interrumpían, y el abogado se estiraba el cuello de la camisa y en un momento dado se puso de pie y dijo «Señor juez, repito, mi defendida y yo necesitamos hablar». Pero Carla lo interrumpió porque había llegado al momento clave.

Rosa y Nicola estaban listos para marcharse. «¿Tú qué haces, papá, vienes?», dijo Rosa. Nicola empezó a bajar. Vito se dispuso a seguir a su hija, y Carla notó cómo tiraban de ella dos sensaciones. Una era de alivio por la manera en que había transcurrido la velada, pero también porque Vito estaba a punto de irse y la tensión se iba rebajando poco a poco. La otra, ambigua, era de nostalgia. Vito iba a salir para alcanzar a Rosa, pero se detuvo. Carla tembló. Confió, confió con todo su corazón, en que no volviese sobre sus pasos, lo empujó al otro lado de la puerta con un lado de su mente, y con el otro lo atrajo hacia ella, y luego de nuevo, adelante y atrás. Vito se volvió hacia ella.

Se dio un golpecito en la frente como quien acaba de acordarse de algo importante, regresó, dijo «¿Puedo darle las buenas noches a Mara? No tardaré nada». A Carla no le dio tiempo de pensar en una respuesta, y Rosa ya estaba diciendo «Te espero abajo, papá», y Vito respondía «Sí, esperadme abajo, voy en un minuto, así nos despedimos bien. Nunca nos vemos».

Los hijos desaparecieron. «¿Y bien?», Vito la miró. «¿Puedo?» Y qué podía hacer ella. Asintió. Seguido por Carla, Vito entró en el cuarto del tío Franco, donde dormía Mara. Se sentó en la cama. Miró a la niña. La habitación estaba en penumbra y un halo de luz daba en la mano que acariciaba aquella cabecita. Carla no le quitaba ojo. Vito se volvió hacia ella.

Mara suspiró dormida. Carla lo miró, y miró la puerta de la habitación. Vito le hizo un gesto, dame un momento más. Ella suspiró. Pasaron unos minutos, Vito no dejaba de acariciar a la niña. Carla tosió. Él reaccionó, hubo un instante de incertidumbre, luego asintió. Miró una última vez a la niña, su hija, le dio un beso, con delicadeza, dijo «Buenas noches, mi pequeña». Aliviada, Carla vio que él la seguía a la cocina. Vito parecía muy sereno. Carla sonrió, dijo: «Ahora todos estamos cansados, es mejor que nos vayamos a dormir...».

Vito cambió de expresión, la agarró de la muñeca. Se la apretó. Carla no miró a la cara a su exmarido. Tampoco se miró la muñeca. Miró al frente. «Mara duerme...», suplicó, «Mara está ahí», dijo, «está durmiendo, la pequeña, Mara.» Mara, Mara, Mara, dijo, esperando que ese nombre lo sacase justo a tiempo del pozo al que ya se había lanzado de cabeza.

«Quiero verlos más», dijo Vito, le apretó más la muñeca. Ella no trató de soltarse, fingir que todo seguía dentro de la normalidad era la primera regla. La segunda: habla. Distráelo, hazlo volver, habla. La tercera: no lo toques. La cuarta, si las tres primeras no dan resultado: huye. Pero estaba Mara, no podía huir. Y tampoco podía cortarse la muñeca.

«De acuerdo», dijo Carla. Aguzó el oído, tensó la mente y el cuerpo para percibir aunque solo fuera un mínimo cambio de la presión en su muñeca. Porque esa muñeca, aunque ahora la miraba y estaba convencida de que no era suya, era sin embargo suya, y no podía arrancársela.

Él la soltó. Se sentó en una silla, la mesa seguía puesta para la fiesta, cubiertos, platos, botellas, papel de regalo, lazos, y la fiesta parecía ya tan lejana, y la pesadilla que había sido su vida era lo único tangible, lo único real: la única realidad, como si no hubiesen pasado dos años desde el divorcio, como si hubiesen estado siempre juntos. «¿Puedo sentarme un minuto?», dijo Vito. Se enjugó el sudor. Se despeinó (el día de la boda Vito

estaba guapísimo, fue maravillosa la noche cuando hicieron el amor, Vito estaba despeinado, el olor de Vito era maravilloso, y Vito hasta ese día había sido tan dulce).

«Sí.»

«Siéntate tú también.»

Carla se había dicho, y le habían explicado, que si obedecía sus órdenes desencadenaría su ira en vez de aplacarla. No te sientes. Se sentó. Él la miró. «¿Sigues siendo tú, Carla?» ¿Eres tú? ¿Soy yo?

«Sí.»

«Tienes que aceptar el dinero que quiero darte para ellos. Y tienes que decirme si esa muñeca que le he regalado le gusta, me importa mucho, Carla», bajó los ojos, «si no le gusta puedes elegir otro regalo, tú sabes bien lo que quiere.» La miró. «Porque no me la dejas ver nunca», dijo. «Tú tienes la culpa de que yo no lo sepa.»

Carla permaneció callada. Por no estarse quieta, empezó a quitarle la etiqueta a una botella de agua, que, abstraída, partía en trocitos y tiritas y luego amontonaba encima de la mesa.

«Si la muñeca no le gusta, cómprale algo que le encante. No lo olvides», se le acercó con la silla, le quitó la botella, le cogió las manos, se las puso sobre sus rodillas, «para mí es muy importante, Carla», dijo. «No lo olvides», la miró. «Y también lo que te he dicho del dinero», dijo, «déjame participar en la vida de mis hijos.»

«Siempre has sido un buen padre», dijo ella en un susurro.

Hubo un momento de calma, parecía que duraría siempre. Pero entonces a Clara le llegó un mensaje al móvil. El móvil estaba en la mesa. Lo miraron al mismo tiempo. ¿Cómo había podido quedarse sobre la mesa? Todo es azar, no hay nada más. Lo vieron al mismo tiempo y al mismo tiempo dieron un salto para cogerlo. Vito fue más rápido.

«Vito», dijo Carla.

Él leyó el mensaje. «Es Rosa, pregunta: ¿Va todo bien con papá? Besos, buenas noches, mami.» Miró a Carla. «Nuestra hija está preocupada, ¿no? Esto es lo que cuentas de mí a mis hijos.» Pero no era la voz del Vito furioso. Era un hombre desesperado.

«¿Me das el móvil?», dijo Carla, «voy a responderle.»

Las reglas también decían que se pudiese todo lo contrario de lo que se quiere. Pero ¿acaso hay reglas? Vito no le dio el móvil. Comenzó a repasar los mensajes anteriores. «¿Quién es Manuel?» Y seguía sin ser ira, era desesperación.

«Nadie», dijo Carla. Todo es el error de un instante, no hay nada más. Todo es autodestrucción.

Quinta regla: no hay que negar nunca la evidencia, nunca hay que negar. Le dio una bofetada. Carla cayó al suelo. Se oyó el golpe de su caída, y el de la silla que arrastró. Mara, en la otra habitación, hizo un ruidito que sonó como el graznido de una gaviota.

Vito se levantó. Tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa, ahora había cristales rotos, cubiertos, restos de comida, y la miró. Mara suspiró dormida. Y Vito era un gigante guapísimo.

«Por favor», dijo ella en el suelo. No hay nada justo, no hay nada más.

Él miró alrededor profundamente afligido. «Os echo de menos», dijo. Ella se levantó despacio. ¿Cuál era la regla, levantarse o no levantarse (no lo sé)?

Y estaban así, de pie, ella delante de él, luego ella se agachó, recogió como pudo lo que había caído al suelo y dijo la verdad: «Yo también te echo de menos».

Él se le acercó. «Carla», dijo, la acarició, la ayudó a incorporarse, «cuánto

lo siento.» Ella lo miró triste y muy cerca de él, y él la agarró como había hecho infinidad de veces, parecía tan ligera entre sus manos, la levantó y la estampó contra la mesa.

Los golpes de la cabeza contra la mesa sonaban de una manera que Carla y Vito conocían perfectamente. No hay reglas, no hay que enfermarse, no hay que curarse, lo único que hay es lo que hay, nada.

Carla miró el techo blanco, un poco desconchado, del tío Franco, él le estampó de nuevo la cabeza contra la mesa, y se la volvió a estampar, y ella se dio cuenta de que esa vez no era como las otras, se dijo que preferiría morir viendo ese techo desconchado, ese techo blanco sucio, en lugar de la mueca de Vito cuando perdía la cabeza, rogó morir viendo el techo, él le estampó la cabeza contra la mesa, ella estaba a punto de desmayarse, se preparó para morir. Pensó en Nicola, en Rosa y en Mara, pensó en su padre y en su madre, un día que no conseguía entender las sumas, y su madre dijo Te ayudo, no hay problemas que no puedan resolverse; pensó en su padre, después de la carrera de natación, la abrazaba y le decía Eres fuerte y eres buenísima, pase lo que pase no debes olvidarlo jamás. Pensó en la última vez que los había visto. Pensó en la sonrisa de sus hijos. Y, un instante antes de perder el sentido, gritó «¡No me mates, piensa en tus hijos, Vito!». Él se inflamó, encima de ella, pero dejó de estamparle la cabeza contra la mesa. «¡Calla! No quiero matarte», le dijo, «yo no mato a nadie, siempre pienso en nuestros hijos», le tapó la boca con las manos, «calla, calla, calla», pero ella seguía hablando, «¡No hay problemas que no puedan resolverse! Por favor, Vito», y llorando, y él la abofeteó. Estaba el mar delante de la casa de Santa Severa donde Carla, Franco, su padre y su madre iban de vacaciones, y había mucha arena, cuando volvías a casa tenías que lavarte los pies en la ducha del jardín porque si no te acostabas con ella y no podías dormir. Y sintió que perdía cada vez más el sentido y que iba desapareciendo, él le dio otra

bofetada, y ella vio de nuevo a sus hijos, mejor dicho, vio a Nicola al nacer, en sus brazos y en los de Vito, y habían llorado y estaban emocionados, se vio a sí misma muerta, asesinada por el padre de sus hijos, ¿y qué les pasaría a ellos? ¿Y ellos cómo iban a vivir? Y entonces buscó a tientas algo, un plato, un vaso, una botella, algo para defenderse, encontró mucho más, las tijeras para cortar carne, y antes de que Vito pudiera acabar con ella así, golpe a golpe, de verdad quieres acabar lentamente, golpe tras golpe tras golpe, mientras ibas perdiendo la conciencia, de verdad quieres morir así, qué pensarán tus hijos cuando te encuentren —muerta—, qué vida tendrán cuando te encuentren —muerta—, pensó en el día en que su padre le regaló la motocicleta para que fuera al colegio, acababa de empezar el curso, qué lástima, qué lástima morir así, qué lástima morir, en el preciso instante en que se le cerraban los ojos y sentía que empezaba a no existir ya, agarró esas tijeras grandes y, rodeándolo con un brazo por última vez, las clavó en la espalda de su exmarido, de su único hombre, de su amor, Vito.

Él se levantó de golpe como si lo hubiera picado una avispa, miró a un lado y a otro, y entonces ella pudo zafarse de ese cuerpo y escapar. Él se tambaleó, la miró sorprendido, trató de arrancarse las tijeras de la espalda, no lo conseguía, dijo «Ayúdame, Carla», estupefacto. Pero ella retrocedía. Y él se le acercaba tambaleándose, desangrándose, y no conseguía quitárselas de la espalda, empalidecía, cada vez más lento. Había un montón de sangre. Ella veía al monstruo. Él se le acercaba y ella huía, pero la habitación era diminuta. Si es un monstruo no puede morir, un monstruo resurge, si es tu marido es un hombre, entonces puede morir, no quiero que muera, entonces ayúdalo. Carla se detuvo un instante para buscar algo a fin de ayudarlo.

Pero ya no quedaba más espacio en la habitación y él tropezándose y tirándolo todo se le echó encima. Cayeron juntos al suelo. Abrazados. Él respiraba con dificultad.

«¿Estás bien? ¿Vito?», le dijo ella. Había sangre por todas partes.

Vito jadeó, «No te preocupes, amor».

Ella miró más de cerca la herida, la aterró. Buscó algo para taponarla. Sacó fuerzas de flaqueza, tiró de las tijeras y las arrancó. Él gimió. Entonces acercó su cara a la de ella. La miró. «Estás muerta, Carla.» Le agarró con una mano toda la cara y se la apretó con fuerza y empujó y ella sintió que el cuello se le doblaba hacia atrás, demasiado hacia atrás.

Se dio cuenta de que seguía teniendo las tijeras en la mano, que era como una niña demasiado aterrorizada para defenderse y entonces se dijo no eres la niña de nadie, y un instante antes de que él le rompiera el pescuezo, apretó las enormes tijeras con los dedos exangües y se las clavó en el cuello. No hay dolor, no hay muerte, solo hay dulzura.

La sangre brotó como las fuentes de otro verano en Agrigento, con su madre vestida solo con un pareo y su padre tomando fotos, era maravilloso, hacía muchísimo calor. Sintió que se desmayaba, los ojos le ardieron, recordó que con esas tijeras —hacía un minuto, una hora, un siglo— habían cortado el pollo para el cumpleaños de Mara, y que luego todos juntos habían brindado por Mara, recordó la muñeca, la cena y, antes de eso, una noche de otoño en la que no sabía por qué ella y Vito estaban solos, él la había sacado a cenar, se oía un ruido tan tranquilizador en todas partes, ¿serían cigarras?, no, si era una noche de otoño no podían ser cigarras, él le apoyó la cabeza en el hombro, se quedaron abrazados. Le pareció muerto. Si es un monstruo no puede morir, si es mi marido está muerto. Luego sintió que algo le agarraba la pantorrilla, entonces no era su marido, era algo sobrenatural, siempre lo había sabido, pero Vito rompió a llorar, y después murió.

Permanecieron abrazados.

Comprobó que Mara seguía dormida. Luego se tocó la cabeza, esperando que no hubiese mucha sangre, que la herida no fuese muy grave. No era gravísima, temblaba. Llamó a Manuel. Bajó a su casa, como una loca, se lavó, se curó, se cambió, toda esa sangre, se arregló el pelo para que la herida no se notase. Estaba fuera de sí.

Ella y Manuel se vieron en el bar del castillo de Sant'Angelo. Depositó todas sus esperanzas en él, toda su vida en él, pero Manuel no la ayudó. Y entonces, qué podía hacer, con Mara durmiendo en sus brazos volvió a casa en taxi, y cuando llegó a la casa del tío Franco vio lo espantoso que era lo que había hecho. Pero tenía que ser fuerte, por sus hijos, porque ya verás, le dijo su madre cuando ella acababa de parir, por tus hijos serás capaz de hacer lo que sea. Lo limpió todo. Cogió una sábana y envolvió el cuerpo del amor de toda su vida. Tenía los ojos abiertos, la miraba.

Luego lo metió en bolsas de basura. Me dejarán sin mis hijos, se quedarán sin padre ni madre. Comprobó que Mara seguía dormida. Confió en que no se despertase. Fue por el Micra. No arrancaba. El coche dio una sacudida hacia delante. Se caló. Lo empujó los escasos metros que había hasta el portal. Lo dejó allí. Subió a casa. Todavía era de noche, pero estaba a punto de amanecer. Arrastró el cuerpo hasta el ascensor. Aunque el coche no arrancara, de todas maneras metería el cuerpo —a su marido— allí. Siguió arrastrándolo. Por sus hijos era fortísima. Lo cogió por los brazos y se lo cargó a la espalda. Lo llevó hacia el coche. Cayeron. Se levantó. Lo introdujo en el maletero. Era fortísima, te quitarán a tus hijos. Volvió al piso. Tenía que recoger a Mara, dormida, y llevarla con ella en el coche, envuelta en una manta. Entraron en el coche. ¿Y ahora adónde voy?

Ni siquiera sabía si podría conducir. Había conducido tan pocas veces, y

siempre con Vito. No serás capaz. Vio los rostros de sus hijos mientras se llevaban el cuerpo muerto del padre y el cuerpo todavía vivo, pero lejano, de la madre. Giró la llave. El coche dio una sacudida hacia delante. Se caló. Arranca. No arrancó. Recordó la vez que Vito la había llevado a hacer prácticas delante del estadio. Venga, decía Vito, empuja, empuja, no tengas miedo, reían, y los dos tenían miedo pero estaban tan excitados, tenían tanta adrenalina. Después hicieron el amor en ese coche. En este coche. Arranca. Arrancó.

Fue al único lugar que le sugirió su mente, probablemente había cientos mucho más cercanos, pero ella no era más que una madre que debe salvar a sus hijos, qué sabía ella de sitios, buenos, malos. Se encontró en el vertedero. Arrastró el cadáver de su marido, cayó, se levantó, tiró. Se abrió paso por los montones de desperdicios con los pies y con las manos. Se llenó la cabeza, la boca, todo el cuerpo de basura y huesos. Allí arrojó el cadáver de su marido. La montaña de desechos se lo tragó, y ella gritó.

Esa era la versión de Carla, y Carla estaba roja y acalorada como después de llorar, como después de una carrera, y había terminado de hablar.

«¿Es posible?», preguntó la fiscal al médico forense. «¿Es posible que lo matara como ha declarado ella?»

La gente de la sala lloraba. No un llanto silencioso, no el llanto de unos pocos. La gente sollozaba.

«Es posible», dijo el médico forense.

«¿Y es posible que una mujer de cuarenta y siete kilos haga lo que la señora Romano dice que hizo, habida cuenta de que Semeraro pesaba ciento tres?»

«Es posible», dijo el médico forense.

La gente miraba a Carla y sollozaba y Rosa estaba aterrada y Nicola se apretaba las sienes con las manos.

«Señora Romano, si hubiese usted planeado el homicidio, de todas formas lo consideraría en legítima defensa, ¿no es así?», dijo la fiscal, le brillaron los ojos. «Para salvar a sus hijos, como dice usted. También lo dice su hijo Nicola: tarde o temprano, Semeraro la habría matado.»

La gente que había en la sala lloraba, y la miraba. «No», dijo Carla, sin fuerzas.

«No tengo más preguntas», dijo la fiscal. «Adiós, señora Romano.»

«Adiós, señora fiscal.»

«Puede marcharse», dijo el juez, miró a las dos mujeres.

«¿Ves como todo ha sido por mi culpa?» Rosa estaba desesperada, se movía de aquí para allá por la casa. «¡Lico!», dijo Mara tocándose la mejilla con un dedo, los ojos brillantes, masticaba un trozo de pizza y sonreía. «Le mandé ese mensaje desde el Mads», Rosa se llevó las manos a la cabeza, «pero lo hice solo por mí, para tener la conciencia tranquila.» «¡Liquísimo!» Mara pronunció satisfecha la ese que acababa de aprender a decir, terminó el trozo de pizza, volvió a sonreír, «Más *zippa*», señaló la pizza. Y, como nadie se la daba, la cogió. «¡Y no te llamé porque ella no me respondió, ni siquiera se me ocurrió, estaba bailando mientras mi padre moría!», Rosa se dio un manotazo en la frente, Mara mecía en el aire el trozo de pizza como un director de orquesta, sentada en una silla con cojines. «Y mi estúpido mensaje... Yo tengo la culpa de todo, tenía que habérmelo imaginado, tenía que haberlo previsto, ¿cómo coño se me ocurrió mandar ese mensaje, en qué coño estaba pensando?, por Dios, con lo previsible que era, coño, estaba tan claro... yo tengo la culpa de todo.»

Mara levantó los ojos para mirar a sus hermanos y luego cogió sin que la vieran otro trozo de pizza que le cayó sobre el jersey y lo manchó. «*Zippa*», dijo en voz alta, dirigiéndose a los dos, para que se rieran. «¡*Zippa!*», dijo en voz más alta, pero sus hermanos se estaban mirando. Entonces se introdujo la pizza en la boca y masticó feliz. Rosa miró a Mara y se dio otro manotazo en la cabeza, no paraba, y Nicola, en medio de la oscuridad de la casa, la abrazó.

«Cómo coño se nos ocurrió dejarlos solos, Nico...»

«Fui yo quien te dijo que no esperáramos a papá, Rosa...»

«Fuimos los dos, no fuiste tú. Yo más que nadie. Todo es culpa mía.»

«Pero, Rosa, entonces la culpa la tendríamos los tres. También Mara, porque convenció a mamá de que papá estuviera en la fiesta, yo, porque quise marcharme antes, tú, porque enviaste los mensajes... pero lo cierto es que nadie tuvo la culpa.»

«¡Yo, Nicola! ¡Fui yo!»

«¿Qué dices? Ni se te ocurra pensarlo», Nicola la abrazó con fuerza, hacía mucho que no la abrazaba, hacía mucho que no la tocaba, y era tan hermosa. Él la estrechaba entre sus brazos y ella cerró los ojos, se apoyó en su pecho. «No lo vuelvas a decir, cariño, mi amor», dijo Nicola, «tú no eres responsable de nada. Ninguno de nosotros habría podido salvarlos, antes o después se habrían matado, y lo sabes perfectamente», y la acariciaba, y le besaba la cabeza, «no tenemos la culpa, no tenemos la culpa...», y la abrazaba y le besaba la cabeza, la frente, las mejillas, y su cuerpo ardía, y era tan guapo, y estaban tan pegados, tan pegados, habrían querido estar todavía más pegados, y ella ardía, y era tan guapa.

Madre coraje, titulaban los periódicos. Carla pasó de ser la perfecta imagen del Mal a la figura mitológica de la madre por antonomasia. Poco a poco el juicio dejó de estar en el candelerero. Ahora, de repente, todo el mundo le creía. Y el juez y el público presente en la sala se mostraban cada vez más indulgentes con Carla, y ella iba perdiendo poco a poco esa mirada llena de terror y volvía a ser, o lo intentaba, la mujer que era antes. Pero ahora era alguien que había sufrido una larga detención injusta, palabras terribles, infinitas noches insomnes, el tormento de sus hijos. No podía saber si volvería a vivir tranquila, pero sí, lo único que quería era salir de Rebibbia, lo único que quería era abrazar de nuevo a Nicola, a Rosa y a Mara.

Llegó a casa del trabajo y no las encontró. No encontró siquiera una nota diciendo adónde habían ido. Eran más de las diez de la noche, nunca salían solas a esa hora, sobre todo cuando una de ellas tenía que estar ya acostada. Se espantó enseguida. Luego se calmó. A lo mejor estaban en el cine o dando un paseo para ver el esplendor de la primavera o la llegada del verano. Pero la hora... Las llamó. El móvil estaba apagado, y entonces se aterrorizó y se puso a mirar por la casa. Notó que faltaban cosas de una de las dos, pocas pero fundamentales, después de todo ese tiempo él ya sabía qué era fundamental para una de las dos. Sabía qué era imprescindible para estar fuera durante un día, o solo durante dos horas. Además, en el teléfono fijo vio que había una llamada a Massafra.

En realidad, ya lo sabía todo, lo había sabido desde el instante en que había abierto la puerta y no las había encontrado. Tranquilízate, se dijo. Están bien. Lo importante es que las dos estén bien. Se dio ánimos, y llamó al último número al que habría querido llamar jamás, el número de aquella que había insultado de todas las maneras posibles siempre, y ahora todavía más, a su madre. Le respondió una voz desconocida: «Mimma está ocupada, dinos lo que quieras a nosotros». «Os las habéis llevado vosotros», dijo Nicola. «No te preocupes, todo está bien, en serio.» «Sabéis que es ilegal», estaba rabioso, «llamaré ahora mismo al abogado.» «Para mí que no te conviene liarla mucho, hijo mío», dijo la voz desconocida. Él buscaba las palabras. «Están bien, Mimma las está trayendo aquí», dijo el otro, «ya está todo resuelto. Tú ocúpate de lo tuyo.» Silencio. «Oye, y un consejo de amigo, no hables

demasiado.» «No os atreváis a...», gruñó él, pero el otro ya había colgado.

Nicola dio vueltas por la casa como un loco, como un animal, caminaba en círculos, girando sobre sí mismo, con una mano en la cabeza, la otra sujetando el móvil, caminaba y se golpeaba, qué pequeña era esa casa, qué hostil había sido siempre, y ahora más, cada vez más, le pasaron imágenes por la cabeza, recuerdos, el de una vez que su padre y él instalaban juntos una lámpara en su casa, la casa en la que él y su hermana, pero en cierto modo también su padre y su madre, habían pasado su infancia, eran tan jóvenes cuando había empezado todo, la casa a la que su padre no había vuelto aquella noche, aquella noche instalaban lámparas, su padre haciendo equilibrios en la escalera, él sujetándole las piernas para que no se cayera, su madre y su hermana mirándolos un poco nerviosas, y luego el aplauso de sus mujeres cuando la lámpara quedó instalada, pero no quería recordar, nunca había querido volver a recordar nada desde que su padre había desaparecido, no quería recordar ni el pasado remoto ni el reciente, qué debía hacer, era él quien tendría que haberse ocupado de ellas pero qué había hecho en esos meses, solo había pensado en su dolor, las había odiado, ya era hora de admitirlo, las había odiado a las dos, con todas sus fuerzas se había imaginado —muchísimas veces— lo mucho más sencilla que sería la vida, lo mucho más leve, lo mucho más suya, sin ellas dos, había deseado que desaparecieran de la faz de la tierra, ellas dos, y también su madre. Y ahora había llegado el castigo. Ellas ya no estaban.

De cabeza de familia nada, había sido un egoísta y un cobarde. Cobarde, cobarde, cobarde, se daba puñetazos en la cabeza, le daba patadas a cualquier objeto que encontraba a mano, también a las cosas de ella, también a los juguetes de la otra, aquellas cosas le hacían daño, aquellos juguetes, cobarde, estamos solos, no hay nadie que pueda venir a ayudarnos.

Y luego pensó que ya no había un nosotros, ya no había un padre, ni una

madre, y ahora tampoco dos hermanas. Están bien, volvió a oír las palabras del marido de Mimma. ¿Podía ser cierto? ¿Podían estar mejor en Massafra, que allí con él? Sus niñas. Estás solo, se dijo. Ya no había una familia. Una fina franja de luna se vio desde la ventana, gélida, creciente.

Eran las cinco.

Faltaba poco para que saliera el sol, aún estaba oscuro pero empezaba a clarear, mejor dicho, a aparecer, en la oscuridad, el presagio de una luz. En Massafra Mimma y su marido ya estaban levantados, duchados, limpios, vestidos, tomaban el segundo café sentados a oscuras, en silencio, en la vieja cocina estrecha, a una vieja mesa verde claro, de metal. Las persianas estaban bajadas, ellos las llamaban celosías, tomaban café, y por primera vez desde hacía meses Mimma sentía que el nudo de dolor, hecho de dolor puro, que jamás había sentido antes, se deshacía un poco. De la Mimma de un tiempo antes no quedaba casi nada, cuando perdía su batalla atrozmente, día tras día, y la adversidad había estallado en su interior como un proyectil. No soportaba ya la idea de los padecimientos sufridos por el cuerpo de su hermano Vito, su único y queridísimo hijo. No la soportaba y a punto había estado de dejar que la consumiera el dolor, de encerrarse en sí misma, de rendirse, y habría muerto, como no podía ser de otra manera, no había otra forma de pagar su culpa. Pero en eso llegó la llamada de su sobrina, «¿Podemos ir a Massafra, tía? Mara y yo, solo un tiempo», y esa llamada de teléfono fue como una fiesta de pueblo en su cuerpo, hubo fuegos artificiales, algodón de azúcar, luminarias, y muchísima gente dentro de ella que no dejaba en ningún momento de celebrar.

Las dos niñas dormían juntas en la habitación grande. La casa oscura, que olía a viejo y a cerrado, las arropaba. Mimma se incorporó, fue a mirarlas, se

quedó mirándolas, volvió sobre sus pasos. «Salgamos a hacer la compra», le dijo a su marido, «para que cuando se levanten puedan desayunar.» Enzo respiró aliviado, pues su mujer volvía a ser ella.

Al entrar hubo quien intentó estrecharle la mano. En el banquillo de los acusados alzó la mirada buscando a sus hijos, pero solo vio a Nicola y miró desconcertada, hundida. Al fondo de la sala estaba Milena; Paola no. También faltaba Mimma. Carla recorrió con la vista toda la sala buscando a sus niñas.

El juez ordenó el aplazamiento de la vista, y al paso de Carla por la sala sonaron algunos aplausos. Su abogado detuvo a Nicola en las escaleras. Se le acercó serio. «Tu madre pregunta por qué no ha venido Rosa y con quién está Mara. Está muy preocupada.» Nicola bajó los ojos, reflexionó un instante. Luego miró al abogado. «Dígale que están bien, en un sitio seguro. Y que están juntas.»

«Eso qué significa, tu madre quiere saber dónde están», le dijo el abogado, pero Nicola ya se marchaba, bajaba las escaleras mirando hacia delante. El abogado lo agarró por la chaqueta para detenerlo. «Nicola», dijo, «esa no es una respuesta que pueda darle a tu madre.» Él se volvió y dijo, con los dientes apretados, «No te atrevas nunca más a tocarme». El abogado retrocedió. ¿Quién lo había mirado, Nicola o Vito? Nicola se dio la vuelta y desapareció por la puerta principal, abriéndose paso entre periodistas y curiosos como si tuviese manos, hombros, pies y piernas hechos de cuchillos. Había transcurrido un mes desde que sus niñas se habían marchado.

Bajó de la motocicleta delante de aquella casa cuando todavía hacía demasiado sol, y él quería oscuridad. Se quitó el casco. Vio a alguien delante del portal. «Nicola», le dijo cuando se acercó. «¿Qué haces aquí?», preguntó, «Mara no está. Rosa no está. No van a volver.» «Lo sé», dijo ella, no retrocedió, por fin le pareció que veía a Vito. «He venido a devolverte las llaves. Y quería saber cómo estabas.»

Nicola tomó las llaves de esa casa tan ajena, nunca había tenido tanto espacio en toda su vida, en la casa mirabas a un lado y a otro y el espacio era enorme, le había dado por beber a solas por la noche, hasta que se desmayaba en la cama de su madre, de Mara, de su hermana Rosa, introdujo la llave del portal en la cerradura. «Vayamos a tomar algo. Es la última vez que me ves», dijo Milena. Nicola se detuvo. Alzó la vista hacia la casa del tío Franco, hacia la casa de su madre.

Estaban sentados a una mesa del bar Mike, el mismo donde, en ese agosto del que había pasado ya mucho tiempo, había estado con su hermana. Pidió un vodka solo. «Cómo has cambiado», dijo ella. «Oye, te pareces un montón a tu padre», y le sonrió.

«Dime por qué has venido y acabemos», dijo él, pidió otro vodka. Luego cogió la cartera, miró su interior e hizo una mueca.

«Invito yo», dijo ella, «toma todo lo que quieras.» Le tocó una mano, él estaba helado, no parecía piel. «Solo quería estar un rato contigo. Por última vez.»

Guardaron silencio. «Verás, Paola, mi hija, se ha ido con un hombre.» Él no dijo nada. «Puede que esté embarazada. Él tiene la edad que tenía Vito. Podría ser su padre.» Nicola terminó otro vodka, y otro más. Ella no tomó

nada. Él se levantó. «Tengo que irme», dijo.

Ella lo miró con una mirada enamorada, él fumaba. «Qué guapo eres. Qué guapos sois todos los hermanos.» Se sintió furioso, le dio la espalda, ya se iba.

«Te vi», dijo ella. Él se detuvo. «Te vi.» Él era Vito, y se volvió para mirarla.

Antes — 6 de agosto de 2012

Justo cuando su hermana y él salían de la casa de su madre se levantó un poco de fresco y el aire olía bien. «¿Livia?», dijo por el móvil, su hermana iba hacia la puerta del Mads, donde estaban sus amigos, y él, con la motocicleta en marcha, llamaba a su chica.

«Nicola, estaba a punto de llamarte...»

«Dime», dijo él. Apagó el motor.

«Lo siento, amor, no podemos vernos, mi madre se encuentra mal.»

Entró en casa, solo, sin Livia, un compañero de piso se preparaba para salir, otro se estaba cocinando unos espaguetis con ajo y aceite. Fue a su habitación. Abrió la ventana, echó una ojeada al patio y, más allá del patio, a la verja, como siempre abierta, y a la calle, negra. Hacía otra vez un calor infernal. Se desnudó a oscuras, cogió el ordenador, puso la serie de televisión que le había pasado Livia, no vio la luna llena que había al otro lado de la puerta acristalada. A medio episodio se quedó dormido. Por la noche lo despertaron los fortísimos graznidos de las gaviotas. Estaba oscuro, salvo por la luz de la luna, y justo bajo aquella luz, en el patio, había alguien con algo en brazos, de pie al otro lado de la puerta acristalada. Aterrado, se sentó. Luego se sintió feliz. ¡Livia! La figura se acercó. Era su madre.

Con el rostro desencajado, sudorosa, sostenía en brazos a Mara, el pelo

rubio como el maíz, casi blanco, pendía en el vacío, sin vida. Se levantó. Salió al patio. «¡Mamá!» Detrás de ella estaba la verja, más allá la calle envuelta en la calima.

«Calla, por favor, Nicola, calla», dijo ella con una voz que no era la suya. Se acercó al umbral. No entró. Parecía que no podía entrar.

Nicola se acercó y vio que Mara solo estaba adormilada. Su corazón se calmó. «¿Qué pasa? ¿Mamá? ¿Qué tienes?»

Justo cuando acababa de coger a Mara en brazos, su madre se desplomó. La sostuvo. «Mamá», dijo.

«Ayúdame, Nicola.»

Y tocaba a su hermana pequeña y a su madre, quería saber dónde estaban heridas.

«Papá», dijo su madre, le puso una mano en la cabeza, temblaba, luego acarició a Mara entre los brazos de Nicola. «Lo he hecho por vosotros.» Lo miró, alumbrada por la luna. «Ayúdame.»

«Nico», dijo Mara medio dormida, sonrió. «Estoy aquí», dijo él, «duerme, nos vamos a casa.» Y la niña se volvió a dormir.

En el bar, Nicola miró a Milena y el cielo estaba lleno de nubes negrísimas, por fin había llegado el fin del mundo.

Sonó el teléfono una mañana bochornosa, tenía medio cuerpo enredado entre las sábanas, el pelo pegado a la frente y a los ojos, le ardía el estómago. Buscó a tientas el teléfono, no lo encontró, el sonido le perforaba los tímpanos y cuando levantó la cabeza notó un sabor horrible en la boca y un dolor intenso que se extendía desde la nuca a toda la cabeza, y desde la espalda a las piernas. Pero ya estaba acostumbrado, de nuevo a tientas, mientras el teléfono no dejaba de sonar, cogió el sobre de aspirina que tenía al lado de la cama, se apoyó sobre los codos y lo rasgó con los dientes, tragó el contenido. Imágenes de esa noche lo perseguían en los sueños hasta allí. Él arrojando a su madre... el teléfono dejó de sonar. Él saliendo del portal, al amanecer (Te vi, decía Milena, yo te vi, te vi). Miró y vio que lo había llamado el abogado. Su padre en un charco de sangre, y sufrió un sobresalto. Enseguida se sentó en la cama. Tuvo una arcada. Devolvió la llamada.

«Hola», le dijo el otro. «Oye, ¿estás ahí?»

«Sí», le dijo Nicola, con voz sombría. Estaba preparado, no estaba preparado, daba igual; era el momento. El momento había llegado.

«¿Te he despertado?»

«Dígame», dijo Nicola, se pasó una mano por el pelo, transpiraba, empezó a temblar. Maldita Milena. Maldita, maldita Milena, maldito el día en el que mi padre te conoció. «Vaya al grano.» Sé un hombre, Nicola, y se puso de pie.

«Cuánta prisa», dijo el otro. Se oyó que aspiraba algo, debía de ser su pipa, con la que trataba de darse importancia, pero...

«¡Hable!»

«Buenas noticias», aspiró, espiró, «soy optimista, las cosas han cambiado, van por buen camino. Solo hay que esperar los plazos legales. No quiero ser demasiado optimista, pero creo realmente que el juez dictaminará la suspensión de la prisión preventiva. Lo que significa que tu madre saldrá pronto», notó que sonreía, triunfal. Hubo un silencio. «¿Sigues ahí, Nicola?»

«¿Cuándo saldrá?», dijo.

«No sé decírtelo con exactitud, aunque...»

Pero Nicola ya había colgado, y se metió en la ducha, y se lavó bien todo el cuerpo, y se afeitó, y se puso ropa limpia, y se sirvió una copa de amaro, era lo único que le quedaba, y luego, en medio de la habitación, con la copa en la mano, se detuvo. Tenía que hacer una llamada.

Viajaron juntos por la A1 rodeados por la nada, él había bebido y sujetaba en una mano una botella de vino, era a última hora de la tarde pero el cielo estaba tan oscuro de tormenta que parecía de noche, solo se veían los faros de los coches que los adelantaban como misiles, conducía ella, abrumada por demasiadas culpas como para dejarlo solo, y él también tenía culpas enormes, mucho mayores que las de ella, pero ella no las conocía, y si a ella las culpas la hacían apretar el acelerador con el pie, él se sentía oprimido y presionado por todas partes, petrificado en el asiento del copiloto, bebía, no conseguían hablar. Había cerrado la casa de su madre de un portazo, por qué nos las protegí, por qué no disfruté de su compañía, por qué fui duro con ellas, cuando tendría que haber sido duro conmigo mismo. «Hola, Nico», dijo ella cuando fue a recogerlo, vio en ella algo que nunca le había visto, no reconocía sus rasgos, sus gestos, que antes, durante mucho tiempo, le habían parecido más familiares que los suyos propios. Cuando dormían juntos en la

cama de su casa, en su habitación, quién dormirá ahora en esa cama que queda a dos manzanas, una vida, de la casa de su madre. Cuando hacían el amor. ¿Habían hecho realmente el amor? «Gracias», dijo él. Cuando ella iba a su casa a estudiar, y él dormitaba, y ella estaba allí. «Sube», dijo ella, abrió la portezuela e intentó esbozar una sonrisa culpable.

Livia trató de decir algo, pero él no respondió, tenía la cara pegada a la ventanilla subida, sudaba, se mordía los nudillos. Tenía que llevárselas de nuevo a casa, protegerlas, devolverlas a la familia. Él era el cabeza de familia, no había sido el cabeza de familia sino un cobarde, tendría que haberlo hecho mucho antes. Pero ahora lo estaba haciendo, iba a buscar a sus niñas y a llevárselas a casa, esperarían juntos a que su madre saliese de la cárcel, y entonces estarían de nuevo juntos, volverían a ser una familia. No hay nada irreparable, ¿lo ves, Nicola? Ni siquiera cuando ayudas a tu madre a eliminar de una casa los restos de sangre de tu padre. Ni siquiera cuando lo metes en dos bolsas de basura, ni siquiera cuando lo cargas a hombros y lo introduces, sin vida, en un maletero. Ni siquiera cuando haces un agujero con tus propias manos entre huesos de animales y mierda para esconder el cuerpo de aquel que te engendró, del que jamás te puso un dedo encima, del que te quiso más que a su vida, y al que tú quisiste más que a la tuya. Y lo dejas en un vertedero y te largas, a sabiendas de que lo devorarán los gusanos, el calor, los animales. Y esperas con toda el alma que se lo coman entero y que no lo encuentren nunca. ¿Quisiste a tu padre más que a tu propia vida?, le pregunta una voz, mientras la ventanilla del coche, y el asiento, y el techo van alejándose mil kilómetros de él, es más, su cara se alargaba, se alargaba a más no poder y entre la cara y la mente ya había una distancia incalculable. Si lo hubieses querido más que a tu propia vida, ¿habrías ayudado a tu madre a que se deshiciera de él? Ella lo hizo por nuestro bien, se dijo. ¿Y tú? ¿Tú por qué lo hiciste? Al final, viajaron en silencio.

«¿Salgo aquí?», preguntó ella, y él por primera vez la miró. «Sí.» La tormenta amainó, y luego paró. Salieron de la autopista y se dirigieron a Bari, entraron en la A16. Cuántas veces había hecho ese camino con su familia, y antes solo con su madre y su padre, jugaban al juego de los coches blancos, quién veía más, antes de que Mara, o Rosa, existieran ni siquiera en la mente. ¿Dónde estaba yo antes de nacer?, le preguntó una vez Rosa, muy juntos bajo las mantas, él contaba un cuento mientras su madre lloraba, en silencio, en la cocina. Estabas aquí, le dijo tocándose la cabeza. Iban a toda velocidad por un asfalto que se volvía inestable, desigual. Fingiste que buscabas a tu padre con tus hermanas cuando en realidad lo habías enterrado, tú lloraste con ellas, y rezaste, tú deseaste que un hombre inocente fuese condenado en tu lugar, te espantó que se demostrara la inocencia de ese hombre, cuya única culpa había sido conocer a tu familia. Conocerte a ti. Lo oprimieron los recuerdos de las excursiones, toda la familia con su padre, su madre y sus hermanas, entre las canciones que cantaban en el coche y los agobiantes silencios llenos de miedo y los puñetazos con una sola mano mientras con la otra conducía, los puñetazos que su padre le daba a su madre, empezaron las curvas de la Irpinia, ella no aminoró, iba todo lo rápido que podía, tenían que llegar, tenían que recuperar a esas dos niñas. A las siete y media de la noche cogieron la nacional hacia Tarento.

El cielo se despejó un poco antes de la puesta de sol, y la luz que se insinuaba timorata en la penumbra no les gustaba a ninguno de los dos. «Corre», le dijo. Ella apretó el acelerador. Él dijo de nuevo, y esta vez la miró, «Gracias». Ella sonrió. Ay, Nicola, eres tú, pensó.

¿Quién era ese hombre con el que Livia lo había traicionado durante tanto tiempo? ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué? ¿Cómo hacía, cada vez que había estado

con ese otro hombre, para...? ¿Había estado con ese otro hombre todas las veces que no le había respondido al teléfono o había pospuesto la cita? ¿Había estado con ese otro hombre todas las veces que no había estado con él? No es el momento, bebió, Livia suspiró, y él se contuvo con todas sus fuerzas de darle un puñetazo a la ventanilla para romperla en mil pedazos. A las ocho y media llegaron a Massafra.

«¿Te apetece un café?», dijo ella tímidamente. «Estoy un poco cansada, me gustaría...»

«Sí...»

Pararon en una gasolinera desde la que se dominaba toda la parte nueva de la ciudad, con edificios y campo. Nicola bajó del coche, respiró hondo, era la puesta de sol, Massafra se extendía como un organismo vivo y amenazador que había absorbido a sus hermanas, y, como no actuara rápido, las devoraría. Tomaron café juntos, desde hacía cuánto no pasaba eso. «Livia», dijo, «no sabes lo solo que se puede estar.» Ella abrió los ojos de par en par, como impactada por sus palabras. «Nicola», dijo, lo miró, qué querría decir, «de verdad que lo siento.» Él apartó la taza y quería pagar, pero Livia se le adelantó. Él compró un paquete de Marlboro Lights y una cerveza, dijo «¿Puedo?», ella asintió. Él salió y se puso a fumar y a beber. Ella salió enseguida y entró en el coche, donde se quedó esperándolo mientras él fumaba midiendo el asfalto a pasos largos, bebía, una mano en el bolsillo, la cabeza ligeramente ladeada, como su padre, pero Livia no veía el parecido entre Nicola y su padre, el pelo, los ojos, mientras Nicola vivió con su padre había mantenido a Livia siempre apartada de su casa, para protegerte. Tiró al suelo la botella vacía, que se hizo añicos. Entró en el coche. «No te hagas el santo, has enterrado a tu padre», dijo ella. «¿Qué?», le preguntó. Ella lo miró, «He dicho: ¿me invitas a un cigarrillo?». «Claro», y extrajo uno de la cajetilla. «Ve recto.»

Se adentraron por las calles más anchas de las afueras y luego, cruzado el puente, por las cada vez más estrechas del centro, Massafra se extendía ante ellos en vías cada vez más estrechas y complicadas, eran callejuelas rodeadas de casas bajas y blancas, o rojas, unas antiguas y otras modernas, y luego, de golpe, caía a pico sobre los barrancos, y desde cada una de aquellas grutas excavadas a mano —eso le parecía ahora a Nicola— en la roca de la Murgia, él y Livia, con los primeros signos de la noche, vieron que se asomaban, que se ocultaban, que acechaban espíritus mitad hombres, mitad bestias, que, mortalmente heridos por la luz y envalentonados por la oscuridad, conforme el cielo se ennegrecía, se atrevían cada vez más a salir de las grutas, expulsados por el centro de la tierra. Amenazados por un cielo tempestuoso, sintiendo ambos una especie de vértigo, y con un Nicola desorientado, lo cual resultaba muy extraño, allí, en un lugar como Massafra, que conocía desde que había nacido, abandonaron el coche como dos asesinos.

Se adentraron juntos por las calles en busca de la casa de Mimma. Que por fin encontraron, sólida, firme, arrogante, en una callejuela detrás de la plaza del Papa Pío XI. Era una casa roja, la fachada estaba desconchada, tenía un solo balcón de entablillado con soportes de piedra, se había detenido en el tiempo, quizá hacía un siglo, la rodeaban dos edificios mucho más modernos, grises, abandonados a su suerte. Tenía un portal de metal enrojecido por el óxido, abovedado, dos cierres metálicos cerrados a derecha e izquierda, y un pequeño telefonillo sin nombre, situado muy abajo, como para criaturas de una especie no humana. Sudados por la caminata, encorvados bajo un cielo cada vez más tormentoso, se detuvieron. Nicola miró a Livia. «Ánimo», le dijo. Se inclinó doblando las rodillas y llamó al telefonillo. Nadie respondió. Ella entonces empujó la enorme puerta oxidada, que, gimiendo y chirriando, se abrió.

Los devoró la oscuridad. «Puedes esperarme fuera», dijo él. «Entremos», dijo ella. La puerta se cerró a su espalda. Él busco el interruptor, sabía dónde estaba, había ido a esa casa desde que era niño. Pero no lo encontró. Ella fue a abrir de nuevo la puerta para que hubiera un poco de luz. No se abrió. Empujó, apretó el botón del desbloqueo que palpó al lado, pero no se movió. «Está bloqueada», dijo, con un tono extraño en la voz. Se alumbraron un poco con el móvil y empezaron a subir. Los escalones eran altos y estrechos, ascendían por una escalera que era un tubo angosto y bajo. Livia paró para tomar aliento. «¿Todo bien?», dijo él. «Sí», dijo ella, «mira que son estrechas estas escaleras.» La única vivienda que había en ese edificio era la de sus tíos, ese edificio *era* la casa de sus tíos, la cantidad de veces que habían jugado su hermana y él en aquellas escaleras, y la cantidad de veces que había ayudado él a su madre con las maletas, fingía que no se cansaba pero cuánto le costaba en realidad subirlas. Lo hacía solo por arrancarle una sonrisa.

Qué familiares le eran entonces esas escaleras. Pero ahora le parecían extrañas e infinitas. No se oía un ruido. «¿Cuánto falta?», preguntó ella, jadeó. Ya no lo sé, quería decir él, pero dijo «Ya hemos llegado», y le chocó el sonido de su voz. Un tono duro que no era suyo (¿era de su padre?). Llegaron a la puerta. Llamaron, no abrió nadie. Esperaron en silencio. Solo entonces oyeron un griterío que llegaba del interior, un bullicio, llamaron de nuevo. Se oyó ruido de pasos. «¿Quién es?» Nicola miró a Livia, «Soy yo», dijo con voz autoritaria, como si lo estuviesen esperando. Silencio. Se miraron. Luego sonó un rumor, como si unas uñas recorriesen suavemente la puerta. La puerta se abrió. Se vio a una mujer rechoncha con un vestido marrón oscuro, la falda le llegaba casi hasta los tobillos. Con un gesto les indicó que la siguieran.

Era la casa de Mimma, sombría, vieja, una procesión de santos, vírgenes,

crucifijos, fotografías de parientes muertos, velas prendidas, siguieron a la mujer por un pasillo oscuro, largo, con una serie de puertas cerradas. Al fondo había una abierta, de la que salía una luz amarilla que se extendía por el pasillo como gelatina. De allí procedía el griterío. Nicola siguió con decisión a la mujer y a la luz, Livia iba detrás de ellos, entraron en un salón ancho, bajo, dividido en dos espacios, uno de ellos con un altillo, oscuro, en el que se cabía de pie, recordó Nicola. Miró hacia el techo.

Entraron, y toda Massafra estaba en aquella habitación, hablaban en voz altísima, todos a la vez, casi todos tenían la edad de Mimma o eran mayores que ella, salvo algunas mujeres enjutas que estaban allí acompañando a hermanas, madres o padres. Nadie pareció reparar en ellos, y cuando Nicola dijo en voz alta buenas noches, nadie se volvió. Instintivamente, Livia se escondió detrás de él. Pasearon la vista alrededor, buscando. Vieron que un grupo de personas rodeaba a alguien. Nicola se fijó mejor, no vio nada pero oyó una vocecita familiar, que reía. Se disponía a dirigirse hacia aquella voz, cuando alguien detrás de él dijo «Nicola».

Mimma. Había recuperado peso y color en las mejillas. Los ojos le brillaban. Parecía más joven. «Buenas noches», les dijo. «Encantada, Mimma», le tendió la mano a Livia, «Livia, encantada». «Poneos cómodos.» Nadie los miró, había docenas de personas hablando, sirviéndose vino tinto en vasos de cristal empañados por el uso, estaban todos muy juntos, los hombres fumaban Nazionali y Merit que chupaban hasta el filtro con mejillas hundidas o hinchadas, recién afeitados o con barbas crecidas, dejaban restos de ceniza y filtros amarillentos en todas partes, las mujeres de más edad estaban sentadas con sus piernas hinchadas, y cortas, algunas de ellas eran tan bajas que no les llegaban los pies al suelo, se mecían en el aire, pasaban platos de cerámica repletos de carne, la gente comía, hablaba, reía, bebía, volvió a oírse la vocecita que reía, y luego otra, que decía «Come, anda», y

también esa era familiar. Nicola miró a un lado y a otro pero no vio a nadie, entonces se preparó para abrirse paso entre el gentío, y para combatir.

Pero no le dio tiempo porque: «Prestadme atención», dijo Mimma. Todos se callaron y se volvieron hacia ella. «Este es mi sobrino Nicola, ¿os acordáis de él? Venía siempre a pasar las vacaciones aquí, de pequeño. Después, cuando crecen... Massafra se le ha quedado demasiado pequeña... o crees que es poca cosa, ¿eh, Nicola?» Por primera vez, todos lo miraron. Murmuraron y de repente se pusieron serios y daban miedo. Mimma levantó una mano, los otros se calmaron. Y de golpe lo rodearon y lo besaban, lo abrazaban, él se abrió camino, «¿Dónde están ellas?», le dijo a Mimma.

«¿Rosa? ¿Mara?» Mimma sonrió, las llamó. El corro de antes se abrió y apareció Rosa, con expresión serena y aspecto cuidado, había engordado un poco, llevaba una camisa ancha a cuadros y una falda larga, estaba sentada con las manos cruzadas mientras una mujer con los labios pintados de fucsia daba de comer un plato de lentejas rojo oscuro a Mara, sentada en brazos de otra mujer con un grueso collar de oro. También Mara parecía que había engordado un poco, ella también iba bien vestida y limpia. «Ahora te toca a ti», la mujer de los labios pintados de fucsia le pidió a Rosa que se acercara, le dio la cuchara, Rosa iba a repetir los gestos de la mujer, Mara estaba abriendo la boca. «¡Nico!», dijo cuando lo vio, parecía tranquila.

Nicola fue corriendo hacia sus hermanas, cruzó entre el gentío, que a decir verdad se abrió fácilmente a su paso, le quitó a Mara de los brazos a la mujer, que no opuso la menor resistencia, abrazó a Mara. «Vámonos», dijo. «¡Nico!», se rio ella, él cogió a Rosa de la mano. «Vámonos», dijo, resuelto, severo, Rosa no dijo nada, se levantó, se dejó llevar por su hermano, solo se detuvo cuando Mimma abrió la boca para hablar. «¿Estáis seguros de querer marcharos?», dijo Mimma, «¿No queréis quedaros a cenar?»

Todos sonrieron. Nicola dijo «Apártate». Mimma sonrió y le dejó pasar.

Luego lo cogió de un brazo. «Qué guapo estás, eres igualito a Vito, eres un hombre como tu padre», dijo. Nicola se zafó con un movimiento brusco, casi la empujó. «Te he dicho que te apartes», dijo, y luego pensó que a lo mejor se estaba prestando al juego de Mimma, que se estaba prestando al juego del destino, a ser su padre. Rosa seguía paralizada. «Rosa», dijo Nicola, como dándole una orden. Ella se dejó llevar, solo se volvió un instante para mirar a Mimma y su sonrisa. Livia buscó instintivamente el móvil en el bolsillo para alumbrar aquel largo pasillo, oscuro, se volvió hacia atrás un instante. Mimma le estaba sonriendo. Livia dijo «Buenas noches, señora», y siguió a Nicola, Rosa y Mara, que avanzaban por el pasillo.

Nicola salió con Mara en brazos, decidido, no huía, avanzaba con sus niñas, una en brazos y la otra cogida de la mano. Livia alumbraba con el móvil. Nicola se volvió una sola vez a mirar atrás, y vio a Mimma asomada a la ventana. Asentía, con una sonrisa en la cara. «Adiós, Vito», dijo.

Llegaron a Roma sobre la una de la madrugada. Recorrieron la avenida Palmiro Togliatti semidesierta, Livia tenía los ojos hinchados, que de vez en cuando se le cerraban y volvía a abrir enseguida. Rosa dormía con Mara en brazos, también dormida, la pequeña boca pegada al cuello de su hermana, como en un largo beso. Nicola y Livia guardaban silencio, él miraba la carretera. «Qué ganas de fumar un cigarrillo», dijo. «¿Cómo?», dijo Livia. «Venga, fumemos uno, ¿qué dices? Para aquí.» Livia sonrió, paró. Bajaron y él le dio un cigarrillo, se rozaron levemente. «¿Cómo estás?», le preguntó. Ella bajó los ojos, dio una calada, expulsó el humo. Hacía frío y estaba oscuro, se cerró bien la chaqueta. Se estaba helando. No faltaba mucho para que empezara de nuevo la tormenta. «Bien», dijo, lo miró de reojo, «¿y tú?» Él meneó la cabeza, se encogió de hombros, no podía pronunciar palabra,

bien, mal, habría querido decirlo todo. Nicola tiró el cigarrillo. Ella seguía fumando, hermosa y tan joven en la noche oscura. «Podríamos quedar alguna vez», dijo él, «a lo mejor para tomar un café», levantó la vista, «¿no?» Si supieses lo que he hecho, no volverías a tocar nunca estas manos ni estos brazos. Pero a lo mejor si supieses lo que he hecho y yo fuese capaz de explicarte que mi madre no es culpable de nada, que yo no soy culpable de nada, que Mara y Rosa no son culpables de nada, que todos somos inocentes, si fuese capaz de explicarte eso, tú, y quizá solo tú, me comprenderías. Hacía tanto frío, soplaban rachas de viento. Livia tiró el cigarrillo. Sonrió, dijo «Sí. Yo...». Se le acercó, y estaban tan cerca el uno del otro, cuánto hacía que no estaban tan cerca, hubo un golpe de viento, Livia se estremeció y se le pegó todavía más, Nicola la miró, tratando de encontrar a *aquella* Livia, estaba allí. «¡Socorro!», gritaron en el coche y él fue corriendo a la portezuela de atrás, la abrió. «¿Qué pasa, Rosa?» Mara también se había despertado por el grito de su hermana, la observaba tratando de saber si tenía que echarse a llorar. Rosa miraba a un lado y a otro sin ver nada, se tocaba los brazos y las piernas, los ojos llenos de lágrimas. «Rosa, qué ha pasado», Nicola se arrodilló a su lado, «Rosa.» Ella lo miró, y lo reconoció, «Nada», dijo, «perdonad, no ha sido más que un sueño». Y con la mirada perdida, los ojos azules como los de su madre, los largos cabellos rubísimos sueltos sobre los hombros, era tan suya, era tan hermosa. Nicola la abrazó. Ella apoyó la cabeza en su hombro. «Ay, qué caliente está tu cuerpo», dijo. Él la estrechaba y acariciaba y el corazón de ambos latía con fuerza, «El tuyo sí que está caliente, Rosa, el tuyo sí que está caliente». Livia, que seguía fuera, los miró un instante, luego entró en el coche, puso las manos en el volante. «¿Nos vamos?», dijo. «Ya estamos muy cerca.»

Los días pasaban despacio a la espera de noticias del abogado, pero era una lentitud dulce. Hablaban del asunto los periódicos, las televisiones, la gente en los bares y en las peluquerías, todo el mundo decía que Carla acabaría siendo absuelta. «¡Mamá!», dijo Mara cuando alcanzó a verla en la pantalla antes de que Rosa pudiese cambiar de canal. «¿Dónde está mamá?» «Mamá se está curando y dentro de poco volverá, ¿estás contenta, Mara?» «Sí», dijo la niña y le tendió los brazos. Rosa apartó el plato de pasta con tomate que su hermana estaba comiendo (Yo sola, había dicho Mara, y la había dejado) y la abrazó. Mara empezó a besarla, «Te *quero* mucho». «Yo también te quiero, más que a nada en el mundo», dijo Rosa. Le limpió la cara, retiró los platos, miró la hora. «¿Vamos a echar un sueñecito?»

Cuando Nicola volvió, Rosa estaba leyendo un cuento en la cama, Mara acurrucada bajo el brazo de su hermana, la ropa de la niña limpia y ordenada en los cajones. Él le sonrió a Rosa, que lo miró y le correspondió con otra sonrisa. Nicola no quería molestar, se fue a la cocina. Abrió la nevera y vio que la pequeña tenía comida de sobra para varios días. «¡Otra vez, Rosa!», dijo Mara en la otra habitación. Susurraron algo entre ellas, y después rieron.

A la mañana siguiente, era domingo, Nicola se levantó cuando Mara se estaba bañando. Rosa la enjabonaba, le contaba de cuando ella era niña, se reían. «¿Lista para la fiesta?», dijo Nicola desde la puerta. «¡Cierra! ¡Mara está desnuda!», se rio Rosa. La pequeña lanzó un gritito y también se rio.

Poco después ya estuvo lista y Nicola la esperaba para llevarla a la fiesta de un amiguito de la guardería. Rosa la había arreglado bien, ni mucho ni poco, le pareció a él. Rosa le echó una última ojeada y se la entregó a Nicola. «Que te diviertas, cariño.» La niña le abrazó con fuerza las piernas. Rosa le dio a Nicola la mochila con sus cosas. Cuando iban a salir, le metió el jersey por dentro de la faldita y le arregló el pelo. La miraba encantada.

Nicola besó a Rosa. «Nos vemos dentro de un rato», dijo. «Has aprendido a cuidarla muy bien», le susurró, y Rosa se puso roja, sonrió. Y estuvieron tan, tan cerca el uno del otro, una boca tan cerca de la otra, también los ojos, y él era un hombre y ella una mujer, no una mujer y un hombre, su mujer, qué hermosa eres, su hombre, pero Mara dijo «Nico, ¿nos vamos?». Mientras, de la mano, ya estaban en el ascensor. «Es muy buena Rosa, ¿velda?», dijo Mara, cogidos de la mano en el ascensor. Y a él le dio por pensar que Rosa era *muy buena* con Mara desde que había vuelto de Massafra. Recordó la sonrisa siniestra de Mimma. Pero luego no quiso pensar, y no pensó. Eran felices.

Nicola tenía a Mara agarrada de la mano en el tranvía número 5, repleto de gente soñolienta. Se apearon en Termini. «Epa», dijo Mara a la vez que pegaba un saltito hacia la acera. Echaron a andar, de nuevo cogidos de la mano. «Dentro de poco es tu cumpleaños, ¿sabes, Mara?», dijo Nicola, y aspiró el aroma del verano, de un verano nuevo y resplandeciente, y se dijo que iba a tener que seguir siendo fuerte un tiempo más, hasta que llegara su madre para ocuparse de todo, también de él. La estrecharía entre sus brazos. «¿El mío?», preguntó Mara, y abrió los ojos de par en par, «¡Yupi!» Luego se puso pensativa. «¿Qué pasa, peque?», dijo Nicola. «Nada», dijo ella. Siguieron andando, la ciudad brillaba bajo un hermoso sol. Luego, de

repente: «¿Va a venir papá?», Mara lo miró. Nicola creyó que iba a sufrir un vahído, todo Termini le daba vueltas, y su madre con Mara en brazos le pedía ayuda, ayúdanos, hazlo por los cuatro. «No lo sé, Mara. Papá...», hizo una pausa, luego se dijo por triste que sea tienes que decírselo, no se cuentan mentiras a los niños, lo recuerdan todo y no está bien ilusionarlos con la idea de que va a venir un padre que ya no puede venir. Pero no daba con las palabras. «¿Va a traerme un regalo?», preguntó Mara.

Nicola paró y se agachó delante de ella. «Lo siento, Mara, pero papá...» «No *quero* a papá.» Guardó silencio. Lo miró. «Da igual el regalo, no *quero* a papá.» «¿Por qué?», preguntó Nicola. «Tengo miedo», dijo Mara. «Pero ¿por qué, cariño? Miedo a qué», el miedo a la muerte, se dijo, hemos hecho de todo para que no lo tenga pero lo ha incorporado, y se sintió de lo más inútil. «No debes tener miedo, Mara.» «Sí tengo», dijo ella, «pupa mamá. Como Mara en el parque», y se tocó la cicatriz.

Con que era eso: Mara le tenía miedo a su padre, no a la muerte. Por otro lado, claro, era tan pequeña, pero ella también había absorbido su buena dosis de tragedia antes de que Carla y Vito se separaran y también después, cuando él la acosaba. Claro, pero si le tenía miedo a su padre, ¿por qué aquel día había querido que fuera a su cumpleaños? ¿Por qué le había insistido tanto a su madre para que estuviese también él? Mara no tiene la culpa de lo que ha pasado, se repitió por enésima vez. Pero no se contuvo de decir: «Pero quisiste que fuera a tu cumpleaños el año pasado, ¿te acuerdas?». Mara se puso muy seria y se sentaron juntos en un murete, y al otro lado bajaron en picado una bandada de gaviotas y se lanzaron a un cubo de basura repleto y se pusieron a picotear y a comer hasta casi desaparecer entre los desperdicios, y agitaban las alas. Nicola y Mara las miraron, pero ella no se asustó. «¿Eh, Mara?», dijo Nicola (deja de atormentar a la niña, ¿qué va a decirte? ¿«Tienes razón, Nicola, todo fue por mi culpa»? Llévala a la fiesta y déjala

ser niña). «Pupa mamá», ella miró al suelo, «pupa papá.»

Nicola se asustó, qué le había hecho su padre, se le revolvió el estómago. «Pupa mamá, pupa papá», dijo Mara. Y entonces Nicola se quedó helado. «¿El día de tu cumpleaños?», preguntó. No habías comprendido nada, se dijo, no habías comprendido nada. Mara señaló una gaviota. «Paloma», dijo.

«Peque», dijo él con el tono más tranquilizador que pudo, «¿me estás diciendo que el día de tu cumpleaños viste que mamá y papá se hicieron pupa? ¿Los dos, mamá y papá?»

«Es un secreto», se puso de morros. «¿Un secreto? Conmigo y con Rosa no hay secretos, cariño, nosotros nos lo contamos todo. ¿No?» Mara reflexionó un instante: «Sí». «Entonces ¿me lo cuentas? ¿Con quién tienes ese secreto?» «Con mamá», dijo Mara. «¿Con mamá? Vale, igual que antes», dijo Nicola, «no puede haber secretos entre tú, Rosa, mamá y yo. Somos una familia, no hay secretos entre nosotros. ¿De acuerdo?» Mara volvió a reflexionar otro instante, luego dijo «¿Estás seguro?». «Claro», dijo él, «pregúntaselo a mamá y a Rosa.» Ella pareció sopesar sus palabras. «Mara, ¿quieres contarme ese secreto?» «¿Y si mamá se enfada?» «No, no se enfada, a mamá le gusta que nos contemos los secretos, eso significa que nos queremos. Te prometo que no va a enfadarse. ¿Te fías de mí?» Mara lo miró largamente, las gaviotas empezaron a chillar y a darse picotazos dentro del cubo. Ella las observaba, no hablaba. «Paloma», dijo.

Golpeteaba las piernas contra el murete. «Cariño, Mara», Nicola se arrodilló delante de ella, le agarró las manitas, «por favor, escúchame. ¿Estabas despierta esa noche? ¿Cuando papá se hizo pupa en la casa del tío?»

La niña lo miró. «Cariño, eso no es un secreto. Yo lo sé, Rosa lo sabe, mamá nos ha contado lo valiente que fuiste.»

«¿En serio?» A Mara le brillaron los ojos.

«Claro que sí», Nicola le sonrió, «eres una niña muy valiente, no hay nadie

tan valiente como mi Mara. Eso es lo que nos ha dicho mamá.» Mara lo escuchaba. «Mamá ha dicho que te había alegrado que papá fuese a tu fiesta y que te había dado pena que se hubiera hecho daño.»

Mara se puso seria. «Es un secreto», dijo.

Nicola miró alrededor, ya no sabía qué palabras emplear, miró a la niña, y el corazón se le aceleraba, la garganta ya la tenía seca e inflamada. «¿Qué es un secreto, cariño?», trató de reír. «Ya te he dicho que no hay secretos entre Mara, Rosa, Nicola y mamá.»

«Pero no es un secreto grande. Es un secreto pequeñito», y para explicárselo mejor juntó el pulgar y el índice de una mano.

Nicola dijo «Anda, cuéntame».

Mara meneó la cabeza.

«Vale, entonces juguemos a frío, caliente, te quemaste, ¿de acuerdo? Es superdivertido, pero difícil, apuesto a que gano yo. Estoy seguro.»

«¡No, yo!» Mara se interesó de golpe.

«Ya veremos. ¿Estás lista?»

«¡Sí!», dijo ella emocionada.

«Tú querías invitar a papá a la fiesta.»

«¡Frío!» Mara lanzó un gritito triunfal.

«Mamá... quería que papá estuviese en la fiesta...»

«¡Adivina! ¡Adivina!», gritó feliz.

«Fue mamá», lo volvió a intentar Nicola, «la que te dijo que papá tenía que ir a la fiesta.»

«Caliente», dijo la niña, contrariada.

Nicola hizo una pausa para reflexionar. «Dame una ayudita, venga, si me das una ayudita ganas dos puntos.»

Mara se quedó pensando. «¿Me compras un regalo?»

«Claro, cariño. Y bien, ¿cuál es la ayudita?»

«¡Regalo!»

Regalo. Nicola se llevó una mano al corazón. «Entonces, mamá te dijo que papá te iba a llevar un regalo.»

«¡Regalo grande!», abrió los brazos todo lo que pudo y le brillaron los ojitos.

Nicola pensaba, pensaba. «¿Mamá dijo que, si invitabas a papá a la fiesta, él te traería un regalo grande grande?»

«¡Ardiendo!», gritó ella. «¿He perdido?», le asomaron lágrimas a los ojos.

«No, no, cariño, si me dices una cosa más ganas tú, ¿vale? Te compraré un regalo más grande todavía, el que quieras.»

«Mmm...»

«¿Ese era el secreto de Mara y de mamá? ¿Eras tú la que tenía que decir que querías que papá fuera a la fiesta?»

Mara asintió con su cabecita rubia.

«Pero tú no querías que papá estuviera, ¿verdad?»

«¡Ardiendo! ¡Ardiendo! ¡Ardiendo!» La niña se levantó y daba vueltas bailando y sonriendo. «¿He ganado un regalo?»

«Claro, cariño, claro, todos los regalos que quieras.»

«Vale», pero enseguida pareció que se olvidaba del regalo, y cuando se levantaban para reanudar el camino dijo «Nico».

«Aquí estoy, cariño.»

«¿Es verdad que el pelo te crece también después de que te has muerto?»

La celadora de las mechas abrió la celda de Carla. Ella estaba escribiendo en una agenda grande, su compañera estaba viendo la televisión. De vez en cuando se decían algo y reían. Levantaban la vista, la celda estaba en una penumbra agradable y fuera había un sol espléndido. «Romano», dijo la celadora. Carla y su compañera se miraron. «Voy a ver qué pasa», dijo Carla, había recuperado un poco de color. Su compañera la miró con enorme afecto. «De aquí no me muevo», sonrieron.

La celadora la condujo por pasillos blancos rodeados de puertas blindadas azules, en cada puerta una abertura, cada cincuenta metros, unas barreras azules cerraban los pasillos. Se abrían, dejaban pasar, se cerraban. «¿A qué sitio bonito me llevas?», preguntó Carla. Pero esa era la celadora de las mechas, nunca hablaba con las presas. Entraron en el locutorio.

Como siempre, el locutorio estaba lleno de gente, y ya le resultaba familiar, un poco su casa, pues allí estaba su madre. Ya conocía los rostros de las presas, sus formas de hablar y de moverse, quién iba a visitarlas, y algo de sus historias porque a veces oía fragmentos de conversaciones de las otras, y su madre le había presentado a algunas presas. Su madre lo vio, fue a su encuentro con una sonrisa radiante. No podían abrazarse, se tocaron las manos. Ella se sentó, muy flaca, serena, era todo ojos, esos ojos azules que te perforaban el cerebro. «Mamá», dijo Nicola, «¿cómo estás?» «Cariño», dijo ella, «estupendamente. ¿Y tú?, háblame de vosotros», sonrió. «Estamos bien,

mamá», le acarició la mano. «¿Rosa y Mara?», preguntó ella. «No veo la hora de verlas.»

«Están perfectamente, mamá, todos estamos bien», Nicola le apretó con más fuerza la mano, «y tendrías que ver a Rosa, está con Mara, están tan guapas...»

Carla temblaba de alegría. «Cuéntame», le dijo, «así, cuando regrese a casa, no me habré perdido nada. Verás, Nicola, el abogado dice que es cuestión de muy poco tiempo.»

«Mamá», dijo Nicola.

«Seremos felices, cariño, recordaremos todo esto como una horrible pesadilla, y podremos empezar a vivir de nuevo y yo... no os abandonaré nunca más.» Le sonrió, emocionada.

«Mamá.»

Carla lo miró.

Nicola se inclinó hacia ella. «Lo sé todo», susurró.

Carla miró a un lado y a otro. «¿Qué es todo, cariño?», sonreía, no comprendía.

«Acércate, mamá.» Carla se acercó y ese olor, ese aroma de su madre, lo confundía, una madre era una madre, algo inmenso. «He hablado con Mara, mamá», dijo Nicola en voz baja, y estaban muy juntos, si pudiésemos existir solo tú y yo, mamá.

Carla se echó hacia atrás de repente, abrió la boca buscando aire, no podía respirar. «¿Necesitas ayuda, Carla?», otra celadora se le acercó, Nicola miró a un lado y a otro y todo estaba lleno de celadoras, había un montón, estaban allí cumpliendo su deber, cuál era su deber como hijo, cuál era su deber como cabeza de familia, cuál era su deber como hombre, y lo que dijera, lo que hiciera en ese momento lo definiría para siempre, constituiría su identidad como ser humano, lo que dijera en ese momento, lo que hiciera, sería, para

siempre, Nicola. ¿Qué debo hacer, mamá? Cuánto me gustaría poder preguntarte qué debo hacer.

«Estoy bien», dijo Carla, y de nuevo estaba delgadísima. La celadora se alejó, se puso a hablar con otra celadora.

¿Qué debo hacer, mamá? Nicola permaneció callado, buscando las palabras. Simplemente la miraba. ¿Te has vuelto como papá, mamá? ¿Siempre has sido como él?

Carla le apretó de nuevo la mano, le sonrió. «Mara te ha contado...», dijo. Respiró hondo. Él la miró, y no la veía. Nos has utilizado, mamá. Has utilizado a tus hijos, a los tres. ¿Quién eres, mamá? Has utilizado a una niña. Si contase la verdad a Rosa y a Mara, ¿las salvaría o las condenaría? ¿Y tú, mamá? ¿Y yo? Carla lo observaba en silencio. ¿Quién eres, mamá? «Mamá...»

La miró, y seguía sin verla. ¿Qué debo hacer, mamá?

Ella respiró hondo. «Decidas lo que decidas», sonrió, «yo estaré contigo. No tengas miedo, Nicola. No te preocupes.» Le cogió la mano, volvió a sonreír. Él se dispuso a levantarse. «Pero tú sabías», lo detuvo, «que antes o después me habría matado.»

«Creo que siempre lo supe, mamá. Pero hice de todo para que no pasase.»

«Lo sé», dijo ella, y Nicola se sintió su padre, su compañero, su amante.

«Nicola, ¿lo contarás?»

Nicola la miró.

Se puso de pie. «Adiós, mamá», dijo.

«¿Nicola?», dijo ella.

Se miraron. Luego, en contra de todas las reglas del mundo, se abrazaron.

**Empieza el juicio a una mujer
que es un juicio a todas las mujeres.
Nadie te ha contado esta historia así.**

Un *thriller* literario de altos vuelos.



Una noche de agosto en Roma

Carla y Vito llevan un tiempo separados, pero han vuelto a reunirse para celebrar el cumpleaños de su hija menor. No fue un divorcio fácil. El carácter violento y celoso de Vito propició un infierno largo y secreto. Sin embargo, la cena familiar va bien, incluso los dos hijos mayores se alegran de ver a su padre. Y podría decirse que también Carla: en el fondo pasaron juntos media vida, él fue su gran amor. Todo se trastoca cuando, al fin de la velada, Vito desaparece.

Dos semanas interminables

La búsqueda de Vito es frenética. Carla y los niños están desesperados, aunque no son los únicos. Hay otra mujer implicada en las pesquisas, Milena, su amante durante muchos años. Pero quienes más inquietan por Vito son su hermana, Mimma, y sus parientes y amigos, que vienen del sur, de Puglia, y tienen modales mafiosos. El día que aparece el cadáver, el misterio estalla en mil pedazos, con una clara sospechosa.

Muchas versiones para una sola historia

Todos buscan la verdad, pero son la policía y los jueces quienes tienen que encontrarla. Suya es la tarea de averiguar qué pasó. Pero en este caso, ¿puede realmente existir una sola verdad, clara y unívoca?

Así empieza el juicio a una mujer que es un juicio a todas las mujeres.

«Una historia negra enseña que la violencia genera violencia. Que nada puede perdonarse y que quien al final paga no siempre lo ha elegido. Una historia negra demuestra que la literatura es un antídoto, nos muestra dónde está la salvación. Cada vez que leáis acerca de una mujer maltratada, las palabras de Antonella Lattanzi volverán a vuestra mente. Una historia negra es una novela imposible de olvidar.»

ROBERTO SAVIANO

«Un ritmo vertiginoso e implacable, rematado por una acción y unos diálogos de primera.»

La Repubblica

«Una historia puede ser verdadera o real. Cuando es verdadera es de todos. Antonella Lattanzi ha escrito una historia de todos. Con un corazón potentísimo y un tapiz de personajes inolvidables. Una historia de mecanismos perfectos.»

CONCITA DE GREGORIO, *Robinson (La Repubblica)*

«Una novela negra nada convencional, cuya tensión no se disuelve cuando se descubre quién es culpable del crimen, sino que

paradójicamente crece aún más desde ese instante.»

PAOLO DI PAOLO, *La Stampa*

«Lattanzi sabe cómo narrar una historia oscura y criminal y, a la vez, administrar el ritmo y la evolución de la novela como los grandes maestros del género, como la más exigente serie de televisión.»

FRANCESCO PICCOLO, *Corriere della Sera*

«Un libro que es imposible dejar de leer, porque las palabras te envuelven, te arrastran, se te pegan, en cada una de las páginas.»

ANNALENA BENINI, *Il Foglio*

«Un mecanismo perfecto, sorprendente, que nos obliga a confrontarnos con la violencia y el amor, con la vida y la muerte, con la verdad y la mentira, y plenamente capaz de dejarte sin aliento.»

DARIA BIGNARDI, *Vanity Fair*

«Una novela irresistible que narra la violencia contra las mujeres desde una perspectiva inédita, manejando con sabiduría una temática delicada.»

SERENA DANDINI, *Io Donna (Corriere della Sera)*

«Antonella Lattanzi ha culminado una obra maestra del arte literario. Este es un libro grandísimo en cada una de sus páginas.»

LOREDANA LIPPERINI, *Fahrenheit (Radio 3)*

«Una novela que es como una muñeca rusa, en cada página se desvela algo nuevo sobre la compleja psicología de víctimas y ejecutores.»

ALESSANDRA TEDESCO, *Il cacciatore di libri* (Radio 24)

Antonella Lattanzi (Bari, 1979) debutó en 2004 con una antología de cuentos, *Col culo scomodo*, y en 2010 publicó su primera novela, *Devozione*. Después, publicó *Prima che tu mi tradisca* en 2013, novela que fue finalista del Premio Strega, y en 2017 la obra presente, *Una historia negra*. Colaboradora asidua en medios escritos como *La Stampa* y *La Repubblica*, ha participado en el programa de televisión *Le invasioni barbiche*, y ha escrito el guion de la película *Fiore* de Claudio Giovannesi (2013) y de *2night* de Ivan Silvestrini (2016). Actualmente vive en Roma.

Título original: *Una storia nera*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2017, Antonella Lattanzi

Publicado por primera vez en Italia por Mondadori Libri S.p.A., Milán, 2017.

Publicado por acuerdo especial con The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com, trabajando conjuntamente con MalaTesta Lit. Ag.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, César Palma, por la traducción

Adaptación del diseño original de la portada de Mondadori: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la portada: © Kourtney Roy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17125-86-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Una historia negra

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Sobre este libro

Sobre Antonella Lattanzi

Créditos